

POLITICA E IDEOLOGIA
EN LA TEORIA
MARXISTA

Capitalismo, fascismo, populismo

por

ERNESTO LACLAU





siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA, 248. 04310 MEXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

C/ PLAZA, 5. 28043 MADRID. ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, Itda

AV. 3a. 17-73. PRIMER PISO. BOGOTA. D.E. COLOMBIA

Primera edición en castellano, mayo de 1978
Segunda edición en castellano, marzo de 1980 (México)
Tercera edición en castellano, junio de 1986

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Calle Plaza, 5. 28043 Madrid

Primera edición en inglés, 1977

© New Left Books Ltd., Londres

© Ernesto Laclau

Título de la edición inglesa: *Politics and ideology in Marxist theory.*
Capitalism-Fascism-Populism

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

ISBN: 84-323-0315-1

Depósito legal: M. 20.148-1986

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

A Chantal

INDICE

INTRODUCCION	1
FEUDALISMO Y CAPITALISMO EN AMERICA LATINA	10
El esquema teórico de Frank, 11.—La crítica de las concepciones dualistas, 15.—Los errores teóricos de la concepción de Frank, 18.—Modos de producción y sistemas económicos, 33.—Las etapas de la dependencia, 35.—Postscriptum, 42.	
LA ESPECIFICIDAD DE LO POLITICO	53
Cuestiones metodológicas y epistemológicas, 64.—El método de Poulantzas, 67.—¿Superdeterminismo estructural?, 69.—Los aparatos ideológicos del Estado, 72.—¿Abstraccionismo estructuralista?, 75.—El concepto de modo de producción, 78.	
FASCISMO E IDEOLOGIA	89
La interpretación del fascismo en Poulantzas, 98.—Los «elementos» ideológicos y su pertenencia de clase, 103.—Interpelaciones de clase e interpelaciones popular-democráticas, 112.—La naturaleza de clase de la pequeña burguesía, 126.—El surgimiento del fascismo: la crisis del bloque de poder, 130.—El surgimiento del fascismo: la crisis de la clase obrera, 142.—Las lecciones políticas del fascismo, 154.	
HACIA UNA TEORIA DEL POPULISMO	165

INTRODUCCION

Los hombres que, desde la niñez, han tenido sus espaldas vueltas hacia la entrada de la caverna, no pueden contemplar el mundo exterior. Sobre la pared interior de la caverna se proyectan las sombras de otros hombres y, acostumbrados a ligar las voces de estos hombres con sus sombras, los habitantes de la caverna concluyen que las primeras derivan de las segundas. Uno de los prisioneros, sin embargo, logra escapar y percibe el verdadero origen de las voces. Finalmente emerge de la caverna y contempla la luz del día. Al principio, el sol lo enceguece, pero luego se acostumbra a él y la visión que obtiene le permite entender la falsedad en la que hasta entonces había vivido.

El mito platónico de la caverna contiene, por primera vez en la historia, una *teoría de la articulación*. El discurso del sentido común, la *doxa*, es presentado como un sistema de engañosas articulaciones en el que los conceptos no aparecen ligados por relaciones lógicas inherentes a los mismos, sino, simplemente, por lazos connotativos o evocativos que la costumbre y la opinión han establecido entre ellos. Es precisamente el carácter sistemático de este conjunto de articulaciones lo que la intervención platónica trata de romper: en los diálogos la unidad del discurso del sentido común (de lo que hoy llamaríamos discurso ideológico) es disuelta a través de un proceso crítico que conduce a la «purificación» de cada concepto. La crítica consiste en la ruptura de aquellos vínculos entre los conceptos que son un mero residuo de la opinión y la costumbre. Porque, más allá de sus relaciones connotativas, los conceptos presentan una coherencia paradigmática esencial que se muestra

a la visión privilegiada del filósofo. El conocimiento presupone, pues, una operación de ruptura: desarticulación de las ideas de aquellos campos connotativos a los que aparecen vinculadas bajo la forma de una engañosa necesidad, lo que nos permite, posteriormente, reconstruir sus articulaciones verdaderas.

Este doble movimiento —ruptura de la aparente obviedad de las articulaciones establecidas por la costumbre e intento de descubrir relaciones esenciales paradigmáticas mediante un simple análisis de los conceptos— ha constituido por largo tiempo un rasgo característico y constante del pensamiento europeo. Desde el «vagabundaje metodológico» de Descartes hasta la invocación en el siglo xvii del «buen salvaje» o la búsqueda en Persia y en China, por parte del Iluminismo, de paradigmas críticos del orden social existente, el pensamiento europeo usó crecientemente la confrontación entre culturas diferentes como medio de relativizar sus propias instituciones, costumbres y hábitos de pensamiento. De este modo, aquellos conceptos que definían para la burguesía las condiciones abstractas de toda sociedad posible perdieron su necesaria articulación con las formas concretas en las que aquellas condiciones se habían materializado localmente. Tal fue el caso, por ejemplo, de la declinación del absolutismo como ideología hegemónica en Europa. La defensa del orden social existente, de la propiedad privada y de otros principios identificados para la burguesía con la existencia misma de la comunidad, aparecieron cada vez menos ligados a la institución monárquica: la identificación entre ambos, que había constituido el eje del discurso político del absolutismo, comenzó a disolverse, como la relación entre las voces y las sombras en la caverna platónica. Fue posible a partir de un cierto punto ser conservador sin ser monárquico, aunque romper el vínculo entre ambos principios y transformar a esta ruptura en un hecho obvio del discurso político requirió en Francia más de un siglo. Del mismo modo, pasó largo tiem-

po antes de que el concepto de «comunidad económica organizada» fuera articulado, en el discurso ideológico dominante, con los principios básicos del liberalismo económico. La «mano invisible» de Adam Smith fue cualquier cosa menos evidente para sus contemporáneos. Finalmente, desvincular el concepto de democracia de sus connotaciones negativas de «gobierno de la turba» y transformarlo en un concepto positivo, crecientemente articulado con el discurso político liberal, requirió todo el proceso alternativo de revoluciones y reacciones del siglo XIX.

Estos intentos sucesivos de romper las articulaciones «ideológicas» del discurso condujeron en Europa, sin duda, a una creciente «purificación» de los conceptos. La economía política clásica surgió de este proceso de abstracción, así como también la teoría política fundada en la noción de contrato. Sin embargo, el progresivo divorcio entre el carácter abstracto de los conceptos y el campo ideológico-connotativo al que habían estado hasta entonces articulados condujo en su momento a una ilusión opuesta: la suposición de que, más allá del discurso del sentido común, los conceptos separados de cualquier articulación connotativa podían, por el mero despliegue de sus virtualidades lógicas, reconstruir el conjunto de la realidad. Esta es la ambición racionalista que recorre la filosofía occidental, de Platón a Hegel. Si el nivel de la *doxa* constituye un tejido continuo que absorbe y articula todo posible significado, el nivel filosófico aspira a reconstruir la totalidad de este tejido *en un orden necesario y a través de vínculos racionales*. Más aún, en su apogeo, el saber filosófico intenta absorber el dualismo platónico: para Hegel la apariencia es un momento de la esencia. Reabsorbida como momento de la esencia en la dialéctica hegeliana o cristalizada como polo de un dualismo irreductible en la dialéctica platónica, la articulación connotativa del discurso constituyó el punto de referencia antagónico frente al cual la filosofía intentó reconstruir el *en sí* de los conceptos. Si

en el nivel de la *doxa* los conceptos aparecen articulados por principios formales externos a su naturaleza lógica, la filosofía hizo de sus propiedades lógicas los únicos principios que los vinculaban entre sí en tanto conceptos. Postuló además el carácter sistemático de estas relaciones y la posibilidad de reconstruir a través de ellas un sistema tan amplio como el que había caracterizado al discurso de la *doxa*. Este era el proceso a través del cual los conceptos habían de ser rearticulados sobre la base de su cohesión esencial en un paradigma. Todo el esfuerzo de desarticulación era, en consecuencia, sólo el prólogo a la postulación de vínculos paradigmáticos necesarios. El resultado fue que, cuando más tarde emergió un relativismo que renunciaba a los paradigmas y limitaba el esfuerzo intelectual a una descripción de las diversas articulaciones históricamente *dadas*, el acompañamiento inevitable fue un creciente escepticismo respecto al conocimiento en cuanto tal.

¿Qué acontece, en cambio, si aceptamos una perspectiva científica y mantenemos como tarea esencial de la práctica teórica la «purificación» de los conceptos —es decir, la eliminación de toda articulación connotativa—, pero afirmamos la imposibilidad de rearticularlos en conjuntos paradigmáticos necesarios? Tres consecuencias esenciales se siguen de este cambio de perspectiva. Primero, no todo concepto tiene una relación necesaria con los otros. No es posible, en consecuencia, partiendo de uno solo de ellos, reconstruir la totalidad del sistema. En otras palabras, los conjuntos sistemáticos dependen de la articulación de conceptos que no están ligados lógicamente entre sí. Segundo, no es posible establecer relaciones necesarias entre estructuras conceptuales diferentes —de modo tal que pudiéramos pasar de una a otra a través de un proceso puramente deductivo—, sino tan sólo las condiciones de posibilidad de su articulación. Tercero, en consecuencia, toda aproximación a lo concreto presupone articulaciones conceptuales crecientemente complejas, y no el mero despliegue de

las virtualidades lógicas de un conjunto conceptual simple. En consecuencia, cuanto más concreto es el análisis más determinaciones teóricas deben ser incluidas en él, y puesto que las determinaciones teóricas no son momentos necesarios en el autodespliegue de una esencia, sino formaciones conceptuales discretas, la precondition para cualquier aproximación teórica a lo concreto es un progresivo proceso de abstracción que libere a los conceptos de sus articulaciones connotativas.

La práctica teórica ha sido en gran medida dificultada por los dos obstáculos que hemos mencionado: la articulación connotativa de los conceptos en el nivel del discurso del sentido común y su articulación racionalista en paradigmas esenciales. Los ensayos que integran este volumen han sido escritos en la convicción de que estos obstáculos se han combinado para crear un estado de cosas insatisfactorio para la teoría marxista. También han sido escritos en la convicción de que el pensamiento marxista más reciente, de Della Volpe a Althusser, ha comenzado a crear las condiciones para una lectura científica del marxismo que nos permitirá superar esta situación crítica. Para ver cómo esta combinación de obstáculos ha operado, consideremos el problema de las articulaciones connotativas del discurso ideológico. En la medida en que la práctica teórica marxista ha estado históricamente ligada a la práctica política socialista, las articulaciones connotativas del discurso político han tendido a ser automáticamente transformadas en determinaciones teóricas. Tomemos, por ejemplo, el concepto de «capitalista». En la teoría marxista este concepto tiene un estatuto teórico definido: es uno de los polos de la relación de producción constitutiva del modo de producción capitalista. Ahora bien, los agentes que son los portadores de esta relación estructural son al mismo tiempo los puntos de entrecruzamiento de una multiplicidad de relaciones y contradicciones articuladas por prácticas de clase. En el discurso político, en consecuencia, no es el «capi-

talista en cuanto tal» el que está presente, sino capitalistas concretos, o para ponerlo en otros términos, la determinación teórica de «capitalista» está *connotativamente* ligada a un conjunto de otras determinaciones teóricas. Estamos aquí a sólo un paso de la suposición de que «capitalista» no es un *concepto teórico*, sino el *nombre* del agente, y que, como tal, alude al conjunto de sus determinaciones y no sólo a una de ellas. Es decir, que estamos uniendo nuevamente las voces y las sombras. Cualquiera de los rasgos de este nuevo sujeto sintético, el «capitalista», será, en consecuencia, evocativo o indicativo de la totalidad de los mismos. Podría pensarse que éste es un efecto ideológico del discurso político que la práctica teórica disiparía rápidamente. Pero éste es el punto en que el otro obstáculo interviene: la postulación de relaciones paradigmáticas. Tradicionalmente, entre los varios paradigmas que han caracterizado al tipo de marxismo al que nos estamos refiriendo, hay uno que constituye la fuente de todos los otros: el reduccionismo de clase. Las contradicciones son vistas como un sistema jerárquico que puede ser reducido, directa o indirectamente, a una contradicción de clase. En consecuencia, todo elemento o contradicción a los niveles político e ideológico tiene una pertenencia de clase. El resultado paradójico es que la práctica teórica no necesita corregir las articulaciones connotativas del discurso político, porque si todas las determinaciones políticas e ideológicas tienen una necesaria adscripción de clase, todas ellas son, en consecuencia, expresivas de la esencia de clase del sujeto. Puesto que todas ellas, tomadas individualmente, expresan igualmente al sujeto, la concreción del análisis sólo puede consistir en el progresivo despliegue de esta esencia.

El gran problema para este tipo de enfoque es cómo analizar teóricamente las diferencias pertinentes; cómo, por ejemplo, hacer compatible el reduccionismo de clase con la efectiva variedad histórica de las ideologías burguesas. Las soluciones habituales han sido: o bien considerar las

diferencias como simplemente *accidentales* (con lo que se renuncia a pensarlas teóricamente) o bien explicarlas en términos del diferente *nivel* de desarrollo alcanzado por un modo de producción (el capitalismo en ascenso se expresa a través del liberalismo; el capitalismo en declinación, a través del fascismo, y así sucesivamente). No queremos examinar aquí los diversos expedientes a través de los cuales el reduccionismo de clase ha intentado integrar la variedad histórica en su esquema: algunos de ellos son estudiados y criticados en otras partes de este volumen. En lo que es importante hacer hincapié es en que la eficacia de estos expedientes se ha reducido gradualmente a medida que la experiencia histórica de la lucha de clases y el ascenso de las masas en escala mundial han quebrado progresivamente el sistema de articulaciones connotativas en que el eurocentrismo provinciano de la II y III Internacionales había encapsulado a los conceptos teóricos marxistas. No es casual que la empresa althusseriana haya surgido en un mundo dominado por la división del movimiento comunista internacional, por el fin de la guerra fría, por la descolonización y por la emergencia de nuevas contradicciones en los países capitalistas avanzados. La magnitud de los problemas teóricos y políticos que se presentan al marxismo en esta nueva situación histórica requiere la ruptura con los últimos restos del reduccionismo. El abandono de la caverna platónica del reduccionismo de clase exige, en la actualidad, una creciente formalización teórica de las categorías marxistas, que rompa a la vez con las articulaciones connotativas del discurso político y con la postulación de relaciones paradigmáticas entre los conceptos. Este esfuerzo, a su vez, sólo puede tener efectos beneficiosos para la práctica política socialista en una época en que el proletariado debe abandonar toda estrecha perspectiva de clase y presentarse como fuerza hegemónica a las vastas masas que buscan una reorientación política radical en la etapa de la declinación mundial del capitalismo. Este es el cam-

po en el que el marxismo de las dos últimas décadas ha realizado innegables avances, y es a esta tarea a la que los ensayos que aquí presentamos intentan hacer una modesta contribución.

Los cuatro ensayos que siguen tienen una estructura similar. Todos ellos parten de uno o varios conceptos teóricos y de ciertas polémicas que se han desarrollado en torno a los mismos. Se intenta luego en ellos mostrar que las confusiones han surgido o bien porque no se ha respetado el nivel de abstracción del concepto en cuestión, al introducirse determinaciones teóricas que corresponden a niveles de análisis más concretos, o bien porque se ha negado la especificidad de una contradicción determinada y se la ha asimilado a otra en forma reduccionista. En el caso de la polémica en torno al feudalismo y al capitalismo, el error ha sido la ilegítima intrusión de la noción de «etapa» en el concepto mismo de modo de producción; en el problema de la especificidad de la instancia política, ha sido la identificación entre «producción» y «economía»; en el caso de los dos debates acerca del fascismo, ha sido la adscripción de clase de los elementos ideológicos; en el caso del populismo, ha sido la ecuación reduccionista entre el pueblo y las clases. El ensayo «Feudalismo y capitalismo en América Latina», fue publicado originariamente en *New Left Review*, 67, 1971, y en castellano en el volumen colectivo *Modos de producción en América Latina* (Córdoba, Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973); «La especificidad de lo político» inicialmente apareció en *Economy and Society*, volumen 4, 1, 1975. Los otros dos ensayos se publican en este volumen por primera vez. Finalmente, quiero agradecer a aquellos cuyos útiles comentarios y críticas contribuyeron a la versión final de los diferentes ensayos. Debo mencionar, entre otros, a Perry Anderson, Robin Blackburn, Bob Jessop, Harold Wolpe, Sami Zubaida, Enrique Tandeter y Nicos

Poulantzas. Estoy en deuda con mis estudiantes de la Universidad de Essex, con quienes estas ideas fueron discutidas en innumerables cursos y seminarios, y cuyas observaciones y preguntas me permitieron con frecuencia percibir ambigüedades en mis argumentos y me llevaron a formularlos con mayor precisión. Mi mayor gratitud es para Chantal Mouffe, con quien he discutido exhaustivamente la mayor parte de estos ensayos. Su contribución a la formulación de algunas de las tesis centrales ha sido tan decisiva que en ciertos casos podrían ser vistas como fruto de un trabajo en colaboración.

FEUDALISMO Y CAPITALISMO EN AMERICA LATINA ¹

El debate acerca de los orígenes y naturaleza actual de las sociedades latinoamericanas ha girado a lo largo de la última década, en el campo de la izquierda, en torno a la determinación alternativa de su carácter feudal o capitalista. Se ha desarrollado así una larga y compleja discusión cuya importancia no es disminuida por la confusión conceptual que a menudo la ha dominado. Y esta importancia no se limita al plano teórico, dadas las diferentes conclusiones políticas que ambas partes intervinientes en el debate han derivado de sus premisas. En efecto, aquellos que sostienen que las sociedades latinoamericanas han tenido un carácter feudal desde sus mismos orígenes, entienden por tal una sociedad cerrada, tradicional, resistente al cambio y no integrada en la economía de mercado. En tal caso, estas sociedades no han alcanzado aún su etapa capitalista y están en vísperas de una revolución democrático-burguesa que estimulará el desarrollo capitalista y romperá con el estancamiento feudal. Los socialistas deben, en consecuencia, buscar una alianza con la burguesía nacional y formar con ella un frente unido contra la oligarquía y el imperialismo. Los defensores de la tesis opuesta sostienen, en cambio, que América Latina ha sido siempre capitalista, ya que desde el período colonial estuvo plenamente incorporada al mercado mundial. El presente atraso de las

¹ Este artículo desarrolla algunas ideas que expuse hace cierto tiempo en «Feudalismo y capitalismo como categorías de análisis histórico» (publicación interna del Instituto Torcuato di Tella), Buenos Aires, 1968.

sociedades latinoamericanas sería, precisamente, la consecuencia del carácter *dependiente* de esta incorporación. Puesto que ellas ya son, en consecuencia, plenamente capitalistas, no tiene sentido postular una futura etapa de desarrollo capitalista. Es necesario, por el contrario, luchar directamente por el socialismo, en oposición a una burguesía que, definitivamente integrada al imperialismo, forma con él un frente común contra las clases populares.

En este artículo quisiera contribuir a clarificar los términos básicos de esta polémica con la siguiente reflexión: pese a su mutua oposición, ambas tesis coinciden en un aspecto fundamental, ya que designan por «capitalismo» y «feudalismo» fenómenos relativos a la esfera del cambio de mercancías y no a la esfera de la producción, por lo que la presencia o ausencia de un vínculo con el mercado se transforma en el criterio decisivo para distinguir entre ambos tipos de sociedad. Y tal concepción es claramente opuesta a la teoría marxista según la cual capitalismo y feudalismo son, ante todo, *modos de producción*. Andre Gunder Frank es uno de los más conocidos defensores de la tesis de que América Latina es y ha sido siempre capitalista². Por esta razón centraremos el presente examen en el análisis de su obra, ya que los problemas teóricos involucrados en este debate se plantean en ella en su forma más clara y explícita.

EL ESQUEMA TEORICO DE FRANK

La perspectiva teórica de Frank puede resumirse en las siguientes tesis:

² *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, Nueva York, 1967, y *Latin America: underdevelopment or revolution*, Nueva York, 1969. [*Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; *América Latina: subdesarrollo o revolución*, México, Era, 1973.]

1. Es falso suponer que el desarrollo económico transcurre a través de una misma sucesión de etapas en todos los países o que los países subdesarrollados de la actualidad están en una etapa hace mucho superada por las naciones desarrolladas. Por el contrario, los países desarrollados en la actualidad no fueron nunca *subdesarrollados*, aunque hayan sido, en sus comienzos, *no desarrollados*.

2. Es incorrecto considerar al subdesarrollo contemporáneo como el mero reflejo de las estructuras económica, política, social y cultural del propio país subdesarrollado. Por el contrario, el subdesarrollo es en gran medida el producto histórico de las relaciones entre el satélite subdesarrollado y los actuales países desarrollados. Estas relaciones fueron, por lo demás, una parte esencial de la estructura y evolución del sistema capitalista en escala mundial. Así, Frank afirma:

Para extraer el producto de su trabajo [...], por medio del monopolio del comercio exterior, las metrópolis hoy día, no menos que en los tiempos de Cortés y Pizarro en México y Perú, de Clive en India, de Rhodes en Sudáfrica y de la época de la «puerta abierta» en China, destruyeron y/o transformaron totalmente los sistemas económicos existentes anteriormente en esas sociedades y las incorporaron al sistema capitalista mundial (dominado por las metrópolis), convirtiéndolas en fuentes de su propio desarrollo y su propia acumulación de capital. A consecuencia de esto el destino de las sociedades conquistadas, transformadas o establecidas al amparo europeo, fue y sigue siendo su descapitalización, su carencia estructural de productividad y la cada vez mayor pobreza de sus masas. En una palabra, su subdesarrollo³.

3. Las convencionales interpretaciones «dualistas» de las sociedades latinoamericanas deben ser rechazadas. El análisis dualista sostiene que las sociedades subdesarrolladas tienen una estructura dual, cada uno de cuyos sectores posee una dinámica propia, ampliamente independiente del

³ *Latin America: underdevelopment or revolution*, p. 225 [p. 208].

otro. Así concluyen que el sector que ha experimentado el impacto del mundo capitalista ha llegado a ser moderno y relativamente desarrollado, mientras que el otro sector se ve reducido a una aislada, feudal o precapitalista economía de subsistencia. Según Frank, esta tesis es totalmente errónea; la estructura dual es una pura ilusión, ya que la expansión que el sistema capitalista experimentó durante los últimos siglos ha penetrado efectiva y totalmente aún en los sectores aparentemente más aislados del mundo subdesarrollado.

4. Las relaciones metrópoli-satélite no están limitadas al nivel imperial o internacional, sino que penetran y estructuran la vida económica, social y política de los países dependientes latinoamericanos, creando dentro de ellos sub-metrópolis respecto a las cuales las regiones interiores ofician de satélites.

5. De las proposiciones anteriores Frank deriva el siguiente conjunto de hipótesis: *a)* en contraste con los centros metropolitanos mundiales, que no son satélites de nadie, el desarrollo de las metrópolis subordinadas está limitado por su estatus de satélite; *b)* los satélites experimentan su mayor desarrollo económico, incluso su clásico crecimiento capitalista industrial, solamente cuando sus lazos con los centros metropolitanos se debilitan: tal fue el caso durante la depresión española del siglo XVII, las guerras napoleónicas a comienzos del siglo XIX, la depresión de los años treinta y las dos guerras mundiales durante el siglo XX; por el contrario, estos impulsos hacia el desarrollo se extinguieron cada vez que los centros metropolitanos se recobraron económicamente; *c)* aquellas regiones que son en la actualidad las más subdesarrolladas fueron en el pasado las más estrechamente ligadas a las metrópolis; *d)* los latifundios, ya sea bajo la forma de plantaciones o de haciendas, fueron en su origen típicas empresas comerciales capitalistas que crearon aquellas instituciones que les permitieron responder a la creciente demanda en los mercados

nacional e internacional, expandiendo su capital, tierra y trabajo a los efectos de incrementar la oferta de sus productos; e) los latifundios que en la actualidad se muestran aislados, dedicados a una agricultura de subsistencia y con apariencia semifeudal, no fueron siempre así; son unidades productivas que declinaron debido a una caída en la demanda de sus productos o en su capacidad productiva.

6. El dualismo es introducido en el análisis marxista mediante la suposición de que el feudalismo predomina en el sector estancado, en un extremo de la estructura social, y el capitalismo en el sector dinámico al otro extremo de la misma. Las consecuencias estratégicas resultan claras:

Tanto en la versión burguesa como en la supuestamente marxista de la tesis de la sociedad dual, un sector de la economía nacional que se considera que también fue antes feudal, arcaico y subdesarrollado, despegó y se convirtió en el actual sector capitalista relativamente avanzado y desarrollado, mientras que la mayoría de la población tradicional se quedó en el otro sector que supuestamente se estancó en su etapa arcaica feudal y subdesarrollada. La estrategia política asociada usualmente a estas interpretaciones del desarrollo, erróneas tanto desde el punto de vista empírico como del teórico, son, para la burguesía, la conveniencia de extender el modernismo al sector arcaico, así como incorporarlo al mercado nacional y mundial, y para los marxistas la conveniencia de completar la penetración capitalista en el campo feudal y la terminación de la revolución democrático-burguesa⁴.

Frente a esto, Frank sostiene que América Latina ha sido capitalista desde su misma colonización, en el siglo XVI, por las potencias europeas. Para probarlo intenta mostrar, mediante numerosos ejemplos, que aun las más remotas y aparentemente aisladas regiones de América Latina participaron en el proceso general de cambio de mercancías y que este cambio se realizó en beneficio de las potencias imperialistas dominantes. Solamente podría hablarse de feu-

⁴ *Ibid.* [p. 207].

dalismo, según Frank, si pudiera probarse que las regiones económicamente más atrasadas de América Latina constituyeron un universo cerrado en el que predominaba la economía natural. Dado que, por el contrario, éstas participaban en un proceso cuya fuerza motriz era la sed de riquezas de las clases y potencias dominantes, es necesario concluir que estamos en presencia de una estructura económica capitalista. Y si, desde el período colonial, el capitalismo ha sido la base de la sociedad latinoamericana y la fuente del subdesarrollo, resulta absurdo proponer como alternativa a éste un desarrollo capitalista dinámico. La burguesía nacional, en los casos en que existe, está tan inextricablemente ligada al sistema imperialista y a la relación explotativa metrópoli-satélite, que las políticas basadas en una alianza con ella sólo pueden conducir a prolongar y acentuar el subdesarrollo. La etapa nacional-burguesa, en los países subdesarrollados, debe ser en consecuencia eliminada o al menos abreviada, antes que extendida en nombre de la existencia de una sociedad dual.

Como se ve, el esquema teórico de Frank envuelve tres tipos de afirmaciones: 1) América Latina ha estado dominada desde sus orígenes por una economía de mercado; 2) América Latina ha sido capitalista desde sus orígenes; 3) el carácter dependiente de su inserción en el mercado capitalista mundial es la causa de su subdesarrollo. Y estas tres afirmaciones pretenden referirse a un único proceso que es idéntico, *en sus aspectos esenciales*, desde el siglo XVI hasta el siglo XX. Analizaremos cada uno de estos aspectos sucesivamente.

LA CRITICA DE LAS CONCEPCIONES DUALISTAS

La crítica de Frank a la tesis dualista y su consiguiente insistencia en que las sociedades latinoamericanas han cons-

tituido siempre un complejo internamente estructurado y plenamente incorporado a la economía de mercado son, sin duda, convincentes y correctas. Por lo demás, Frank no hace aquí sino desarrollar la reiterada crítica a la concepción dualista, la cual recibiera su más conocida formulación de la obra de W. A. Lewis⁵.

Según Lewis, que expresaba un punto de vista contenido en numerosos estudios parciales de científicos sociales durante la década anterior, era necesario distinguir claramente entre los sectores «capitalista» y de «subsistencia» de la economía. A este último lo presenta como completamente estancado e inferior al primero en capital, ingreso y tasa de crecimiento. Las relaciones entre los dos se reducen a la provisión, al sector avanzado, de una ilimitada oferta de mano de obra por parte del sector atrasado. Como se ha señalado repetidamente, este modelo subestima el grado de comercialización alcanzable en las áreas rurales, así como el grado de acumulación de las empresas campesinas. Simplifica y distorsiona, en definitiva, las relaciones existentes entre los dos supuestos segmentos de la economía. Un conocimiento más riguroso de las interconexiones existentes entre los diferentes sectores de las economías latino-americanas ha hecho que las tesis dualistas no puedan ser sostenidas por más tiempo en su formulación inicial.

Por lo demás, en el caso concreto de América Latina, la evidencia acumulada a lo largo de los últimos años ha restado todo apoyo a la idea de que una economía natural pura predominara en las áreas rurales del continente. Por el contrario, todo parece sugerir que aún las más atrasadas regiones campesinas están ligadas por delgados canales

⁵ W. A. Lewis, «Economic development with unlimited supplies of labour», *Manchester School*, mayo de 1954, pp. 139-191; y *Theory of economic growth*, Londres, 1955 [*Teoría del desarrollo económico*, México, FCE, 1958]. Un resumen de las críticas que este modelo ha suscitado puede encontrarse en Witold Kula, *Teoría económica del sistema feudal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, pp. 15-19. Véase asimismo P. T. Bauer, «Lewis's theory of economic growth», *American Economic Review*, XLVI, 1956, pp. 632-641.

(que aún no han sido adecuadamente estudiados) al sector «dinámico» de la economía nacional y, a través de él, al mercado mundial. Alejandro Marroquín, en un excelente libro⁶, ha hecho un estudio de este sistema de relaciones a nivel regional; Rodolfo Stavenhagen, analizando la zona maya de los Altos de Chiapas y Guatemala, ha mostrado cómo las relaciones interétnicas sirven de base a relaciones de clase fundadas, precisamente, en una incorporación generalizada al mercado⁷. Por lo demás, en América Latina durante el período colonial —al que tantas veces se hace referencia como a una etapa de economía cerrada— prevalecía una amplia circulación de mercancías que tenía su eje en las regiones mineras, en tanto las zonas marginales eran organizadas como fuentes proveedoras de artículos de consumo. En el sur del continente, por ejemplo, el núcleo lo constituía el área consumidora del Alto Perú, centrada en torno a las minas de Potosí, en tanto Chile era transformado en un productor de trigo y el interior argentino proveía de bienes manufacturados a este núcleo central. Resulta difícil concebir esta especialización regional como una economía natural pura.

La idea de una sociedad dual tiene una larga tradición en América Latina. Fue formulada inicialmente en el siglo XIX por las élites liberales que integraron a sus países en el mercado mundial como productores primarios, acomodándolos así a una división internacional del trabajo dictada por los países imperialistas metropolitanos. La fórmula «civilización o barbarie», acuñada por Sarmiento, se transformó en el lema de este proceso. Era necesario emplear todos los medios para desacreditar la reacción de aquellas regiones interiores cuyas economías, relativamente diversificadas, se desintegraban ante la competencia de las merca-

⁶ Alejandro Marroquín, *La ciudad-mercado (Tlaxiaco)*, México, 1957.

⁷ Rodolfo Stavenhagen, «Clases, colonialismo y aculturación: examen sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica», *América Latina*, año 6, 4, octubre-diciembre de 1963, pp. 64-104.

derías europeas. A estos efectos, los liberales crearon una mitología según la cual todo lo colonial se identificaba con el estancamiento y todo lo europeo con el progreso: dentro de esta imagen maniqueísta de la dialéctica histórica, la coexistencia entre ambos segmentos de la sociedad resultaba imposible.

Esta tradición ideológica ha sido un lastre que dificultó seriamente la comprensión ideológica de los procesos formativos de las sociedades latinoamericanas, e incluso hoy día no puede afirmarse que esté totalmente superada. Queda aún, pues, mucho campo para que la investigación social, económica y antropológica reconstruya los ocultos canales de comercialización a través de los cuales zonas económicas aparentemente aisladas se vinculaban con los mercados mundiales, al par que el excedente económico era extraído a los productores directos. Frank pisa, pues, terreno firme cuando critica a las teorías dualistas y afirma el predominio de la economía de mercado en América Latina. ¿Qué pensar, en cambio, de su segunda afirmación, según la cual estas economías eran capitalistas?

LOS ERRORES TEORICOS DE LA CONCEPCION DE FRANK

No resulta fácil responder a esta pregunta, ya que, pese a que sus dos libros están dedicados al análisis del capitalismo, en ningún momento Frank explica con exactitud lo que entiende por tal. Lo más aproximado a una caracterización conceptual que puede encontrarse en su obra son expresiones como la siguiente:

La contradicción esencial interna del capitalismo entre explotadores y explotados surge dentro de las naciones del mismo modo que existe en su relación mutua⁸.

⁸ *Latin America: underdevelopment or revolution*, p. 227 [p. 210].

Pero esto no nos hace avanzar mucho, ya que no sólo el capitalismo, sino también el feudalismo y toda sociedad dividida en clases se ha caracterizado por la contradicción entre explotadores y explotados. El problema reside en definir en cada caso la especificidad de la relación de explotación. Esta falta de rigor en la determinación de su objeto de análisis es, por lo demás, sólo un ejemplo de la imprecisión conceptual de que adolece toda la obra de Frank. En el presente caso la imprecisión es tanto más seria cuanto que los marxistas conocen los largos debates que han tenido lugar en torno al concepto de capitalismo⁹, el cual, en consecuencia, no puede darse por sentado sin más.

Si intentamos, no obstante, inferir lo que Frank entiende por capitalismo, creo que podemos concluir que es aproximadamente lo siguiente: a) un sistema de producción para el mercado en el que b) la ganancia constituye el incentivo para la producción, y c) la ganancia es realizada en beneficio de alguien distinto del productor directo, que es, en consecuencia, desposeído de ella. Por feudalismo deberíamos entender, por el contrario, una economía cerrada o de subsistencia. La existencia del mercado constituye, en consecuencia, la diferencia decisiva entre ambos.

Lo primero que sorprende es que Frank prescinde totalmente de las *relaciones de producción* en sus definiciones de capitalismo y feudalismo. A la luz de este hecho no resulta tan sorprendente su anterior caracterización de la relación entre explotadores y explotados como la contradicción fundamental del capitalismo. Porque, en efecto, su perspectiva ideológica obliga a Frank a prescindir deliberadamente de las relaciones de producción en su definición del capitalismo: sólo haciendo abstracción de éstas puede

⁹ Véase, por ejemplo, Maurice Dobb, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946, cap. 1 [*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971]; y R. H. Hilton, «Capitalism: what's in a name», *Past & Present*, 1, febrero de 1952, pp. 32-43 [incluido en R. H. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977].

llegar a una noción lo suficientemente amplia del capitalismo como para incluir las diferentes situaciones explotativas sufridas por el campesino indígena peruano, el inquilino chileno, el huasipunguero ecuatoriano, un esclavo de las plantaciones azucareras antillanas o un obrero textil de Manchester. Todos estos productores directos destinan su producto al mercado, trabajan en beneficio de otros y son privados del excedente económico que contribuyen a crear. En todos los casos la contradicción económica fundamental es la que opone a explotadores y explotados. Sólo que la lista es demasiado corta, ya que podría haber incluido también a los esclavos de los *latifundia* romanos o a los siervos de la gleba en la Edad Media europea, al menos en aquellos casos —la abrumadora mayoría— en que el señor destinara a la venta parte del excedente económico extraído al siervo. Deberíamos concluir, en consecuencia, que desde la revolución neolítica en adelante solamente ha existido capitalismo.

Desde luego, Frank es libre para extraer una masa de hechos históricos y construir, sobre esa base, un modelo. Puede, incluso, si así lo desea, dar a la entidad resultante el nombre de capitalismo —aunque no se ve la utilidad de emplear, para designar un conjunto de relaciones, palabras normalmente empleadas con otra acepción—. Pero lo que resulta totalmente inaceptable es que Frank sostenga que la suya es la concepción marxista del capitalismo. *Porque* par Marx —como resulta evidente para quien tenga un contacto siquiera superficial con su obra— el capitalismo era un modo de *producción*. La relación económica fundamental del capitalismo se constituye a través de la venta de su fuerza de trabajo por parte del trabajador libre, para lo cual la precondition necesaria es la pérdida, por parte del productor directo, de la propiedad de los medios de producción. En sociedades anteriores las clases dominantes explotaban a los productores directos —esto es, expropiaban el excedente económico creado por ellos— y aun comercia-

lizaban parte de este excedente hasta el punto de permitir la acumulación de grandes *capitales* por parte de una clase comercial, pero no se trataba de *capitalismo* en el sentido marxista del término, puesto que no existía un mercado de trabajo libre. La siguiente cita de *El capital* pone esto en claro:

No ocurre lo mismo con el *capital*. Sus condiciones *históricas* de existencia no están dadas, en absoluto, con la circulación mercantil y la dineraria. Surge tan sólo cuando el poseedor de medios de producción y medios de subsistencia encuentra en el mercado al *trabajador libre* como vendedor de su fuerza de trabajo, y *esta condición histórica* entraña una historia universal. El *capital*, por consiguiente, anuncia desde el primer momento una nueva *época* en el proceso de la producción social ¹⁰.

Para Marx, la acumulación de capital comercial es perfectamente compatible con los más variados modos de producción y desde ningún punto de vista presupone la existencia de un modo de producción capitalista:

Hasta aquí hemos considerado al capital comercial desde el punto de vista y dentro de los límites del modo capitalista de producción. Pero no sólo el comercio, sino que también el capital comercial es más antiguo que el modo capitalista de producción; en realidad históricamente es el modo libre de existencia más antiguo del capital [...].

La metamorfosis de las mercancías, su movimiento, consiste: 1) materialmente, en el intercambio de diferentes mercancías entre sí; 2) formalmente, en la transformación de la mercancía en dinero —la venta— y en la transformación del dinero en mercancía —la compra—. Y en estas funciones, el intercambio de mercancías mediante la compra y la venta, se resuelve la función del capital comercial. Por lo tanto, sólo media el intercambio de mercancías, el cual, no obstante, no sólo debe ser concebido de antemano como un intercambio mercantil entre los productores directos. En las condiciones de la esclavitud, de la servidumbre, del sistema de tributos (en la medida

¹⁰ *El capital*, libro I, vol. 1, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 207.

en que entran en consideración las entidades comunitarias primitivas), es el propietario de esclavos, el señor feudal, el estado que percibe tributos el que es propietario, y por ende vendedor, del producto. El comerciante compra y vende para muchos. En sus manos se concentran compras y ventas, con lo cual la compra y la venta dejan de estar ligadas a las necesidades inmediatas del comprador (en cuanto comerciante) ¹¹.

La pretensión de Frank de que su concepción del capitalismo es la marxista no parece reposar, pues, en nada más sólido que el deseo de Frank de que así sea. Pero antes de dejar este punto debemos volver nuevamente a los textos, ya que, en una polémica sostenida en México e inserta en su segundo volumen, al ser acusado precisamente de ignorar al modo de producción en su noción del capitalismo, Frank respondió con dos citas de Marx que, según él, demostraban la coincidencia de éste con su concepción. La primera cita procede de la *Historia de las doctrinas económicas* [*Teorías sobre la plusvalía*] y afirma:

En la segunda clase de colonias —las plantaciones, que fueron desde el momento de su nacimiento, especulación comercial, centros de producción para el mercado mundial— existe un modo de producción capitalista si bien sólo de manera formal, dado que la esclavitud entre los negros excluye al asalariado libre, que es la base en que la producción capitalista reposa. Sin embargo, aquellos que se dedican al comercio de esclavos son capitalistas. El sistema de producción introducido por ellos no se origina en la esclavitud, sino que es introducido dentro de ella. En este caso, el capitalista y el amo son la misma persona.

Según Frank, este párrafo prueba que para Marx no son las relaciones de producción lo que define la naturaleza de una economía (al menos es lo que deduzco, ya que ésta es su respuesta a la pregunta de Rodolfo Puiggrós acerca de qué «ocurre en el interior de colonias como el Brasil y las

¹¹ *El capital*, libro III, vol. 6, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 415-417.

del Caribe, esto es, donde el modo de producción esclavista prevalece»). En realidad, la cita prueba exactamente lo opuesto de lo que Frank pretende, ya que lo que Marx dice es que en las economías de plantación el modo de producción dominante es sólo formalmente capitalista. Y si es formalmente capitalista lo es porque sus beneficiarios participan en un mercado mundial en el que los sectores productivos dominantes son ya capitalistas. Esto permite a los terratenientes en la economía de plantación participar del movimiento general del sistema capitalista, sin que su modo de producción sea, sin embargo, capitalista. Creo que esto queda suficientemente claro si comparamos el párrafo citado por Frank con este otro, también de Marx, procedente de las *Formen*.

No obstante, este error no es de ningún modo mayor que el de todos los filólogos, p. ej., que hablan de *capital* en la antigüedad, de capitalistas romanos, griegos. Eso es sólo otro modo de decir que en Roma y Grecia el trabajo era *libre*, lo que difícilmente estos señores estarían dispuestos a afirmar. El que a los dueños de plantaciones en América no sólo los llamemos ahora capitalistas, sino que lo *sean*, se basa en el hecho de que ellos existen como una anomalía dentro de un mercado mundial basado en el trabajo libre¹².

¿Existían las condiciones estructurales del capitalismo en la Europa del siglo xvi cuando, según Frank, se inició el proceso de dominación capitalista de América Latina? ¿Podemos considerar que el trabajo libre fuera entonces la regla? En modo alguno. La dependencia feudal y el artesanado urbano constituían las formas básicas de la actividad productiva. La existencia de una poderosa clase comercial que amasó grandes capitales a través del comercio ultramarino no modificó en absoluto el hecho decisivo de que este capital fue acumulado por la absorción de un exceden-

¹² Marx, *Pre-capitalist economic formations*, Londres, 1964, pp. 118-119. [*Formaciones económicas precapitalistas*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1971, p. 94.]

te económico producido mediante relaciones de trabajo muy diferentes del trabajo libre. En un clásico artículo, Eric J. Hobsbawm ha señalado al siglo XVII como el período de crisis general en la economía europea que marca el punto de transición hacia el sistema capitalista. En lo que respecta a la expansión de los siglos XV y XVI afirma, por el contrario:

En ciertas circunstancias este comercio podía producir —aun en condiciones feudales— valores adicionales lo suficientemente amplios como para permitir el surgimiento de la producción en gran escala. Por ejemplo: si se trataba de abastecer a organizaciones excepcionalmente grandes, tales como reinos o la Iglesia; si la escasa demanda de todo un continente se concentraba en manos de los hombres de negocios de unos pocos centros especializados, tales como las ciudades textiles italianas y flamencas; si se llevaba a cabo una gran «extensión lateral» del campo de la empresa, por ejemplo, a través de la conquista o la colonización [...].

La expansión de los siglos XV y XVI perteneció fundamentalmente a este tipo y creó, por lo tanto, su propia crisis tanto dentro del mercado local como en el mercado ultramarino. Los «hombres de negocios feudales» —que eran los más ricos y poderosos sólo por ser los mejor adaptados para ganar mucho dinero en una sociedad feudal— no pudieron superar esta crisis. Su incapacidad de adaptación la intensificó¹³.

Frank, por el contrario, sostiene que la expansión europea fue plenamente capitalista a partir del siglo XVI, e intenta probar esta afirmación con una cita de Marx —la segunda a que antes hacíamos referencia— en la que este último declara que:

la historia moderna del *capitalismo* empieza con la creación, en el siglo XVI, de un comercio mundial y un mercado mundial.

¹³ E. J. Hobsbawm, «The general crisis of the European economy in the 17th Century», *Past & Present*, 5, mayo de 1954, p. 41 [incluido en *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, pp. 21 y 22].

Pero ocurre que esta vez Frank ha transcrito mal la cita. En el original, Marx afirma, en realidad, que:

El comercio y el mercado mundiales inauguran en el siglo xvi la biografía moderna del capital¹⁴.

Dada la distinción antes señalada entre *capital* y *capitalismo* —que permite la coexistencia del capital comercial con más tempranos modos de producción—, el significado de este pasaje es totalmente diferente. Marx sólo dice que la ampliación del mercado mundial en el siglo xvi, a consecuencia de la expansión ultramarina, creó las condiciones y el marco general dentro del cual la *moderna* expansión del capital pudo verificarse, dando por sentado que existieron formas anteriores de capital —por ejemplo en la Edad Media y en la Antigüedad—. Pero en ningún momento habla de capitalismo.

Los errores de la concepción de Frank se reflejan en el hecho de que ha definido al capitalismo en forma tan amplia que le es imposible extraer, legítimamente, conclusiones concretas acerca de nada. Frank, desde luego, no piensa esto, y cree poder derivar de sus premisas afirmaciones tan concretas como la de la caducidad de la etapa democrático-burguesa en América Latina. Veamos en qué consiste esta demostración. Pues tan sólo en la afirmación de que como la tarea de la revolución democrático-burguesa consiste en la destrucción del feudalismo, en tanto que América Latina ha sido *ab initio* capitalista, debe concluirse que la revolución democrático-burguesa desaparece del calendario de la revolución y ha de ser reemplazada por una lucha directa por el socialismo.

Pero Frank ha confundido nuevamente los términos del problema. Porque cuando los marxistas hablan de una revolución democrática que barra los vestigios del feudalismo

¹⁴ *El capital*, libro I, vol. 1, p. 179

mo, entienden por feudalismo algo muy distinto que Frank. Para ellos el feudalismo no es un sistema cerrado, no penetrado por las fuerzas del mercado, sino un conjunto de coacciones extraeconómicas que pesan sobre el campesinado absorbiendo una buena parte de su excedente económico y, en consecuencia, retardando el proceso de diferenciación interna de las clases rurales y la expansión del capitalismo agrícola. Esto es también lo que los revolucionarios franceses de 1789 entendían por feudalismo cuando pensaban que lo estaban suprimiendo mediante la abolición de las gabelas y privilegios señoriales. Cuando Lenin, en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, habla del creciente peso del capitalismo en la estructura agraria rusa, intenta demostrar la existencia de un progresivo proceso de diferenciación de clases que estaba gradualmente generando una clase de ricos campesinos, por un lado, y un proletariado agrícola, por el otro. Lo que a Lenin nunca se le hubiera ocurrido es basar su demostración en la progresiva expansión de la producción para el mercado, ya que era esta producción, *precisamente*, la que había constituido, algunos siglos antes, la fuente del surgimiento del feudalismo en Rusia, cuando las crecientes oportunidades de comercializar la producción triguera habían conducido a los terratenientes a acrecentar —y, en realidad, a establecer— la opresión servil. Cuando los bolcheviques sostenían que las tareas de la revolución rusa eran democrático-burguesas, entendían por ello que consistían en eliminar los vestigios del feudalismo y en abrir la puerta a la expansión capitalista (en 1905 sólo Trotski y Parvus comprendieron que era posible la transición directa hacia el socialismo a partir de las condiciones rusas). Dadas la incapacidad y la debilidad numérica del proletariado, sostuvieron que el campesinado había de desempeñar un papel clave en la alianza que tomara el poder. Para esta estrategia resultaba crucial que el problema campesino no pudiera ser solucionado por el régimen existente, ya que de otro modo el zarismo habría

creado su propio camino hacia el capitalismo y la revolución habría tenido que postergarse *sine die*. Stolypin, el ministro zarista que empleó todos los medios a su alcance para promover el surgimiento de una fuerte clase de campesinos propietarios que se transformara en un baluarte de la reacción —algo similar a lo que ha sido el campesinado francés desde Napoleón I hasta De Gaulle—, comprendió esto tan claramente como los bolcheviques. El peligro de esta política fue claramente advertido por Lenin, que escribió en 1908:

La Constitución de Stolypin y la política agraria de Stolypin marcan una nueva fase en la quiebra del antiguo, semipatriarcal y semifeudal sistema del zarismo, un nuevo movimiento hacia su transformación en una monarquía de clase media [...] Si esto continuara por muy largo tiempo [...] podría forzarnos a renunciar a todo programa agrario. Sería una vacía y estúpida fraseología democrática decir que el éxito de esa política es «imposible» en Rusia. ¡Es posible! Si la política de Stolypin continúa [...] la estructura agraria de Rusia llegará a ser completamente burguesa, los campesinos más fuertes adquirirán casi todos los lotes de tierras, la agricultura será capitalista y toda solución al problema agrario —radical o de otro tipo— resultará imposible bajo el capitalismo.

Este pasaje ilustra claramente las condiciones en las que Lenin consideraba que el desarrollo capitalista habría borrado la etapa democrático-burguesa de la agenda de la revolución —exactamente el problema al que Frank se refiere—. Estas condiciones eran la emergencia de una fuerte clase rural en un extremo y el crecimiento del proletariado rural en el otro. La negación de Frank de la posibilidad de una revolución democrático-burguesa en América Latina se reduce, pues, a lo siguiente: parte de un esquema político basado en el análisis de relaciones sociales a las que se designa, respectivamente, feudalismo y capitalismo, modifica el contenido de estos conceptos en mitad del razonamiento y concluye que el esquema político es falso porque no

se corresponde con los datos de la realidad. No es necesario insistir acerca de la validez de este tipo de razonamiento. (Desde luego, en lo anterior no hay ninguna opinión por parte mía acerca de la posibilidad o imposibilidad de una etapa democrático-burguesa en los diversos países de América Latina. Me he limitado a señalar la imposibilidad de formular ningún pronóstico al respecto sobre la base analítica de Frank.)

Por lo demás, si tomáramos literalmente las nociones de capitalismo y feudalismo implícitas en la obra de Frank, tendríamos que derivar de ellas mucho más de lo que Frank supone. En efecto, si el capitalismo había ya llegado a ser general durante el siglo XVI en los países metropolitanos —y no está claro por qué se detiene allí, dado que el comercio y la economía de mercado existían desde tiempos muy anteriores— tendríamos que concluir que la Inglaterra isabelina o la Francia del Renacimiento estaban maduras para el socialismo, algo que no creo que Frank mismo estuviera dispuesto a sugerir.

Si confrontamos ahora la afirmación de Frank de que los complejos socioeconómicos latinoamericanos han sido capitalistas desde tiempos de la Conquista —pero teniendo presente que feudalismo y capitalismo son modos de producción, en el sentido marxista del término— con la evidencia empírica existente, debemos concluir que la tesis «capitalista» es indefendible. En regiones con densas poblaciones indígenas —México, Perú, Bolivia o Guatemala— los productores directos no fueron despojados de la propiedad de los medios de producción, en tanto que la coerción extraeconómica para maximizar los varios sistemas de prestación de servicios —en los que es imposible no ver el equivalente de la *corvée* europea— fue progresivamente intensificada. En las plantaciones antillanas la economía se basó en un modo de producción constituido por el trabajo esclavo, mientras que en las áreas mineras se desarrollaban formas de esclavitud disfrazada y otros tipos de trabajo

forzado que, en todo caso, no podían en ningún sentido ser considerados como tendentes a la formación de un proletariado capitalista. Solamente en las pampas de Argentina, en Uruguay y en otras zonas similares más pequeñas donde no había existido población indígena previa —o donde había sido muy escasa y rápidamente destruida— el poblamiento asumió formas capitalistas desde sus comienzos, las cuales fueron acentuadas por la inmigración masiva del siglo XIX. Pero estas regiones estaban muy alejadas del patrón dominante en América Latina y se asemejaban más a las zonas templadas de nuevo poblamiento como Australia y Nueva Zelanda.

Ahora bien, este carácter precapitalista de las relaciones de producción dominantes en América Latina no sólo *no* fue incompatible con la producción para el mercado mundial, sino que, por el contrario, fue intensificado por la expansión de este último. El régimen feudal de las haciendas tendió a incrementar las exacciones serviles sobre el campesinado a medida que las crecientes demandas del mercado mundial impulsaron a maximizar el excedente. De tal modo, lejos de constituir el mercado externo una fuerza desintegradora del feudalismo, tendió a acentuarlo y consolidarlo. Tomemos uno de los ejemplos mencionados por Frank: la evolución del *inquilinaje* en Chile. Durante el siglo XVII, el ocupante obtenía la posesión de sus tierras a cambio del pago de un canon simbólico, pero este pago comenzó a adquirir significación a medida que se fueron incrementando las exportaciones de trigo a Perú con posterioridad al terremoto de 1688. El siglo XIX asistió a un agravamiento de este proceso, determinado, nuevamente, por las crecientes exportaciones de cereales; el trabajo exigido fue a menudo equivalente al de un trabajador permanente, al par que se reducían los derechos tradicionales del campesino, especialmente los de pasturaje o talaje. El salario que recibía en dinero era inferior al de un bracero o jornalero. Es preciso advertir que sería un error ver en este proceso la emer-

gencia de un proletariado rural; de haber sido así, el salario hubiera pasado a ser la parte sustancial de los medios de subsistencia del inquilino. Pero todos los signos muestran que, por el contrario, el salario era meramente un *elemento subordinado en una economía de subsistencia basada en la tenencia de la tierra*. Es decir, que nos enfrentamos con un campesino sujeto a obligaciones serviles y no con un asalariado agrícola que completa su ingreso con regalías de consumo y un trozo de tierra ¹⁵.

¹⁵ En una nota inédita que su autor ha tenido la amabilidad de facilitarme, Juan Martínez Alier ha señalado que en las haciendas de la sierra peruana, donde los elementos formales de la coacción extraeconómica —tales como la *corvé* en las relaciones económicas y el *gamonalismo* en las políticas— no han desaparecido, han sido, sin embargo, transformados hasta el extremo de que el hambre de tierras de los campesinos surge, en realidad, del hambre de empleo. Afirma: «El objetivo de una clásica *jucquerie* es sacarse de encima al patrón: es decir, recobrar la plena posesión de la tierra, liberarse de la obligación de pagar renta y, como consecuencia, cambiar la estructura política de distribución del poder. Los objetivos de una lucha de campesinos con mentalidad proletaria, por el contrario, serán obtener más altos salarios y mayor seguridad, y para estas metas la adquisición de tierra o su toma de posesión por parte del Estado pueden parecer medios apropiados. Si pensamos [...] que, para el campesino no asalariado de la sierra que ha ido a trabajar en las haciendas, el principal problema es la seguridad en el empleo, entonces las posibilidades de abrir camino a una estructura agraria que permita ulteriores desarrollos socialistas son mayores que si pensamos que la posesión de la tierra es, para los campesinos, un fin en sí mismo.»

Martínez Alier señala aquí uno de los caminos por los que un proceso de proletarianización puede, efectivamente, iniciarse. No obstante, la efectivización de este proceso supone la concurrencia de dos condiciones: 1) que exista una progresiva pérdida de la propiedad de los medios de producción por parte del campesino; 2) que exista permanentemente otro sistema opcional de empleo, sometido a oscilaciones cíclicas. De otro modo, deberíamos sostener que siempre que la demanda de trabajo servil es superior a la oferta, la coerción es económica y no extraeconómica y que, por consiguiente, el siervo es un proletario y no un campesino. Pero esta situación fue frecuente durante la Edad Media europea en períodos de aumento de la población, lo que permitía a los señores acrecentar los servicios exigidos a los siervos. Por el contrario, los períodos de población declinante —tal el que siguió a la Peste Negra en el siglo XIV— permitieron a los campesinos mejorar su posición negociadora frente al señor. La situación descrita por Martínez Alier existe sólo en aquellos casos en que la tierra ha pasado a ser una mera fuente posible de empleo junto a otras. En otros casos no podemos afirmar que existe en la conciencia campesina una disociación entre la tierra como fuente de empleo y la tierra como fin en sí mismo.

Esta situación —con diversas variaciones— se repite monótonamente a lo largo de todo el continente. América Latina no fue, pues, una excepción al proceso por el que regiones marginales densamente pobladas experimentaron *un reforzamiento de las relaciones serviles a los efectos de incrementar la producción para los mercados externos*. Es el proceso vivido por Europa oriental a partir del siglo XVI, al abrirse las posibilidades de exportar materias primas a los mercados del oeste. Esta fue la base para la refeudalización de estas áreas periféricas, la «segunda servidumbre» a la que se refería Engels. Sin duda estas condiciones se fueron gradualmente modificando en América Latina desde fines del siglo XIX, con el progresivo surgimiento de un proletariado rural. Es difícil saber hasta qué punto ha avanzado este proceso en la actualidad, ya que carecemos de estudios suficientes al respecto, pero, en todo caso, está muy lejos de haber concluido, y las condiciones feudales son aún predominantes, en gran medida, en las áreas rurales de América Latina. Y no es necesario extraer conclusiones dualistas de esta posición, ya que, como hemos visto, la base del moderno sector expansivo estaba dada por el incremento de la explotación servil en el sector atrasado.

Con esto llegamos al punto en el que ha residido el malentendido fundamental de esta polémica: *afirmar el carácter feudal de las relaciones de producción en el sector agrario no implica necesariamente mantener una tesis dualista*. El dualismo implica que no existen conexiones entre el sector «moderno» o «progresivo» y el «cerrado» o «tradicional». Por el contrario, de acuerdo con nuestro razonamiento anterior, la explotación servil fue acentuada y consolidada por la tendencia de los mismos empresarios —presumiblemente «modernos»— a maximizar el beneficio, con lo cual la aparente falta de comunicación entre ambos sectores desaparece. Podemos afirmar que, en tales casos, la modernidad de un sector es función del atraso del otro y que, por consiguiente, no es revolucionaria una política que se pos-

tule como el «ala izquierda» del sector «modernizante». Lo correcto, por el contrario, es enfrentar al sistema en su conjunto y mostrar la indisoluble unidad existente entre el mantenimiento del atraso feudal en un extremo y el dinamismo burgués aparentemente progresivo en el otro. Creo que por este camino podría llegar efectivamente a demostrarse, en coincidencia con Frank, que el desarrollo genera el subdesarrollo, sólo que el razonamiento estaría basado en el análisis de las relaciones de producción y no sólo en las de mercado. Frank podría, no obstante, argüir que los defensores de la tesis «feudal» —notoriamente los partidos comunistas latinoamericanos— han sostenido posiciones dualistas. Y en esto, indudablemente, no le faltaría razón, ya que en su interpretación de la naturaleza de las economías latinoamericanas los «feudalistas» han empleado definiciones de feudalismo y capitalismo similares a las de Frank. Sería largo explicar aquí las razones de esta deformación, pero creo que pueden resumirse en el siguiente hecho: la izquierda latinoamericana ha surgido, históricamente, como ala izquierda del liberalismo, y su ideología fue, consecuentemente, determinada por las categorías ideológicas básicas elaboradas por las élites liberales del siglo XIX —ya hemos señalado antes cuáles eran éstas—. Y el dualismo era un elemento esencial en este sistema de categorías. De aquí se derivó la constante tendencia a identificar feudalismo con estancamiento y economía cerrada, y capitalismo, con dinamismo y progreso. Esta típica deformación del marxismo generó más tarde su complemento dialéctico en la posición opuesta, desarrollada a lo largo de la última década. Puesto que el conocimiento de la realidad histórica y actual hacía cada vez más evidente que las economías latinoamericanas habían sido *siempre* economías de mercado, y puesto que el fracaso en América Latina de las élites reformistas y presuntamente progresistas revelaba cada vez con mayor claridad las íntimas interconexiones entre los sectores «moderno» y «tradicional», una nueva

escuela concluyó que América Latina había sido siempre capitalista. Frank y aquellos que piensan como él —y son muchos— aceptan los términos del dilema tal como fueron planteados por los partidos comunistas latinoamericanos y los liberales del siglo XIX, pero se ubican en el extremo opuesto. Así rompen indudablemente con el dualismo —y su punto de vista es, en consecuencia, relativamente más correcto—, *pero al intentar situar la contradicción fundamental en el campo de la circulación y no en el de la producción, no pueden sino quedarse a medio camino en la explicación de por qué el desarrollo genera subdesarrollo*. Esto resulta claro al considerar el tercer tipo de afirmación de Frank al que antes hicimos referencia: aquel según el cual los orígenes del subdesarrollo descansan en el carácter dependiente de la inserción económica de América Latina en el mercado mundial. Pero antes de tratar este punto, es necesario introducir un mayor grado de precisión en las categorías analíticas que emplearemos, distinguiendo, en particular, entre modos de producción y sistemas económicos.

MODOS DE PRODUCCION Y SISTEMAS ECONOMICOS ¹⁶

Entendemos por «modo de producción» el complejo integrado por las fuerzas sociales productivas y las relaciones ligadas a un determinado tipo de propiedad de los medios de producción ¹⁷. Del conjunto de las relaciones de producción consideramos que las ligadas a la propiedad de los medios de producción son las esenciales, ya que determinan las formas de canalización del excedente económico y el grado efectivo de división del trabajo, base a su vez de la

¹⁶ Lo que sigue es un resumen de los argumentos expuestos en mi trabajo ya mencionado en la nota 1.

¹⁷ Oscar Lange, *Economía política*, México, FCE, 1966.

capacidad expansiva de las fuerzas productivas. El nivel y el ritmo de crecimiento de éstas depende, a su vez, del destino del excedente económico. Por modo de producción designamos, en consecuencia, la articulación lógica y mutuamente condicionada entre: 1) un determinado tipo de propiedad de los medios de producción; 2) una determinada forma de apropiación del excedente del trabajo; 3) un determinado grado de desarrollo de la división del trabajo; 4) un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Y ésta no es una enumeración meramente descriptiva de «factores» aislados, sino una totalidad definida por sus mutuas interconexiones. Dentro de esta totalidad, la propiedad de los medios de producción constituye el elemento decisivo.

«Sistema económico», en cambio, designa las relaciones entre los diferentes sectores de la economía, o entre diversas unidades productivas, ya sea a nivel regional, nacional o mundial. Cuando, en el primer volumen de *El capital*, Marx analiza los procesos de producción de la plusvalía y de acumulación de capital, describe el *modo de producción capitalista*. Por el contrario, cuando analiza el intercambio entre sector I y sector II e introduce problemas tales como el de la renta o el del origen de la ganancia comercial, está describiendo un *sistema económico*. Un sistema económico puede incluir, como elementos constitutivos, modos de producción diversos, siempre que se le defina como una totalidad, esto es, a partir de un elemento o ley de movimiento que establezca la unidad entre sus diversas manifestaciones.

El modo de producción feudal es aquel en el que el proceso productivo se cumple de acuerdo con las siguientes pautas: 1) el excedente económico es producido por fuerza de trabajo sujeta a coacciones extraeconómicas; 2) el excedente económico es objeto de apropiación privada por alguien distinto del productor directo; 3) la propiedad de los medios de producción permanecen en manos del productor

directo. En el modo de producción capitalista, el excedente económico está también sujeto a apropiación privada, pero, a diferencia del feudalismo, la propiedad de los medios de producción está separada de la propiedad de la fuerza de trabajo; es esto lo que permite la transformación de la fuerza de trabajo en una mercancía y, en consecuencia, el nacimiento de la relación salarial. Pienso que es posible, dentro de este marco teórico, situar el problema de la dependencia al nivel de las relaciones de producción.

LAS ETAPAS DE LA DEPENDENCIA

Frank se refiere en sus obras a la relación de dependencia entre el satélite y la metrópoli; éste es en realidad el eje alrededor del cual se organiza todo su esquema teórico. Sin embargo, a lo largo de sus obras no hay el menor intento de definir la naturaleza de esa relación de dependencia, esto es, de establecer las contradicciones económicas específicas en las que la relación de dependencia se funda. Frank nos describe una situación en la que el país subdesarrollado está totalmente integrado en el proceso expansivo de las grandes metrópolis; nos muestra luego *cómo* los países avanzados explotan a los países periféricos; lo que en ningún momento explica es *por qué* ciertas naciones necesitaron del subdesarrollo de otras para su propio proceso de expansión. Lo más que proporciona en este punto es una vaga referencia general a *La economía política del crecimiento*, de Paul Baran. Pero, como sabemos, Baran trata una situación muy específica de subdesarrollo que no podemos prolongar hacia el pasado y que está resultando cada vez menos aplicable a la América Latina contemporánea. ¿O es que Frank cree que el modelo de Baran es aplicable a países tales como Argentina, Brasil o México, las tres áreas

de inversión más importantes en el continente, después de Venezuela, para el imperialismo norteamericano?

No es demasiado difícil encontrar las razones de este notable hiato en el esquema teórico de Frank. Porque su noción del capitalismo es tan amplia que no puede establecer, dado el nivel de abstracción en que se mueve, ninguna contradicción económica específica del mismo. Si son lo mismo Cortés, Pizarro, Clive y Cecil Rhodes, no hay forma de rastrear la naturaleza y orígenes de la dependencia económica en las relaciones de producción. Si, por el contrario, cesamos de mirar al capitalismo como un *deus ex machina* cuya omnipresencia nos libera de todas las explicaciones e intentamos, en cambio, buscar los orígenes de la dependencia en los modos de producción, lo primero que debemos hacer es renunciar a hablar de una contradicción única. Porque relaciones de dependencia ha habido siempre, al margen de la existencia del capitalismo.

En la Edad Media, por ejemplo, recientes avances en los estudios históricos han puesto de manifiesto la existencia de un intercambio desigual entre Europa occidental y el este del Mediterráneo. Los trabajos de Ashton acerca de los precios en Siria medieval, en particular, muestran que estos últimos eran estacionarios, en tanto los de Europa occidental eran oscilantes y con tendencia al ascenso a largo plazo. Este desajuste proporcionaba un canal por el que las burguesías de Occidente absorbían el excedente económico de su periferia oriental. Si entendemos por dependencia económica la absorción estructural y permanente del excedente económico de una región por parte de otra, podemos considerar al comercio medieval entre Oriente y Occidente como una relación de dependencia, ya que la disparidad en los niveles de precios —la base de toda actividad comercial— se realizaba siempre en beneficio de una de las dos áreas. Pero esta actividad, que estimuló inmensamente la acumulación de capital comercial en las grandes ciudades europeas, no implicó en absoluto la generalización

de las relaciones salariales en la esfera de la producción. Se trataba, por el contrario, de una expansión feudal, en la que los lazos serviles eran con frecuencia reforzados a los efectos de maximizar el excedente. ¿No fue, quizás, la expansión europea del período mercantilista una ampliación a escala mundial de este proceso? A través de sus posiciones monopolísticas las potencias europeas fijaban el precio de las mercancías en sus imperios de ultramar —con el fin de asegurar una permanente disparidad en su favor— al par que, mediante coacciones extraeconómicas, explotaban la fuerza de trabajo en minas y plantaciones. Romano se plantea si

Puede el problema de la disparidad de precios, observado entre diferentes regiones del Oriente Cercano, encontrar una explicación, un intento de explicación, a la luz del ejemplo de Hispanoamérica. ¿No podrían estas zonas de precios más bajos cumplir el papel de subcolonias, como tan a menudo ocurre en Hispanoamérica: por ejemplo, Chile y Perú, ambas subcolonias de España, y sin embargo la primera subcolonia de la segunda? ¹⁸.

Vemos así cómo el desarrollo de la estructura económica dominante en los países metropolitanos en la época mercantilista podía generar el subdesarrollo: reduciendo el excedente económico de los países periféricos y fijando sus relaciones de producción en un arcaico tipo de coacción extraeconómica que retardaba todo proceso de diferenciación social y disminuía la amplitud de los mercados internos.

Este tipo de relación de dependencia es, no obstante, muy diferente del que predominaría en la etapa específicamente capitalista de la expansión europea. Y aquí es donde surge el problema central. Porque si queremos mostrar que también en esta época el desarrollo genera el subdesarrollo, lo que debemos probar es que el mantenimiento de relaciones de producción precapitalistas en las áreas periféricas es una condición inherente al proceso de acumulación en los países

¹⁸ Ruggiero Romano, «Les prix au Moyen Age: dans le Proche Orient et dans l'Occident chrétien», *Annales ESC*, julio-agosto de 1963, pp. 609-702.

centrales. En este punto entramos en un campo en el que, infortunadamente, la investigación empírica es demasiado inadecuada para permitir llegar a ninguna conclusión definitiva¹⁹; no obstante, creo que es legítimo formular un modelo teórico que establezca las variables en juego y la articulación de las mismas a la que la evidencia que poseemos parece apuntar. Este modelo teórico puede ser resumido en los siguientes términos. El proceso de acumulación de capital —que es el motor fundamental del conjunto del sistema capitalista— depende de la tasa de ganancia. Ahora bien, la tasa de ganancia está a su vez determinada por la tasa de plusvalía y la composición orgánica del capital. El ascenso en la composición orgánica del capital es una condición de la expansión capitalista, ya que es el progreso tecnológico lo que permite reconstituir el ejército de reserva y, en consecuencia, el mantenimiento de un bajo nivel de salarios. Pero, a menos que el aumento en la composición orgánica del capital esté ligado a un incremento más que proporcional en la tasa de plusvalía, se producirá una declinación en la tasa de ganancia. Esta tendencia es parcialmente compensada por movimientos del capital, de industrias con una alta composición orgánica a otras con una baja composición orgánica; de aquí surge una tasa media de ganancia que es siempre más alta que la que correspondería, en términos de valor, a las industrias tecnológicamente más avanzadas. No obstante, como un creciente aumento en la composición orgánica del capital total es inherente a la expansión capitalista, a largo plazo sólo puede existir una permanente tendencia declinante en la tasa de ganancia. Estos son, desde luego, los términos en los que Marx formulaba su célebre ley.

¹⁹ Véase, sin embargo, la información contenida en los trabajos de Christian Palloix, «Impérialisme et mode de production capitaliste», en *L'Homme et la Société*, 12, abril-junio de 1969, pp. 175-194; y Samir Amin, «Le commerce et les flux internationaux de capitaux», *ibid.*, 15, enero-marzo de 1970, pp. 77-102.

Como se ve, en este esquema —que describe con bastante precisión las tendencias dominantes en un capitalismo de libre competencia— resulta clave, para un sostenido proceso de acumulación, la existencia, en algún sector del sistema, de unidades productivas en las que la baja tecnología o la superexplotación del trabajo permitan contrapesar el efecto depresivo de la creciente composición orgánica sobre la tasa de ganancia en las industrias dinámicas o de avanzada. Ahora bien, las empresas de las áreas periféricas están en condiciones ideales para representar este papel. Tomemos el ejemplo de las plantaciones o de las haciendas. En ellas la composición orgánica del capital es baja²⁰ —como acontece siempre en la producción primaria por comparación a la industrial—; la fuerza de trabajo está en general sujeta a formas de coerción extraeconómica características de los modos de producción feudal o esclavista; finalmente, en la medida en que existe el trabajo libre, es generalmente superabundante y, por consiguiente, barato²¹. Si se probara, en

²⁰ Bajo el feudalismo, la propiedad de los medios de producción por parte del productor directo es un obstáculo al progreso técnico. Bajo el modo de producción esclavista, la tendencia del esclavo a destruir la máquina crea barreras a la inversión en capital constante. Véase Marx, *El capital*, libro I, vol. 1, p. 238, donde se citan numerosos ejemplos, y Manuel Moreno Fragnals, *El ingenio*, La Habana, 1964.

²¹ La importancia de este hecho fue advertida ya por Marx, que, sin embargo, no analizó su peso relativo en la formación de una tasa media de ganancia: «Otra interrogante —que por su especialización se halla, en realidad, más allá de los límites de nuestra investigación— es la siguiente: ¿resulta acrecentada la tasa general de ganancia en virtud de la tasa de ganancia más elevada que obtiene el capital invertido en el comercio exterior, y especialmente en el comercio colonial?»

«Los capitales invertidos en el comercio exterior pueden arrojar una tasa de ganancia superior porque, en primer lugar, en este caso se compete con mercancías producidas por otros países con menores facilidades de producción, de modo que el país más avanzado vende sus mercancías por encima de su valor, aunque más baratas que los países competidores. En la medida en que aquí el trabajo del país más adelantado se valoriza como trabajo de mayor peso específico, aumenta la tasa de ganancia al venderse como cualitativamente superior el trabajo que no ha sido pagado como tal. La misma relación puede tener lugar con respecto al país al cual se le envían mercancías y del cual se traen mercancías; a saber, que dicho país dé mayor cantidad de trabajo objetivado *in natura* [en especie] que el que recibe, y que de esa manera, no obstante, obtenga la mercancía más barata de lo que él mismo podría producirla. Es

consecuencia, que la inversión de estos sectores ha jugado un importante papel en la determinación de la tasa de ganancia, podría concluirse que la expansión del capitalismo industrial en los países metropolitanos ha dependido del mantenimiento de modos de producción precapitalistas en las áreas periféricas. Es en este punto, sin embargo, en el que la evidencia de que hasta ahora disponemos resulta sugestiva, pero no concluyente. Si esta tesis resultara, en definitiva, probada, sería posible, partiendo estrictamente de las relaciones de producción, mostrar que el desarrollo genera el subdesarrollo y refutar, desde una perspectiva marxista, el tradicional esquema dualista.

Volviendo, pues, a nuestra anterior terminología, podemos afirmar que el sistema capitalista mundial —que encuentra su principio regulador en la tasa media de ganancia producida por la interacción entre varias empresas— incluye, *al nivel de su definición*, modos de producción diversos. Porque, si nuestra argumentación anterior es correcta, el crecimiento del sistema depende de la acumulación de capital, el ritmo de esta acumulación depende de la tasa media de la ganancia y el nivel de esta tasa depende, a su vez, de la consolidación y expansión de las relaciones precapitalistas en las áreas periféricas. La gran insuficiencia en las teorías puramente subconsumistas es que interpretan la expansión externa exclusivamente como una respuesta a la necesidad de mercados y eluden, así, el hecho decisivo de que la explotación colonial, al contribuir a elevar la tasa media de ganancia, asegura la capacidad expan-

exactamente lo mismo que el fabricante que utiliza un nuevo invento antes de generalizarse, vendiendo más barato que sus competidores, no obstante lo cual vende su mercancía por encima de su valor individual, es decir, que valoriza como plus-trabajo la fuerza productiva específicamente más elevada del trabajo que ha empleado. De esa manera, realiza una plusganancia. Por otra parte, en lo que respecta a los capitales invertidos en las colonias, etc., los mismos pueden arrojar tasas de ganancia más elevadas porque en esos lugares, en general, a causa de su bajo desarrollo, la tasa de ganancia es más elevada, y lo mismo, con el empleo de esclavos y culíes, etc.» (*El capital*, libro III, vol. 6, p. 304).

siva del sistema en el momento de la *inversión* y no sólo en el de la *realización*.

Hasta aquí es hasta donde puede llegar un razonamiento puramente teórico. Las afirmaciones anteriores están sujetas a dos tipos de verificaciones empíricas. Sería necesario demostrar: 1) que durante el siglo XIX el crecimiento en la composición orgánica del capital fue más rápido que el crecimiento en la productividad del trabajo; 2) que el capital invertido en los países periféricos jugó un importante papel en el mantenimiento de una adecuada tasa de beneficio en los países metropolitanos. Sólo la investigación empírica puede verificar si ambas condiciones existieron en la realidad.

Por otro lado, si estas condiciones existieron en el pasado, sin duda que no se dan en el presente²². El enorme incremento en la productividad del trabajo en la presente etapa del capitalismo monopolista —a consecuencia del cambio tecnológico— ha tendido a hacer antieconómica la superexplotación precapitalista de la fuerza de trabajo y a concentrar la inversión en los países centrales. Al mismo tiempo —y América Latina es un claro ejemplo de esto— la inversión imperialista ha tendido a desplazarse de sus tradicionales rubros hacia la producción de materiales estratégicos —el caso típico es el petróleo— o bien hacia la producción industrial. La naturaleza de las relaciones entre metrópolis y satélites —para usar la terminología de Frank— no es menos dependiente, pero se trata en todo caso de un tipo muy distinto de dependencia. Me parece más sutil subrayar estas diferencias y discontinuidades que intentar mostrar la continuidad e identidad del proceso, desde Hernán Cortés hasta la General Motors.

Volviendo, pues, al debate «feudalismo *versus* capitalis-

²² Véase, por ejemplo, la discusión iniciada por Charles Bettelheim en su prefacio a la edición francesa del *Monopoly capital*, de Baran y Sweezy (París, 1968), y por Pierre Jalée en *El imperialismo en 1970* (México, Siglo XXI, 1970).

mo», creo que resulta claro que sus protagonistas han confundido constantemente, a lo largo del mismo, los conceptos de *modo de producción capitalista* y de *participación en el sistema capitalista mundial*. Considero que la distinción entre estos dos conceptos no es una cuestión puramente académica, ya que, si la argumentación anterior es correcta, permite aclarar importantes aspectos del conjunto de relaciones entre metrópoli y satélites. Por el contrario, equiparar a ambos sólo puede perpetuar el constante *quid pro quo* en el que se ha movido Frank. El comentario final sobre esta polémica puede, quizá, ser dejado al mismo Marx. En un célebre pasaje acerca de los economistas de su tiempo, hacía la siguiente reflexión, que no ha perdido su relevancia:

La primera consideración teórica del modo de producción moderno —el sistema mercantilista— partió necesariamente de los fenómenos superficiales del proceso de la circulación, tales como se hallan autonomizados en el movimiento del capital comercial, y por lo tanto sólo captó las apariencias. En parte, porque el capital comercial es el primer modo libre de existencia del capital en general. En parte, por la influencia preponderante que ejerce en el primer período de trastocamiento de la producción feudal, en el período de nacimiento de la producción moderna. La verdadera ciencia de la economía moderna sólo comienza cuando la consideración teórica pasa del proceso de circulación al proceso de producción²³.

POSTSCRIPTUM

Este ensayo fue publicado originariamente hace seis años y ejerció una influencia considerable. Fue ampliamente comentado, tanto en Inglaterra como en América Latina, y dio lugar a algunos importantes debates. Si lo incluyo en este volumen —pese a que la noción de modo de produc-

²³ *El capital*, libro III, vol. 6, pp. 430-431.

ción que en él se emplea me parece actualmente inadecuada— es porque sigo pensando que la tesis básica que en él se sostiene es correcta y porque las posiciones circulacionistas, si bien en retirada, continúan siendo una importante fuente de errores en la teoría marxista. En este breve postscriptum quisiera presentar la siguiente tesis: que el pensamiento marxista en América Latina ha encontrado considerable dificultad en moverse *simultáneamente* al nivel de los *modos de producción* y al de los *sistemas económicos*, y que los errores más frecuentes se derivan del uso unilateral de uno u otro de estos dos niveles.

Mi ensayo tenía una doble intención: 1) Intentaba separar el concepto de modo de producción de cualquier connotación histórica, es decir, de cualquier vínculo con un estadio necesario del desarrollo. «Modo de producción» es un concepto abstracto y no un estadio del desarrollo histórico concreto. No hay, en consecuencia, ninguna transformación histórica que pueda ser explicada *exclusivamente* por el despliegue de la lógica interna de un modo de producción determinado. 2) Intentaba concebir a las economías concretas como sistemas de relaciones constituidos por la articulación de diferentes modos de producción. Por eso propuse la distinción entre «modos de producción» y «sistemas económicos», que me sigue pareciendo correcta y necesaria. Todo avance hacia lo concreto implica una progresiva transición analítica de los modos de producción a los sistemas económicos. Obviamente, éste es aún un análisis abstracto; el paso final hacia lo concreto requeriría situar al sistema económico en relación con los niveles político e ideológico que caracterizan a una formación social determinada. En todo caso, y permaneciendo en el plano estrictamente económico, está claro que, cuanto más concreto sea el análisis, el sistema de relaciones analizado será más amplio y más complejo. Es obvio que las dimensiones de este sistema, concebido como una totalidad, han tendido a identificarse a partir del siglo XVI con el mercado mun-

dial. ¿En qué medida este sistema económico mundial fue capitalista? Según hemos argumentado, el sistema económico mundial es capitalista en la medida en que la ley de movimiento del modo de producción capitalista —es decir, las fluctuaciones en la tasa de ganancia (que es una categoría estrictamente capitalista, $P/(C+V)$, puesto que presupone la existencia de la mano de obra libre)— ha pasado a ser la ley de movimiento que articula al sistema en su conjunto. Esto es lo que permite la coexistencia de varios modos de producción no capitalistas articulados en un sistema capitalista mundial²⁴. Según hemos argumentado, los cambios estructurales que el modo de producción capitalista ha experimentado en los países metropolitanos pueden en muchos casos contribuir a reforzar la explotación extraeconómica del trabajo en las áreas periféricas. El concepto de «sistema capitalista» es, en consecuencia, la más cercana aproximación a lo concreto permitida por un análisis meramente económico y, si lo que hemos afirmado en este ensayo es correcto, no puede ser *derivado* del concepto de «modo de producción capitalista», sino que debe ser

²⁴ Nótese que no es posible evadir el problema afirmando que la ganancia no es una categoría capitalista, puesto que está presente en toda sociedad en la que un excedente económico pasa a manos diferentes de las del productor directo. Si definimos el concepto de «ganancia» en estos términos estamos refiriéndonos a un concepto distinto del de «ganancia capitalista». Las leyes específicas que rigen al movimiento de esta última dependen de un conjunto de relaciones —tasa de ganancia, composición orgánica del capital, etc.— que sólo surgen cuando la fuerza de trabajo ha pasado a ser una mercancía, es decir, con el capitalismo. La condición para hablar de *sistema capitalista mundial* no es, por consiguiente, que el sistema sea unificado por la tendencia de un *homo oeconomicus* a maximizar sus intereses al margen de cualquier tipo de relaciones de producción, sino que las leyes de movimiento de la tasa de ganancia concebida como categoría capitalista determinen las leyes de movimiento del conjunto del sistema. Formular el problema en estos términos concuerda con la línea argumentativa de mi ensayo, es decir, con la necesidad de ver en el sistema capitalista mundial una articulación de numerosas unidades económicas que producen sobre la base de distintos modos de producción, y cuya unidad es provista por los movimientos en la tasa de ganancia. Nos referimos en tal sentido a la última concebida como categoría general, determinada por cambios en aquel sector del sistema en el que predomina el modo de producción capitalista.

constituido partiendo del análisis teórico de las posibles articulaciones entre los diversos modos de producción. El análisis de éstos es, por consiguiente, una precondition para el estudio teórico del sistema mundial. Cualquier otro modo de enfocar el problema no puede ir más allá del mero estado empírico-descriptivo.

Un buen ejemplo de los errores teóricos a los que conduce en ciencias sociales un ingenuo empirismo puede encontrarse en el bien conocido trabajo de Immanuel Wallerstein²⁵. Este autor ha intentado plantear el mismo problema que estamos discutiendo: su propósito ha sido concebir al *sistema* capitalista como una totalidad cuyas dimensiones coinciden con el mercado mundial y que resulta incomprendible si se analizan sus partes aisladas. Sin embargo, ha intentado hacerlo siguiendo un diferente camino: reduciendo el concepto de «modo de producción» al de «sistema económico». En un análisis crítico de mi posición afirma:

Europa occidental, al menos Inglaterra desde fines del siglo XVII en adelante, tenía primariamente trabajadores sin tierra y que recibían un salario. En América Latina entonces, y en alguna medida aún en la actualidad, los trabajadores no eran proletarios, sino esclavos o «siervos». Si hay proletariado, hay, en consecuencia, capitalismo. Desde luego. Sin duda. Pero, ¿es Inglaterra, o México, o las Antillas, una unidad de análisis? ¿Tiene cada una de ellas un «modo de producción» separado? ¿O la unidad (para los siglos XVI-XVIII) es la economía-mundo europea, que incluye Inglaterra y México?, en cuyo caso, ¿cuál es el modo de producción de esta economía-mundo?²⁶

Es decir, que por modo de producción ya no entendemos la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción, sino las relaciones económicas internacionales,

²⁵ Immanuel Wallerstein, *The modern world-system*, vol. I, *Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, 1974 [trad. cast., Madrid y México, Siglo XXI]; «The rise and future demise of the world capitalist system: concepts for comparative analysis», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 16, 4, 1974.

²⁶ I. Wallerstein, «The rise and future...», p. 394.

ya que el modo de producción es identificado con la economía mundial como tal. Wallerstein partió de la correcta observación de que no es posible ligar el modo de producción dominante en un país o región con un determinado estadio de desarrollo, puesto que la inteligibilidad de todo proceso de cambio depende de un análisis de la economía mundial como un todo y no de sus partes aisladas; pero en lugar de concluir que por modo de producción debemos, en consecuencia, entender una categoría analítica carente de connotaciones «etapistas», ha transferido los estadios al sistema económico y ha eliminado —a través de una distorsión— el concepto de modo de producción. En consecuencia, el sistema capitalista mundial no es el *resultado* de una construcción teórica, sino el *punto de partida* del análisis. Wallerstein sostiene que su análisis se basa en la primacía de la categoría de totalidad. Pero la suya no es una totalidad compleja y rica en determinaciones teóricas, resultado de un progresivo proceso de aproximación a lo concreto, sino exactamente lo opuesto: es la totalidad vacante y homogénea resultante de eliminar las diferencias en lugar de articularlas. Así, afirma, por ejemplo:

Esto, pues, resuelve el problema en que se incurre al usar la penetración del trabajo asalariado como la característica definitoria del capitalismo. Un individuo no es menos un capitalista que explota el trabajo porque el Estado le ayude a pagar a sus trabajadores bajos salarios (incluso salarios en especie) y porque niegue a sus trabajadores el derecho a cambiar de empleo. La esclavitud y la llamada «segunda servidumbre» no deben ser miradas como anomalías en un sistema capitalista [...] Esta es una relación en que la fuerza de trabajo es una mercancía (¿cómo podría serlo en mayor medida que bajo el esclavismo?), bien diferente de la relación entre un siervo feudal y su señor en la Borgoña del siglo XI, donde la economía no estaba orientada hacia el mercado mundial y donde la fuerza de trabajo no era comprada ni vendida en ningún sentido. Así, el capitalismo implica sin duda que el trabajo es una mercancía. Pero en la era del capitalismo agrícola el trabajo asalariado es sólo uno de los modos en que el trabajo es reclutado

y recompensado en el mercado del trabajo. La esclavitud, el trabajo obligado en cultivos para el mercado (nombre que yo doy al llamado «segundo feudalismo»), la aparcería y el arrendamiento, todos ellos constituyen modos alternativos²⁷.

Pasemos por alto los varios errores contenidos en este párrafo, algunos de los cuales son garrafales —como la confusión entre trabajo y fuerza de trabajo, o la afirmación de que la fuerza de trabajo constituye una mercancía bajo el esclavismo—, mientras que otros son cómicos —¡la esclavitud como recompensa al trabajo!—. Concentraremos más bien la atención en los resultados de este proceso de homogeneización teórica al que los más variados modos de producción han sido sometidos. Cumpliendo nuestras peores expectativas, el más concreto de los sistemas económicos —el sistema capitalista mundial— ha pasado a ser el más abstracto: el principio que lo unifica está constituido por la búsqueda de la ganancia en el mercado por parte de los capitalistas y por la resultante división del trabajo. Hablando de la agricultura europea en el siglo xvi, Wallerstein afirma:

Si el capitalismo es un modo de producción, producción para obtener una ganancia en el mercado, pienso que deberíamos observar si tal producción tenía lugar o no. Y ocurre que de hecho tenía lugar, y en forma sustancial²⁸.

La conclusión es escasamente sorprendente. Si el único rasgo definitorio del modo de producción capitalista lo constituyen las motivaciones individuales de sus agentes —la búsqueda de la ganancia en el mercado—, encontraremos capitalismo a todo lo largo de la historia. El sistema es así unificado por un mero principio subjetivo, mientras que las relaciones de producción son reducidas al papel de meros accidentes técnicos dictados por las condiciones mundiales

²⁷ *Ibid.*, p. 400.

²⁸ *Ibid.*, p. 399.

y por los factores de producción. La resultante no tiene nada en común con la complejidad de lo concreto, que es característica de la totalidad marxista; más bien recuerda la eliminación de las relaciones sociales, característica de la economía neoclásica, con su hincapié exclusivo en el mercado²⁹. No es sorprendente, pues, que la empresa de Wallerstein culmine en un mero ejercicio factual o erudito sin el más leve atisbo de explicación teórica.

Si la comparamos con el método de aproximación a lo concreto que es característico de *El capital*, observaremos un proceso bien diferente. Marx comienza por la más abstracta de las relaciones y analiza la mercancía y el cambio en general. Luego analiza en qué sentido estas relaciones son modificadas cuando la fuerza de trabajo se transforma en

²⁹ Dudo, sin embargo, que Wallerstein sea convencido por este argumento, puesto que me acusa en varias ocasiones de ser fiel a la letra de Marx, pero no a su espíritu. Veamos, sin embargo, el resultado de la empresa espiritista de Wallerstein: «Laclau oscurece precisamente la cuestión [...] La cuestión es que las "relaciones de producción" que definen un sistema son las "relaciones de producción" del sistema en su conjunto, y el sistema en esta época es la economía-mundo europea. El trabajo libre es, en efecto, un carácter definitorio del capitalismo, pero no el trabajo libre en todas las empresas productivas. El trabajo libre es la forma de control del trabajo utilizada para el trabajo cualificado en los países del centro, mientras que el trabajo obligado se utiliza para el trabajo menos especializado en las áreas periféricas. Esta combinación es la esencia del capitalismo. Cuando el trabajo sea libre por doquiera, tendremos el socialismo» (*The modern world-system*, pp. 126-127). Debo confesar que tuve que leer tres veces este párrafo para convencerme de que no lo había entendido mal. Pero no hay duda posible: Wallerstein no sabe lo que significa «trabajo libre». Cualquier marxista sabe que bajo el capitalismo la fuerza de trabajo es libre porque no está sujeta a ninguna coacción extraeconómica, y que es libremente vendida en el mercado porque el trabajador ha sido privado de la propiedad de los medios de producción. Esta es la base de la relación salarial, que constituye la esencia del capitalismo, y en cuya abolición consiste, precisamente, el socialismo. Wallerstein, por el contrario, desarrolla la ridícula idea de que el socialismo consiste en la generalización de las relaciones salariales a todo el planeta. Esto no es, quizás, tan sorprendente cuando observamos que en el mismo párrafo Wallerstein reduce la coacción extraeconómica —que, como es bien sabido, constituye la base de las relaciones de producción en los modos de producción no capitalistas— a un mero medio técnico de organizar el trabajo no calificado. Ejemplos como éstos me mueven a pensar que Wallerstein ha tomado por espíritu de Marx al genio maligno de Descartes, que se complacía en engañarlo.

una mercancía; de aquí se sigue el análisis de la plusvalía y del conjunto del proceso de la acumulación. Luego, en el libro II, el estudio pasa del modo de producción capitalista al del sistema económico capitalista con el análisis del intercambio entre sector I y sector II. Más tarde, se introducen categorías tales como la renta y la ganancia comercial. La imposibilidad de Marx de completar *El capital* no le permitió dar el último paso hacia lo concreto que hubiera consistido en situar al sistema de relaciones así definido en el mercado mundial. Este es el contexto en el que varios de los problemas a los que Wallerstein alude deberían haber sido planteados, sólo que entonces tendríamos una formulación teórica rigurosa y no un mero ejercicio erudito o descriptivo. Este análisis hubiera permitido la producción de conceptos capaces de concebir teóricamente la articulación de modos de producción no capitalistas dentro del mercado capitalista mundial. Tal análisis nos permitiría también decidir en qué medida esta articulación de diferentes modos de producción es tan sólo un fenómeno perteneciente a la prehistoria del capital —como Marx lo sugiere con su teoría de la acumulación primitiva— o si, por el contrario, es un proceso estructural permanente a lo largo de toda la historia del capitalismo. Esto nos permitiría, finalmente, hacer justicia a la más original intuición contenida en los trabajos de Frank y Wallerstein, que estos dos autores, sin embargo, distorsionan: la relativa autonomía de las formas mercantiles respecto a los modos de producción que las sustentan. Esta autonomía mercantil, tanto más notable cuanto menos desarrollado es el capitalismo industrial, constituye una especie de «bonapartismo económico» que opera entre varias estructuras productivas y prevalece en la medida en que la producción para el mercado se desarrolla bajo formas no capitalistas. Ahora bien, pese a la importancia de este fenómeno, no contamos con una *teoría* de la relativa autonomía del capital comercial anterior al capitalismo. Las posiciones más usuales o

bien han transformado a esta autonomía en un absoluto —viendo en el capital comercial un disolvente del orden feudal— o bien la han negado totalmente, postulando la completa subordinación del capital comercial al modo de producción dominante. Entre estos dos extremos existe un vacío teórico que necesita ser colmado.

Si la tendencia Frank-Wallerstein ha negado toda significación teórica al concepto de modo de producción y ha transferido todas las determinaciones teóricas significativas a los sistemas económicos, la última década ha asistido a una tendencia contraria, a una inflación teórica del concepto de modo de producción hasta el punto en que el nivel específico de los sistemas económicos desaparece totalmente. Así, en América Latina el concepto de «modo de producción colonial» ha ganado cierta boga. El fenómeno del colonialismo —una relación estructural entre diversas partes de la economía mundial que por definición pertenece al nivel analítico de los sistemas económicos— es ilegítimamente transferido al nivel de los modos de producción. Como Enrique Tandeter ha señalado recientemente, en un artículo que traza la historia intelectual de este problema, este error estuvo ligado a la peculiar recepción que el althusserianismo obtuvo en América Latina. Esta recepción tuvo lugar en un momento en que la crítica al circulacionismo de Frank había despertado un nuevo e inesperado interés en el estudio de los modos de producción latinoamericanos, pero este interés fue negativamente afectado por la falta de comprensión acerca del carácter abstracto del concepto de modo de producción. El resultado fue que cualquier diferenciación «empírica» fue considerada suficiente como para anunciar *urbi et orbi* el descubrimiento de un nuevo modo de producción. Este error fue facilitado, sin duda, por las ambigüedades inherentes a la primera formulación de la teoría althusseriana. Escribe Tandeter:

Esa renovación fue a la vez un empobrecimiento, cuya razón fundamental es inherente al sentido mismo de la reinterpretación althusseriana del marxismo. Basta, en este contexto, con citar la precisa autocrítica de Balibar sobre un punto básico. Así, en 1967-68, Balibar no habría entendido que «no hay dialéctica histórica real que no sea el proceso de transformación de cada "formación social" completa», es decir, que «las "formaciones sociales" no son simplemente el lugar (o el medio) "concreto" en el cual se "realizaría" una dialéctica general abstracta», y que esas formaciones «son en realidad el *único* objeto que se transforma, porque es el único que implica realmente una historia de las luchas de clases». El equívoco de 1967-68 se resumía, entonces, en que «en vez de tratarse de las formaciones sociales, se trata [...] *sólo* de los modos de producción, es decir, de una generalidad todavía "abstracta", respecto de los cuales, en la práctica, las formaciones sociales no aparecerán sino como la "realización" particular y concreta»³⁰.

La teoría de los «modos de producción coloniales» es un claro ejemplo de esta ilegítima transposición de niveles. Ciro Cardoso, uno de los primeros en formularla³¹, habla de un «modo de producción esclavista colonial» y le atribuye los siguientes rasgos definitorios *al nivel del modo de producción*: 1) el hecho de que el esclavo en América Latina «tenía una economía propia, basada en la concesión, por el propietario, del disfrute de una parcela, de un pedazo de tierra»; 2) el hecho de que en América Latina la esclavitud se desarrollara en formaciones sociales que eran dependientes, periféricas y deformadas; 3) el hecho de que en América Latina los esclavos procedieran de poblaciones de un nivel de desarrollo más bajo que aquellas de los europeos y que pertenecieran a diferentes «razas». Estos tres rasgos, con los que intenta definir la diferencia entre la

³⁰ E. Tandeter, «Sobre el análisis de la dominación colonial», *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 16, 61, abril-junio de 1976.

³¹ «Sobre los modos de producción coloniales en América Latina», «El modo de producción esclavista colonial en América», «Severo Martínez Peláez y el carácter del régimen colonial», en Assadourian, Cardoso, Ciafardini, Garavaglia y Laclau, *Modos de producción en América Latina*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1973.

esclavitud antigua y la esclavitud colonial americana, son considerados suficientes por Cardoso para hablar de dos diferentes modos de producción. Como vemos, el resultado es disolver el concepto de modo de producción una vez más, si bien por razones opuestas a las de Wallerstein. En el caso de este último, el concepto se disolvía porque todas sus determinaciones esenciales eran transferidas al nivel de los sistemas económicos; en el caso de Cardoso, porque aun las más secundarias variaciones empíricas son consideradas suficientes como para que hablemos de diferentes modos de producción, lo que abre la posibilidad de multiplicar a éstos *ad infinitum*. ¿Dónde trazar la línea? Para Cardoso no hay un criterio teórico: tan sólo la evaluación empírica por parte del científico social de lo que es relevante. Sin embargo, hay, desde luego, mayores diferencias entre un taller de Manchester en el siglo XVIII y una gran corporación moderna que entre la esclavitud antigua y la esclavitud colonial americana. ¿Por qué llamar, entonces, capitalistas a ambas en lugar de hablar de dos modos de producción distintos? Una vez que se ha iniciado este camino, los conceptos se disuelven como categorías teóricas y el análisis cae en un vulgar empirismo.

Debemos, pues, concluir de estos errores paralelos que es urgente para la teoría marxista distinguir entre modos de producción y sistemas económicos como niveles diferenciados de análisis; y el segundo constituye un nivel más concreto que presupone el primero. Perpetuar la confusión entre ambos no puede sino conducir a la multiplicación de seudoproblemas y paradojas.

LA ESPECIFICIDAD DE LO POLITICO

La obra de Nicos Poulantzas *Poder político y clases sociales*¹ tiene una considerable importancia teórica en al menos dos sentidos: en primer término, porque el pensamiento marxista no comenzó a desarrollar, hasta la última década, una teoría sistemática acerca del papel del Estado en las diversas formaciones socioeconómicas. Observaciones sumarias que intentaban establecer la coherencia *última* entre cambios socioeconómicos y transformaciones del sistema político, u observaciones no tan sumarias que intentaban establecer relaciones mecánicas de causalidad entre ambas, han dominado el campo de análisis hasta tal punto que sólo puede ser bienvenido un trabajo que intenta establecer en el nivel teórico la especificidad de lo político y que evita *sistemáticamente* las correlaciones puramente impresionistas. Pero, en segundo lugar, el trabajo de Poulantzas no es simplemente una obra marxista. Aparece en un ámbito teórico perfectamente definido dentro de las corrientes del marxismo contemporáneo: el constituido por la «revolución althusseriana». *Poder político y clases sociales* constituye sin duda el intento más completo hasta el presente por construir una *teoría regional* partiendo de la problemática general de Althusser. De este modo constituye, en cierta medida, un test de lo fructífero de esta problemática para el análisis de procesos y situaciones concretas. Debemos, a este respecto, tener presente que un enfoque teórico es fructífero en la medida en que se revela como multiplicador de

¹ *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1969. (*Pouvoir politique et classes sociales*, París, Maspero, 1968.)

la creatividad espontánea que, surgida en áreas particulares, no había podido desarrollarse plenamente por falta de un principio de sistematización, es decir, de la posibilidad de incorporación teórica al marco de una problemática. Una problemática estrecha o inadecuada, por el contrario, oculta los problemas en lugar de clarificarlos y crea un insuperable antagonismo entre las formulaciones teóricas generales y el conocimiento de ámbitos particulares y situaciones concretas.

Por ambos motivos: su originalidad como intento de formalizar teóricamente la especificidad de lo político y su relación con la problemática althusseriana —a lo que debe agregarse el indudable rigor y sofisticación teórica con los que el intento ha sido llevado a cabo—, la obra de Poulantzas ha estado, y presumiblemente continuará estando, en el centro mismo de los debates en torno al análisis político marxista. Será necesario, en alguna ocasión, hacer un análisis de conjunto del pensamiento de Poulantzas. En este ensayo, sin embargo, nuestro objetivo es más limitado: nos proponemos considerar algunas de las implicaciones teóricas del debate mantenido entre Poulantzas y Miliband en *New Left Review*² a raíz de la publicación del libro de Miliband, *El Estado en la sociedad capitalista*³.

Comenzaremos, pues, resumiendo las líneas generales de este debate. El primer ataque de Poulantzas toma la forma de una crítica epistemológica al método de análisis de Miliband. Este método consiste sustancialmente en lo siguiente: se parte de una afirmación corriente en la ciencia polí-

² Nicos Poulantzas, «The problem of the capitalist State», *New Left Review*, 58, noviembre-diciembre de 1969; Ralph Miliband, «Reply to Nicos Poulantzas», *New Left Review*, 59, enero-febrero de 1970; Ralph Miliband, «Poulantzas and the capitalist State», *New Left Review*, 82, noviembre-diciembre de 1973 [«Poulantzas y el Estado capitalista», *Zona Abierta*, 2, 1975]. Los dos primeros artículos se citan a partir de su impresión en Robin Blackburn, comp., *Ideology in social sciences*, Londres. Fontana/Collins, 1972 [*Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Grijalbo, 1977].

³ *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI, 1970. (*The State in capitalist society*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1969.)

tica burguesa, y se demuestra que los hechos están en contradicción con ella para concluir, en consecuencia, que la afirmación es falsa. En suma, la totalidad del análisis de Miliband permanece en el plano empírico: parte de afirmaciones acerca de la realidad y prueba que la realidad está en contradicción con esas afirmaciones. Es precisamente la validez de este enfoque lo que Poulantzas critica:

En lugar de desplazar el campo epistemológico y someter estas ideologías a la crítica de la ciencia marxista mediante la demostración de su inadecuación a la realidad (como hace Marx, especialmente en *Teorías de la plusvalía*), Miliband parece omitir este primer paso. Sin embargo, los análisis de la epistemología moderna demuestran que nunca es posible oponerse simplemente con «hechos concretos» a conceptos, sino que éstos deben combatirse con otros conceptos paralelos situados en una problemática diferente, ya que sólo mediante estos nuevos conceptos pueden ser confrontadas con la «realidad concreta» las viejas nociones ⁴.

En breve, Poulantzas considera que no es un método válido considerar aisladamente las proposiciones de la ciencia política burguesa, como proposiciones empíricas, sin intentar extraer su sustancia teórica y sin llevar el análisis al terreno de la confrontación teórica. El error resultante de esta actitud es que Miliband no considera necesario hacer explícitos sus propios principios epistemológicos y las proposiciones teóricas desde las que juzga a sus adversarios —es decir, la teoría marxista del Estado— y comete luego el mismo error en su ataque contra las ideologías burguesas relativas al Estado, colocándose en el mismo terreno de éstas. La consecuencia es que estas ideologías concluyen introduciéndose en el mismo análisis de Miliband. Esto resulta evidente

en las dificultades que se le presentan a Miliband para comprender las clases sociales y el Estado como *estructuras objetivas*, y sus relaciones como un *sistema objetivo de conexiones*

⁴ Poulantzas, «The problem...», p. 241 [p. 270].

regulares, como una estructura y un sistema cuyos agentes, «los hombres», son en palabras de Marx «portadores» (*träger*) de la misma. Miliband da constantemente la impresión de que para él las clases sociales o los «grupos» son, de algún modo, reducibles a *relaciones interpersonales*, de que el Estado se puede reducir a las relaciones interpersonales de los miembros de los diversos «grupos» que constituyen el aparato del Estado, y finalmente, que la relación entre las clases sociales y el Estado se puede reducir a las relaciones interpersonales de los «individuos» que componen los grupos sociales y los «individuos» que componen el aparato del Estado.

[...] Según esta problemática, los agentes de una formación social, «los hombres», no son considerados como los «portadores» de las instancias objetivas (como lo son para Marx), sino como el principio genético de los niveles de la totalidad social. Es una problemática de *actores sociales*, de individuos como origen de la *acción social*: de este modo, la investigación sociológica conduce finalmente no al estudio de las coordenadas objetivas que determinan la distribución de los agentes en clases sociales y las contradicciones entre estas clases, sino a la búsqueda de explicaciones *finalistas* basadas en las *motivaciones de la conducta* de los actores individuales. Este es, notoriamente, uno de los aspectos tanto de la problemática de Weber como del funcionalismo contemporáneo. Trasponer esta problemática del sujeto al marxismo es, en definitiva, admitir los principios epistemológicos del adversario y arriesgarse a viciar los propios análisis de uno mismo⁵.

Poulantzas cita varios ejemplos en los que la metodología empirista de Miliband conduce a éste al error teórico mencionado en el párrafo anterior. Así, en el caso de la teoría de las élites, Miliband intenta mostrar que su existencia no es incompatible con la presencia de una clase dominante, en lugar de criticar la noción ideológica de élite a la luz de los conceptos marxistas. En el caso del managerialismo, su crítica a la concepción ideológica de *managerial revolution* consiste en mostrar que los *managers* buscan la ganancia tanto como cualquier otra élite económica que forma parte de la clase dominante, sin advertir que la

⁵ *Ibid.*, pp. 241-42 [pp. 271-72].

categoría de ganancia es una categoría objetiva independiente de las motivaciones de conducta de sus portadores, y sin referirse al problema realmente relevante, que es el de las relaciones entre las distintas fracciones del capital. Miliband también se equivoca en su consideración de la burocracia, puesto que focaliza su análisis en los orígenes sociales y vínculos personales de los burócratas con los miembros de la clase dominante, es decir, que se refiere a la *situación de clase* y no a la *función objetiva* de la burocracia como factor relevante.

Este constante paso de las estructuras objetivas y de las leyes del sistema a las motivaciones personales de sus agentes —que es una consecuencia del acento unilateral de Miliband, más preocupado con la validez empírica de las proposiciones de la ideología burguesa que con su refutación teórica— es aún más obvio, según Poulantzas, en aquellos casos en que Miliband intenta formular proposiciones generales válidas para el sistema en su conjunto. Así, los principios que gobiernan el relativo predominio de una u otra de las ramas del sistema político serían, para Miliband, la relativa proximidad de los miembros de esa rama a la clase gobernante o la función económica inmediata de dicha rama. La perspectiva teórica y metodológica de Miliband le impide comprender que

el aparato del Estado forma un *sistema objetivo* de «ramas» especiales, cuya relación presenta una *unidad interna específica* y obedece, en gran medida, a *su propia lógica* [...] Una alteración *significativa* en la rama predominante del aparato del Estado, o en la relación entre estas ramas, no puede ser establecida *directamente* por el papel exterior inmediato de esta rama, sino que está determinado *por la modificación de todo el sistema del aparato estatal y de su forma de unidad interna como tal*: modificación que se debe ella misma a cambios en las relaciones de producción y al desarrollo de la lucha de clases⁶.

⁶ *Ibid.* p. 248 [pp. 277-78].

Del mismo modo, los cambios en la presente etapa del Estado capitalista se relacionarían con los lazos cada vez más estrechos entre los miembros de la clase dirigente y el aparato del Estado, más bien que con los cambios objetivos en la relación entre política y economía. A este respecto, la tesis de Miliband se aproximaría a la tesis comunista ortodoxa del *capitalismo monopolista de Estado*. Finalmente, Miliband no habría advertido —y Poulantzas se autocritica por haber cometido parcialmente el mismo error— que las ideologías también constituyen un sistema objetivo e institucionalizado que abarca la Iglesia, los partidos políticos, las asociaciones profesionales (con la excepción del partido revolucionario y los sindicatos), las escuelas, los medios de difusión y la familia. En tal sentido, Poulantzas habla de aparatos ideológicos del Estado junto a los aparatos repressivos.

La primera respuesta de Miliband fue más bien cauta y defensiva. Intentó justificar su método sin entrar en confrontación abierta con la concepción de Poulantzas, mediante la limitación de las diferencias a un problema de énfasis. Así, escribe,

no tengo inconveniente en reconocer por mi parte que mi obra *The State in capitalist society* puede que sea insuficientemente «teórica» en el sentido al que se refiere Poulantzas; pero también me inclino a pensar que su propio modo de abordar el problema [...] peca por la tendencia opuesta [...] Esta postura, debo resaltarlo, no es una vulgar (y falsa) contraposición del enfoque empírico a los enfoques no empíricos o antiempíricos; se trata más bien de una cuestión de énfasis, pero el énfasis es importante⁷.

Miliband, sin embargo, hace una afirmación de primera importancia para el curso futuro del debate:

En realidad doy, de manera totalmente explícita, un esbozo de la teoría marxista del Estado, aunque sin duda lo hago muy

⁷ Miliband, «Reply...», pp. 255-56, [pp. 286-87].

brevemente. Una razón que me condujo a ello [...] es que, tras haber esbozado la teoría marxista del Estado, me interesaba contraponerla a la visión predominante del pluralismo democrático y mostrar las deficiencias de esta teoría *de la única forma que me parece posible, a saber, en términos empíricos*⁸.

La misma tendencia a reducir las dimensiones de su confrontación con Poulantzas a una cuestión de énfasis puede encontrarse en la réplica de Miliband respecto al problema del estatuto teórico de las élites políticas y del managerialismo. El eje de su réplica gira, sin embargo, en torno a la naturaleza objetiva del Estado. Aquí su posición es clara: concebir al Estado exclusivamente como un sistema de relaciones objetivas conduce a un superdeterminismo estructural que nos impide establecer, a nivel teórico, la relativa autonomía del Estado capitalista. Vale la pena citar este párrafo completo, pues constituye el meollo de su argumento:

Porque lo que indica su [Poulantzas] énfasis *exclusivo* en «las relaciones objetivas» es que lo que el Estado hace está totalmente determinado, en todos y cada uno de los momentos, por estas «relaciones objetivas»; en otras palabras, que las fuerzas estructurales del sistema son tan absolutamente determinantes que convierten a los que gobiernan el Estado en meros funcionarios y ejecutores de la política que les impone «el sistema». Al mismo tiempo, sin embargo, Poulantzas rechaza también la «larga tradición marxista (que) ha considerado que el Estado no es más que una simple herramienta o instrumento manipulado a voluntad por la clase dominante» (p. 74). Pero me parece que todo lo que se consigue con este enfoque es sustituir la noción de «clase dirigente» por la de «estructuras objetivas» y «relaciones objetivas». Pero puesto que la clase dirigente es un elemento dominante del sistema, en realidad nos encontramos de nuevo con la subordinación total de la élite del Estado a aquella clase; es decir, el Estado no es «manipulado» por la clase dirigente para que cumpla sus órdenes: las

⁸ *Ibid.*, p. 254 [p. 285]. El subrayado es mío.

lleva a cabo autónomamente, aunque de forma total, a causa de las «relaciones objetivas» que le impone el sistema. Poulantzas condena el «economicismo» de la II y III Internacional y atribuye al mismo la desatención en que éstas tuvieron al Estado (p. 68). Pero me parece que su propio análisis conduce directamente a una especie de determinismo estructural o más bien a un superdeterminismo estructural, que hace imposible una consideración verdaderamente realista de la relación dialéctica entre el Estado y «el sistema»⁹.

Este superdeterminismo estructural conduce, según Miliband, a borrar las diferencias entre las diversas formas de gobierno y el Estado burgués. De acuerdo con esta conclusión, no habría real diferencia entre una «democracia» burguesa y el Estado fascista: una concepción que constituyó el error central del Komintern durante el período de entreguerras. El mismo desdén de Poulantzas por las diferencias entre las varias formas de gobierno le conduce al erróneo tratamiento del fenómeno del bonapartismo, que es presentado como característico de *todas* las formas de Estado capitalista, cuando en realidad emergió sólo en circunstancias excepcionales. Finalmente, Miliband rechaza la noción de que los aparatos ideológicos del Estado pertenezcan al sistema estatal.

La respuesta de Miliband es, en su conjunto, insatisfactoria: por un lado, intenta reducir los conflictos a un problema de énfasis, y por el otro, sus observaciones metodológicas y sus críticas teóricas sugieren que sus diferencias con Poulantzas van mucho más allá de lo que esta supuesta diferencia de énfasis parecería indicar.

Tres años más tarde, sin embargo, en un nuevo artículo publicado con motivo de la aparición de la edición inglesa del libro de Poulantzas, Miliband reabrió el debate con un nuevo ataque, mucho más elaborado y de mayor alcance. La concepción de Poulantzas, que anteriormente fuera carac-

⁹ *Ibid.*, pp. 258-59 [p. 289]. Las referencias de página en la cita remiten al artículo de Poulantzas en *New Left Review*.

terizada como *superdeterminismo estructural*, es ahora concebida como *abstraccionismo estructuralista*. Por tal debemos entender —si he interpretado correctamente a Miliband— un enfoque teórico en el que una instancia abstractamente definida encuentra su principio explicativo en otra, definida en forma igualmente abstracta, pero de modo que este proceso de referencia recíproca se transforma en un procedimiento circular o en un juego de espejos en el que, finalmente, nada tiene un significado preciso, y el sistema conceptual en su conjunto resulta contradictorio. La consecuencia de esto, según Miliband, es que Poulantzas es incapaz de responder a los mismos problemas que se plantea, y en especial al problema central: la relativa autonomía del Estado capitalista. Es el propio método autocontradictorio del abstraccionismo estructuralista lo que lleva a Poulantzas a reintroducir el economicismo después de haber hecho de su denuncia una cuestión de principio. Afirma Miliband:

A partir de esta proposición [...] Poulantzas sigue adelante hasta llegar a la idea de que «el concepto de poder no puede, pues, aplicarse a un nivel de la estructura: cuando se habla, por ejemplo, de *poder de Estado*, no puede indicarse con esto el modo de articulación y de intervención del Estado en los otros, sino *el poder de una clase determinada*, a cuyos intereses corresponde el Estado, sobre otras clases sociales». Esto, en mi opinión, es manifiestamente incorrecto: es simplemente falso el que al hablar de «poder de Estado» no podamos referirnos más que a «el poder de una clase determinada». Ya que esto, *inter alia*, supone privar al Estado de cualquier tipo de autonomía y convertirlo *precisamente* en un simple instrumento de una clase determinada¹⁰.

La razón de esta confusión, según Miliband, es que Poulantzas no ha establecido una distinción vital: la existente entre *poder de Estado* y *poder de clase*.

¹⁰ Miliband, «Nicos Poulantzas...», p. 87 [p. 108].

conjunto de la polémica tiene lugar como si Miliband no hubiera advertido la importancia de este primer desacuerdo.

Debemos señalar, a este respecto, que la práctica teórica se desenvuelve exclusivamente en el plano del pensamiento. Según Althusser ha señalado, el proceso del conocimiento no comienza con objetos reales —como el empirismo supone—, sino con conceptos, informaciones e ideas provistas por las diferentes prácticas: científica, ideológica, técnica, etcétera. Estos conceptos son transformados por la práctica teórica en objetos del conocimiento que son, en cuanto tales, distintos de los objetos reales. Frente al punto de vista empirista, según el cual el conocimiento parte de lo concreto y se eleva a proposiciones generales a través de un proceso de abstracción/generalización, aceptamos la perspectiva epistemológica según la cual el conocimiento es conocimiento *de* objetos reales, pero tiene lugar en su totalidad en el plano del pensamiento y se mueve de lo abstracto a lo concreto. Este «concreto» no es, sin embargo, el concreto real, sino el concreto de pensamiento, para usar la expresión de Althusser. En consecuencia, si, como afirmábamos antes, el objeto de conocimiento es producido por la propia práctica teórica, los métodos de verificación son parte del sistema teórico mismo. Una teoría es sólo falsa en la medida en que es internamente incoherente, es decir, si en el proceso de construcción de sus conceptos ha entrado en contradicción con sus postulados.

De ahí que los problemas *teóricos*, en la medida en que son verdaderamente teóricos, no puedan, hablando estrictamente, ser *resueltos*: sólo pueden ser superados, que es algo bien distinto. Consideremos esta afirmación más en detalle: ¿qué significa exactamente resolver un problema teórico? En primera instancia, significa proveer una solución a las dificultades que surgen del proceso de aplicación de una teoría general a un ámbito *teórico* específico. Pero entonces existen dos posibilidades: la primera de ellas es que el problema sea resuelto efectivamente en el curso del

lelos situados en una problemática diferente», es formalmente contradicha por Miliband cuando afirma que ha intentado «mostrar las deficiencias [de la perspectiva democrático-pluralista] de la única forma que me parece posible, a saber, en términos empíricos», Miliband no hace ningún tipo de intento por justificar su afirmación. Todo depende de definir lo que se entiende por «términos empíricos». Si por tal entendemos una instancia externa al pensamiento, cuya función sería poner a prueba la validez de una teoría, nos encontraríamos dentro de un enfoque puramente empirista, y la crítica de Poulantzas habría sido vindicada. Si, sin embargo, los «hechos concretos» son producidos por la teoría o la problemática mismas —como la moderna epistemología afirma—, entonces los problemas de coherencia lógica y de validez empírica no son sustancialmente diferentes. Las «formas de prueba» de la validez de afirmaciones relativas al objeto del conocimiento pueden ser consideradas externas al sistema teórico en cuestión solamente si se admite la identificación entre «objeto del conocimiento» y «objeto real», y la consecuente distinción entre sujeto y objeto del conocimiento. Mostrar la inadecuación entre el sistema de axiomas que define el ámbito de una teoría y las afirmaciones relativas a los objetos que surgen en el interior de esa teoría es, al mismo tiempo, demostrar las contradicciones internas de la teoría. Por esta razón, estrictamente hablando, la «validez empírica» y la «validez teórica» de una teoría no son aspectos que puedan ser diferenciados. Ahora bien, si Miliband entendiera su tarea como un esfuerzo por mostrar las contradicciones internas de una problemática teórica partiendo de los «hechos» que surgen en el interior de ella, su ejercicio teórico estaría justificado. Pero, por el contrario, toda su línea de argumentación es presentada como si su apelación a los «hechos» fuera una directa apelación a los objetos reales. Y ésta no es sólo una diferencia de énfasis en Poulantzas, sino una posición epistemológica radicalmente diferente. Por lo demás, el

El poder de Estado es el medio último y fundamental —pero no el único— a través del cual se garantiza y se mantiene el poder de clase. Pero una de las razones fundamentales para acentuar la importancia del concepto de autonomía relativa del Estado es que existe una distinción básica entre el poder de clase y el poder de Estado, y el análisis del significado y las implicaciones de este concepto de autonomía relativa debe, sin duda, centrarse en las fuerzas que hacen que sea mayor o menor, las circunstancias en las que se da y así sucesivamente. La difuminación por Poulantzas de esta distinción entre poder de clase y poder de Estado hace imposible este análisis: a pesar de todas sus denuncias del «economicismo», la política asume aquí un carácter de «epifenómeno»¹¹.

De esta confusión se sigue toda una serie de inadecuaciones en el análisis de Poulantzas: de la errónea concepción de los aparatos ideológicos del Estado a su no menos errónea concepción de los partidos políticos, reducidos a no poder jugar ningún papel organizativo autónomo. A esto sigue una crítica convincente de la concepción del bonapartismo en Poulantzas.

Comencemos, pues, el análisis de la estructura teórica de esta polémica. Debemos considerar, para comenzar, algunas cuestiones metodológicas.

CUESTIONES METODOLOGICAS Y EPISTEMOLOGICAS

Poulantzas comenzó afirmando la inadecuación *teórica* del método de Miliband y, debemos señalarlo, no recibió ninguna respuesta a este respecto. Por un lado, no es posible considerar como tal las observaciones impresionistas de Miliband acerca de las diferencias de énfasis. Por el otro, si bien la afirmación de Poulantzas de que «nunca es posible oponerse simplemente con "hechos concretos" a conceptos, sino que éstos deben combatirse con otros conceptos para-

¹¹ *Ibid.*, pp. 87-88 [p. 110].

análisis científico de acuerdo con los supuestos generales de la teoría en cuestión, lo que significa que el problema no existía *en la teoría*, sino en nosotros mismos, es decir, en el presente nivel que nuestro desarrollo de la teoría había alcanzado. *La resolución empírica del problema consiste, hablando estrictamente, en la negación de su existencia en el plano teórico.* La otra posibilidad es que el desarrollo de la teoría conduzca al planteamiento de un problema verdaderamente teórico (es decir, uno que implique una incoherencia en la estructura lógica de la teoría): pero si el problema es realmente teórico, esto significa que no puede ser resuelto dentro del sistema de postulados de la teoría, es decir, *que no tiene solución.* Esto sugiere que una teoría ha alcanzado el límite de su posible desarrollo y que, consecuentemente, entra en contradicción consigo misma. A partir de este punto, el único camino hacia adelante consiste en negar el sistema de axiomas en que la teoría se basaba: es decir, pasar de un sistema teórico a otro. Pero como el problema que había generado la crisis teórica había emergido y existía como tal solamente dentro del horizonte teórico del previo sistema, tampoco en este caso puede decirse que ha sido resuelto: ha sido superado, se ha disuelto como problema con la emergencia de un nuevo sistema teórico. Del sistema teórico a los problemas teóricos y de éstos a un nuevo sistema teórico: tal es el curso del proceso del conocimiento.

Ahora bien, si aceptamos que el área de confrontación empírica de un sistema de proposiciones teóricas no es externa, sino interna a la teoría —en tanto la problemática crea sus propios objetos—, la *verificación «empírica»*, en la medida en que refuta las proposiciones teóricas, demuestra las contradicciones internas del *sistema teórico*. En conclusión, si admitimos —sin atribuir a esta afirmación un carácter apodíctico— que la crítica teórica parte de la confrontación «empírica» del sistema teórico analizado, los pasos lógicos necesarios serían: a) indicar los puntos de

conflicto entre la esfera de confrontación empírica y el sistema teórico en cuestión, teniendo en cuenta que ésta está lejos de ser una operación mecánica, puesto que es necesario llevar a cabo la confrontación, teniendo en cuenta el nivel de abstracción de la proposición (al hablar de abstracción lo hacemos, desde luego, en el sentido hipotético-deductivo del término, no en el sentido inductivista); *b*) partiendo de los puntos en discordia, identificar los problemas teóricos; *c*) partiendo de los problemas teóricos, demostrar las contradicciones teóricas internas que conducen al colapso del sistema teórico; *d*) proponer un sistema teórico alternativo que supere las contradicciones internas del sistema anterior.

Volviendo al debate Poulantzas-Miliband, creo que resulta claro que el libro de Miliband, pese a su indudable interés, es de un alcance teórico limitado, puesto que el análisis no va más allá del paso *a*. Poulantzas, precisamente, trata de sugerir que el esfuerzo crítico es incompleto, puesto que los pasos *b* y *c* no han tenido lugar («desplazar el campo epistemológico y someter estas ideologías a la crítica de la ciencia marxista demostrando su inadecuación a la realidad»), y tampoco ha tenido lugar el paso *d* («una condición previa de toda aproximación científica a lo "concreto" es poner de manifiesto los principios epistemológicos del tratamiento que se dé a lo concreto») ¹².

Pero, de acuerdo con Poulantzas, Miliband no sólo no ha sometido las concepciones ideológicas del adversario a la crítica científica, sino que al permanecer en el terreno de este último ha terminado por incorporar «acríticamente» estas mismas concepciones. Esto, afirma, se refleja en el predominio, en la concepción de Miliband, de una problemática del sujeto en la que las motivaciones de los actores sociales ocupan un lugar central en la explicación del cambio histórico. En este punto, sin embargo, pienso que la

¹² No quiero sugerir con esto que Poulantzas estaría de acuerdo con la totalidad de mi esquema anterior.

crítica de Poulantzas ha ido demasiado lejos. El texto de Miliband no ha avanzado lo suficiente en el campo de la formalización teórica como para que podamos aceptar la categórica afirmación de Poulantzas según la cual Miliband reduce «el papel del Estado al comportamiento y conducta de los miembros del aparato del Estado». El texto de Miliband permite otras lecturas; por ejemplo, que los vínculos entre miembros de los aparatos del Estado y miembros de la clase gobernante son una *indicación* de la dominación de clase y no su causa.

EL METODO DE POULANTZAS

Si aceptamos que el libro de Miliband permanece en la prehistoria de la formalización teórica, ¿qué pensar de la obra de Poulantzas, que es un intento explícito de orientarse en esta última dirección? Pienso que, a este respecto, los resultados están lejos de ser satisfactorios. No tanto por las razones apuntadas por Miliband, es decir, una inadecuada búsqueda empírica, sino exactamente por lo contrario: por una falta de confrontación teórica con la problemática de sus adversarios. Poulantzas no intenta demostrar las contradicciones internas de aquellas problemáticas que rechaza, ni la forma en que su propia problemática supera esas contradicciones, sino que se limita a *describir* los puntos de discrepancia y a seguir adelante. Veamos un ejemplo. Poulantzas cita textos de Marx referentes a la formación del proletariado y a la distinción entre clase en sí y clase para sí y concluye: «Hay una interpretación de estos textos que debe desecharse desde el principio, porque finalmente se enlaza con la problemática del "grupo social", que no tiene su lugar en Marx: es la interpretación *histórico-genética*»¹³. Más adelante, afirma aún más enfáticamente: «Esta inter-

¹³ Poulantzas, *Poder político...*, p. 64.

pretación de los análisis de Marx se refiere, por otra parte, a una problemática historicista: habría que señalar aquí que precisamente en la teoría de las clases se manifiesta más claramente su carácter inadecuado»¹⁴.

Sigue a esto una descripción de la teoría de las clases en dos variantes de la problemática historicista: Lukacs y las interpretaciones funcionalistas de Marx (Geiger, Dahrendorf, Bourdieu). ¿Cómo se revela esta inadecuación de la problemática historicista en la teoría de las clases sociales? La respuesta viene dos páginas más tarde:

Esta concepción desconoce dos hechos esenciales: en primer lugar, que los agentes de la producción, por ejemplo, el obrero asalariado y el capitalista, en cuanto personificaciones del trabajo asalariado y del capital, los considera Marx los *apoyos* o los *portadores* de un conjunto de estructuras. En segundo lugar, que las clases sociales no son nunca concebidas *teóricamente* por Marx como el origen genético de las estructuras, ya que el problema concierne a la definición del *concepto* de clase. Veremos por qué¹⁵.

Pero esto no demuestra que la problemática historicista revele su inadecuación en la teoría de las clases, sólo revela su inadecuación respecto a la problemática de Poulantzas. Que dos diferentes concepciones acerca de la misma realidad estén en oposición no es sorprendente. La tarea importante hubiera sido mostrar las contradicciones internas de la problemática historicista en relación con la teoría de las clases, es decir, haber detectado los problemas teóricos y establecer el curso que conduce de estos problemas a la crisis de la problemática y, finalmente, mostrar cómo la problemática antihistoricista está libre de este tipo de contradicciones. La cita previa concluye con un «veremos por qué». Pero lo único que vemos a partir de aquí es el desarrollo de la teoría de Poulantzas acerca de las clases so-

¹⁴ *Ibid.*, p. 64.

¹⁵ *Ibid.*, p. 67.

ciales, sin el más ligero intento de crítica a las teorías historicistas más allá de la enunciación de las diferencias. El mismo procedimiento es seguido en el análisis de las ideologías, de la burocracia y, en general, a lo largo de toda la obra de Poulantzas.

Volviendo a nuestro análisis previo, podríamos decir que si Miliband comenzó y permaneció a lo largo de todo su análisis en el estadio *a*, Poulantzas comienza su análisis y permanece a lo largo de él en el estadio *d*. Los estadios *b* y *c* aparecen en su análisis sólo de manera formal, pues su crítica a las problemáticas a las que se opone no consiste en la determinación de sus contradicciones internas, sino en una simple descripción de sus diferencias respecto a la propia. Lo que falta en Poulantzas es una concepción dialéctica del proceso del conocimiento, pero esta concepción es incompatible con la idea de que las problemáticas son universos cerrados, desconectados de las contradicciones internas de las problemáticas anteriores.

¿SUPERDETERMINISMO ESTRUCTURAL?

Consideremos, desde esta perspectiva, las críticas de Miliband a Poulantzas. La perspectiva teórica de este último ha sido denominada superdeterminismo estructural por Miliband, en su primer artículo, y abstraccionismo estructuralista, en el segundo. La primera crítica se refiere al contenido y la segunda al método de creación de los conceptos (no solamente al método de análisis). La primera crítica de Miliband me parece particularmente errónea y descaminada, no tanto en cuanto a la denominación de superdeterminismo estructural —que puede ser correcta—, sino en cuanto mantiene que este superdeterminismo estructural impide a Poulantzas plantear correctamente el problema de la autonomía relativa del Estado. No existe

incompatibilidad —como Miliband parece suponer— entre el carácter objetivo de la relación existente entre la clase burguesa y el Estado —«las fuerzas estructurales del sistema»— y la autonomía relativa de este mismo Estado. Desde el punto de vista de Poulantzas, esta autonomía relativa sería, a su vez, un elemento estructural, es decir, el resultado de una particular articulación entre instancias correspondientes al modo de producción analizado; en tal sentido, una determinación objetiva más del sistema considerado en su conjunto. La autonomía relativa del Estado y la determinación objetiva de este último sólo serían incompatibles si dicha autonomía fuera entendida como un corte en la cadena de la necesidad y la emergencia —si bien relativa— de un reino de la libertad. Pero esta contraposición sólo tiene sentido dentro de una problemática del sujeto, que Poulantzas excluye por definición. En verdad, si hubiera hecho hincapié en la forma en que Miliband parece entender la autonomía relativa del Estado, Poulantzas habría encontrado un argumento *a fortiori* para reforzar sus sospechas acerca de las propensiones «historicistas» de su adversario. De modo similar, no creo que sea válida la afirmación de Miliband según la cual el superdeterminismo estructural de Poulantzas le debe conducir necesariamente a una indiferencia hacia las varias formas de gobierno y de Estado. Tan sólo lo conduce a una explicación estructural de estas diversas formas, que es probablemente diferente del tipo de explicación que Miliband daría. Pareciera que Miliband está trabajando con una contraposición simplista, en la que el adjetivo «relativa» constituye una simple restricción a una autonomía concebida en términos de libertad. Para Poulantzas, por el contrario, el carácter *relativo* de esta autonomía indica que ella pertenece a un mundo de determinaciones estructurales, y que sólo dentro de este mundo, como particular momento de él, debe ser elaborado el concepto de autonomía. Aparte de esto, el

excelente libro de Poulantzas *Fascismo y dictadura*¹⁶ es la prueba más elocuente de que su autor está bien informado de las diferencias entre las varias formas de Estado a que Miliband se refiere.

Con respecto al fenómeno del bonapartismo, estoy de acuerdo en que Marx y Engels nunca lo consideraron como un fenómeno inherente a todas las formas de Estado; es, por el contrario, una forma excepcional. Como Miliband señala claramente,

el bonapartismo no es en absoluto la religión de la burguesía, es su último recurso ante unas condiciones de inestabilidad política suficientemente graves como para representar una amenaza para el mantenimiento de orden social existente, incluyendo, por supuesto, el sistema de dominación que es la parte central de ese orden¹⁷.

Pienso, sin embargo, que el evidente abuso textual de Poulantzas es el resultado de su intento de abordar un problema que aparece desdeñado en el análisis de Miliband, incluso a nivel empírico: el de la relación entre la fracción que detenta el poder del Estado y las clases dominantes. Sin duda, Miliband protestaría, afirmando que buena parte de su libro está precisamente dedicada al tratamiento de este problema; esto es verdad, sólo que él lo hace desde el punto de vista opuesto: intentando mostrar la unidad entre ambos. Este problema —los procesos factuales a través de los que se establece la conexión entre clase dominante y grupos que detentan el poder— es, para Poulantzas, un problema menor: para él la unidad del sistema es una unidad basada en estructuras objetivas, y el problema central es, partiendo de una determinación objetiva general, construir en términos estructurales el concepto de la relativa autonomía de los diversos niveles. En resumen, Miliband está interesado

¹⁶ *Fascismo y dictadura: la III Internacional frente al fascismo*, México, Siglo XXI, 1971. (*Fascisme et dictature: la III^e Internationale face au fascisme*, París, Maspero, 1970.)

¹⁷ Miliband, «Nicos Poulantzas...», p. 91 [p. 115].

en determinar los canales *concretos* que, en *Europa occidental* establecen el vínculo entre las fracciones que detentan el poder político y las clases dominantes, y en tal sentido hace hincapié en los elementos de unidad que existen entre ambos. Poulantzas, por el contrario, está interesado en determinar *a nivel teórico* el carácter autónomo de lo político *dentro del modo de producción capitalista*, y en tal sentido, hace hincapié en los elementos de diferenciación existentes entre clase dominante y fracción que detenta el poder. La conclusión parece evidente: ambos están analizando distintos problemas. Sin embargo, esta evidencia no se presenta como tal a ninguno de los dos autores, y, en consecuencia, Poulantzas piensa que Miliband hace tanto hincapié en el vínculo entre clase dominante y élite en el poder que sólo puede reconocer la autonomía relativa del Estado en el caso del fascismo —lo que es falso—, y Miliband considera que Poulantzas hace tanto hincapié en los regímenes de excepción que ha perdido todo interés en la forma democrático-burguesa del Estado o, lo que es peor, que no ve diferencia alguna entre ambas formas. Y esta suposición de Miliband es también errónea. Lo que ocurre a este último respecto es, primero, que los términos del problema analizado por Poulantzas se presentan con mayor claridad en los regímenes capitalistas «autoritarios» que en los parlamentarios y, en tal sentido, es natural recurrir a ellos en busca de ejemplos; en segundo lugar, el libro de Poulantzas no se refiere solamente a Europa occidental, sino al modo de producción capitalista en general, y a este nivel podría quizás decirse que los «regímenes de excepción» son la regla.

LOS APARATOS IDEOLOGICOS DEL ESTADO

Finalmente, en lo que respecta a los «aparatos ideológicos del Estado», concuerdo totalmente con Miliband en que se

trata de un problema mal planteado. Poulantzas había comenzado afirmando que

en el interior de la estructura de varios niveles separados por un desarrollo desigual, *el Estado posee la función particular de constituir el factor de cohesión de los niveles de una formación social*¹⁸.

Pero más tarde, la razón básica que da para justificar su concepción acerca de los aparatos ideológicos del Estado es la siguiente:

Si el Estado se define como la instancia que mantiene la cohesión de una formación social y que reproduce las condiciones de producción de un sistema social mediante el mantenimiento de la dominación de clase, es obvio que las instituciones en cuestión —los aparatos ideológicos del Estado— cumplen exactamente la misma función¹⁹.

Hay aquí una transposición sutil por la que se pasa de definir al Estado como *la instancia* que constituye el factor de cohesión entre los niveles de una formación social, a la afirmación de que *todo* lo que contribuye a la cohesión de una formación social pertenece, por definición, al Estado. Pero en este caso la lista de Poulantzas es demasiado breve: el reformismo de los sindicatos y de los líderes socialdemócratas constituye un factor de cohesión, y, en consecuencia, estos líderes serían funcionarios del Estado; los partidos socialistas estarían divididos entre un ala estatal y un ala revolucionaria e incluso, reducción al absurdo, la mente de cada individuo estaría esquizofrénicamente dividida entre una mitad estatal que tiende a la cohesión de la formación social y una mitad antiestatal que tiende a su destrucción. ¿No es éste un extremo ejemplo de superpolitización de los diversos niveles de una estructura, desviación historicista contra la que Poulantzas nos previene?

¹⁸ Poulantzas, *Poder político...*, p. 43.

¹⁹ Poulantzas, «The problem...», pp. 251-52 [p. 281].

Recientemente, Althusser ha hablado también de «aparatos ideológicos del Estado» y ha intentado defender este término. Pero su defensa se ha limitado a refutar una posible crítica basada en el carácter privado de muchas de las instituciones a que hace referencia. Así, afirma:

¿Con qué derecho podemos considerar aparatos ideológicos *del Estado* a instituciones que en su mayoría no poseen estatus público y son sencillamente instituciones *privadas*? Cramsci, marxista consciente, había previsto la objeción. La distinción entre lo público y lo privado es una distinción propia del derecho burgués, y es válida en los dominios (subordinados) en los cuales el derecho burgués ejerce su poder. El dominio del Estado queda afuera, ya que éste queda «más allá del derecho»: el Estado, que es Estado *de* la clase dominante, no es ni público ni privado; es, por el contrario, la condición de toda distinción entre lo público y lo privado. Decimos lo mismo a partir, esta vez, de nuestros aparatos ideológicos del Estado. Poco importa si las instituciones que los realizan son públicas o privadas. Importa su funcionamiento. Las instituciones «privadas» pueden «funcionar» perfectamente como aparatos ideológicos del Estado²⁰.

Sin embargo, el problema persiste. No se trata de saber si las instituciones son públicas o privadas —si bien en este punto Althusser tiene absoluta razón—, sino del hecho de que, implícita en esta concepción de los «aparatos ideológicos del Estado», subyace una concepción del Estado que cesa enteramente de considerarlo como una institución (es decir, como una estructura objetiva). Althusser afirma que

Según nuestros datos, *ninguna clase puede detentar durablemente el poder del Estado sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los aparatos ideológicos del Estado*²¹.

²⁰ Louis Althusser, «Ideología y aparatos ideológicos del Estado», en *La filosofía como arma de la revolución*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1968, p. 10.

²¹ *Ibid.*, p. 112. El subrayado es de Althusser.

Si la correcta afirmación de que una clase no puede mantenerse en el poder por un largo período sin controlar los aparatos ideológicos es suficiente para concluir que estos aparatos deben ser considerados como pertenecientes al Estado, es porque Althusser está aceptando una concepción del Estado idéntica a aquella de Poulantzas: *todo* lo que contribuye a mantener la cohesión de una formación social forma parte del Estado. En tal caso, sin embargo, no podemos hablar del Estado como una instancia, como en la formulación inicial de Poulantzas. El Estado se reduce, simplemente, a una *cualidad* que penetra todos los niveles de una formación social. Siguiendo esta línea de razonamiento, asistimos a la disolución de la noción de Estado como estructura objetiva. Pienso que, por el contrario, la distinción que Miliband establece entre *poder de clase* y *poder de Estado* es enteramente apropiada y restituye el problema a su verdadero lugar. El inconveniente es, desde luego, que el problema, si bien correctamente ubicado, no es resuelto. ¿Qué es, en verdad, el *poder de clase* considerado como externo al *poder de Estado*? ¿Y cuál es la especificidad de este último? Estas son cuestiones que permanecen abiertas.

¿ABSTRACCIONISMO ESTRUCTURALISTA?

Podemos ahora pasar a la segunda caracterización, por parte de Miliband, del enfoque teórico de Poulantzas: *abstraccionismo estructuralista*. La sustancia de este método es un tipo de abstracción que conduce a un creciente formalismo, como resultado del cual la sustancia teórica se disuelve en un sistema de antinomias verbales. Pienso que esta crítica es, en gran medida, correcta; su justeza se revela, entre otras cosas, en el predominio de categorías descriptivas en el sistema teórico de Poulantzas. Aclaremos, en primer lu-

gar, que estamos usando la expresión «formalismo» no en el sentido epistemológico usual, asociado con el método deductivo, sino de acuerdo con el uso corriente de la palabra, que la refiere a un creciente predominio de la forma sobre el contenido. En la medida en que la sustancia teórica de un concepto tiende a diluirse, las funciones simbólicas de dicho concepto en el discurso tienden a acrecentarse. Esto ocurre porque ningún concepto se presenta aisladamente, sino como parte de un sistema. Y las relaciones entre los conceptos que integran dicho sistema pueden ser de dos tipos: a) una relación que vincula lógicamente a los conceptos entre sí y tiende a subrayar su naturaleza teórica; tenemos entonces un proceso de realimentación por el que la función teórica de los conceptos tiende a ser acentuada en razón del carácter lógico de las relaciones que los ligan; b) una relación entre diferentes conceptos que es puramente descriptiva o de proximidad. En este último caso el concepto en cuestión también forma parte de un sistema, pero este sistema es una unidad descriptiva y no una estructura lógica. Ahora bien, como cada concepto aislado *evoca* la unidad de la que forma parte, se transforma en un símbolo de dicha unidad. En tal caso, la función teórica de los conceptos tiende a disminuir, y su función simbólica, a incrementarse. Una estructura conceptual en la que los valores simbólicos de sus términos predominan sobre su sustancia teórica es lo que denominamos «formalismo», dando así al término un significado exactamente opuesto al que se le atribuye normalmente en epistemología: es decir, un sistema deductivo en el que la función simbólica de los conceptos no desempeña ningún papel. Como se ve, pertenece a la esencia del formalismo —en el sentido en que se usa el término en este texto— partir de relaciones puramente descriptivas entre los fenómenos analizados. Taxonomía y formalismo son aspectos complementarios de una misma actitud teórica.

Volviendo a Poulantzas, su actitud al enfrentarse con

una realidad compleja es reaccionar con furia taxonómica, y su taxonomía es establecida a un nivel de abstracción tan alto —y sin que sea siempre justificado— que las funciones simbólicas de los conceptos tienden necesariamente a predominar; estos símbolos entran luego en relación entre sí y crean a su vez símbolos de estas relaciones, y todo contacto con el significado originario termina por perderse. Sin abstracción, el conocimiento científico no es posible, pero mi argumento es que la abstracción, tal como es practicada por Poulantzas, ha ido en la dirección del *formalismo*. Pienso que, en el caso de Poulantzas, el origen de esta tendencia formalista en el proceso de abstracción reside en el hecho de que el contacto mutuo entre los elementos iniciales en el proceso de análisis fue establecido de manera puramente descriptiva; el resultado es que, en etapas ulteriores en el proceso de abstracción, es imposible establecer vínculos lógicos entre ellos. La salida de este dilema es, para Poulantzas, la postulación de relaciones puramente formales entre los objetos de análisis y un creciente uso de metáforas. A partir de aquí la abstracción sólo puede ser ejercitada, *necesariamente*, en la dirección del formalismo. En el caso de Poulantzas, los peores abusos de este método se evitan debido a su aguda sensibilidad para la realidad histórica. Sus análisis —como el del fascismo— son a menudo penetrantes y estimulantes, pero éste es un resultado obtenido a pesar de su método y no a causa de él.

Podrían mencionarse muchos ejemplos de la actitud teórica formalista de Poulantzas. Uno de ellos es aportado por el mismo Miliband:

«Una clase —dice [Poulantzas]— no puede ser considerada como una clase diferente y autónoma —como fuerza social— en el seno de una formación social más que cuando su relación con las relaciones de producción, su existencia económica, se refleja en los otros niveles por una presencia específica.» Dejando a un lado estas reflexiones curiosamente «economicistas», después de tanto haber denunciado esta desviación, uno

se ve en la necesidad de preguntar qué es una «presencia específica». La respuesta es que «esa presencia existe cuando la relación con las relaciones de producción, el lugar en el proceso de producción, se refleja en los otros niveles por *efectos pertinentes*». ¿Qué son entonces los «efectos pertinentes»? La respuesta es que «se designará por "efectos pertinentes" el hecho de que el reflejo del lugar en el proceso de producción sobre los otros niveles constituya un *elemento nuevo* que no pueda insertarse en el entramado típico que los niveles presentarían sin ese elemento». Esto podría considerarse que significa que una clase asume una mayor significación cuanto mayor impacto hace sobre los negocios —lo que difícilmente nos podría llevar muy lejos—. Pero Poulantzas no quiere decir siquiera eso. Nos dice también que «ese predominio de la lucha económica se refleja aquí no por la ausencia de "efectos pertinentes" en el nivel de la lucha política», sino en «una cierta forma de lucha política, cuya crítica hace Lenin considerándola ineficaz». Es decir, que en un momento dado, una clase sólo puede ser considerada distinta y autónoma si ejerce «efectos pertinentes», o sea, un impacto decisivo; mientras que en el siguiente momento, estos «efectos pertinentes» pueden resultar «inefectivos»²².

EL CONCEPTO DE MODO DE PRODUCCION

Muchos otros ejemplos podrían citarse. Sin embargo, creo que más importante que el obvio formalismo ejemplificado por párrafos como el que acabamos de citar, es la forma en que esta misma actitud teórica afecta algunos de los conceptos teóricos centrales usados por Poulantzas, como el de *modo de producción*. La crítica a Poulantzas puede, en este respecto, aplicarse al uso que del concepto de modo de producción ha hecho el conjunto de la corriente althusseriana. Afirma Poulantzas, siguiendo a Balibar:

Por *modo de producción* no se designará lo que se indica en general como económico [...] sino una combinación específica

²² Miliband, «Nicos Poulantzas...», pp. 86-87 [pp. 107-108].

de diversas estructuras y prácticas que, en su combinación, aparecen como otras tantas instancias o niveles; en suma, como otras tantas estructuras regionales de aquel modo [...].

Más aún: la determinación en última instancia de la estructura del todo por lo económico no significa que lo económico retenga siempre allí el *papel dominante*. Si la unidad que es la estructura con predominio implica que todo modo de producción posee un nivel o instancia predominante, lo económico en realidad sólo es determinante en la medida en que asigna a tal o cual instancia el papel dominante, es decir, en la medida en que regula el desplazamiento del predominio debido a la descentralización de las instancias [...]. Lo que distingue, pues, un modo de producción de otro, y que, por consiguiente, especifica un modo de producción, es esa forma particular de articulación que mantienen sus niveles: es lo que en adelante se designará con la palabra *matriz* de un modo de producción²³.

Esta concepción intenta tomar en consideración dos hechos que son aparentemente contradictorios: la primacía del modo de producción en la vida material como factor determinante del conjunto de la vida social y la dificultad en asignar a factores estrictamente económicos un papel directamente determinante en la regulación de procesos históricos distintos del capitalista. Se trata, como es sabido, de un viejo problema. El althusserianismo piensa, sin embargo, que puede resolverlo con su método característico: la combinación de taxonomía y formalismo. Comienza identificando tres personajes básicos: las instancias económica, política e ideológica, que están presentes en todos los modos de producción y cuya articulación constituye la especificidad del modo de producción en cuestión. ¿Por qué sólo tres? ¿Cuál ha sido el método de su deducción? ¿Existe algún vínculo lógico entre las tres? La respuesta es silencio a las dos primeras cuestiones y negativa a la tercera: la única relación es su articulación, que depende del modo de producción en cuestión. Es decir, que nos encontramos con tres instancias establecidas de modo puramente descripti-

²³ Poulantzas, *Poder político...*, pp. 4-6.

vo. No es, pues, sorprendente que las relaciones entre estos tres personajes sean puramente formales: a estas relaciones se les han asignado nombres, pero no hay categorías conceptuales que correspondan a estos nombres. En otras palabras, estos nombres son símbolos de los objetos reales a los que se refieren, pero no conceptos teóricos que nos expliquen la naturaleza de esas realidades. Los nombres de las relaciones son: «determinación en última instancia por lo económico» y «papel dominante», entendiendo por lo primero que lo económico decide qué instancia debe desempeñar el papel dominante en cada modo de producción. Pero se trata de metáforas, que sólo tienen sentido por analogía con otras metáforas. A esta altura estamos en el reino de la completa mitología, en un mundo abstracto de estructuras y niveles, en el que resulta imposible establecer relaciones lógicas entre los conceptos.

Intentemos probar estas afirmaciones de manera más explícita. Según Balibar, algunos de los conceptos utilizados por Marx padecen del defecto, desde el punto de vista teórico, de haber sido sólo parcialmente formalizados; por un lado, continúan en parte siendo prisioneros de la anterior problemática ideológica; por el otro, indican el emplazamiento teórico de una solución sin ser capaces de pensarla teóricamente:

Pienso, por el contrario, que este texto [el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*] posee, en el seno mismo de la práctica teórica, el estatus de lo que se ha llamado un conjunto de conceptos *prácticos*. Dicho de otra forma, este texto nos presenta conceptos que son aún dependientes, en su *formulación*, de una problemática que se debe precisamente reemplazar; al mismo tiempo indican en su concepto —sin poderlo pensar— el *lugar donde es preciso ir* para plantear de otro modo, y a la vez resolver, un problema nuevo surgido en el seno de la problemática antigua²⁴.

²⁴ Etienne Balibar, «Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico», en L. Althusser y E. Balibar, *Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI, 1969, p. 223.

Enfrentado con esta situación, Balibar escribe:

Me propongo iniciar aquí el trabajo, un trabajo explícito, de *transformación* de estos conceptos «*prácticos*» en conceptos *teóricos* de la teoría marxista de la historia, un trabajo que los despoje de su forma teórica actual para hacerlos teóricamente adecuados a su contenido práctico. Por la misma operación, desaparecerán completamente los conceptos que son sólo la expresión de las exigencias de la antigua problemática. Aparecerán, a la vez, también los puntos de carencia y de apertura que exigen, en la región misma explorada por Marx, la producción de nuevos conceptos teóricos, y la harán posible ²⁵.

El proyecto teórico de Balibar es inobjetable. Nuestra crítica es que no lo ha completado totalmente, ya que al hablar de *lo práctico* y *lo económico* no ha logrado producirlos como *conceptos teóricos*, y ha quedado a medio camino entre la comprensión teórica y las relaciones puramente descriptivas. Citemos el texto de Marx en el que tanto Balibar como Poulantzas basan su análisis:

En todas las formas en que el trabajador sigue siendo el «poseedor» de los medios de producción y de los medios de trabajo necesarios para producir sus propios medios de subsistencia, fatalmente la relación de propiedad debe manifestarse simultáneamente *como una relación de amo a servidor*; el productor inmediato no es, por consiguiente, libre; pero esta carencia de libertad puede ir desde la servidumbre con obligación de *corvée* hasta el pago de una simple tributación [...].

En estas condiciones, *se precisan razones extraeconómicas*, de cualquier naturaleza que sean, para obligarlos a efectuar trabajo por la cuenta del propietario terrateniente nominal [...]. Se precisan, pues, necesariamente, relaciones personales de dependencia, una privación de libertad personal, cualquiera que sea el grado de esta dependencia; se precisa que el hombre esté ligado a la gleba, que sea sólo un simple accesorio; en una palabra, se precisa la servidumbre en toda la acepción de la palabra ²⁶...

²⁵ *Ibid.*, p. 226.

²⁶ *El capital*, libro III; cit. por Balibar en *op. cit.*, p. 241.

La clave del análisis de Balibar es esta noción de «coacción extraeconómica». Debemos señalar, en primer lugar, que Balibar acepta las nociones de «base económica» o «nivel económico» como sinónimos puros y simples de «nivel de la producción». Marx también lo hizo. Sin embargo, Balibar emplea la noción de «coacción extraeconómica» —que Marx también usa— sin advertir que implica una noción de «lo económico» que es incompatible con el primer significado (economía = nivel de la producción). Porque es obvio que si la coacción extraeconómica (es decir, *diferente* de la económica) constituye el elemento central en las relaciones *de producción* y apropiación de plusvalía, el concepto de producción y el concepto de «lo económico» no pueden ser sinónimos. ¿Por qué en los modos de producción no capitalistas la coacción *debe* ser extraeconómica? Respecto a esta pregunta la respuesta de Marx no presenta ambigüedad alguna: porque la fuerza de trabajo no ha sido transformada en una mercancía y, en consecuencia, el cambio de mercancías no constituye aún la base de las relaciones de producción. En consecuencia, la esfera de lo económico —en este segundo sentido— es la esfera de las mercancías, el mercado. La emergencia de un mercado de trabajo libre es el factor decisivo en la emergencia del capitalismo. En modos de producción anteriores, «lo económico» —las relaciones de mercado— también existe, pero no ha penetrado la esfera de la producción y, en tal sentido no puede ser «elemento determinante en última instancia», para usar la expresión de Balibar.

Resulta claro, pues, que Marx está usando dos concepciones diferentes de «lo económico». Y estas concepciones son diferentes en dos sentidos: en primer término, por cuanto pertenecen a dos niveles distintos de abstracción (nuevamente, usamos la noción de «abstracción» en su acepción hipotético-deductiva). La primera concepción de «lo económico» (= producción) pertenece a la teoría más general del materialismo histórico, en tanto define una de

las condiciones de toda sociedad posible; la segunda concepción, por el contrario, se refiere sólo a las sociedades productoras de mercancías. Pero ambos conceptos difieren no sólo con respecto a sus niveles de abstracción, sino también en tanto que no están en relación directa entre sí. «Lo económico» en el segundo sentido no es un caso particular —por ejemplo, *differentia specifica*— de lo económico en el primer sentido. Por el contrario, los dos conceptos pertenecen a estructuras teóricas diferentes cuya unidad debe ser producida por la teoría misma. Pensar las condiciones teóricas de su unidad consiste, precisamente, en pensar la peculiaridad de un modo de producción específico: el capitalista. Es por esto por lo que Marx en *El capital* tiene que pensar *separadamente* las condiciones abstractas del proceso de trabajo y las condiciones abstractas de la producción de mercancías a los efectos de producir el concepto teórico de «modo de producción capitalista». Si bien estas dos concepciones de «lo económico» se encuentran presentes en la obra de Marx, no veo la utilidad de continuar utilizando la misma expresión para designar a ambas. Sugiero, en consecuencia, que continuemos empleando el término «lo económico» para el segundo significado, mientras que para el primero usemos el término *producción*. De esta forma, la proposición básica del materialismo histórico, según la cual el modo de producción de la vida material determina todas las otras instancias de la vida social, no establecería la primacía de «lo económico» en modos de producción no capitalistas, en la medida en que la coacción extraeconómica constituiría la base de las relaciones de producción.

Mi argumento es que ni Balibar ni tampoco Poulantzas han sometido la noción de «lo económico» a una crítica teórica rigurosa y, como consecuencia, no han producido un verdadero concepto teórico, sino que han continuado usando un concepto descriptivo e intuitivo en el que persiste la ambigüedad entre las dos nociones que acabamos de analizar.

En consecuencia, al referirse a un pseudoobjeto de conocimiento, el análisis teórico se debilita y las significaciones simbólicas se acrecientan. Al intentar solucionar el problema en el marco de la Santísima Trinidad de los niveles —económico, político, ideológico— y al no establecer la necesaria distinción entre *producción* y *economía*, Balibar y Poulantzas se reducen a un juego formal de metáforas como la de que «lo económico decide qué nivel va a ejercer el papel dominante», tal como un rey que reina, pero no gobierna, hasta que decide, como Luis XIV, ser su propio primer ministro y concentrar en sus manos (en el modo de producción capitalista) la doble condición de determinación en la última instancia y de papel dominante. Balibar afirma:

*la economía es determinante en cuanto determina la instancia de la estructura social que ocupa el lugar determinante. No relación simple, sino relación de relaciones; no causalidad transitiva, sino causalidad estructural*²⁷.

Pero tiene que ser una de dos. Si por economía entendemos la producción de la existencia material, no es determinante en última instancia, sino en primera, cualquiera que sea el modo de producción. Si, por el contrario, entendemos a la «economía» en el segundo sentido (producción de mercancías), no ha sido nunca determinante, excepto cuando se ha identificado con las relaciones de producción básicas de la sociedad. Esta distinción entre la determinación en la última instancia y el papel dominante no parece ser más que una serie de metáforas que intentan resolver a través de símbolos de escaso contenido teórico un problema artificial creado por la metafísica de las instancias. Pensemos que todo el problema surge del carácter predominante descriptivo con que conceptos tales como «lo económico» han sido introducidos en el discurso teórico.

²⁷ Balibar, *op. cit.*, p. 245.

Y éste es, desde luego, mucho más el caso con conceptos tales como «lo político» y «lo ideológico». En otras palabras, nos encontramos frente a un nuevo ejemplo de la fusión entre taxonomía y formalismo.

Obsérvese que el problema no reside en que los tres niveles debieran ser articulados en forma diferente y que, en consecuencia, debiéramos atribuir a la producción un carácter político más bien que económico; lo que ocurre es que la separación entre lo económico y político no se ha verificado en modos de producción anteriores al capitalismo y que, en consecuencia, la discriminación entre factores económicos y no económicos es una operación artificial que proyecta sobre los previos modos de producción el tipo de racionalidad social existente bajo el capitalismo. En tal sentido, la noción de «coacción extraeconómica», tal como Marx la utiliza, es insuficiente en la medida en que no define la coacción en sí misma, sino sólo su diferencia con el tipo de coacción existente bajo el capitalismo. Este procedimiento podría justificarse en *El capital*, puesto que su aproximación a los modos de producción no capitalistas es marginal, destinada sólo a trazar la prehistoria del capitalismo, pero resulta definitivamente inadecuado en la medida en que intentamos avanzar en nuestra comprensión de estos otros modos de producción. Nótese, finalmente, que no estamos tratando con un problema de «autonomía relativa», no existente con anterioridad al capitalismo; aquí Poulantzas confunde el problema. Un nivel puede ser relativamente autónomo o totalmente determinado por otro, pero, aun para ser totalmente determinado, ambos deben ser distintos, y nuestro argumento es que en la mayoría de los casos dicha distinción no existe.

Balibar, indudablemente, percibe el problema. Así, afirma:

En tal caso el sobretrabajo no sería arrancado sin razones «extraeconómicas», es decir, sin *Herchafts- und Knechtschaftsver-*

håltnis. Al respecto podemos concluir, incluso antes de haberlas analizado por sí mismas, que las «formas transformadas» en el modo de producción feudal serán no formas transformadas de la pura base económica [...]. No directamente económicas, sino directamente políticas y económicas, indisolublemente. Lo que significa finalmente que modos de producción diferentes no combinan elementos *homogéneos* y no permiten cortes y definiciones diferenciales similares de lo «económico», de lo «jurídico», de lo «político». Es el descubrimiento de este efecto, a menudo teóricamente ciego, lo que hoy testimonian frecuentemente historiadores y etnólogos²⁸.

Pero si los diferentes modos de producción no contienen elementos homogéneos tales como «lo económico», «lo jurídico» y «lo político», ¿qué queda del esquema de determinación en última instancia por lo económico, o de la diferenciación de los modos de producción en función de la instancia que ejerce el papel dominante? Por encima de todo, ¿qué ocurre con la diferenciación entre modos de producción de la diferente articulación de sus elementos? Tiene que ser una de dos: *o bien* «lo económico», «lo político» y «lo ideológico» son tan diferentes en los diversos modos de producción que lo único que los liga es la unidad verbal del nombre —conceptos equívocos, en el sentido aristotélico de la palabra—, y entonces no es su articulación lo que diferencia a los modos de producción entre sí, ya que han pasado a ser realidades estrictamente incomparables; *o bien*, pese a las diferencias, hay un elemento en común que nos permite atribuir al momento de la articulación su carácter diferenciador. Si, como Balibar sostiene, las «formas transformadas» no son directamente económicas, sino, indisolublemente, económicas y políticas —con lo que estamos de acuerdo—, debemos señalar que él no ha logrado producir *el concepto teórico de esta indisolubilidad* y lo ha sustituido por un concepto simbólico —«determinación en

²⁸ *Ibid.*, p. 244.

la última instancia»— que carece de un contenido teórico preciso.

La posibilidad de pensar la especificidad de los modos de producción depende, en consecuencia, de llevar a su conclusión lógica la tarea que Balibar y Poulantzas se han planteado, pero sólo han realizado parcialmente: eliminar las categorías descriptivas y reemplazarlas por categorías verdaderamente teóricas. Sólo así es posible llevar a cabo una aproximación cognoscitiva a lo concreto. Si Marx pensó la especificidad del modo de producción capitalista ligando el análisis abstracto del proceso de trabajo al análisis abstracto del proceso de producción de mercancías, la producción de otros conceptos capaces de pensar la especificidad de otros modos de producción debe proceder de la misma forma: aislando los sistemas abstractos de conceptos cuya vinculación dará cuenta de la especificidad del modo/de producción en cuestión. Sin embargo, si este razonamiento es correcto, este proceso sólo puede verificarse en la medida en que el objeto es realmente construido teóricamente y en la medida en que no se permita la subsistencia de categorías descriptivas, impresionistas o intuitivas, ya que éstas sólo lograrían reproducir sus ambigüedades en los subsecuentes estadios del análisis y conducirían al formalismo.

Hemos intentado en las páginas anteriores, en forma esquemática, mostrar las raíces teóricas de lo que Miliband ha denominado el abstraccionismo estructuralista de Poulantzas. Hay muchos otros aspectos que merecen atención a este respecto: sobre todo, lo que me parece la deficiencia central del enfoque de Poulantzas, su incapacidad para explicar, desde una perspectiva teórica, el proceso del cambio histórico. Sin embargo, el tratamiento de estas cuestiones va más allá de los objetivos de este ensayo, que se propuso tan sólo analizar el debate Poulantzas/Miliband. Sería necesario, a los efectos de tratar adecuadamente estas cuestiones, analizar en su conjunto las contribuciones

positivas de Poulantzas al desarrollo del pensamiento político marxista. Esta es una tarea que considero tanto más urgente en cuanto no concuerdo con la afirmación de Miliband, según la cual el libro de Poulantzas «no me parece muy útil para el desarrollo de la sociología política marxista». Me parece, por el contrario, por las razones dadas a comienzos de este artículo, que su importancia puede ser difícilmente exagerada.

FASCISMO E IDEOLOGIA

Lo primero que impresiona al leer el libro de Nicos Poulantzas¹ es la excepcional riqueza de *determinaciones teóricas* que introduce en el análisis del fascismo. No quiero con esto decir que la información empírica que contiene sea particularmente abundante; poseemos a este respecto numerosos estudios de conjunto sobre el período fascista más completos que el de Poulantzas, pero en todos ellos encontramos ciertas insuficiencias básicas: o bien se quedan en un mero nivel empírico-descriptivo o bien, cuando se rastrea, por debajo de la maraña factual, los mecanismos histórico-explicativos que la ordenan, nos encontramos con que el fascismo es reducido a contradicciones relativamente simples. Esta situación ha sido la responsable de un cierto malestar que experimentamos con la literatura relativa al fascismo: en los últimos treinta años esta literatura se ha incrementado notablemente, conocemos mucho más los datos relativos a la historia del fascismo, pero no hemos avanzado en forma paralela en la elaboración de los conceptos teóricos que nos permitan comprenderlo. A fines de la década de 1920, Ortega y Gasset escribía:

El fascismo tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo y organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece proponerse la forja de un Estado fuerte y emplea los medios más disolventes, como si fuera una facción destructo-

¹ Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura: la III Internacional frente al marxismo*, México, Siglo XXI, 1971.

ra o una sociedad secreta. Por cualquier parte que tomemos el fascismo hallamos que es una cosa y a la vez la contraria, es A y no A².

De algún modo sentimos que el enigma no ha sido totalmente resuelto, y que, si no cabe duda de que el fascismo no ha sido un movimiento revolucionario, fenómenos tales como la movilización de masas que implicó y la presencia en su ideología de elementos pertenecientes a la tradición revolucionaria no han recibido nunca una explicación convincente. Baste recordar, como prueba elocuente de esta situación, la amplia medida en que todavía seguimos dependiendo para la comprensión teórica del fascismo de algunos pocos grandes libros escritos antes de 1945 —tales los de Guérin³, Neumann⁴, Trotski⁵ o Togliatti⁶—, pese a la abundancia de investigación posterior, que ha tornado obsoletos muchos de sus análisis.

La razón de esta insuficiencia hay que buscarla, creo, en el hecho de que la casi totalidad de las corrientes intelectuales y políticas europeas posteriores a 1930 no tendían a comprender al fascismo en la compleja acumulación de determinaciones de la que emergió, sino a reducirlo a determinaciones relativamente simples. Tal fue el caso, por ejemplo, de los sectores burgueses liberales: para ellos el fascismo no constituía la resultante de un proceso histórico objetivo, sino una interrupción del desarrollo histórico normal. Así, para Benedetto Croce el fascismo no era la expresión política de ningún interés de clase, sino el resultado de «un colapso de conciencia, una depresión civil y una

² José Ortega y Gasset: «Sobre el fascismo» (1927), *Obras Completas*, volumen II, Madrid, 1954.

³ Daniel Guérin, *Fascisme et grand capital*, París, 1936.

⁴ F. Neumann, *Behemoth: the structure and practice of National Socialism*, Nueva York, 1942.

⁵ Los escritos de Trotski sobre el fascismo han sido reunidos recientemente en el volumen *The struggle against fascism in Germany*, Londres, 1975, con introducción de Ernest Mandel.

⁶ Palmiro Togliatti, *Lezioni sul fascismo*, Roma, 1970, prefacio de Ernesto Ragionieri.

embriaguez producidos por la guerra»⁷. Y de esta enfermedad no solamente habrían participado Alemania e Italia, sino, en una u otra medida, todos los países que habían intervenido en la primera guerra mundial. El fascismo habría sido, pues, un paréntesis que había coincidido con un rebajamiento en la conciencia de la libertad. Estas tres características —enfermedad moral, universalidad y paréntesis— conducían a un resultado único: la imposibilidad de comprender al fascismo a través de categorías históricas objetivas. Por la primera se le corta de toda posible comprensión en términos de un análisis de clase. Por la segunda se le universaliza, desvinculándolo de cualquier contexto nacional preciso. Por la tercera se afirma su irreductibilidad a cualquier comprensión en términos de categorías históricas, ya que el fascismo habría constituido un *paréntesis* en el desarrollo histórico normal. (No en vano la *Historia de Italia*, de Croce —una exaltada idealización del régimen de Giolitti—, concluye en 1915.) El fascismo se explica, pues, para Croce, como la irrupción en el escenario histórico de tendencias casi biológicas, resultantes de la crisis de la posguerra. Parecería que estuviéramos frente a los historiadores romanos, un Salustio o un Tácito, para quienes las convulsiones sociales son la expresión de los instintos desenfrenados del «hombre» cuando el conjunto de las instituciones se resquebraja y deja de controlarlos.

Esta interpretación liberal puede, sin duda, ampliarse hasta el punto de presentar al fascismo como culminación del conjunto de la historia moderna. Para Friedrich Meinecke⁸, por ejemplo, el fascismo habría constituido una ruptura del equilibrio psíquico entre impulsos racionales

⁷ Benedetto Croce, *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, Bari, 1963, volumen I, p. 7 ss.; vol. II, p. 46 ss. y 357 ss.

⁸ Friedrich Meinecke, *The German catastrophe*, 1950. Una confrontación similar entre las concepciones de Croce y de Meinecke, así como una discusión detallada de las diferentes interpretaciones del fascismo, puede encontrarse en Renzo de Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Bari, 1969.

e irracionales, cuya raíz debe buscarse en el ansia arrebatada de lucro y bienes terrenales provocada por el Iluminismo y el industrialismo modernos. Esta concepción sólo en apariencia es más «histórica» que la de Croce, y si bien no se habla de «paréntesis», la complejidad de la historia interviene tan sólo como un conjunto de circunstancias que facilitan o dificultan el equilibrio entre fuerzas «racionales» e «irracionales», que no son, desde luego, productos históricos, sino rasgos constitutivos de la naturaleza humana. Del mismo modo, las interpretaciones liberales católicas tendían a presentar al fascismo como una distorsión del orden natural de las cosas, consecuencia de los excesos iniciados por el liberalismo. Así, para Maritain,

En virtud de un reflejo automático, no humano, sino mecánico, el comunismo suscita y alimenta las reacciones de defensa de tipo fascista o racista, y éstas suscitan y alimentan a su vez todas las reacciones de defensa comunistas, de suerte que estas dos fuerzas multitudinarias crecen simultáneamente apoyándose cada una contra la otra: haciendo una y otra del odio una virtud, dedicadas una y otra a la guerra, guerra de naciones y guerra de clases, reclamando una y otra para la comunidad temporal el amor mesiánico con el que se debe amar al reino de Dios, doblegando al hombre una y otra ante algún humanismo inhumano, ante el humanismo ateo de la dictadura del proletariado, ante el humanismo idólatra de César o ante el humanismo zoológico de la sangre y de la raza⁹.

Como se comprende, la especificidad del fenómeno fascista difícilmente podía ser aprehendida a través de estos análisis y la tendencia debía ir, necesariamente, en el sentido de reducirlo a una contradicción simple. En el mismo sentido han operado aquellas tendencias que intentaban explicar las raíces del fascismo en términos psicológicos. Así, Wilhelm Reich¹⁰, después de señalar que existen en el hombre

⁹ Jacques Maritain, *Humanisme intégrale*, París, 1936. Citado por De Felice, *op. cit.*

¹⁰ Wilhelm Reich, *The mass psychology of fascism*, Londres, 1970.

tres diferentes niveles de estructura biopsíquica —uno superficial, en el que el individuo medio es «contenido, educado, compasivo y consciente»; uno intermedio, consistente en «impulsos de crueldad, sadismo, lascivia, rapacidad y envidia», y un «núcleo biológico más profundo», en el que el hombre es «un animal honrado, industrioso, cooperativo, capaz de amar y también de odiar racionalmente»—, saca la siguiente conclusión política:

En contradicción con el liberalismo, que representa el nivel superficial del carácter, y con la verdadera revolución, que representa el nivel más profundo, el fascismo representa esencialmente el segundo nivel del carácter, el de los impulsos secundarios ¹¹.

Si se parte de estas premisas, por las que el papel de las determinaciones históricas objetivas se reduce a crear las condiciones para el predominio de uno u otro tipo de carácter, apenas puede sorprendernos la conclusión:

Mi experiencia médica con individuos de todos los tipos de estratos sociales, razas, nacionalidades y religiones me mostró que el «fascismo» es solamente la expresión políticamente organizada de la estructura del carácter humano medio, una estructura del carácter que no tiene que ver con ésta o aquella raza, nación o partido, sino que es general e internacional. En este sentido caracterológico, el «fascismo» es la actitud emocional básica del hombre en la sociedad autoritaria, con su civilización de máquinas y su visión mecánico-mística de la vida ¹².

Del mismo modo, para Erich Fromm ¹³, una vez que el hombre ha emergido de su indiferenciada identidad con la naturaleza y pasa a constituir cada vez más un «individuo», se ve confrontado con una clara alternativa: o bien unirse con el mundo en la espontaneidad del amor y del esfuerzo productivo, o bien buscar seguridad en la adhesión ciega a

¹¹ *Ibid.*, p. XIII.

¹² *Ibid.*

¹³ Erich Fromm, *Fear of freedom*, Londres, 1942.

fuerzas exteriores a sí mismo, que conducen a la destrucción de su libertad y de la integridad de su yo individual. Y el fascismo, desde luego, constituye para Fromm una forma extrema de este segundo camino.

En todos estos esquemas interpretativos encontramos, pues, la tendencia a explicar el fascismo en términos del individuo aislado y su peculiar naturaleza¹⁴. El individuo

¹⁴ Quizás parezca raro que atribuyamos a Fromm y a Reich esta tendencia a reducir el fenómeno fascista a mecanismos de la psicología individual, dado que ambos autores han insistido en que la estructura del carácter no está fijada de una vez para siempre en términos biológicos, sino que es la resultante de una compleja determinación por parte de fuerzas sociales y económicas. Pero este hecho no varía en nada nuestra afirmación. En el caso de Fromm, el proceso histórico se mueve en una dirección única e irreversible: la progresiva quiebra de los lazos existentes entre el individuo y sus tradicionales formas de inserción en la sociedad, y la naturaleza ambigua de la libertad individual emergente de este proceso. El fascismo sólo resulta inteligible como momento de esta estructura teleológica que caracteriza al conjunto de la historia moderna. Por lo demás, ¿cómo ha llegado Fromm a este concepto de «individuo»? La operación se cumple en tres etapas: 1) de la observación de que en el presente los hombres aparecen menos ligados que en el pasado a los grupos de pertenencia social, se llega por la simple prolongación *ad quem* de esta línea potencial de desarrollo al concepto de «individuo»: un hombre que ha roto todos sus lazos con dichos grupos de pertenencia; 2) este «individuo», que no es más que un concepto límite, un personaje puramente imaginario, es hipostasiado y transformado en *sujeto* de la historia: la historia del «hombre» desde la Edad Media hasta el presente sería la historia del «individuo» y de su progresiva liberación de los lazos sociales, con todas las ambigüedades y contradicciones emergentes de este proceso; 3) el comienzo de la historia —la sociedad feudal— tiene una estructura tan imaginaria como su final; más aún, es concebida como la antítesis de éste: la total subsunción del individuo en sus grupos de pertenencia social. La historia narrada por Fromm es, por consiguiente, una pura mitología desde el punto de vista de su comienzo, de su final y del sujeto que transita entre ambos. Dentro de esta estructura teórica se puede, desde luego, insistir en que el carácter del individuo está social y culturalmente moldeado, pero si se escarba un poco se verá que dichas fuerzas sociales y culturales se reducen al conflicto básico entre individuo y sociedad que caracteriza al conjunto de la historia. Se trata, pues, de una contradicción simple. Aun cuando muchas observaciones psicológicas de Fromm sean correctas o sugestivas, aparecen ideológicamente deformadas al ser referidas a este individuo mítico: el «individuo».

Wilhelm Reich es de otra estatura intelectual, y en vano se buscarían en su obra los rasgos de una teleología tan simplista. Para Reich, el carácter tampoco es un dato biológico, sino que ha sido moldeado por fuerzas sociales y culturales. Pero, en primer lugar, dichas fuerzas no son sino la represión milenaria de necesidades e impulsos biológicos. Y,

ha roto sus lazos de pertenencia social y se presenta como masa indiferenciada frente a la acción de los demagogos.

Estas tendencias interpretativas, que pueden, hasta cierto punto, explicarse en razón de su contemporaneidad con los fenómenos históricos que pretendían analizar, fueron prolongadas y sistematizadas después de la guerra en las teorías del «totalitarismo»¹⁵, que tendían a cubrir bajo un mismo rótulo a los regímenes fascistas y al régimen soviético. Para Hannah Arendt, por ejemplo, que es uno de los más sofisticados exponentes de esta tendencia, el moderno totalitarismo surge ligado a tres procesos históricos esenciales: la declinación del Estado nacional y la emergencia del imperialismo, la crisis del sistema clasista y de sus valores y la atomización del individuo en la moderna sociedad de masas. La significación ideológica de este procedimiento es clara: se trata de un subproducto de la guerra fría que tiende a abstraer rasgos formales comunes a ambos tipos de régimen para afirmar la identidad sustancial entre fascismo y comunismo. Lo importante para nuestro análisis es que este enfoque tendió, por un nuevo camino, a eliminar la complejidad de contradicciones constitutiva del fascismo, y a reducir a éste a una contradicción relativamente simple. Una de las consecuencias de este tipo de enfoque ha sido la insuficiencia teórica de los análisis del fascismo

en segundo lugar, el fascismo es considerado la expresión *directa* de la estructura de carácter resultante. De este modo, el fascismo se desvincula de toda coyuntura concreta y pasa a ser algo así como la condensación y expresión de la represión milenaria del hombre acentuada por una crisis social y política particular que ha permitido dar libre curso a impulsos que normalmente son sublimados. Sólo así pueden explicarse afirmaciones de Reich tales como que «... en su forma pura el fascismo es la suma total de todas las reacciones *irracionales* del carácter humano promedio...» (*op. cit.*, pág. XIV). O bien que «... hay un fascismo alemán, español, anglosajón, italiano, judío o árabe. *La ideología racial es una pura expresión biopática de la estructura de carácter del hombre orgásticamente impotente...*» (*ibid.*).

¹⁵ Cf. especialmente Hannah Arendt, *The origins of totalitarianism*, 1951; C. J. Friedrich, *Totalitarianism*, 1945; M. Buchheim, *Totalitarian rule: its nature and character*, Middletown, 1968; J. L. Talmon, *The origins of totalitarian democracy*, 1952.

por parte de los científicos sociales burgueses que, al moverse en el marco de «identidades» puramente formales entre regímenes diferentes, sólo han podido acumular clasificaciones y subclasificaciones puramente descriptivas y desprovistas de todo interés teórico. Los libros de Friedrich y Brzezinski, de Organski y de Lipset¹⁶ son ejemplos bien conocidos de este tipo de literatura. Los teóricos de la «sociedad de masas» —tales como Kornhauser y Lederer¹⁷— han insistido, desde otra perspectiva, en un enfoque similar.

En el campo estrictamente marxista este tipo de desviación subjetiva ha estado, ciertamente, ausente, y los análisis del fascismo no se han llevado a cabo en términos de «masas» y de «aventuras de la conciencia» del individuo aislado. Pero, aunque en una dirección diferente, la simplificación del análisis del fascismo también ha operado y sigue operando. Durante la década de 1920 y comienzos de la de 1930 había surgido una rica serie de estudios marxistas acerca del fascismo, que tendían a subrayar la multiforme variedad de contradicciones que habían conducido a su emergencia. A los trabajos de Trotski y Togliatti antes citados podrían añadirse, entre otros, los de Gramsci, Rosenberg, Thalheimer y Otto Bauer¹⁸. Pero se trataba de atisbos, de primeros esbozos, que debían ser desarrollados y sistematizados en obras más maduras. Ahora bien, a medida que la lucha antifascista llega a un clímax, a medida que el fascismo pasa a ser más y más un enemigo cotidiano

¹⁶ C. J. Friedrich y Z. K. Brzezinski, *Totalitarian dictatorship and autocracy*, Cambridge (Mass.), 1965; A. F. K. Organski, *The stages of political development*; S. M. Lipset, *Political man: the social bases of politics*.

¹⁷ W. Kornhauser, *The politics of mass society*, Londres, 1960; E. Lederer, *The State of the masses*, Nueva York, 1940.

¹⁸ Los trabajos de Gramsci sobre el fascismo han sido recientemente reunidos en Antonio Gramsci, *Sul fascismo*, comp. por Enzo Santarelli, Roma, 1974; Historicus (seudónimo de A. Rosenberg), *Der Faschismus als Massenbewegung*, Carlsbad, 1934; A. Thalheimer, «Über den Faschismus», *Gegen den Strom*, 2-24, 1930; O. Bauer, *Der Faschismus*, Bratislava, 1936. A estas obras, centradas en torno al fascismo europeo, se debe añadir el estudio de los orientalistas soviéticos O. Tamin y E. Yohan, *Militarism and fascism in Japan*, Londres, 1934, que es un valioso esfuerzo por comparar los rasgos del fascismo en Japón y Europa occidental.

en la práctica política de millones de militantes, un hecho singular acontece: la literatura teórica marxista sobre el fascismo se empobrece al punto de que, con una notable excepción¹⁹, el final de la década de 1930 y la de 1940 no nos proveen con nada remotamente comparable a la riqueza teórica contenida en los análisis del período anterior. Creo que la razón de este sorprendente hecho reside en lo siguiente: si el Komintern había acertado a percibir la ligazón entre fascismo y capital monopólico, la política de los frentes populares iniciada en 1935 conducía a incorporar sectores cada vez más amplios de la burguesía a la lucha antifascista, con el resultado de que el fascismo tendía a presentarse como la expresión política de un sector crecientemente reducido de intereses. Por este camino, el fascismo concluía, en el análisis del Komintern, siendo la expresión pura y simple de una dictadura *directa* del capital monopólico sobre el resto de la sociedad. Y, obviamente, aspectos tales como la autonomía relativa del Estado fascista, y la movilización de masas que precedió su advenimiento, tendían a ser subvalorados. El carácter *autoritario* del fascismo se ponía por delante de su carácter de *régimen de masas*, lo que, desde luego, coincidía con la experiencia de los países ocupados por el hitlerismo, que sólo habían podido percibir el primer aspecto. Así, la complejidad del fascismo era eliminada y se le reducía a una contradicción única: la existente entre el capital monopólico y el resto de la sociedad. Y después de la guerra esta tendencia continuó: los frentes amplios preconizados por los partidos comunistas calificaban de «fascistas» a las políticas potencialmente autoritarias del capital monopólico. Hoy día «fascismo» ha pasado a ser sinónimo de «régimen capitalista autoritario» en el discurso político marxista: baste recordar la aplicación del calificativo «fascista» a regímenes tales como la Junta chilena, la dictadura de los coroneles en Grecia o el régimen

¹⁹ El libro antes citado de F. Neumann.

del Shah en Irán, que, obviamente, no tienen la más remota semejanza con los regímenes de Hitler o Mussolini ²⁰.

El gran mérito del libro de Poulantzas es que rompe con esta tradición y trata de reiniciar el debate teórico suspendido a comienzos de la década de 1930. El fascismo no es reducido por Poulantzas a contradicciones simples, sino que es presentado, por el contrario, como el resultado de una muy compleja sobredeterminación de contradicciones. En esto creo que reside su importancia y su interés, si bien disiento de su análisis. Pero, antes de entrar en esta crítica, señalemos los rasgos fundamentales de la interpretación de Poulantzas.

LA INTERPRETACION DEL FASCISMO EN POULANTZAS

Las principales tesis de Poulantzas concernientes al fascismo pueden ser resumidas en los siguientes puntos:

1. El fascismo se sitúa en el estadio imperialista del capitalismo. Por imperialismo no hay que entender un fenómeno exclusivamente económico, sino una nueva articulación del conjunto del sistema capitalista, que ha implicado también modificaciones profundas en lo político y lo ideológico (aparición del Estado intervencionista, intervención que se acrecienta por el papel que juega el Estado en los períodos de transición-aparición de la ideología impe-

²⁰ Esto ha conducido frecuentemente a una ambigüedad interpretativa, en lo que concierne al fascismo, por la que se atribuyen a este último los significados más contradictorios. Ernesto Ragionieri, por ejemplo, en su introducción a las *Lezioni sul fascismo*, de Togliatti (véase *supra*, nota 6), después de analizar en detalle una concepción tan compleja y matizada como es la que acerca del fascismo puede encontrarse en los escritos de Togliatti —que lo define como «régimen reaccionario de masas»—, cita aprobadoramente una afirmación hecha por Lenin poco después de la Marcha sobre Roma, en la que el fascismo es equiparado... ¡con las centurias negras!

rialista). Desde el punto de vista internacional, los conceptos decisivos son la *cadena imperialista* y el desarrollo desigual de sus eslabones: si la revolución se verificó en el eslabón más débil de la cadena —Rusia—, el fascismo se estableció en los dos eslabones siguientes.

2. La debilidad relativa de los eslabones de la cadena imperialista no depende de un proceso de retardo o del ritmo de desarrollo económico, sino de una acumulación de contradicciones. Esta acumulación estuvo dada, en Alemania, por la rápida expansión y concentración de capital en un país en el que la revolución democrático-burguesa no se había verificado bajo la hegemonía de la burguesía, sino de los *Junkers* prusianos. Esto había permitido la supervivencia de diversos hándicaps, tales como la falta de conclusión del proceso de unidad nacional y el peso político desproporcionado de los *Junkers* dentro del aparato del Estado en relación con su influencia económica. La conclusión fue que, en el momento en que el capital monopólico requirió la intervención masiva del Estado en su favor, la estructuración del bloque de poder y la fuerza relativa de los distintos grupos no monopolistas dentro del mismo se reveló como un obstáculo. El proceso fue aún más acentuado en Italia, donde el bloque de poder, constituido por los industriales del norte y los terratenientes del *Mezzogiorno*, había establecido la hegemonía de los primeros sobre la base del mantenimiento de la estructura agraria de tipo feudal en el sur. Esto había generado la imposibilidad de llevar a cabo una reforma agraria de tipo francés. El mantenimiento de este acuerdo anacrónico se reveló como un obstáculo insuperable en la fase de transición hacia el capitalismo monopólico. Esta acumulación de contradicciones condujo en ambos países al fascismo. En Inglaterra, Estados Unidos o Francia, donde la misma transición se verificó, pero donde no existía una acumulación de contradicciones semejante, el fascismo no logró imponerse.

3. El proceso de fascistización y el advenimiento del fascismo al poder corresponden a una profundización y exacerbación aguda de las contradicciones internas entre las clases y las fracciones de clase dominantes. Ninguna clase o fracción de clase era capaz de imponer, por sus propios medios de organización política o por medio del Estado «democrático-parlamentario», su dirección a las otras clases y fracciones del bloque de poder. El fascismo corresponde a una reorganización de este bloque que impone la hegemonía de una nueva fracción de clase: el gran capital monopolista. Esta transición se efectúa a través de una crisis política —que implica la ruptura del lazo representantes-representados entre las clases y los partidos políticos que las representan— y a través de una crisis de la ideología dominante que se desdobra en una crisis ideológica generalizada. El proceso de fascistización corresponde a una estrategia ofensiva de la burguesía y a una etapa defensiva del movimiento obrero. Frente a las diversas concepciones, según las cuales el fascismo es la dictadura lisa y llana del capital monopolista, o bien un régimen bonapartista fundado en un equilibrio de fuerzas, o bien una dictadura política de la pequeña burguesía, el Estado fascista tiene para Poulantzas una autonomía relativa característica respecto al bloque de poder y a la fracción del gran capital monopolista cuya hegemonía establece. Esta autonomía relativa se funda tanto en las contradicciones internas de las clases y fracciones del bloque de poder como en las contradicciones entre clases dominantes y clases dominadas.

4. Los comienzos del proceso de fascistización presuponen una serie característica de derrotas por parte del movimiento obrero. Durante este proceso la lucha de la burguesía contra la clase obrera reviste un carácter cada vez más político, en tanto que la lucha de la clase obrera se acantona cada vez más en el terreno económico-revindica-

tivo. El proceso de fascistización corresponde a una crisis de las organizaciones revolucionarias: se produce una división interna y corte de lazos entre dichas organizaciones y las masas. Crisis ideológica: se acrecienta la influencia de la ideología burguesa (tradeunionismo y reformismo) y de la ideología pequeñoburguesa (anarquismo, espontaneísmo y *jacquerie* putchista). Detrás de los errores estratégicos y tácticos de la clase obrera hay un error fundamental que está en la base de todos: el economicismo. Una vez en el poder el fascismo cumplirá una doble función: represión física organizada de la clase obrera, por una parte, y función ideológica —ideología obrerista—, por la otra.

5. El papel de la pequeña burguesía es esencial en el advenimiento del fascismo al poder. La característica de la pequeña burguesía es que su unidad como clase no está dada en el nivel de las relaciones económicas, sino en tanto las diversas inserciones económicas de sus distintas fracciones producen los mismos efectos pertinentes en los niveles político e ideológico. Son estos dos niveles, por consiguiente, los que fundan la unidad como clase de la pequeña burguesía. El discurso ideológico pequeñoburgués no puede ser sino el de alguna de las clases fundamentales de la sociedad capitalista: la burguesía y la clase obrera; pero hay un subconjunto ideológico específicamente pequeñoburgués que incorpora «elementos» propios a la ideología dominante. Estos elementos son el anticapitalismo de *statu quo*, el mito de la pasarela y el fetichismo del Estado. El proceso de fascistización corresponde a una crisis económica de la pequeña burguesía. Esta crisis determina una crisis política que conduce a la constitución de la pequeña burguesía como auténtica fuerza social por medio de los partidos fascistas. El papel histórico del fascismo consistió en establecer una alianza entre el gran capital monopólico y la pequeña burguesía. Finalmente, y éste es el aspecto decisivo, el proceso de fascistización correspondió a una

crisis ideológica aguda de la pequeña burguesía, crisis caracterizada por los siguientes rasgos: los elementos ideológicos pequeñoburgueses se disocian del discurso burgués dominante; el anticapitalismo de *statu quo* se torna dominante a través de la oposición referencial de la ideología; más y más elementos ideológicos son tomados de la ideología obrera. El conjunto ideológico pequeñoburgués, así modificado, «toma el lugar» de la ideología burguesa dominante y logra recimentar las formaciones sociales en cuestión. Este es el elemento decisivo en el advenimiento del fascismo y lo que lo diferencia de otras formas de Estado de excepción: bonapartismo, dictadura militar, etc.

6. Poulantzas sostiene, frente a las tendencias que ven en el fascismo un movimiento de base campesina, que el fascismo ha constituido un fenómeno esencialmente urbano. El fascismo rural ha tenido un papel claramente subordinado y, en los casos en que se ha desarrollado, ha constituido un movimiento ideológico militar, directamente ligado a la gran propiedad. Una vez en el poder, el fascismo habría favorecido la expansión del capitalismo monopolista en los sectores rurales en beneficio exclusivo de la gran propiedad y del campesinado rico.

7. Finalmente, una vez establecido que la función del Estado fascista ha consistido en establecer y organizar la hegemonía del capital monopolista, Poulantzas analiza en detalle el tipo de Estado y el tipo de régimen que caracterizaron al fascismo como caso especial de un Estado de excepción.

Como se ve, el análisis de Poulantzas está centrado en dos aspectos: el tipo de crisis del que emerge el fascismo y la forma de Estado en que esta crisis se resuelve. La crisis permite el paso al primer plano político de la pequeña burguesía; la forma de su resolución, la neutralización de la pequeña burguesía por medio de un tipo de Estado que

establece la hegemonía del capital monopolista. La pequeña burguesía desempeña, pues, el papel *político* central en la emergencia del fascismo. Pero en la determinación de clase de la pequeña burguesía la ideología juega un papel decisivo («la pequeña burguesía se alimenta literalmente de la ideología que la cimenta»). En consecuencia, la validez de conjunto del análisis de Poulantzas reposa en dos pilares: su concepción de la ideología y su concepción de la pequeña burguesía. Con respecto a ambos aspectos, puntualizaremos una serie de observaciones críticas.

LOS «ELEMENTOS» IDEOLÓGICOS Y SU PERTENENCIA DE CLASE

Comencemos por la ideología. Para Poulantzas el fascismo emerge, entre otras cosas, de una crisis ideológica. En una crisis el conjunto de los elementos y condiciones intervinientes se fusionan en una unidad ruptural (Althusser). *Condensación* es el término usado para definir este proceso de fusión. La expresión es exacta en la medida en que se acepte su sentido literal. En psicoanálisis —de donde el término proviene— se entiende por condensación el proceso por el cual

una representación única representa por sí sola varias cadenas asociativas en cuya intersección se encuentra. Desde el punto de vista económico está entonces investida de las energías que, ligadas a estas diferentes cadenas, se suman sobre ella.

En el caso de la interpretación de los sueños,

se traduce por el hecho de que el relato manifiesto, comparado con el contenido latente, es lacónico: constituye su traducción abreviada. La condensación no debe, sin embargo, ser asimilada a un resumen: si cada elemento manifiesto está determinado por varias significaciones latentes, inversamente cada una de éstas puede ser hallada en varios elementos; por otra parte,

el elemento manifiesto no representa bajo una misma relación cada una de las significaciones de las que se deriva, de suerte que no las subsume como lo haría un concepto²¹.

Esto plantea al análisis de toda crisis una doble tarea: 1) analizar los elementos que intervienen en la condensación; 2) analizar el proceso de la condensación misma. Si nos limitamos a la primera tarea conseguiremos explicar los *elementos* y *condiciones* de la crisis, pero no la crisis misma. Esto es precisamente lo que ocurre con Poulantzas: si bien su análisis retiene toda la complejidad de la crisis de la que el fascismo emergió —y supera así los errores referidos de quienes reducen el fascismo a una contradicción simple—, por otro lado esta complejidad es presentada a un nivel meramente descriptivo y aditivo de sus elementos intervinientes, sin explicar la forma en que se tradujo en una unidad ruptural: es decir, el proceso de su condensación. La razón de esto creo que reside en la limitada y ambigua concepción de la ideología que los análisis de Poulantzas sobre el fascismo revelan.

¿Cuál es esta concepción? En primer término, analizar una ideología es, para Poulantzas, descomponerla en los *elementos* que la integran, de acuerdo con la pertenencia de clase de dichos elementos. Así, la ideología burguesa dominante contiene *elementos pequeñoburgueses* que se integran en ella y también elementos obreros. La colusión entre ideología pequeñoburguesa e ideología imperialista se explica por la existencia de *elementos* que son comunes a ambas (aspectos estatolátrico, nacionalista, racista antisemita, anticlerical, etc.). Del mismo modo, serían los *elementos* de connivencia entre la ideología feudal «transformada» y la ideología imperialista (nacionalismo expansionista, militarismo, culto del despotismo y de la autoridad estatal, etcétera) los que explicarían la debilidad del liberalismo de

²¹ Jean Laplanche y J. B. Pontalis, *Vocabulaire de la psychanalyse*, París, 1967.

la república de Weimar. En algunos casos estos «elementos» estarían simplemente incoados: tal cuando se refiere a los «gérmenes» de fascismo que se encuentran en el liberalismo italiano. Esta concepción aparece combinada a otra que es su correlato necesario: las clases sociales tienen ideologías «puras», «necesarias» o «paradigmáticas». En este sentido, Poulantzas es taxativo: la ideología marxista-leninista constituye la ideología de la clase obrera. El liberalismo sería la ideología burguesa en el estadio del capitalismo competitivo, y si en Alemania las cosas ocurrieron de manera diferente fue en razón de que en este país el modo de producción capitalista estaba articulado al feudal y que la unificación nacional se verificó bajo la hegemonía de los *Junkers* prusianos (es característico que, para Poulantzas, la ausencia de un fuerte liberalismo alemán sea el símbolo y el síntoma de una revolución burguesa no consumada cabalmente). La mezcla de nacionalismo, militarismo, racismo, etc., sería constitutiva de la ideología imperialista. Y en cuanto a la pequeña burguesía, por no constituir una de las clases fundamentales en las formaciones sociales dominadas por el modo de producción capitalista, su ideología propia sólo puede consistir en «elementos» incorporados al discurso ideológico de la clase dominante. Como se ve, la discriminación de «elementos» en función de su pertenencia de clase y la postulación abstracta de ideologías puras son aspectos que se requieren mutuamente: sólo por referencia implícita o explícita a estas ideologías puras es posible analizar las ideologías históricas concretas a través de la discriminación entre sus elementos constitutivos.

El segundo aspecto característico de la concepción poulantziana de las ideologías es, hasta cierto punto, un corolario del anterior: las ideologías históricas concretas constituyen una *amalgama* de elementos heterogéneos (bien entendido, cada uno de estos elementos tiene, para Poulantzas, su pertenencia de clase). Este criterio es sistemáticamente aplicado al caso del fascismo. En varias ocasiones

Poulantzas cita con aprobación las siguientes afirmaciones de Togliatti:

La ideología fascista contiene una serie de elementos heterogéneos [...]. Ello sirve para soldar juntas varias corrientes en la lucha por la dictadura sobre las masas trabajadoras, y para crear con este fin un vasto movimiento de masas. La ideología fascista es un instrumento creado para mantener unidos estos elementos ²².

En ciertos momentos Poulantzas lleva hasta tal extremo esta tendencia a disolver el discurso ideológico fascista en sus elementos integrantes que niega lisa y llanamente su unidad: el fascismo habría tenido un discurso político distinto para cada sector social. Así, afirma recientemente:

el papel de la ideología fascista en las masas populares no se debe en absoluto a una repetición arbitraria de un discurso idéntico, vehiculado por las *técnicas de propaganda*, frente a unas masas atomizadas e indiferenciadas [...]. *Muy por el contrario*, este papel se debe al hecho de que estas ideologías y este discurso *se presentan de forma considerablemente diferenciada, tal como se encarnan en los diversos aparatos político-ideológicos fascistas, según las diversas clases, fracciones de clase y categorías sociales a las que se dirigen, lo que les permite precisamente explotar las condiciones materiales de existencia de esas clases y fracciones* ²³.

Debemos, por último, señalar un tercer aspecto relevante para nuestro problema: el relativo a la transformación de las ideologías. Las ideologías experimentan, para Poulantzas, un proceso de transformación. Así, al referirse a la adaptación de la ideología prusiana a las necesidades de un bloque de poder que ha pasado a integrar a la burguesía, habla de ideología feudal *transformada*. También menciona, con referencia a Italia, «cierto tipo de *transmuta-*

²² Palmiro Togliatti, *op. cit.*, p. 15.

²³ Nicos Poulantzas, «À propos de l'impact populaire du fascisme», en Maria Antonietta Macciocchi, *Éléments pour une analyse du fascisme*, París, 1976.

ción "continua" de [la] ideología "nacionalista liberal" en ideología "fascista imperialista". En otros casos habla de *metamorfosis* del nacionalismo. En qué consiste esta transformación no aparece nunca formulado con claridad, aunque las expresiones alusivas abundan (transformación, metamorfosis). Pero no hay que llamarse a engaño: para Poulantzas la «transmutación» nunca significa que los elementos característicos de una ideología modifiquen su pertenencia de clase de modo tal que, por ejemplo, la ideología feudal «transformada» haya pasado a ser una ideología burguesa. La transformación consiste en la incorporación de «elementos» burgueses a una ideología que, *en sus elementos esenciales*, continúa siendo feudal (de lo contrario, la ausencia de una tradición liberal no le parecería un índice de la debilidad hegemónica de la burguesía alemana)²⁴. Y en el caso en el que la transformación llega a afectar la pertenencia de clase de los «elementos» mismos de la ideología —como en el caso de la apropiación de la ideología feudal transformada por la ideología imperialista—, Poulantzas tiene una respuesta preparada: esto ha sido posible porque los elementos esenciales de la ideología feudal «transformada» —autoritarismo, militarismo, etc.— coinciden con los elementos esenciales de la ideología imperialista. Dos transformaciones han tenido lugar —incorporación de elementos burgueses a la ideología feudal, apropiación de los elementos esenciales de ésta por la ideología imperialista— sin que la teoría de la pertenencia clasista de los «elementos» ideológicos haya tenido que modificarse un ápice. Y en el caso italiano, donde la ofensiva del capital imperialista se verifica en forma opuesta, es decir, bajo la forma de apropiación de las tradiciones nacionalistas liberales del *Risorgimento*, donde, por consiguiente, no puede decirse que los elementos esenciales de ambas ideologías

²⁴ No pretendo negar las debilidades específicas de la burguesía alemana, sino, tan sólo, que el insuficiente desarrollo del liberalismo pueda considerarse como un índice necesario de dichas debilidades.

coincidan, Poulantzas resuelve el problema diciendo que se trata de una impostura demagógica:

esta ofensiva ideológica del gran capital se hacía calladamente, en la medida en que iba oculta bajo el acaparamiento directo de ciertos aspectos de la ideología nacionalista liberal, que era la del capital medio italiano²⁵.

A través de estos diversos expedientes se mantiene, en consecuencia, incólume la pertenencia clasista de los elementos ideológicos. No es, en consecuencia, extraño que, al discutir las estrategias políticas del Komintern, Poulantzas tienda a considerar como concesión al adversario cualquier tipo de agitación nacionalista. Así, al discutir la línea Schlager —por la que Radek proponía promover en Alemania la agitación nacionalista contra el tratado de Versalles—, Poulantzas la considera de un oportunismo inadmisibile. Afirma:

El elemento capital a este respecto es que tal viraje chauvinista *no despertó ninguna reacción en el seno del Plénum del Komintern*. Descúbrese incluso que no se había explotado bastante hasta entonces la agitación contra el tratado. Y es cierto que Lenin, que había calificado este tratado de «el acto de bandidaje más monstruoso» de la historia, *no se prestó jamás*, y con razón, a una explotación solcialchauvinista del problema²⁶.

Si pese a ser el tratado de Versalles un «acto de bandidaje» no es posible promover una agitación contra el mismo —descalificada como chauvinista— es porque para Poulantzas el nacionalismo es un «elemento» ideológico burgués y, como tal, no es susceptible de transformación en una dirección socialista. Un nacionalismo socialista constituiría, en esta perspectiva, una expresión perfectamente contradictoria²⁷.

²⁵ N. Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, p. 144.

²⁶ *Ibid.*, p. 194.

²⁷ Un libro reciente de Poulantzas parece, sin embargo, presentar a este respecto una posición más matizada. Afirma: «Las ambigüedades y

Determinación de clase de los elementos ideológicos, ideologías concretas como amalgama de elementos, transformación de las ideologías a través de una incorporación/articulación de los elementos ideológicos de clase. ¿Qué observaciones críticas merece este enfoque? En primer lugar, la adjudicación de una pertenencia de clase a los elementos de las ideologías concretas responde a un procedimiento puramente arbitrario que, como veremos, no sólo no construye teóricamente su objeto, sino que, por el contrario, *supone* su conocimiento empírico y opera taxonómicamente sobre este conocimiento. En efecto, ninguno de los elementos o aspectos que Poulantzas supone característicos de la ideología de una clase lo son si se los considera aisladamente. El liberalismo, que Poulantzas considera un «elemento» ideológico propio de la burguesía durante la etapa del capitalismo competitivo fue, en América Latina, la ideología característica de los terratenientes feudales; el militarismo no es necesariamente una ideología imperialista o feudal: en la España del siglo XIX los «pronunciamientos» militares constituyeron la típica expresión de los sectores burgueses incipientes y, después de la segunda guerra mundial, el militarismo constituyó muchas veces, a lo largo del Tercer

las metamorfosis del nacionalismo son conocidas: en el estadio imperialista, progresivamente ha cobrado, en los países dominantes, un aspecto eminentemente reaccionario, mientras que en los países dominados, a través de reivindicaciones de "liberación nacional", ha tomado un aspecto progresista. Lo que nos interesa, sobre todo, es lo que significa el nacionalismo en la fase actual del imperialismo para los países europeos, en particular para los que aquí nos preocupan. Diré sumariamente que, por el hecho de la *nueva dependencia* de los países europeos respecto del imperialismo dominante de Estados Unidos, el nacionalismo puede tener actualmente —y eso no es nuevo— cierto carácter progresista en países que no solamente no pertenecen a la zona tradicional del tercer mundo o los países subdesarrollados, sino que incluso forman parte de la esfera de los países dominantes: recordemos ciertos aspectos progresistas en Francia del nacionalismo gaullista» (*La crisis de las dictaduras*, Madrid, Siglo XXI, pp. 129-130). Este párrafo es, sin embargo, demasiado ambiguo para concluir que la posición de Poulantzas ha cambiado: podría interpretarse en el sentido de que el nacionalismo ha dejado de ser un elemento ideológico burgués, pero también en el sentido de que es un elemento ideológico de ciertos sectores más progresistas de la burguesía.

Mundo, un ingrediente ideológico esencial de los movimientos antiimperialistas y antifeudales. Lo mismo podría decirse del nacionalismo, de la «estatalatría», del autoritarismo y, en realidad, de *todos* los elementos ideológicos a los que Poulantzas asigna una pertenencia de clase. Incluso el antisemitismo puede ser un rasgo ideológico característico de las más diversas clases: en Europa oriental fue, durante el siglo XIX, un componente frecuente de la ideología burguesa liberal en razón del apoyo que sectores del capital usurario hebreo dieron a los imperios multinacionales zarista, austrohúngaro y turco²⁸, y durante la Edad Media constituyó inclusive en ocasiones un elemento de las ideologías de los sectores populares en razón del papel explotativo desempeñado por el capital usurario en los intersticios de la sociedad feudal²⁹. ¿Qué conclusiones se pueden sacar

²⁸ En la base de este apoyo está el lazo indisoluble entre capital usurario y sociedad feudal. De acuerdo con Abraham Leon: «... La acumulación de dinero en manos de los judíos no resultaba de una forma especial de producción, la producción capitalista. La plusvalía (o producto excedente) resultaba de la explotación feudal, y los señores feudales estaban obligados a entregar parte de este excedente a los judíos. Es de aquí de donde surge el antagonismo entre judíos y feudalismo, pero también el lazo indisoluble existente entre ambos...» (*La conception matérialiste de la question juive*, París, 1968, p. 25). De ahí que el desarrollo del capitalismo había de entrar en rápido conflicto con el capital usurario. Como Leon afirma, refiriéndose a la Polonia del siglo XV: «... El estado atrasado del país había también obstaculizado la evolución que hemos observado en los países del este de Europa: la expulsión de los judíos de las actividades comerciales y su confinamiento a la usura. La clase burguesa y las ciudades estaban en aquel tiempo tan sólo comenzando a desarrollarse. La lucha de la burguesía contra los judíos estaba tan sólo en germen y no condujo a resultados decisivos. Los artesanos, que también sufrían por la usura judía, se unieron a los comerciantes. Aquí también, tan pronto como una provincia se desarrollaba, surgían conflictos con los judíos. En Cracovia en 1403 y en Bohemia en 1445, los artesanos provocaron masacres de judíos...»

²⁹ Citemos nuevamente a Leon: «... a medida que la usura pasó a ser la principal ocupación de los judíos, éstos entraron gradualmente en contacto con las masas populares y estas relaciones se deterioraron continuamente. No fue la ambición del lujo lo que empujó a los campesinos o a los artesanos a tomar prestado del usurero judío, sino la más negra de las penurias. Empeñaban herramientas de trabajo que a menudo eran indispensables para asegurar su subsistencia. Puede entenderse el odio que el hombre común debe haber sentido hacia el judío, en el que veía la causa directa de su ruina, sin percibir al emperador, al príncipe

de estas observaciones? ¿Que estamos frente a casos cuya desviación respecto de las ideologías «paradigmáticas» se explica en razón de una sobredeterminación de contradicciones cuyo desciframiento constituye el análisis científico de las ideologías? Este camino, sugerido por la adjudicación metafísica a las clases de ciertos «elementos» ideológicos, sólo puede conducir a la multiplicación *ad infinitum* de distinciones crecientemente formales. Creo que el camino correcto es el inverso: *aceptar que los «elementos» ideológicos considerados aisladamente no tienen ninguna necesaria connotación de clase y que esta connotación es sólo el resultado de la articulación de estos elementos en un discurso ideológico concreto. Lo cual significa que la precondition para analizar la naturaleza de clase de una ideología es interrogarnos por aquello que constituye la unidad distintiva de un discurso ideológico.* Lo que hace Poulantzas, por lo demás, es sugerir alusiva o evocativamente a esta unidad como fundamento de todo su análisis. ¿En qué consiste, en efecto, la prueba de que los elementos ideológicos tienen una connotación de clase precisa? Al hablar de militarismo, autoritarismo, etc., Poulantzas no construye teóricamente estos conceptos, sino que los *evoca* ante la mente del lector, el cual, por su conocimiento empírico del discurso unitario del que estos elementos forman parte, tiende a asignar a éstos la naturaleza de clase de aquél. A partir de ahí, los «elementos» aislados serán considerados como símbolos de las ideologías en cuestión y de su connotación de clase. En consecuencia, no sólo lo concreto —la unidad de la ideología en cuestión— no es construido teóricamente, sino que la intuición sincrética de su unidad, tal como se da al nivel de la materia prima del conocimiento, constituye

o a los ricos burgueses, todos los cuales se tornaban más ricos gracias a la usura judía. Fue especialmente en Alemania donde la última tomó su forma más "popular", principalmente en los siglos XIV y XV, cuando el odio contra los judíos era más evidente, odio cuyo resultado fueron las masacres antijudías y la "quemada" de los judíos (*judenbrand*)...» (*op. cit.*, pp. 102-103).

el único fundamento para la adjudicación de connotaciones de clase a los elementos aislados. De ahí procede la insatisfacción básica antes aludida que deja este estudio del fascismo: los elementos están presentes en toda su complejidad —y, hay que decir, Poulantzas no escatima ninguna de las complejidades propias del fenómeno fascista—, pero la unidad en la que estas complejidades se resuelve está supuesta y no explicada. Es decir, *la condensación de contradicciones en que consiste la crisis no consigue ser plenamente apprehendida*. Quedamos, de alguna manera, perdidos en un laberinto taxonómico y sin saber con exactitud en qué consistió esa peculiar fusión de contradicciones de la que emergió el fascismo.

Si queremos salir de este punto muerto debemos intentar dar respuesta a dos preguntas esenciales: ¿En qué consiste la unidad de un discurso ideológico? Y ¿en qué consiste el proceso de transformación de las ideologías? La respuesta a estas dos preguntas nos conduce al centro mismo de los problemas que una teoría marxista del fascismo debe responder.

INTERPELACIONES DE CLASE E INTERPELACIONES POPULAR-DEMOCRATICAS

Resulta extraño que Poulantzas, que se mueve dentro del marco general de la problemática althusseriana, no haya retenido la contribución más importante y específica de Althusser al estudio de las ideologías: la concepción según la cual la función fundamental de toda ideología consiste en interpelar/constituir a los individuos como sujetos. De acuerdo con Althusser, que a este respecto está fuertemente influido por la concepción de Lacan, según la cual la «fase del espejo» juega un papel decisivo como matriz y esbozo en la constitución del yo,

la categoría de sujeto es constitutiva de toda ideología, pero al mismo tiempo y de inmediato agregamos *que la categoría de sujeto no es constitutiva de toda ideología sino sólo en tanto toda ideología tiene la función (que la define) de «constituir» en sujetos a los individuos concretos*³⁰.

Los *individuos*, que son simples soportes de las estructuras, son transformados por la ideología en *sujetos*, es decir, viven la relación con sus condiciones reales de existencia como si ellos constituyeran el *principio autónomo* de determinación de dicha relación. El mecanismo de esta inversión característica es la interpelación.

[...] La ideología «funciona» o «actúa» de tal suerte que «recluta» sujetos entre los individuos (los recluta a todos) mediante la precisa operación que llamamos *interpelación*, operación que se puede representar con la más trivial interpelación policial (o no) de cualquier día: «¡Eh, vosotros, allá!»³¹.

Si, por consiguiente, la función básica de toda ideología consiste en constituir a los individuos como sujetos, si a través de la interpelación los individuos viven sus condiciones de existencia como si ellos constituyeran el principio autónomo de las mismas —como si, en consecuencia, ellos, lo determinado, constituyeran lo determinante—, resulta claro que la unidad de los distintos aspectos de un sistema ideológico está dada por la interpelación específica que constituye el eje y principio organizador de toda ideología. ¿Quién es el sujeto interpelado? Esta es la cuestión clave en el análisis de las ideologías. La primera pregunta que nos formulábamos encuentra aquí su respuesta: *lo que constituye el principio unificador de un discurso ideológico es el «sujeto» interpelado y así constituido a tra-*

³⁰ Louis Althusser, «Ideología y aparatos ideológicos del Estado», en *La filosofía como arma de la revolución*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1968, p. 130.

³¹ *Ibid.*, p. 132.

vés de ese discurso³². Los elementos aislados de un discurso carecen de significación en sí mismos. Si intentamos analizar el nivel ideológico de una formación social determinada, nuestra primera tarea debe ser reconstruir las estructuras interpelativas que lo constituyen. Es sorprendente en tal sentido que Poulantzas, que dedica tanta atención a la crisis ideológica de la que el fascismo emerge, no dedique una sola línea al problema de las interpelaciones características de las ideologías fascistas.

Existen diferentes tipos de interpelaciones (políticas, religiosas, familiares, etc.) que coexisten, sin embargo, ar-

³² Debemos señalar, aunque sea brevemente, que la concepción althusseriana de la ideología no deja de presentar serias dificultades. En primer lugar, el mecanismo de la interpelación no sólo tiene para Althusser la función de transformar imaginariamente al individuo en sujeto, sino también la de lograr su autosometimiento al sistema imperante y asegurar, por tal vía, la reproducción social en su conjunto. En tal sentido, se ha señalado, toda ideología sería ideología dominante y se excluiría la posibilidad de una ideología de los sectores dominados. En segundo término, la ideología es, para Althusser, a la vez un nivel de toda formación social y lo opuesto a la ciencia, lo que crea serias dificultades teóricas. No podemos entrar aquí en el debate teórico acerca de estos problemas, que ha tenido lugar recientemente (cf. Jacques Rancière, *La leçon d'Althusser*, Paris, 1974, y Emilio de Ipola, «Crítica a la teoría de Althusser sobre la ideología», *Uno en Dos*, Medellín, Colombia, julio de 1975, pp. 7-39). Baste señalar, a los propósitos de este artículo, que en nuestra opinión: 1) la lucha de clases penetra el campo de la ideología, por lo que, junto a las ideologías de las clases dominantes que tienden a la reproducción del sistema, encontramos ideologías de los sectores dominados que tienden a su transformación revolucionaria; 2) que si el mecanismo de la autosujeción del individuo funciona en las ideologías de los sectores dominantes para asegurar el sistema de dominación existente, en las ideologías de las clases dominadas el mismo mecanismo funciona para ligar a los individuos a sus tareas de oposición a dicho sistema. La compulsión ética es así un mecanismo abstracto que puede responder a los más variados intereses objetivos; 3) que el mecanismo de la interpelación como constitutivo de la ideología opera del mismo modo en las ideologías de las clases dominadas y en las ideologías revolucionarias. Como señala Emilio de Ipola: «... figura jurídica (y retórica), la interpelación puede ser detectada tanto en un discurso religioso cristiano como en un discurso humanista e incluso en un discurso comunista, como es el del *Manifiesto* («¡Proletarios de todos los países, uníos!»). En ciertos casos, la interpelación en «sujetos» será la forma disimulada de asegurar efectivamente un sometimiento; en otros, en cambio, como en el *Manifiesto comunista*, tomará la forma de una consigna política que llama a crear las condiciones de la emancipación de los explotados...» (*op. cit.*, p. 38).

ticuladas en un discurso ideológico de unidad relativa. En rigor, cada uno de los «elementos» o «aspectos» de los que habla Poulantzas (nacionalismo, militarismo, estatolatría, etcétera) involucran interpelaciones. ¿De qué modo una interpelación está articulada con otra? Es decir, ¿qué hace que ambas formen parte de un discurso ideológico relativamente unitario? Por unidad no hay que entender necesariamente coherencia lógica —por el contrario, la unidad ideológica de un discurso es perfectamente compatible con un amplio margen de incoherencia lógica—, sino la capacidad de cada elemento interpelativo de jugar un papel de condensación respecto a los otros. Cuando una interpelación familiar, por ejemplo, *evoca* una interpelación política, una interpelación religiosa, una interpelación estética, etc.; cuando cada una de estas interpelaciones aisladas opera como *símbolo* de las otras, nos encontramos con un discurso ideológico relativamente unitario. Distintos esfuerzos pueden existir, que intentan racionalizar en forma *explícita* dicha unidad, pero son siempre esfuerzos *a posteriori*, que operan sobre la base primaria de la unidad *implícita* del discurso ideológico. A este respecto podemos señalar una diferencia básica entre dos tipos de situaciones. En períodos de estabilidad, cuando la formación social tiende a reproducir sus relaciones siguiendo los cauces tradicionales y logra mediante *desplazamientos*³³ neutralizar sus contradicciones, es cuando el bloque dominante de dicha formación consigue absorber un mayor número de contradicciones y su discurso ideológico tiende a reposar sobre los mecanismos puramente implícitos de su unidad. Es cuando, habitualmente, la correlación entre la coherencia lógica de los elementos del discurso y su unidad ideológica llega a su punto más bajo. (Pueden, por ejemplo, coexistir interpela-

³³ «En períodos de estabilidad, las contradicciones esenciales de la formación social son neutralizadas por desplazamiento; en una situación revolucionaria, por el contrario, pueden condensarse o fundirse en una ruptura revolucionaria...» (Ben Brewster, «Glossary» a Louis Althusser, *For Marx*, Londres, NLB, 1977).

ciones religiosas de tipo ascético con un creciente goce de los bienes materiales, sin que los agentes sociales «vivan» a ambos como incompatibles.) En un período de crisis ideológica generalizada, como el que Poulantzas sitúa en el origen del fascismo, en cambio, tiende a ocurrir lo contrario. La crisis de confianza en la reproducción «natural» o «automática» del sistema se traduce en una exacerbación de todas las contradicciones ideológicas y en una disolución de la unidad del discurso ideológico dominante. Como la función de toda ideología consiste en constituir a los individuos como sujetos, estas crisis ideológica se traducirá necesariamente en una «crisis de identidad» de los agentes sociales. Cada uno de los sectores en pugna intentará reconstruir una nueva unidad ideológica vehiculando un «sistema de narración»³⁴ que desarticule el discurso ideológico de las fuerzas opuestas. Lo importante para nuestro problema es que una de las formas posibles de resolución de la crisis por parte de la nueva clase o fracción hegemónica consiste en negar todas las interpelaciones menos una, desarrollar ésta en todas sus implicaciones lógicas y transformarla en una crítica al sistema existente y, a la vez, en un principio de reestructuración de todo el campo ideológico. En nuestro ejemplo anterior, la incompatibilidad entre ascetismo religioso y goce de las riquezas materiales, disimulada anteriormente por el discurso ideológico dominante, estalla en

³⁴ En el sentido usado por Jean-Pierre Faye en su excelente libro *Langages totalitaires*, París, 1972. «... Cada clase de la población poseía, en consecuencia, su *sistema* de narración [...] La lucha de las versiones narrativas lleva en sí misma —o se refiere— el peso formidable de lo que está en juego. Narrar la acción no es tan sólo "escribir conjuntamente" —*syn graphein*, como lo quiere Tucídides— los diferentes testimonios. Esto sería, llevado al límite, captar de qué manera las narraciones de los diferentes testigos, que son también actores (o actuantes), cambian la acción por las diferencias narradas. Cómo el doble proceso del *acontecimiento narrado* y de las *proposiciones de narración* hace entrar en una economía generalizada en la que la historia entera, y no sólo la "historia económica", es capturada y encerrada es lo que se trata de hacer ver, pensando en aquella ciencia de la historia, de la que Marx ha escrito [...] que engloba toda ciencia...» J. P. Faye, *Théorie du récit*, París, 1972, pp. 16 y 39.

toda su agudeza durante un período de crisis. Surge en esas circunstancias un reformador religioso que acusa de todos los males a la corrupción y al abandono de la estricta observancia ascética y que, a través de su interpelación, dota a sus secuaces de una objetividad nueva. La interpelación religiosa pasa así a ser el principio reorganizador de todos los aspectos familiares, políticos, económicos, etc. A la coexistencia en un discurso ideológico de diversas interpelaciones de coherencia relativa ha sucedido una estructura ideológica en la que *una* interpelación se constituye en principio organizador de todas las otras. En nuestro ejemplo este papel central corresponde a la ideología religiosa, pero en otros contextos históricos puede corresponder a la ideología política. Que la crisis se resuelva siguiendo esta pauta depende de muchas circunstancias históricas, pero podemos señalar dos, al menos, que la favorecen grandemente: 1) cuanto más apartado se encuentra un sector social de las relaciones de producción dominantes, cuanto más difusos sean sus «intereses objetivos» y menos desarrollado su «instinto de clase», más tenderá a vivir el proceso y resolución de la crisis en el puro nivel ideológico; 2) cuanto más central sea el papel de este tipo de sectores en la formación social en cuestión, más central será el papel del nivel ideológico en la resolución final de la crisis por parte de la formación social en su conjunto. Veremos la importancia de estas observaciones para el análisis del fascismo.

En nuestra discusión anterior hemos omitido un punto central: la relación entre las ideologías y la lucha de clases. Este punto es, sin embargo, fundamental si queremos responder a nuestra segunda pregunta: ¿cómo se transforman las ideologías? Debemos señalar a este respecto que en la tradición marxista ha existido una ambigüedad básica en la utilización del concepto de *lucha de clases*. En un primer sentido, la lucha de clases se plantea a nivel del modo de producción: la relación de producción que constituye a sus polos como clases es una relación antagónica. La plusvalía,

por ejemplo, constituye *a la vez* la relación entre capitalistas y obreros y el antagonismo entre ambos; o, mejor dicho, constituye a dicha relación como una relación antagónica. De esto se siguen dos conclusiones: 1) que no hay clases excepto en una relación de lucha; 2) que el nivel de análisis que hace inteligible dicho antagonismo es el del modo de producción. Pero el concepto de lucha de clases ha tendido también a ser aplicado a otro tipo de antagonismo: aquel en el que la lucha entre las clases sólo resulta inteligible si se hace intervenir al conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación que caracterizan a una formación social determinada. Tomemos, por ejemplo, el caso de una formación social en la que existe una articulación entre el modo de producción capitalista y el feudal y en el que una clase de terratenientes feudales constituye la clase hegemónica en el bloque de poder dominante. La explotación se ejerce no sólo sobre los campesinos (a los que la fracción hegemónica explota directamente a nivel del modo de producción), sino sobre el conjunto de los sectores dominados: pequeñoburgueses, obreros urbanos, quizá parte de la burguesía, etc. También aquí las clases están *en lucha*, pero ¿podemos hablar en rigor de *lucha de clases*? Este tipo de antagonismo se diferencia del primero en dos sentidos básicos: 1) a diferencia del primero, no constituye a las clases como tales (no podemos pensar el concepto de obrero sin pensar el concepto correlativo de capitalista, pero podemos pensar el concepto de capitalista sin pensar el concepto de pequeñoburgués); 2) mientras el primer antagonismo resultaba inteligible al nivel abstracto del modo de producción, este segundo antagonismo sólo resulta inteligible al nivel de una formación social concreta. Y el problema que surge es: ¿cuál es la relación entre estos dos tipos de antagonismo? E íntimamente ligada a la pregunta anterior esta otra: ¿cuál es la relación entre las ideologías en las que ambos tipos de antagonismo se expresan?

Para una concepción marxista tradicional no hay aquí ningún tipo de problema: todo contenido ideológico tiene una clara connotación de clase, y toda contradicción puede reducirse —a través de un sistema más o menos complicado de mediaciones— a una contradicción de clase. Los dos tipos de antagonismos no están articulados entre sí, sino que, en rigor, el segundo puede reducirse al primero. En el caso paradigmático, la burguesía explotará a la clase obrera al nivel del modo de producción y constituirá la clase dominante al nivel de la formación social. Aquí los dos tipos de lucha coinciden y la única distinción pertinente es la tradicional entre *lucha económica* y *lucha política*. Si, por el contrario, encontramos, como en nuestro ejemplo anterior, un bloque de poder que se opone a la pequeña burguesía, al campesinado, a la clase obrera y a ciertos sectores de la burguesía, el planteamiento se complejizará, pero sin modificarse esencialmente: se concluirá que estos sectores deben establecer una «alianza de clases» en la que cada uno de ellos debe concurrir con su ideología, sus intereses y, si es posible, con su propio partido³⁵ a la lucha contra el enemigo común. Si esta lucha crea una serie de contenidos ideológicos —valores, símbolos, etc., en suma: una interpelación popular-democrática específica— que van más allá de las ideologías de las distintas fuerzas intervinientes en el pacto, se los desechará como un elemento retórico, propagandístico, etc., y si alguien insiste demasiado en la autonomía de este aspecto será tachado de «idealista». Si en esta perspectiva se afirma la prioridad de ciertas

³⁵ Este tipo de enfoque, que caracterizó en buena medida la estrategia frentista del Komintern a partir de 1935, es lo que explica un rasgo de la política kominterniana sobre el cual Poulantzas ha llamado agudamente la atención: la estrategia del Komintern asigna escasa importancia a la acción de masa de los comunistas en el seno del campesinado y de la pequeña burguesía, y todo ocurre como si a estos sectores «hubiera, ante todo y principalmente, que acercarse por la vía de sus "partidos propios", que, si no existieran, sería preciso inventar» (*Fascismo y dictadura*, p. 187).

tareas «democráticas», esto significará la existencia de tareas burguesas no realizadas: aquí intervendrá el «desarrollo desigual y combinado» para explicar las combinaciones y alianzas más complejas, que no pondrán nunca en todo caso en discusión la reducción de todas las contradicciones a contradicciones de clase.

Frente a este enfoque reduccionista proponemos las siguientes tesis: 1) *sólo es lucha de clases aquella que constituye a las clases como tales*; 2) *no toda contradicción es, en consecuencia, una contradicción de clase, pero toda contradicción está sobredeterminada por la lucha de clases*. Comencemos por la primera tesis. Su consecuencia obvia es que el segundo tipo de antagonismo no puede ser considerado, hablando estrictamente, una lucha de clases. Nótese que no es posible eludir el problema afirmando que, en nuestro ejemplo anterior, la pequeña burguesía es una clase, los terratenientes feudales dominantes otra y que, en consecuencia, el conflicto entre ambos es una lucha de clases. Esta es la forma típica en que la lucha de clases es presentada en la literatura burguesa de historia social. Pero, en primer lugar, en este enfoque las clases aparecen ya constituidas y el enfrentamiento es relativamente externo a su naturaleza, lo que guarda poca relación con el concepto marxista de las clases, según el cual éstas se constituyen a través del acto mismo de su lucha. Y, en segundo lugar, aunque en el conflicto antes aludido haya dos clases que se enfrentan, está claro que no se enfrentan *como clases*, que su naturaleza de clase —su inserción en el proceso de producción— es relativamente externa al enfrentamiento mismo. Tenemos *clases en lucha*, pero no *lucha de clases*.

En consecuencia, no siendo este antagonismo un antagonismo de clase, las ideologías que lo expresan no pueden ser ideologías de clase. A través de este tipo de antagonismo los sectores dominados no se identificarán a sí mismos como clase, sino como «lo otro», «lo opuesto» al bloque de poder dominante, como *los de abajo*. Si la primera contradicción

—al nivel del modo de producción— se expresa al nivel ideológico en la interpelación de los agentes como *clase*, esta segunda contradicción se expresa a través de la interpelación de los agentes como *pueblo*. La primera contradicción constituye el campo de la *lucha de clases*; la segunda, el de la *lucha popular-democrática*³⁶. El «pueblo» o los «sectores

³⁶ Debemos poner en claro dos puntos para evitar todo malentendido. En primer término, no toda interpelación no clasista es una interpelación popular-democrática (de otro modo esta última sería una categoría puramente residual). Para que sea posible hablar de interpelación popular-democrática, el sujeto interpelado como pueblo debe serlo en términos de una relación antagónica frente al bloque de poder. En segundo término, por democracia no entendemos nada que tenga una relación necesaria con las instituciones parlamentarias liberales. (Las ideologías popular-democráticas en los países del Tercer Mundo se han expresado frecuentemente bajo formas nacionalistas y antiimperialistas que condujeron, una vez concluido el proceso de descolonización, a regímenes militares.) De este modo, entendemos por democracia *algo más* que medidas que simplemente establecen la libertad civil, la igualdad y el autogobierno para las masas populares. Esta concepción puramente negativa de la democracia surge directamente de la filosofía liberal que, al reducir a los agentes sociales a la vacuidad jurídica del «ciudadano», no ha podido legislar más allá de ciertas formas abstractas de participación que el sistema jurídico garantiza a todo individuo. Esta concepción ha sido frecuentemente acompañada —aunque no siempre— en el marxismo por el «cinismo revolucionario»: es decir, por la idea de que la clase obrera debe simplemente «utilizar» el marco democrático existente para sus actividades políticas, de propaganda, etc., hasta que llegue el momento en que sea lo suficientemente fuerte como para imponer la dictadura del proletariado. En el sentido que le hemos dado en este texto, por democracia debe entenderse un conjunto de símbolos, valores, etc. —en suma, interpelaciones—, por las que el pueblo cobra conciencia de su identidad a través de su enfrentamiento con el bloque de poder. Estas interpelaciones aparecen necesariamente unidas a instituciones en las que la democracia se materializa, pero ambos aspectos son indisolubles. No puede concebirse una extensión de los derechos democráticos sin la producción paralela de los sujetos capaces de ejercerlos. En tal sentido, nuestro concepto de democracia debe diferenciarse tanto del liberalismo como del «cinismo revolucionario». El primero hipostasía una condición abstracta —la ciudadanía— y la transforma en sujeto de una democracia concebida como simple sistema de derechos formales a la participación en el proceso de toma de decisiones. De ahí la confluencia, a menudo señalada, entre igualdad jurídica formal y explotación real. Por otro lado, el «cinismo revolucionario» considera al sujeto «clase obrera» como constituido previamente a su participación en las instituciones democráticas y en una simple relación pragmática de utilización de las mismas. Por el contrario, en nuestra concepción, la extensión real del ejercicio de la democracia y la producción de sujetos populares crecientemente hegemónicos constituyen dos aspectos del mismo proceso. El avance hacia una

populares» no son, como algunas concepciones suponen, abstracciones retóricas o la introducción de contrabando de una concepción liberal o idealista en el discurso político marxista. El «pueblo» es una determinación objetiva del sistema, que es diferente de la determinación de clase: el pueblo es uno de los polos de la contradicción dominante en una formación social, esto es, una contradicción cuya inteligibilidad depende del conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación y no sólo de las relaciones de producción. Si la contradicción de clase es la contradicción dominante al nivel abstracto del modo de producción, la contradicción pueblo/bloque de poder es la contradicción dominante al nivel de la formación social. Debemos preguntarnos, pues, por la relación existente entre ambas contradicciones y, lo que es parte del mismo problema, por la relación entre interpelación (= ideología) de clase e interpelación (= ideología) popular-democrática.

Retomamos con esto nuestra segunda tesis: si no toda contradicción puede ser reducida a una contradicción de clase, toda contradicción está sobredeterminada por la lucha de clases. De acuerdo con una tesis marxista básica, el nivel de las relaciones de producción mantiene siempre un papel de determinación en última instancia en toda formación social. Esto ya de por sí establece la prioridad de la lucha de clases sobre la lucha popular-democrática, ya que ésta tiene lugar tan sólo a nivel ideológico y político (el «pueblo» no existe, obviamente, al nivel de las relaciones de producción). Y esta prioridad se revela en el hecho de que las ideologías popular-democráticas nunca se presentan separadamente, sino articuladas a discursos ideológicos de

democracia real es una larga marcha que sólo será completada con la eliminación de la explotación de clase. Pero esta eliminación debe ser paralelamente acompañada por el rechazo de dicha explotación por parte de la inmensa mayoría de la población, es decir, por la creación de un sujeto histórico en el que se condensen socialismo y democracia. La única alternativa a este proceso la constituyen los regímenes «socialistas» burocráticos del este de Europa.

clase. La lucha de clases a nivel ideológico consiste, en buena medida, en el esfuerzo por articular las interpelaciones popular-democráticas a los discursos ideológicos de las clases antagónicas. *La interpelación popular-democrática no sólo no tiene un contenido de clase preciso, sino que constituye el campo por excelencia de la lucha ideológica de clases.* Toda clase lucha a nivel ideológico a la vez como clase y como pueblo o, mejor dicho, intenta dar coherencia a su discurso ideológico presentando sus objetivos de clase como consumación de los objetivos populares.

La sobredeterminación por la lucha de clases de las interpelaciones no clasistas consiste, pues, en la integración de dichas interpelaciones en un discurso ideológico de clase. Y, siendo la ideología una práctica productora de sujetos, dicha integración consiste en la interpelación de un sujeto en quien se condensan las interpelaciones parciales. Pero, como las clases luchan por integrar las mismas interpelaciones en discursos ideológicos antagónicos, el proceso de condensación nunca será completo: tendrá siempre una ambigüedad y una apertura mayor o menor, según el nivel de la lucha de clases, y coexistirán siempre diversas tentativas antagónicas de fusión. Estamos ahora en condiciones de responder a nuestra segunda pregunta: cómo se transforman las ideologías. La respuesta es: *a través de la lucha de clases, que se verifica a través de la producción de sujetos y de la articulación/desarticulación de los discursos.*

Resulta ahora claro, creo, por qué me parece insuficiente la concepción de Poulantzas según la cual la ideología marxista es la ideología de la clase obrera. El marxismo-leninismo es, cuanto más, uno de los elementos integrantes de la ideología de la clase obrera. Pero la clase obrera es también parte del «pueblo» —cuyas características dependerán de la formación social en cuestión— y responderá, por consiguiente, a una interpelación popular-democrática. El discurso ideológico de la clase obrera será la condensación de ambas en un nuevo sujeto. El sujeto ideológico «clase obre-

ra alemana», «italiana», «inglesa», etc., tendrá, pues, una peculiaridad irreductible, porque será la condensación de una multiplicidad de interpelaciones que no se puede reducir abstractamente al marxismo-leninismo. La deficiencia del análisis de Poulantzas reside, a este respecto, en el hecho de que ha ignorado el campo autónomo de la lucha popular-democrática y ha intentado encontrar a todo elemento ideológico una pertenencia de clase³⁷. En esta me-

³⁷ Me han sido a menudo presentadas las siguientes objeciones: 1) cuando se dice que la ideología marxista-leninista es la ideología del proletariado, no se quiere decir que todos los proletarios son marxistas-leninistas, sino que la ideología marxista-leninista es la que más se adecua a los intereses de clase del proletariado; 2) muchas otras ideologías pueden florecer en el proletariado, pero cuando lo hacen constituyen una barrera para el logro de sus intereses objetivos de clase. La primera afirmación intenta establecer una contraposición entre ideologías empíricamente existentes e ideologías correspondientes a los intereses objetivos de clase. La segunda afirmación expresa la convicción de que esta diversificación «empírica» constituye una pérdida de pureza por parte de la ideología marxista-leninista, que sería así degradada por la inclusión de elementos extraños. La diversidad de los sujetos «clase obrera inglesa», «clase obrera alemana», etc., se explicaría, en consecuencia, por la subsistencia de resabios nacionales y culturales que habrán de ser eliminados por el desarrollo de la «conciencia de clase» proletaria. Es decir, que la clase obrera *no tendría nada* que ganar con estas incorporaciones. Pero a esta objeción se le escapa la parte esencial de nuestro argumento, según el cual, *desde el punto de vista de sus intereses de clase*, la ideología del proletariado sólo puede consistir en la articulación de la ideología marxista-leninista a las interpelaciones popular-democráticas características de una formación social específica. Sólo a través de este tipo de articulación la ideología de una clase puede presentarse como ideología *hegemónica*. Esto no significa afirmar que *toda* articulación es necesariamente correcta: hay muchas posibilidades de articulación, y los sujetos creados a través de ellas serán, obviamente, diferentes. Pero es necesario especificar qué es lo que constituye una articulación insuficiente o errónea desde el punto de vista de los intereses de una clase dominada: un ejemplo sería la aceptación, como un hecho, de la fusión entre interpelaciones democráticas e ideología de la clase dominante y la yuxtaposición a esta última, como mera ideología corporativa, de las propias interpelaciones de clase. Como veremos, éste es el caso de la socialdemocracia.

La ideología marxista-leninista no es, en consecuencia, *la* ideología de la clase obrera —entendámonos: no es la ideología que responde a los intereses de la clase obrera—, sino sólo una de sus condiciones abstractas y necesarias. Por el contrario, considerar que el marxismo-leninismo es ya la *forma final* de una ideología obrera plenamente constituida; sustituir, en consecuencia, lo concreto por una de sus condiciones abstractas, es la raíz ideológica del *ultraizquierdismo*. Para este último, la

dida ha tenido que concluir necesariamente afirmando que las ideologías concretas son una amalgama de elementos. En la perspectiva que sugerimos, por el contrario, *si bien se reduce el campo de la determinación de clase, se amplía inmensamente el campo de la lucha de clases, ya que se abre la posibilidad de integrar en un discurso ideológico revolucionario y socialista multitud de elementos e interpelaciones que hasta ahora habían parecido constitutivos del discurso ideológico burgués*. No ha sido uno de los menores éxitos de la burguesía, en la afirmación de su hegemonía ideológica, el consenso que ha logrado —compartido por muchos revolucionarios— en la convicción de que numerosos elementos integrantes de la cultura popular y democrática de un país estaban constitutiva e irrevocablemente ligados a su ideología de clase. Que esto no es así, que las interpelaciones popular-democráticas no tienen una pre-

clase obrera no tiene una función hegemónica —desarticulación de la ideología burguesa y articulación de sus elementos democráticos a la ideología de la clase obrera—, puesto que toda interpelación no clasista es por definición, dentro de esta perspectiva, un elemento ajeno y antagónico. Cuanto más, los elementos democráticos deben ser utilizados pero no fusionados con la propia ideología. La clase obrera no debe, en consecuencia, *transformar* la sociedad burguesa, sino *hacerla estallar* y sustituirla por otra que brotaría plenamente constituida de la mente de los revolucionarios, como Minerva lo hizo de la cabeza de Júpiter. Para la ultraizquierda, las luchas concretas no crean las ideologías «correctas», sino que ayudan tan sólo a madurar la conciencia hasta que esta última acepte, sin ambigüedades ni «impurezas», una verdad preexistente a las luchas mismas. Como Hoederer afirma en *Les mains sales*, de Sartre: «Tú, yo te conozco bien, muchacho, tú eres un destructor. Detestas a la humanidad porque te detestas a ti mismo; tu pureza es como la muerte, y la revolución en la que sueñas no es la nuestra: tú no quieres cambiar el mundo, quieres hacerlo estallar.» (No discutiremos aquí si el marxismo-leninismo puede ser considerado una ideología, un problema que nos llevaría al centro de la distinción entre ciencia e ideología. Señalemos meramente que, cualquiera que sea la posición tomada en esa discusión, el marxismo-leninismo ha funcionado en todo caso *también* como una ideología, en la medida en que ha constituido un sistema de interpelaciones específicas dirigido a un tipo particular de militante: el militante comunista. En este sentido establecemos la distinción entre *marxismo-leninismo* e *ideología marxista-leninista*. Pienso, por lo demás, que Poulantzas tiene en mente este tipo de distinción cuando se refiere a la deformación que la ideología marxista-leninista puede sufrir como resultado de las influencias ideológicas de la burguesía y la pequeña burguesía.)

cisa connotación de clase y que pueden ser incorporadas a muy diversos discursos políticos, es algo de lo que el fascismo constituye una prueba elocuente. Porque la tesis que queremos presentar es la siguiente: que el fascismo, lejos de constituir la expresión ideológica típica de los sectores más conservadores y reaccionarios de las clases dominantes, fue, por el contrario, una de las formas posibles de articulación de las interpelaciones popular-democráticas al discurso político. Pero antes de considerar este punto debemos tratar un último problema teórico: la concepción de Poulantzas acerca de la pequeña burguesía.

LA NATURALEZA DE CLASE DE LA PEQUEÑA BURGUESIA

Poulantzas trata, en lo referente a la pequeña burguesía, de superar la vaguedad e imprecisión con que los conceptos de «clases medias», «sectores medios», «estratos intermedios», etc., han sido utilizados en la literatura sociológica y han sido incorporados, inclusive, al análisis marxista. En este último respecto su crítica se centra especialmente en la concepción que de estos sectores tiene el Partido Comunista Francés. Así, afirma:

Estos análisis, mientras refutan la disolución de estos conjuntos salariales en la clase obrera, *niegan, sin embargo, su especificidad de clase e incluso su adscripción de clase a secas*. Estos conjuntos se comprenden, en efecto, bajo el término de *capas intermedias asalariadas* [...]. Pero en parte alguna se responde a la pregunta: ¿de qué clase son capas esos conjuntos o, dicho de otro modo, cuál es la adscripción de clase de esas capas?³⁸

Para Poulantzas este enfoque, según el cual estos sectores intermedios —cuya pertenencia de clase es imprecisa— es-

³⁸ N. Poulantzas, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 183-84.

tarían polarizados por la lucha entre las dos clases fundamentales del modo de producción dominante, es incorrecto.

En suma, la lucha de clases y la polarización no pueden circunscribir conjuntos al lado o al margen de las clases, sin adscripción de clase, por la simple razón de que esta adscripción de clase no es otra cosa que la lucha de clases, y que esta lucha no existe más que por la existencia de lugares de las clases sociales: *sostener que existen «grupos sociales» externos a las clases, pero en la lucha de clases, no tiene estrictamente sentido alguno*³⁹.

Poulantzas trata, en consecuencia, de determinar la naturaleza de clase de estas «capas intermedias», que se le presentan divididas en dos grupos: la vieja y la nueva pequeña burguesía. El problema que surge es que estos grupos actúan en forma relativamente unificada desde el punto de vista político e ideológico, pero, desde el punto de vista económico, ocupan lugares claramente diferentes en el proceso de producción. ¿Cómo hacer compatible su unidad como clase con la concepción marxista según la cual son las relaciones económicas el criterio básico en la determinación de las clases? La respuesta de Poulantzas es que lo político y lo ideológico intervienen también en la determinación de las clases y que, por consiguiente, la unidad como clase de la pequeña burguesía está dada por el hecho de que distintos *lugares* en las relaciones económicas producen los mismos efectos al nivel de las relaciones ideológicas y políticas.

Poulantzas ha intentado responder a un problema real, pero su solución es claramente insuficiente. Ha pasado, de afirmar que las relaciones económicas no pueden ser el *único* criterio en la determinación de las clases, a excluirlas *totalmente* de su definición de la unidad de clase de la pequeña burguesía. Además, como la pequeña burguesía no tiene para Poulantzas —y esto es correcto— un discurso

³⁹ *Ibid.*, p. 187.

ideológico propio, sino que su ideología consiste en la incorporación de «elementos» propios al discurso ideológico de las clases fundamentales de una formación social capitalista, habría que concluir, *reductio ad absurdum*, que pertenecen a la pequeña burguesía aquellos grupos que incorporan al discurso político burgués el anticapitalismo de *statu quo*, el mito de la pasarela y la estatolatría. Esto no parece mucho más convincente que las concepciones de las «capas medias» que Poulantzas critica, sino, por el contrario, mucho más vago e impreciso. Por lo demás, Poulantzas no aplica coherentemente su criterio: si en el caso de la pequeña burguesía llega al extremo de excluir las relaciones económicas de su concepto de clase, cuando trata de determinar los límites de la clase obrera se embarca en una larga disquisición acerca del trabajo productivo e improductivo, de la cual concluye que sólo los trabajadores productivos pueden considerarse integrantes de la clase obrera. No se pregunta en este caso si la locación de ciertos sectores salariales no productivos no pueden producir *efectos similares* al nivel de las relaciones políticas e ideológicas que permitan considerarlos como integrantes de la clase obrera.

No es demasiado difícil descubrir la razón de la insuficiencia del análisis de Poulantzas. Aunque Poulantzas ha planteado correctamente los términos del problema y ha percibido el *lugar* de su solución, no ha logrado, sin embargo, formular una respuesta satisfactoria, porque ha intentado responder a su pregunta dentro del supuesto general que domina todo su análisis: la reducción de toda contradicción a una clase y la adjudicación a todo elemento ideológico de una pertenencia de clase. Partiendo de estos supuestos, está claro que la relativa unidad ideológica de la pequeña burguesía sólo podría significar su unidad como clase, pero esta afirmación sólo puede llevar, con implacable lógica, a negar las bases mismas del marxismo: esto es, a definir una clase al margen de las relaciones de produc-

ción. Poulantzas afirma que la caracterización de clase de la pequeña burguesía es el punto nodal de la teoría marxista de las clases sociales, y tiene razón. Su análisis prueba que es también el talón de Aquiles del reduccionismo clasista.

La solución hay que buscarla, creo, en otra dirección, renunciando resueltamente a todo supuesto reduccionista. Si consideramos a los conjuntos sociales que en la sociedad capitalista han sido generalmente englobados bajo la denominación de «clases medias», «capas intermedias», etc., observaremos que, pese a su diversa inserción en el campo de las relaciones económicas, presentan un rasgo común fundamental: su alejamiento de las relaciones de producción dominantes en dicha sociedad. Esto significa que sus contradicciones con el bloque dominante se plantearán no al nivel de las relaciones de producción dominantes, sino al nivel de las relaciones políticas e ideológicas que constituyen el sistema de dominación en dicha formación social. Pero, según hemos visto, *ésta no es una contradicción de clase*. Esto significa que, en estos sectores, la identidad como *pueblo* jugará un papel mucho más fundamental que la identidad como *clase*. Es evidente que la vieja y la nueva pequeña burguesía son dos clases —o fracción de clase la segunda— diferentes. Su unidad ideológica no refleja, en consecuencia, una unidad de clase, sino el hecho de que las interpelaciones popular-democráticas son mucho más importantes que sus determinaciones específicas de clase en la determinación de su estructura ideológica global. Algunas interpelaciones diferenciales de clase existirán, sin duda, entre los distintos sectores de la pequeña burguesía, pero ocuparán un lugar meramente subordinado. Ahora bien, como la lucha democrática está siempre dominada, según vimos, por la lucha de clases, la ideología popular-democrática de los sectores medios será insuficiente para organizar un discurso propio y sólo podrá existir integrada en el discurso ideológico de la burguesía o del proletariado. La lucha por la articulación de la ideología popular-democráti-

ca a los discursos ideológicos de clase es la lucha ideológica fundamental en las formaciones sociales capitalistas. En tal sentido, la imprecisión clasista de la fórmula usada por el Partido Comunista Francés —«capas salariales intermedias»—, aunque ciertamente insuficiente, no parece tan errada como supone Poulantzas. Refleja la intuición de que una contradicción que no es de clase domina la práctica política e ideológica de estos sectores. De que si la clase obrera tiene que condensar en su propia ideología su identidad como clase y su identidad como «pueblo», estos sectores «intermedios» tienen casi exclusivamente una identidad como pueblo. Esto hace que las clases medias constituyan el campo natural de la lucha democrática y al mismo tiempo, según vimos, el campo por excelencia de la lucha política de clases. Porque es el punto en el que juega la identificación entre el «pueblo» y las clases, identificación que, lejos de estar dada de antemano, es el resultado de una lucha: diría, incluso, que es la lucha fundamental de la que depende la resolución de toda crisis política bajo el capitalismo. Tenemos así, pues, todos los elementos necesarios para estudiar la crisis política de la que emergió el fascismo.

EL SURGIMIENTO DEL FASCISMO: LA CRISIS DEL BLOQUE DE PODER

El fascismo surgió de una doble crisis: 1) una crisis del bloque de poder, que fue incapaz de absorber y neutralizar sus contradicciones con los sectores populares por los canales tradicionales; 2) una crisis de la clase obrera, que fue incapaz de hegemonizar las luchas populares y fusionar en una práctica política e ideológica coherente la ideología popular-democrática y sus objetivos revolucionarios de clase.

Comencemos por el primer aspecto. El método de neu-

tralización de la contradicción bloque de poder/pueblo, por parte de la burguesía en ascenso, puede sintetizarse en el nombre que este procedimiento recibió en la tradición política italiana del tiempo de Giolitti: *transformismo*. Por tal se entendía la neutralización política de la posible oposición de nuevos grupos sociales a través de la cooptación de sus organizaciones políticas representativas al bloque de poder. Desde la «democratización» progresiva del régimen parlamentario británico hasta la «monarquía socialista» de Giolitti, pasando por la «revolución conservadora» prusiana, la historia europea del siglo XIX nos provee de numerosos ejemplos de este mecanismo. La función ideológica básica del mismo consistió en absorber las contradicciones pueblo/bloque de poder dentro del sistema, evitando que las interpelaciones popular-democráticas se desarticularan del sistema ideológico dominante. En su forma más primitiva y elemental, este mecanismo funciona a través del *clientelismo*: los elementos popular-democráticos están presentes, pero sólo al nivel de demandas populares individualizadas. *Los de abajo* reciben satisfacción individual de sus demandas por los notables y caudillos locales, que se presentan como «amigos del pueblo». En un nivel más alto esta función es cumplida por los *partidos populistas*, que van siendo progresivamente cooptados al sistema. En los sectores urbanos, especialmente, donde la diferenciación social se incrementa con la industrialización y donde las estructuras patriarcales entran en crisis, es necesario cooptar los nuevos grupos al bloque de poder a través de mecanismos más complejos para evitar que la radicalización de su ideología ponga en peligro al sistema de dominación imperante. Esta ha sido, en la tradición europea anterior al fascismo, la función política de los partidos radicales. Finalmente, la ruptura, el momento en el que la contradicción pueblo/bloque de poder no consigue ser neutralizada, es el *jacobinismo*: el «pueblo» ya no se presenta con demandas aisladas ni como alternativa organizada *dentro del sistema*, sino

como alternativa política al sistema mismo. La interpelación popular-democrática de ser un elemento ideológico integrado en el discurso político de la burguesía pasa a adquirir el máximo de autonomía compatible con una sociedad de clase. Esta autonomía es, sin duda, momentánea y tarde o temprano se disuelve en la reabsorción de las interpelaciones populares por los discursos ideológicos de clase, pero, en todo caso, es el momento en el que la interpelación popular-democrática se presenta casi, diríamos, en estado puro.

En tal sentido, la afirmación de Poulantzas según la cual el jacobinismo es una ideología pequeñoburguesa sólo puede ser aceptada si se introducen en ella dos series de especificaciones. En primer término, si el jacobinismo puede constituir la ideología de la pequeña burguesía en períodos excepcionales de crisis, no es la forma normal de ideología pequeñoburguesa. Esta está dada por aquellas ideologías en las que las interpelaciones popular-democráticas están presentes, pero integradas en el discurso político de la burguesía: en el período que analizamos, el clientelismo populista y el parlamentarismo radical. En segundo término, hay que aclarar qué es lo pequeñoburgués en el jacobinismo. Sería un error afirmar que las interpelaciones popular-democráticas como tales son pequeñoburguesas, porque, según señalamos antes, las interpelaciones popular-democráticas no constituyen ideologías de clase. *Lo pequeñoburgués —y en esto reside la esencia del jacobinismo— es la convicción de que la lucha contra el bloque dominante puede llevarse a cabo como lucha exclusivamente democrática, al margen de las clases*⁴⁰. Pero la interpelación popular-democrática debe

⁴⁰ Al caracterizar al jacobinismo en estos términos no estamos, desde luego, formulando un juicio acerca de su progresividad, que puede variar de acuerdo con las diferentes circunstancias históricas. El jacobinismo fue una fuerza progresiva en la revolución francesa y estuvo, por el contrario, al servicio de una política profundamente reaccionaria bajo el fascismo. La justificación para usar el mismo término en ambos tipos de situaciones no puede, en consecuencia, apoyarse en los contenidos políticos de los dos movimientos, sino en el hecho de que ambos basaban

también formar parte esencial del discurso político e ideológico de la clase obrera. Desde un punto de vista socialista los períodos de mayor enfrentamiento revolucionario no son aquellos en los que la ideología clasista se presenta en su mayor purismo, sino aquellos en los que la ideología socialista ha adquirido una fusión completa con la ideología popular y democrática, aquellos en que la ideología proletaria ha conseguido absorber todas las tradiciones nacionales y presentar a la lucha anticapitalista como culminación de las luchas democráticas y al socialismo como al denominador común en esta ofensiva total contra el bloque dominante. Y esto no podría realizarse si las interpelaciones popular-democráticas tuvieran una necesaria pertenencia de clase. Digamos, finalmente, que incluso en períodos de estabilidad, cuando el bloque dominante ha conseguido neutralizar sus contradicciones con el «pueblo», queda siempre un sector marginal, generalmente encarnado en pequeños grupos, que pretende mantener la integridad del programa jacobino. Y la interpelación popular-democrática, aunque predominantemente integrada al discurso burgués, nunca aparece totalmente soldada a él y se mantiene siempre en el trasfondo de la conciencia de los sectores populares como una fuente potencial de radicalización. Esta corriente subterránea de radicalismo político que corre paralelamente y en relación conflictiva con la ideología «oficial» es la representada, en el caso de Italia, por la tradición mazziniana y garibaldina, y a ella tenía necesariamente que apelar cualquier grupo que intentara presentar como radical su enfrentamiento con el bloque dominante.

Si el «transformismo» funcionó adecuadamente durante el largo período de expansión económica que precedió a la

sus ideologías en la radicalización de las interpelaciones populares, divorciadas de los discursos de las clases dominantes en las respectivas formaciones sociales. No creo que insistir en este elemento común sea subrayar una similitud puramente formal, sino apuntar a un área de desplazamientos y ambigüedades ideológicas cuya clarificación es esencial para una adecuada comprensión del fascismo.

primera guerra mundial, entró en crisis en Alemania y en Italia al término de ésta. Una acumulación de contradicciones muy adecuadamente descrita por Poulantzas —es, sin duda, una de las mejores partes de su libro— condujo a este resultado. Algunas de ellas se debieron a circunstancias relativamente exteriores —crisis económica, movilización a causa de la guerra de vastas masas de hombres que no pudieron ser más tarde reabsorbidos por las estructuras políticas tradicionales, etc.—, pero otras fueron la consecuencia de una crisis hegemónica dentro del bloque de poder. Esta crisis hegemónica fue el resultado de las formas particulares que en Alemania e Italia adoptó la transición hacia el capitalismo monopolista. Tal como Poulantzas lo señala, dicha transición se efectuaba, en el caso alemán, en un país en el que la revolución bismarckiana «desde arriba» había conducido a una falta de conclusión en la unificación económica de Alemania y a un poder dentro del aparato del Estado, por parte de los terratenientes, que no guardaba relación con su peso económico real. En cuanto al caso italiano, esta acumulación de contradicciones era aún más acentuada en razón del acuerdo político que constituyó el bloque de poder surgido del *Risorgimento*: la alianza entre la ascendente burguesía del norte y los terratenientes feudales del sur.

La consecuencia de este proceso que importa para nuestro análisis es que el capital monopolista, en la misma medida en que ocupaba un lugar crecientemente importante en la esfera económica, se encontró imposibilitado de afirmar su hegemonía política dentro del bloque de poder, condición indispensable para operar la reestructuración política y económica que la acumulación capitalista requería. El sistema político existente, inmovilizado por sus contradicciones, no ofrecía ninguna apoyatura suficiente como para operar desde dentro de él dicha transformación. Y esto llevó al capital monopolístico a intentar implantar su hegemonía a través de una fórmula que implicara una alteración

radical del tipo de Estado. Es importante subrayar, a este respecto, que dicha alteración no podía llevarse a cabo ni en Alemania ni en Italia a través de una dictadura militar. En Alemania la Wehrmacht era un reducto dominado por la influencia feudal de los *Junkers*, y en Italia el ejército constituía un sólido soporte de la monarquía. El ejército, por consiguiente, lejos de constituir una posible base de apoyo para la política del capital monopolista, era una de las fuerzas a las que éste debía neutralizar.

Si el capital monopolista se veía compelido, en consecuencia, a un enfrentamiento radical con el sistema político existente y no podía, a estos efectos, apoyarse sólidamente en ningún aparato interno al bloque de poder mismo, sólo podía lograr sus objetivos apoyándose en un movimiento de masas. Pero no cualquier movimiento se adaptaba a las necesidades del capital monopolista. Para que esta adaptación resultara efectiva se requerían dos tipos de condiciones: 1) dicho movimiento debía ser radical, es decir, presentarse como alternativa al sistema y no como fórmula de recambio dentro del sistema mismo —de lo contrario hubiera sido absorbido por el sistema político imperante y los cambios estructurales requeridos por el capital monopolista hubieran resultado imposibles—; 2) dicha movilización debía proceder a través de interpelaciones que impidieran la identificación entre objetivos populares radicales y objetivos socialistas, ya que este último tipo de identificación representaba una amenaza para las clases capitalistas en su conjunto, el capital monopolista incluido.

Tanto en Alemania como en Italia la crisis de posguerra aportó la primera condición. La desarticulación de los mecanismos tradicionales de control y neutralización política y la parálisis de un bloque dominante que comenzaba a vivir con toda intensidad su crisis hegemónica condujeron al colapso del transformismo y a la jacobinización de la pequeña burguesía. Ya sabemos lo que esto implicaba: la desarticulación de las interpelaciones democráticas y la radicaliza-

ción de dichas interpelaciones al margen de todo discurso de clase. Si la crisis aportó, pues, la primera condición requerida para una movilización de masas que se adaptara a las necesidades del capital monopolista, el logro de la segunda condición —la producción de interpelaciones que impidieran la identificación entre pueblo y clase obrera— constituyó el logro específico del fascismo.

¿Cómo se produjo la conjunción entre fascismo y capital monopólico? El movimiento fascista no ha sido en absoluto una invención del capital monopolista. Poulantzas tiene perfecta razón en minimizar la importancia de aspectos tales como la financiación de las bandas fascistas. Por un lado, dicha financiación no prueba que el fascismo constituyera la fórmula política preferida por el gran capital; por el otro, el hecho mismo de la financiación ha sido considerablemente exagerado y distorsionado⁴¹. El capital monopolista mantuvo políticas alternativas hasta el último momento: en Alemania la conjunción operada por la intermediación de Schacht tuvo lugar tardíamente, cuando el nazismo había llegado a constituirse por sus propios medios en alternativa de poder, y en Italia los sectores industriales pensaron, hasta la víspera misma de la marcha sobre Roma, en una solución política a través de Orlando, Giolitti o, especialmente Salandra, en la que los fascistas ocupaban tan sólo un lugar subordinado. Por lo demás, en todas aquellas circunstancias en las que el capital monopolista no se ve forzado a aceptar la solución fascista, lo prefiere; en algunos casos conseguirá su hegemonía a través de soluciones internas al sistema parlamentario mismo (Inglaterra, Francia, etc.); en otros casos lo logrará a través de dictaduras militares (tal el caso, actualmente, de muchos países latinoamericanos). Y en los países en los que el fascismo no ha llegado a constituir un movimiento de masas, sus relaciones con el capital monopolista son in-

⁴¹ Cf. Renzo de Felice, *Intervista sul fascismo*, por Michael A. Leeden, Roma, 1975, pp. 48-9.

existentes: sería absurdo sostener que sir Oswald Mosley o José Antonio Primo de Rivera constituyen expresiones del capital monopolista.

Pero, en todo caso, el fascismo aporta la condición que el capital monopolista necesita para poder servirse de la movilización de masas contra el sistema de poder tradicional: la garantía de que las interpelaciones popular-democráticas se mantendrían desconectadas de toda perspectiva socialista. Este objetivo es logrado por el fascismo a través de una doble transformación ideológica: 1) al nivel de la contradicción pueblo/bloque de poder se procede a la unificación del conjunto de las interpelaciones populares a través de un sujeto que elimine la posibilidad misma de la lucha de clases. Ejemplo: la pequeña burguesía alemana radicalizada, que vivía confusamente la crisis de la posguerra, la iniquidad del tratado de Versalles, de la inflación, de la ocupación extranjera, etc., era interpelada por el nazismo como *raza*. Todos los contenidos antiplutocráticos, nacionalistas, democráticos, es decir, todos aquellos elementos que constituían para las clases dominadas su identidad como *pueblo*, y, por tanto, la expresión de su contradicción con el bloque de poder, están presentes en el discurso nazi, pero el sujeto interpelado es un sujeto racial. A través de esta identificación de las tradiciones populares con el racismo se conseguía un doble objetivo: se mantenía todo el radicalismo jacobino propio de un enfrentamiento radical con el sistema y se impedía su canalización en una dirección socialista. 2) Las interpelaciones de clase se mantienen, pero se niega su significación al nivel político: es decir, se niega la lucha de clases. La expresión de esta transformación ideológica es el *corporativismo*. La contradicción esencial al nivel de la lucha política es, según vimos, la contradicción pueblo/bloque de poder; por eso la lucha política de la clase obrera debe tender a lograr una total identidad entre lucha popular y lucha socialista, y la lucha política de la burguesía tiende a mantener la separación

entre ambas a los efectos de neutralizar políticamente a la clase obrera. Esta neutralización política opera en un régimen parlamentario liberal a través del *reformismo* y el *tradeunionismo*: a la clase obrera se le permite presentarse como alternativa política al conjunto del país en la medida en que sus objetivos sean reformas interiores al sistema mismo. En el corporativismo, por el contrario, *pueblo* y *clase* han pasado a estar estrictamente separados y no se tolera ninguna zona común entre ambos. (Bien entendido: en el discurso nazi un obrero alemán es interpelado como alemán y como obrero; lo que no se toleraría es la afirmación de que los obreros son los auténticos representantes de los intereses históricos del pueblo alemán.)

Ahora bien, si las interpelaciones clasistas son mantenidas/neutralizadas bajo la forma de corporativismo, el carácter jacobino y anti *statu quo* de la ideología fascista se mantiene. La razón de esto me parece clara: como señalamos antes, sin jacobinismo el viejo sistema de poder tendería a reconstruirse, y la reorganización del aparato del Estado requerida por la fracción monopólica no podría efectuarse⁴². Desde luego que el mantenimiento de interpelaciones jacobinas es un juego peligroso, ya que éstas pueden fácilmente deslizarse hacia un anticapitalismo efectivo. En la etapa anterior a la toma del poder la lucha de clases había penetrado los mismos movimientos fascistas, y sólo

⁴² De ahí la retórica revolucionaria y anti *statu quo* que persistió en el fascismo hasta el último momento y que se reflejó a menudo en el sentimiento de compartir valores revolucionarios formales con los líderes comunistas. En septiembre de 1943, Goebbels escribió en su diario: «"Il Duce" no ha extraído de la catástrofe italiana las conclusiones morales que el Führer esperaba [...] El no es un revolucionario del temple del Führer o de Stalin. Está tan ligado a su pueblo, es tan completamente italiano, que le faltan las calidades requeridas por un revolucionario de estatura mundial.» Y en abril de 1945, cuando Mussolini abandonaba la prefectura de Milán y cerraba el ciclo del fascismo italiano, Bombacci afirmaba: «¿Qué más necesitaría? [...] Soy experto en estos asuntos. Yo estaba en la oficina de Lenin en Petersburgo cuando las tropas blancas de Yudenich avanzaban sobre la ciudad y nosotros nos preparábamos para escapar, como lo estamos haciendo hoy» (citado en F. W. Deakin, *The brutal friendship*, Londres, 1968, p. 811).

a través de un duro proceso de purgas internas se logró conjurar el peligro de una orientación anticapitalista. Baste recordar que en fecha tan avanzada como el otoño de 1930 los representantes nazis Strasser, Feder y Frick presentaron al Reichstag un proyecto de ley reclamando un techo del 4 por ciento para todas las tasas de interés, la expropiación de los *holdings*, de los «magnates de la banca y de la finanza», sin compensación, así como la nacionalización de los grandes bancos. Hitler obligó a sus diputados a retirar el proyecto. El mismo proyecto, palabra por palabra, fue presentado entonces por los diputados comunistas, y los representantes nazis fueron forzados por Hitler a votar en contra. Evitar este tipo de derivación del «jacobinismo» oficial requirió, después de la toma del poder, purgas sangrientas, una constante vigilancia ideológica y una represión generalizada. En Italia, la neutralización de posibles tendencias anticapitalistas en la izquierda fascista fue comparativamente más fácil que en Alemania, en razón de que la línea «extremista» del fascismo italiano se alimentaba de la tradición mazziniana y garibaldina, es decir, de una tradición burguesa autóctona. En Alemania, por el contrario, la ausencia de esta tradición obligó a la izquierda nazi a tomar en una mayor medida sus elementos constitutivos de la tradición socialista, por lo que las interpelaciones obreras tuvieron una importancia mucho mayor. Un análisis comparativo de los discursos de Strasser y Farinacci deja ya pocas dudas a este respecto.

¿Puede considerarse que con la llegada del fascismo al poder y con la eliminación de sus sectores radicales se operó una fusión completa entre movimiento fascista y capital monopólico, que —para emplear la distinción habitual— se borró toda distinción entre *movimiento* y *régimen*? Como es sabido, la respuesta del Komintern fue enfáticamente afirmativa, y la de Poulantzas, pese a oponerse formalmente a la concepción kominterniana, me parece que se mueve demasiado en la misma dirección. De este modo se simpli-

fica excesivamente un fenómeno sumamente complejo, que no operó del mismo modo en Italia y en Alemania. En Alemania, sin duda, se produjo el máximo de fusión. Pero es necesario introducir aquí algunas distinciones. La aplicación consecuente de una política económica basada en los intereses a largo plazo del capital monopolista —como la que el nazismo, sin duda, aplicó— no significa que el capital monopólico controlara directamente el poder político. Precisamente, el precio que el capital monopólico debió pagar, para imponer las transformaciones económicas requeridas para su expansión, fue la existencia de un tipo de Estado capitalista cuya autonomía relativa respecto de los sectores económicos dominantes era mucho mayor que la característica de un régimen parlamentario. Como Poulantzas ha observado correctamente, se ha tendido con frecuencia a exagerar la importancia política de la fusión entre el gran capital y ciertos altos círculos de la jerarquía nazi (Goering, por ejemplo). Que el capital monopolista intentaba a través de estas cooptaciones crear un fuerte grupo de presión dentro del Estado nazi es evidente; que de ellas se derivara la total subordinación del Estado nazi a los dictados del gran capital es otra cosa muy distinta y que va contra buena parte de la evidencia histórica. Creo que Poulantzas cae, finalmente, en el mismo error del Kominintern al desechar, sin la menor justificación, observaciones y análisis que tienden a mostrar, justamente, la autonomía relativa del Estado nazi: sin esta última, la economía de guerra no hubiera podido organizarse en la forma en que lo hizo, y cuesta, sin duda, imaginar que el gran capital impulsaba las políticas suicidas de Hitler en la última fase de la guerra.

En Italia, la fusión entre movimiento y régimen fue menor, y la «izquierda» fascista no fue totalmente eliminada. La absorción del *ancien régime* por el Estado fascista no fue completa y la monarquía se mantuvo siempre como una alternativa política para el caso de una crisis que amenazara

las bases mismas del Estado. Es característico, en tal sentido, que Farinacci y los sectores radicales del fascismo se presentaran como antimonárquicos y cómo directamente opuestos a la fusión entre el Estado fascista y los intereses del gran capital, colusión que conducía a la frustración de las aspiraciones jacobinas que habían constituido el impulso inicial del movimiento⁴³. La derecha fascista, por el contrario, que se presentaba como directamente aliada al capital monopólico, tendía a mantener al máximo posible las instituciones tradicionales y a una progresiva institucionalización y liberalización del régimen. El régimen osciló constantemente entre estas dos alternativas, entre estas dos «almas», según la expresión de De Felice, sin lograr absorber y condensar totalmente a ambas, como Hitler lo había logrado. Durante la crisis Matteotti fue la movilización masiva del fascismo radical la que salvó al régimen; durante los años de consolidación, por el contrario, las tendencias institucionalistas prevalecen, y con la crisis del Estado fascista en 1943 ambas corrientes experimentan la división final: el fascismo institucionalista, encabezado por Dino Grandi, provoca la caída de Mussolini y emigra con el Rey hacia el sur, apoyado por todos los sectores del capitalismo italiano; el fascismo radical intenta, por el contrario, la República de Salò: una utopía pequeñoburguesa fundada en la adopción sin concesiones de las tradiciones jacobinas radicales de Mazzini y Garibaldi, rotos todos los lazos con el capitalismo autóctono, y basada en el hecho masivo de la ocupación alemana.

Hemos mostrado, pues, de qué modo la crisis hegemónica del bloque de poder condujo, tanto en Alemania como en Italia, a la solución fascista. Queda por aclarar, sin em-

⁴³ Véanse a este respecto los varios volúmenes de la monumental biografía de Mussolini de Renzo de Felice, especialmente los primeros: *Mussolini il rivoluzionario (1883-1920)*, Turín, 1965; *Mussolini il fascista: la conquista del potere (1921-1925)*, Turín, 1966; *Mussolini il fascista: l'organizzazione dello Stato fascista*.

bargo, un punto fundamental: ¿por qué el fascismo tuvo éxito en separar «pueblo» y clase obrera? ¿Por qué el jacobinismo de la pequeña burguesía no fue absorbido por el discurso político obrero en una confrontación radical con el bloque de poder? Esto nos conduce al segundo aspecto de la crisis de la que emergió el fascismo: la crisis de la clase obrera. *Nuestra tesis es que si el fascismo fue posible fue porque la clase obrera, tanto en su sector reformista como en su sector revolucionario, había abandonado el campo de la lucha popular-democrática.*

**EL SURGIMIENTO DEL FASCISMO:
LA CRISIS DE LA CLASE OBRERA**

Poulantzas analiza en su obra la crisis del movimiento obrero que coadyuvó a la emergencia del fascismo. Y al estudiar los errores y desviaciones que condujeron a dicha crisis los resume en uno fundamental que constituyó el origen de todos los otros: el economicismo. La crítica del economicismo por parte de Poulantzas es penetrante y convincente, y sería difícil disentir con la mayor parte de sus afirmaciones. Sin embargo, dicho análisis presenta una deficiencia básica: Poulantzas ha retenido los supuestos básicos de su enfoque teórico y, en consecuencia, ha criticado el economicismo del Komintern, pero ha mantenido su reduccionismo clasista. Que es posible mantener un reduccionismo clasista criticando el determinismo economicista es algo de lo que la historia del marxismo de este siglo ofrece amplio testimonio: baste recordar a Lukács, Korsch y, en general, a todas aquellas tendencias que enfatizan la importancia y especificidad de las superestructuras o de la conciencia, pero les asignan una estricta pertenencia de clase. En el caso de Poulantzas la consecuencia ha sido la que señala-

mos antes: que ha ignorado la autonomía específica de las interpelaciones popular-democráticas, sin las cuales el fenómeno fascista resulta ininteligible. De ahí que su crítica al economicismo sea unilateral e insuficiente y no pueda avanzar más allá de la afirmación pura y simple de los errores de las concepciones que critica. Aun si coincidiéramos con Poulantzas en que el economicismo es la fuente de todos los errores del movimiento obrero en el período fascista, quedaría sin responder una pregunta básica: ¿por qué el movimiento obrero y el Komintern eran economicistas? Poulantzas no aporta aquí respuesta alguna más allá de esporádicas referencias a «resabios» de la práctica política de la II Internacional⁴⁴, de alusiones a errores subjetivos y de su referencia a la lucha de clases en la URSS, que no explica nada, ya que, según el mismo Poulantzas afirma, su influencia sobre el movimiento comunista europeo pasaba a través del economicismo específico de éste. La conclusión es clara: si el economicismo es la manifestación de una crisis de la clase obrera, no es posible explicar esta crisis a través de una mera crítica del economicismo; es necesario profundizar el análisis y encontrar en el campo de las prácticas de clase la raíz y el origen de dicha crisis.

Comencemos respondiendo a nuestra pregunta: ¿por qué el jacobinismo de la pequeña burguesía radicalizada no fue articulado al discurso político socialista? La respuesta es que el discurso político socialista se había estructurado de tal modo que excluía por principio la articulación al mismo de toda interpelación que no fuera una interpelación de clase. Para entender por qué esto fue así debemos recordar que, en sus orígenes, el movimiento obrero se desarrolló y maduró en Europa sobre la base de un manteni-

⁴⁴ Las limitaciones de la concepción de Poulantzas en este aspecto han sido correctamente señaladas por Anthony Cutler, «Fascism and political theory», *Theoretical Practice*, 2, abril de 1971, pp. 5-15.

miento absolutamente intransigente de la barrera de clase. El movimiento obrero era tan incipiente, tan sometido a las influencias de la burguesía, que la única forma de asegurar su identidad como clase era transformar a la barrera de clase en un criterio absoluto de separación entre la clase obrera y el resto de la sociedad. Era necesario, en especial, desligar las interpelaciones obreras de las interpelaciones populares difusas, ya que la clase obrera había sido movilizada y frustrada muchas veces por el populismo de los políticos burgueses. Había que «desenmascarar» las ideologías populares difusas para que ellas no impidieran la constitución de una ideología de clase. Y el mecanismo específico de este desenmascaramiento consistía en presentar todo contenido popular difuso como elemento constitutivo de la ideología de alguna de las clases rivales: la burguesía, la pequeña burguesía, los terratenientes feudales, etc. De este modo la determinación revolucionaria y, a la vez, la inmadurez histórica de la clase obrera, generaban prácticas políticas e ideológicas que se expresaban en el reduccionismo clasista. Así, el criterio de clase pasaba a ser decisivo a todos los niveles: la vida política, las relaciones familiares, la estética, etc.; las relaciones intrapartido e intrasindicato debían ser un microcosmos que prefigurara la sociedad futura. En esta perspectiva, toda posible autonomía de las luchas popular-democráticas está excluida *ab initio*: la lucha democrática puede ser, cuanto más, el índice de una tarea burguesa no realizada y, en consecuencia, la ocasión de un *frente de clases* con la burguesía para objetivos limitados.

En esta fase inicial, una tarea tenía prioridad sobre todas las otras: la organización de sindicatos y de la lucha económica de la clase obrera. La clase obrera comienza, pues, organizándose como grupo de presión en el seno de la sociedad burguesa. El reduccionismo clasista funcionaba en torno a las relaciones de producción y a la prioridad *de facto* de la lucha económica. ¿De qué modo se ligaban estas actividades de grupo de presión con las aspiraciones de

la clase obrera a organizar en el futuro una sociedad socialista? Este es el punto en que el economicismo entra en el cuadro: 1) se consideraba que la mecánica de la acumulación capitalista conducía a la proletarización de los sectores medios y del campesinado⁴⁵, por lo que, al defender sus propios intereses de clase, la clase obrera acabaría defendiendo los intereses del conjunto de la sociedad; 2) las contradicciones puramente económicas inherentes a la acumulación capitalista provocarían, por el mero despliegue de sus mecanismos endógenos, la crisis del sistema. De este modo, el microcosmos representado por la lucha económica encerraba todos los secretos del desarrollo futuro. La deducción lógica a partir de las premisas del libro I de *El capital* conducía a la promesa de una sociedad socialista. El austromarxismo, la demostración por parte de Rosa Luxemburgo de la imposibilidad de la acumulación de capital en un sistema cerrado y su consiguiente teoría del derrumbe, la manipulación de los esquemas de la reproducción ampliada por parte de Henryk Grossmann, que precedía el año exacto en el que el capitalismo sucumbiría, son testimonios de un estilo intelectual en el que el economicismo había pasado a constituir el mecanismo fundamental del reduccionismo clasista.

Criticar, pues, el economicismo al margen del contexto ideológico global al que pertenece —el reduccionismo clasista— es como tratar de entender la significación de una pieza aislada al margen del engranaje del que forma parte. De ahí que Poulantzas no pueda explicar por qué el economicismo fue un componente ideológico fundamental del movimiento obrero en la época de emergencia del fascismo e intente superar esta dificultad a través de la introducción puramente aditiva de criterios políticos e ideológicos

⁴⁵ Como es sabido, esta conclusión no es una deducción necesaria del análisis de Marx. Pero lo que es importante para nuestro tema es que numerosos sectores del movimiento obrero vivieron este pronóstico como una consecuencia necesaria del análisis marxista.

en la determinación de las clases. (Con lo cual no soluciona los problemas que intenta resolver, sino que los multiplica a niveles cada vez más amplios.)

El reduccionismo clasista estaba, pues, estrechamente ligado a las prácticas de clase del movimiento obrero anterior a la primera guerra mundial. En la inmediata posguerra esta etapa no había sido todavía superada: el movimiento obrero estaba dominado, en consecuencia, por una estrecha perspectiva clasista y carecía de toda voluntad hegemónica en relación al conjunto de las clases explotadas. Para la fracción reformista se trataba de reconstruir la maquinaria del Estado burgués lo más pronto posible para restablecer las condiciones de negociación que permitieran obtener crecientes beneficios para la clase obrera. Para la fracción revolucionaria se trataba de llevar a cabo la revolución *proletaria* y la instauración consecuente de un régimen soviético. Pero en ambos casos se trataba de políticas exclusivamente de clase, que ignoraban totalmente el problema de las luchas popular-democráticas. De ahí que la radicalización de las clases medias y la crisis del transformismo enfrentaran a los partidos de la clase obrera con una situación totalmente nueva para la cual no tenían, en rigor, respuesta. En consecuencia, ni siquiera intentaron ligar el jacobinismo radical de las clases medias al discurso socialista: se mantuvieron en una pura perspectiva clasista que condujo a su suicidio político. El fascismo, en tal sentido, fue el resultado de una crisis de la clase obrera, pero esta crisis no radica en la incapacidad de la clase obrera para llevar a cabo la revolución proletaria en Italia o en Alemania, sino en su incapacidad para presentarse como alternativa popular hegemónica al conjunto de las clases dominadas en el curso de la crisis más grave que el sistema de dominación capitalista había experimentado hasta entonces en Europa. El resultado fue que las interpelaciones populares de las clases medias fueron absorbidas/neutralizadas, en la forma descrita, por el discurso político fascis-

ta, que las puso al servicio de la nueva fracción monopólica. Pero el proceso tuvo también repercusiones al nivel de la clase obrera. Según dijimos, la clase obrera tiene una doble identidad: como clase y como pueblo. El fracaso de las distintas tentativas de clase —revolucionarias o reformistas— de superar la crisis condujo a la desmoralización y desmovilización de la clase obrera; la falta de articulación de las interpelaciones popular-democráticas al discurso socialista dejó este flanco cada vez más expuesto a la influencia ideológica del fascismo. De ahí procede un hecho al que Poulantzas alude: la implantación del fascismo en parte de la clase obrera y la neutralización política de la totalidad de la misma.

Si había un «destino manifiesto» claro para alguna clase obrera europea al fin de la primera guerra mundial era el de la clase obrera alemana. La crisis de la ideología dominante se reveló, como toda crisis, en la desarticulación de sus interpelaciones constitutivas. Por un lado, la autoridad y prestigio del bloque de poder dominante se vieron seriamente quebrantados; por otro, la agitación nacionalista entre las clases medias tomó un giro crecientemente plebeyo y anticapitalista. Esta es la fisura por la que penetró el hitlerismo, y su penetración fue una consecuencia de que la clase obrera estuvo ausente de su cita con la historia. La clase obrera hubiera debido presentarse como la fuerza que conduciría las luchas históricas del pueblo alemán a su conclusión y al socialismo como su consumación; hubiera debido señalar las limitaciones del prusianismo, cuyas ambigüedades y compromisos con las viejas clases dominantes habían conducido a la catástrofe nacional, y hubiera debido hacer un llamamiento a todos los sectores populares que condensara en símbolos ideológicos comunes nacionalismo, socialismo y democracia⁴⁶. (La crisis había provocado la

⁴⁶ El hecho de que las interpelaciones populares alemanas, debido al específico desarrollo histórico de este país, hayan tenido un fuerte componente nacionalista, no significa afirmar que en todos los casos las

desarticulación de las interpelaciones nacionalistas y autoritarias del vejo prusianismo, es decir, que estas últimas habían perdido sus derechos históricos a ser consideradas sin más como representativas de los intereses nacionales; por otro lado, el hecho de que un agitador plebeyo como Hitler —a quien Hindenburg calificaba desdeñosamente de «cabo austríaco»— denominara su movimiento «nacional-socialismo», es una prueba elocuente de que estas dos palabras, en la mente de las masas, tendían a condensarse espontáneamente.) Esta voluntad hegemónica por parte de la clase obrera hubiera tenido un impacto profundo sobre la pequeña burguesía jacobinizada y hubiera permitido orientar su protesta en una dirección socialista. Aun cuando Hitler hubiera surgido, no hubiera tenido el monopolio del lenguaje popular y nacionalista del que gozó; los sectores de izquierda de su movimiento, desengañados de sus capitulaciones frente a las clases capitalistas, hubieran encontrado un polo alternativo de reagrupamiento, y el capital monopólico, finalmente, hubiera estado mucho menos dispuesto a jugar su carta a una alternativa ideológica cuyo sistema de interpelaciones constituía una zona de disputas con el movimiento comunista. Pero nada de esto ocurrió, y el abandono por parte de la clase obrera del campo de la lucha popular-democrática abrió el camino al fascismo. Resulta, pues, increíble que Poulantzas critique lo que constituyó casi el único momento en que el movimiento comunista alemán intuyó la necesidad de llevar a cabo una agitación nacionalista y democrática: la línea Schlageter. Es verdad que en la formulación de la misma había muchos elementos oportunistas y que su aplicación esporádica sólo contribuyó a debilitar a la clase obrera frente al nazismo. Pero, en primer lugar, los elementos oportunistas proce-

interpelaciones populares sean necesariamente nacionalistas. En el caso británico, por ejemplo, el elemento nacionalista está mucho menos presente, y el elemento universalista es predominante en la ideología democrática. Por lo demás, no deben confundirse nacionalismo y tradiciones nacionales.

dían de que esta línea era concebida como una *concesión* a la pequeña burguesía en razón del reduccionismo clasista que dominaba la política del Komintern, y en segundo lugar, es claro que la lucha democrática sólo puede producir efectos negativos si se la lleva a cabo en forma esporádica y zig-zagueante, y no como un esfuerzo de largo alcance por articular las interpelaciones democráticas y las socialistas. Lo correcto hubiera sido profundizar esta línea y llevarla a su conclusión lógica: el abandono del reduccionismo clasista. Si este camino no se siguió no fue en razón de errores subjetivos de ningún tipo, sino de la situación estructural de inmadurez que hemos descrito, que determinaba el conjunto de las prácticas de clase del movimiento obrero.

Una crítica similar a la de Poulantzas fue hecha, en el momento del ascenso del nazismo, por León Trotski. Este escribía en 1931, al referirse a la línea «nacionalista» del Partido Comunista Alemán:

Se comprende que cada gran revolución es una revolución popular o nacional, en el sentido de que une en torno a la clase revolucionaria a todas las fuerzas viriles y creativas de la nación, y reconstruye a ésta en torno a un nuevo núcleo. Pero esto no es una consigna; es una descripción sociológica de la revolución, que requiere además una definición precisa y concreta. Como consigna, resulta charlatanería hueca, competencia de mercado con los fascistas, pagada al precio de introducir confusión en las mentes de los trabajadores [...]. El fascista Strasser dice que el 95 por 100 del pueblo está interesado en la revolución; en consecuencia, no es una revolución de clase, sino una revolución popular. Thälmann le corea. En realidad, el comunista obrero debería decir al obrero fascista: por supuesto, el 95 por 100 de la población, si no el 98 por 100, es explotado por el capital financiero. Pero esta explotación está organizada jerárquicamente: hay explotadores, subexplotadores, subsubexplotadores, etc. Sólo gracias a esta jerarquía mantienen los superexplotadores sometida a la mayoría de la nación. Para que la nación pueda realmente reconstruirse a sí misma en torno a un nuevo núcleo de clase, debe reconstruirse ideológicamente, y esto sólo puede lograrse si el proletariado no se disuelve en el «pueblo», en

la «nación», sino que, por el contrario, desarrolla el programa de su revolución proletaria y fuerza a la pequeña burguesía a escoger entre los dos regímenes ⁴⁷.

Sería difícil encontrar una formulación más completa del reduccionismo clasista: 1) la especificidad de la contradicción pueblo/bloque de poder es negada, y sólo contradicciones de clase son aceptadas (explotadores, subexplotadores, subsubexplotadores, etc.); 2) la especificidad y autonomía de las ideologías popular-democráticas obviamente desaparece, y las últimas son reducidas a meras consignas o charlatanismos; 3) sólo hay dos posibilidades extremas: o una ideología de clase en toda su pureza, o la disolución del proletariado en «el pueblo», con lo cual se niega la posibilidad de una articulación de clase de las ideologías populares; 4) en consecuencia, apenas puede sorprender la conclusión política de este reduccionismo sectario: la revolución *proletaria* es el único objetivo que la clase obrera puede proponer a las clases medias.

La política de Thälmann era sin duda errada en la medida en que reducía una *línea estratégica de largo plazo*, como lo es la fusión entre socialismo e ideología popular-democrática, a una *mera táctica circunstancial* para ganar el apoyo electoral de la pequeña burguesía. Pero ésta no era la crítica de Trotski. Trotski negaba simplemente la necesidad de dicha fusión y se encerraba en una pura ideología de clase. Se ha afirmado con frecuencia que Trotski fue uno de los pocos revolucionarios marxistas que entendió el peligro del nazismo y planteó una correcta estrategia para la clase obrera. Pero creo que hay aquí un malentendido fundamental: es verdad que Trotski percibió más agudamente que el Komintern la naturaleza del nazismo, sus raíces en la pequeña burguesía y el peligro mortal que im-

⁴⁷ «Against national communism: lessons of the red referendum», en *The struggle against fascism in Germany*, Londres, 1975, p. 62. Cf. también «Problems of the Italian revolution», en *Writings of Leon Trotsky (1930)*, Nueva York, 1975.

plicaba para el movimiento obrero; es también verdad que sus llamamientos a la unidad de acción con la socialdemocracia mostraban una notable clarividencia comparados con la ceguera política de la línea del «socialfascismo». Pero su perspicacia se limitaba a la formulación de una correcta línea defensiva cuando en todos los aspectos esenciales el fascismo ya había ganado la batalla por la conquista política de la pequeña burguesía. La idea de que en Alemania cualquier avance hacia el socialismo dependía de una alianza entre la clase obrera y las clases medias y de que dicha alianza requería la fusión ideológica de nacionalismo, socialismo y democracia no es sólo ajena, sino también antagónica respecto a los fundamentos del pensamiento de Trotski. Su falta de comprensión de la naturaleza de la lucha popular-democrática deja pocas dudas de que una conducción trotskista del Partido Comunista Alemán hubiera cometido los mismos errores estratégicos del Komintern y hubiera sido, en consecuencia, igualmente impotente para detener el avance del nazismo.

En Italia la situación era aún más clara. Había que presentar a la clase obrera como clase hegemónica respecto al conjunto de las fuerzas populares radicalizadas por la crisis del transformismo. La clase obrera debía presentarse como realizadora histórica de las tareas inconclusas del *Risorgimento*. Pero, para la dirección comunista de Bordiga, el más estricto clasismo debía dominar la práctica política del partido: el jacobinismo mazziniano y garibaldino sólo podía constituir una ideología de las clases rivales. El jacobinismo radical se expresaba en Italia por una fórmula de valor mágico en la inmediata posguerra: la demanda de una Asamblea Constituyente que estableciera las bases de una reorganización del Estado italiano. Esta vieja fórmula del *Risorgimento* se había transformado en la demanda esencial de todas las fuerzas opuestas al bloque de poder dominante. Pues bien, el sector maximalista del partido socialista y el partido comunista se opusieron a la Constitu-

yente, proponiendo alternativamente la constitución de soviets. Naturalmente, este aislacionismo clasista condujo a la derrota del movimiento obrero y a la absorción de las interpelaciones jacobinas radicales por el fascismo⁴⁸. Gramsci consideró siempre que el rechazo de la fórmula de la Constituyente había sido el error capital del partido comunista en el período prefascista. Ya en 1924 escribía:

¿Es probable que la consigna de la Constituyente se haga nuevamente actual? Si es así, ¿cuál será nuestra posición respecto a ella? En suma, la situación actual debe tener una solución política. ¿Qué forma es más probable que revista tal solución? ¿Es posible pensar que se pase del fascismo a la dictadura del proletariado? ¿Qué fases intermedias son posibles y probables? Pienso que en la crisis que atravesará el país tendrá ventaja aquel partido que mejor haya comprendido este proceso necesario de transición⁴⁹.

⁴⁸ Giorgio Amendola ha afirmado recientemente: «Quisiera llamar la atención hacia otro elemento que durante la guerra [la primera guerra mundial] constituyó una premisa para el desarrollo de la lucha política en el período de posguerra, es decir, la formación en torno a Salandra del *Fascio Nazionale* en diciembre de 1917. Este "fascio" indiferenciado de fuerzas que iban desde los conservadores, como Salandra, hasta los nacionalistas, los anarcosindicalistas y Mussolini, incluyendo los intervencionistas democráticos, y que tenía el monopolio del patriotismo, fue dirigido por las fuerzas de la derecha. Permaneció así el equivóco de un patriotismo acaparado por las fuerzas de derecha. También porque las fuerzas neutralistas no han sabido, en aquel momento, hacer valer las razones patrióticas y nacionales de su neutralismo [...] Y este hecho, de una parte, ha dañado en la posguerra a las fuerzas neutralistas, impidiéndoles jugar la carta nacional, y de la otra, ha regalado la bandera del patriotismo a este «fascio» de fuerzas heterogéneas. Y Mussolini, en un momento dado, ha denominado a su diario el diario de los obreros, de los combatientes y de los productores y se ha apropiado de la palabra "fascio", palabra que tenía su historia también en el movimiento de izquierda, que databa de los *Fasci siciliani* de 1892-94, y que describe bastante bien la posible unidad de fuerzas heterogéneas en un país de tanta diversidad como Italia...» (*Intervista sull'antifascismo*, Bari, 1976, páginas 30-1).

⁴⁹ Cf. Palmiro Togliatti, *La formazione del gruppo dirigente del Partito Comunista Italiano*, Roma, 1962, p. 246. Algunos comentaristas se han esforzado en interpretar el conjunto de la experiencia del *bienio rosso* (1919-1920) como una revolución democrática frustrada. Pietro Nenni, por ejemplo (*Storia di quattro anni*, Turín, 1926) señala en relación a este tema la importancia de la agitación por la Asamblea Constituyente, en tanto que Angelo Tasca (*Nascita e avvento del fascismo*, Bari, 1965)

La fórmula de la Constituyente fue desde entonces central en la concepción política de Gramsci. Vemos en ella, como en filigrana, los grandes temas ideológicos que habrían de dominar la práctica política del Partido Comunista Italiano a partir de la guerra de liberación.

Señalemos, para concluir con este punto, que el paralelismo que hemos establecido en la presentación de los casos alemán e italiano no debe llevarnos a la falsa conclusión de que todos los países tienen tradiciones popular-democráticas que son equivalentes desde el punto de vista de su grado de disociación respecto al discurso burgués dominante y de sus potencialidades para ser incorporadas a un discurso socialista. Barrington Moore, por ejemplo, ha mostrado⁵⁰ la forma en que el desarrollo histórico del Estado prusiano favoreció una creciente simbiosis entre autoritarismo y nacionalismo e impidió, en consecuencia, que la revolución burguesa siguiera un modelo democrático. Por lo demás, existe una notable diferencia a este respecto entre los casos de Italia y Alemania. Según resulta claro de nuestro análisis precedente, la tradición popular-democrática en Italia era mucho más fuerte que en Alemania y menos absorbida por el discurso ideológico de las clases dominantes. En consecuencia, la articulación alternativa de las interpelaciones populares en el discurso ideológico de

y Leo Valiani («La storia del fascismo nella problematica della storia contemporanea e nella biografia de Mussolini», *Rivista Storica Italiana*, junio de 1967, pp. 459-81) se refieren a la posibilidad de una convergencia con el «subversionismo patriótico» de D'Annunzio. Giovanni Sabbatucci, que ha comentado recientemente ambas tesis —y que, en nuestra opinión, las ha descartado demasiado rápidamente—, concluye, no obstante, por aceptar la posibilidad de una alianza democrática exitosa: «En realidad, contra la hipótesis de una alianza democrática entre los obreros, los campesinos y vastos estratos de los sectores medios, no había impedimentos estructurales, es decir, causados por contrastes insuperables de intereses. Había, como hemos dicho, divisiones profundas, obstáculos graves, pero siempre de carácter contingente: remover estos obstáculos era la tarea, difícil pero ineludible, de las fuerzas políticas de orientación progresista y del movimiento obrero en particular» (*La crisi italiana del primo dopoguerra*, Bari, 1976, p. 24).

⁵⁰ Barrington Moore Jr., *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península, 1973.

la clase obrera era comparativamente más fácil en Italia que en Alemania. Esto no significa decir, sin embargo, que ésta fuera en Alemania una tarea *imposible* —la crisis de la posguerra prueba, como hemos visto, que no era así—, sino tan sólo que la clase obrera alemana debía afrontar dicha tarea con un arsenal ideológico peor equipado que el del proletariado italiano. En tal sentido, la explicación de Barrington Moore aparece distorsionada —pese a su innegable interés— por el abuso de un tipo de análisis que parece implicar que desde el siglo xv hasta Hitler el autoritarismo constituía en Alemania una fatalidad que no admitía líneas alternativas de desarrollo. Por este camino se exagera la coherencia y el grado de condensación de las ideologías del bloque dominante, mientras que se subestima al extremo el papel de las ideologías popular-democráticas. Pero estas últimas, aunque en forma marginal y ciertamente no hegemónica, siempre existen y emergen en un momento de crisis. Como afirma Lenin:

En *cada* cultura nacional existen, aunque sea sin desarrollar, *elementos* de cultura democrática y socialista [...]. Pero en *cada* nación existe asimismo una cultura burguesa, con la particularidad de que ésta no existe simplemente en forma de «elementos», sino como cultura *dominante* ⁵¹.

LAS LECCIONES POLITICAS DEL FASCISMO

Si el análisis anterior es correcto, el fascismo surgió de una doble crisis: crisis de los sectores dominantes que eran incapaces de neutralizar, por los métodos tradicionales, el potencial jacobino de las interpelaciones popular-democráticas; crisis de la clase obrera que fue incapaz de articularlas al discurso político socialista. Puede parecer que con

⁵¹ V. I. Lenin, «Notas críticas sobre el problema nacional», *Obras completas*, t. XX, Buenos Aires, 1960, p. 16.

este análisis damos un peso excesivo a la incidencia de lo ideológico en la emergencia del fascismo. Pero no creo que sea así. La crisis de las clases dominantes sólo resulta inteligible si se la refiere a las contradicciones del proceso de acumulación capitalista, a la incidencia de la guerra imperialista sobre dicho proceso, a la crisis económica, etc. No pretendemos poner en duda la prioridad de las relaciones de producción en la determinación última de los procesos históricos. Lo que sí queremos decir es que el proceso de reproducción social no es sólo reproducción del modo de producción dominante, sino también de sus condiciones, una de las cuales es la ideología. Y que en la medida en que en una formación social sea mayor la importancia de los sectores sociales que no participan directamente en las relaciones de producción dominantes, mayor será la importancia y la autonomía relativa de los procesos ideológicos para la reproducción social en su conjunto. El peso social y político creciente de las «clases medias», es decir, de sectores en cuya estructura ideológica general las interpelaciones populares juegan un papel mucho más importante que las interpelaciones de clase, ha determinado, pues, a la vez, la ampliación cada vez mayor del campo de la lucha democrática y la importancia creciente de la lucha ideológica dentro del campo general de la lucha de clases. Para el marxismo de la II Internacional la importancia de estos sectores debía disminuir constantemente, de lo que se derivó, según vimos, una política en la que el reduccionismo clasista y el economicismo desempeñaban el papel decisivo. Pero la predicción se reveló falsa: bajo las condiciones del capitalismo monopolista la importancia de estos sectores ha tendido a acrecentarse constantemente. El triunfo del fascismo constituyó la primera evidencia de esta situación inesperada, y en la crisis que determinó su advenimiento los factores ideológicos jugaron un papel fundamental. De ahí la proliferación de teorías psicológicas y psicoanalíticas que pretendían explicar el origen y naturaleza del

fascismo: detrás de ellas se encerraba la intuición confusa de que el fascismo era la resultante de procesos en los que la ideología jugaba un papel mucho más autónomo y decisivo que en otros fenómenos políticos contemporáneos. De ahí también los análisis que tendían a presentar al fascismo como la interrupción y distorsión de un proceso histórico «normal»; bien entendido, la normalidad consistía en una conducta política estrictamente determinada por intereses económicos sectoriales. Y de ahí —ya que hasta en las teorías más erróneas se esconde siempre un grano de verdad— lo que las teorías del totalitarismo intentaban expresar: en la afirmación de que en el fascismo el individuo actúa como *masa* y no como *clase* se esconde la intuición de que no son las interpelaciones como *clase*, sino las interpelaciones como *pueblo* las que dominan el discurso fascista.⁵² (Claro que este hecho aparece deformado por los teóricos del totalitarismo a través de la postulación de un «individuo» mítico, totalmente separado de los lazos tradicionales.)

El fascismo constituyó la crisis de madurez del movimiento obrero. Antes del fascismo, los dos polos de la alternativa reforma-revolución se definían a sí mismos en términos de una perspectiva esencialmente intraclasista. A partir de entonces es esta perspectiva la que comienza a modificarse. En 1944 un lúcido teórico reformista, Adolf Sturmthal, insistía en lo que a su juicio había constituido el error capital del movimiento obrero del período de entreguerras: la mentalidad de grupo de presión y la incapacidad de presentarse como alternativa política al conjunto de las clases populares. Afirma:

⁵² Disentimos, en este sentido, con la afirmación de Poulantzas de que el fascismo tenía un discurso político distinto para cada sector social. Por el contrario, la esencia del discurso político fascista consistía en sectorializar todas las interpelaciones de clase y en subordinarlas a interpelaciones dirigidas a la sociedad en su conjunto (como en el ejemplo del racismo al que antes nos referimos).

Intento mostrar que los trabajadores europeos, lejos de «meterse demasiado en política», no estuvieron suficientemente inclinados hacia la política y dudaron en aceptar una verdadera responsabilidad política en correspondencia con la presión social y política que ejercían.

Y, al referirse a la posible objeción de que el movimiento obrero participaba en elecciones, hablaba de socialismo, etcétera, comenta:

Todo esto, sin embargo, era en buena medida actividad de superficie. Escarbando debajo encontraríamos, bien oculta en el enredo de la acción política, pero determinando su contenido, la misma mentalidad de grupo de presión que es característica de los trabajadores norteamericanos. Para la mayor parte de los comunistas, a partir de 1923 el socialismo era un objetivo distante que tenía poca influencia sobre la actividad diaria. Su verdadero objetivo era la defensa de los intereses de los trabajadores industriales, en buena medida como los sindicatos norteamericanos representaban los intereses de sus miembros. Sabían que su programa socialista sólo podría ser realizado cuando los trabajadores obtuvieran todo el poder. Su actividad inmediata quedaba así reducida a demandas inmediatas que podían ser de dos tipos: demandas sociales, defendidas por y para los sindicatos, y demandas democráticas, presentadas por todos los elementos democráticos, trabajadores y burgueses. Estos eran sus verdaderos objetivos hasta que llegara el día en el que, con plenos poderes en sus manos, pudieran crear una sociedad socialista. Por consiguiente, a todos los efectos y propósitos los partidos obreros actuaron como grupos de presión [...].

Por desgracia, los partidos obreros, aunque pensaran y actuaran como grupos de presión, eran partidos políticos, y como tales se vieron llamados a formar gobiernos, bien a través de un proceso revolucionario, como en Europa central en 1918, bien según las normas del parlamentarismo. Cuando se vieron enfrentados con las responsabilidades gubernamentales, se hizo evidente la estrechez de la gama de problemas a los que los trabajadores ofrecían soluciones constructivas. Esta carencia afectaba prácticamente a todos los partidos obreros [...], aunque la referencia a los objetivos socialistas de los movi-

mientos —de palabra más que de hecho— tendiera a enmascarar esta visible estrechez de miras de los intereses reales de los partidos⁵³.

Después de la guerra, los partidos socialdemócratas europeos intentaron superar estas limitaciones a través de una fórmula característica: aceptar como permanente el carácter de grupo de presión del movimiento obrero y aceptar la fusión total entre interpelaciones popular-democráticas e ideología liberal burguesa. A diferencia de la vieja socialdemocracia, que consideraba a la clase obrera como clase hegemónica en una futura sociedad socialista e intentaba a través del economicismo crear un puente entre estas remotas perspectivas y la actividad tradeunionista y reformista del presente, y a diferencia del fascismo, que sectorializó las demandas de clase y desarticuló las interpelaciones populares de la ideología liberal burguesa, la socialdemocracia actual se funda en un doble movimiento ideológico: 1) acepta que la clase obrera es un mero grupo de presión *y que lo seguirá siendo siempre*, es decir, que la clase obrera no tiene objetivos políticos propios de largo plazo, como era aún el caso para la socialdemocracia del período fascista; 2) no lucha por desarticular las interpelaciones popular-democráticas del discurso burgués liberal, sino, por el contrario, por afirmar la unidad indisociable entre ambos y por presentar al propio programa político como alternativa relativamente más «democrática» y «redistributiva» dentro del mismo. La socialdemocracia contemporánea ha superado, pues, la mentalidad de grupo de presión del viejo socialismo mediante su transformación en un partido burgués como los otros. La distancia entre *pueblo* y *clase* es mantenida —aunque por otros medios— tan estrechamente como en el fascismo y, ciertamente, mucho más que en la socialdemocracia del período de entreguerras. La tran-

⁵³ A. Sturmfthal, *The tragedy of European labour, 1918-1939*, Nueva York, 1951, p. 37.

sición representada por Hugh Gaitskell en Inglaterra o Olenhauer y Willy Brandt en Alemania es característica a este respecto. Una vez verificada esta separación entre pueblo y clase, la socialdemocracia puede, desde luego, mantener lazos más estrechos con un grupo de presión particular, como son los sindicatos.

En el movimiento comunista la tentativa de superación del reduccionismo clasista se llevó a cabo siguiendo líneas diferentes. Aunque en forma imperfecta y zigzagueante, sometidas a la presión estalinista y a los virajes de la política exterior soviética, diversas tendencias dentro del movimiento comunista intentaron encaminarse hacia una fusión entre socialismo e ideología popular-democrática. El abandono por parte del Komintern de sectarismo ultraizquierdista del período «socialfascista», creó un espacio político que permitió a algunas direcciones comunistas reorientar su política en esta dirección. El VII Congreso del Komintern constituye, a este respecto, la línea divisoria⁵⁴. En un informe

⁵⁴ La adopción de esta nueva línea por parte del VII Congreso del Komintern implicaba, desde luego, una autocrítica con respecto al período del socialfascismo. Poulantzas afirma correctamente en su libro que esta autocrítica fue totalmente insuficiente, y que de ella se derivó una larga serie de errores y desviaciones. En realidad, el problema excede el propósito de este ensayo, pero quisiera en todo caso señalar algunos puntos. Sostener la necesidad de un frente democrático y afirmar al mismo tiempo el carácter burgués de las banderas democráticas sólo puede conducir a una desviación de derecha. La política estalinista contribuía a esta desviación, puesto que estaba más interesada en la presencia en el poder de gobiernos burgueses inclinados a establecer alianzas con la Unión Soviética que en promover la hegemonía proletaria en los frentes democráticos. En consecuencia, si la experiencia histórica de la clase obrera encontraba una barrera ideológica en el reduccionismo de clase, la política estalinista contribuía a reforzar dicha barrera. No obstante, la línea política emergente del VII Congreso del Komintern permitía una lectura diferente: hacía posible afirmar el carácter no clasista de las banderas democráticas y, consecuentemente, la lucha por la hegemonía proletaria en el seno de los frentes democráticos. Y la mera posibilidad de esta interpretación implicaba un avance fundamental: mientras que la línea política del «socialfascismo» sólo condujo a errores y fracasos, la línea del VII Congreso dio lugar —junto a las desviaciones antes mencionadas— a un gran número de experiencias exitosas, que van desde el triunfo de la revolución yugoslava a la transformación del Partido Comunista Italiano por parte de Togliatti en un movimiento de masas. Es así comprensible que los comunistas italianos se remonten al VII Con-

al mismo, notable en numerosos sentidos, Dimitrov afirmaba:

Uno de los aspectos más débiles de la lucha antifascista de nuestros partidos consiste en *que no reaccionan suficientemente ni a su debido tiempo contra la demagogia del fascismo* y siguen tratando despectivamente los problemas de la lucha contra la ideología fascista [...].

Los fascistas revuelven *la historia* de cada pueblo para presentarse como herederos y continuadores de todo lo que hay de elevado y heroico en su pasado, y explotan todo lo que humilla y ofende a los sentimientos nacionales del pueblo como arma contra los enemigos del fascismo. En Alemania se publican centenares de libros que no persiguen otro fin que el de falsear la historia del pueblo alemán sobre una pauta fascista [...].

Mussolini se esfuerza obstinadamente en sacar partido de la figura heroica de Garibaldi. Los fascistas franceses tremolan a Juana de Arco como su heroína. Los fascistas norteamericanos apelan a las tradiciones de la guerra de Independencia americana, a las tradiciones de Washington y de Lincoln. Los fascistas búlgaros explotan el movimiento de liberación nacional de la década del setenta del siglo pasado y a los héroes populares, tan queridos, de este movimiento, como Vasil Levski, Stefan Karadsha, etc.

Los comunistas que creen que todo esto no tiene nada que ver con la causa de la clase obrera y no hacen nada, ni lo más mínimo, para esclarecer ante la masa trabajadora el pasado de su propio pueblo con toda fidelidad histórica y el verdadero sentido marxista, marxista-leninista, *para entroncar la lucha actual con las tradiciones revolucionarias de su pasado*, esos comunistas entregan voluntariamente a los falsificadores fascistas todo lo que hay de valioso en el pasado histórico de la nación, para que engañen a las masas del pueblo.

¡No, camaradas! *A nosotros nos afectan todos los problemas importantes, no sólo del presente y del futuro, sino también los que forman parte del pasado de nuestro propio pueblo*, pues nosotros, los comunistas, no practicamos la política mezquina

greso del Komintern cuando tratan en la actualidad de trazar los orígenes de su presente línea estratégica. (Cf. Luciano Gruppi, *Togliatti e la via italiana al socialismo*, Roma, 1974, especialmente capítulo 1, «Dal fronte popolare all'unità nazionale antifascista».)

de los intereses gremiales de los obreros. Nosotros no somos los funcionarios limitados de las tradeunions, ni tampoco los dirigentes de los gremios medievales de artesanos y oficiales. Somos los representantes de los intereses de clase de la más importante y grande de las clases de la sociedad moderna, de la clase obrera, que tiene por misión emancipar a la humanidad de los tormentos del sistema capitalista, que ya ha abatido el yugo del capitalismo y es la clase gobernante en una sexta parte del planeta. Nosotros defendemos los intereses vitales de todos los sectores trabajadores explotados, es decir, de la mayoría del pueblo de todos los países capitalistas [...].

Los intereses de la lucha de clases del proletariado contra los explotadores y opresores patrios no están en pugna con los intereses de un porvenir libre y feliz de la nación. Al contrario: la revolución socialista será *la salvación de la nación*, y le abrirá el camino para un auge más esplendoroso. Por esto, porque la clase obrera al construir hoy sus organizaciones de clase y afianzar sus posiciones, al defender contra el fascismo los derechos y libertades democráticas, al luchar por el derrocamiento del capitalismo, lucha ya *a través de todo esto* por ese porvenir de la nación⁵⁵.

El aflojamiento de los lazos políticos con la Unión Soviética durante la guerra y la transformación de diversos partidos comunistas en organizaciones de masa que se pusieron al frente de movimiento de resistencia nacional contra el hitlerismo, permitieron probar toda la fecundidad implícita en esta nueva línea. Pero el proceso de reformulación teórica no avanzó en la medida necesaria, y los remanentes del reduccionismo clasista —reforzados por la segunda glaciación estalinista y la guerra fría— operaron como un lastre que impidió por décadas el desarrollo de las potencialidades internas de la línea de transformación ideológica y política iniciada con la Resistencia. El *quid pro quo* más habitual consistió en la asunción de que de la prioridad de la lucha democrática había que deducir el carác-

⁵⁵ G. Dimitrov, «La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo» (Informe ante el VII Congreso de la IC), en *Escritos sobre el fascismo*, Madrid, Akal, 1976, pp. 107-11.

ter progresista de un sector de la burguesía; a lo que se ha opuesto la tesis ultraizquierdista, en apariencia antagónica, según la cual, dado el carácter definitivamente reaccionario de todos los sectores de la burguesía, era preciso concluir que las luchas democráticas habían caducado y que era necesario encerrarse en una perspectiva revolucionaria de clase. Como se ve, ambas tesis comparten el reduccionismo clasista, ya que, para ambas, ideología democrática sólo puede ser sinónimo de ideología burguesa. Si, por el contrario, se abandona este supuesto y se acepta que las ideologías popular-democráticas no son ideologías de clase, los términos de la confrontación se han desplazado: la lucha ideológica fundamental de la clase obrera consiste en ligar la ideología popular-democrática a su discurso, evitando tanto el sectarismo clasista como el oportunismo socialdemócrata. Se trata de un difícil equilibrio, pero la lucha de la clase obrera ha sido siempre una lucha difícil y ha consistido, según Lenin, en caminar entre precipicios. En esta articulación entre interpelaciones populares e interpelaciones proletarias es donde reside la lucha de la clase obrera por su hegemonía ideológica sobre los restantes sectores populares⁵⁶. Hoy día, cuando la clase obrera europea

⁵⁶ El concepto de «hegemonía», tal como ha sido definido por Gramsci, es un concepto clave en el análisis político marxista, que requiere ser desarrollado en todas sus implicaciones. No podemos entrar aquí en este análisis, pero quisiéramos al menos señalar los siguientes puntos, basados en la interpretación desarrollada por Chantal Mouffe en «Hegemony and ideology in Gramsci» (*Research in political economy*, II, Nueva York, 1978): 1) la noción de la autonomía específica de las interpelaciones democráticas, de la ideología democrática como campo de la lucha de clases, está implícita en el concepto de hegemonía, que abre el camino para que la teoría marxista logre superar el reduccionismo de clase. La gran originalidad de Gramsci no reside tanto en su insistencia en la importancia de las superestructuras en la determinación de los procesos históricos —otros teóricos, como Lukács, habían ya insistido en este punto— como en su esfuerzo por superar *al mismo tiempo* el economicismo y el reduccionismo de clase. No obstante, esto nunca condujo a Gramsci a olvidar que las articulaciones ideológicas ocurren siempre *en el interior* de discursos de clase. Como afirma J. M. Pottet: «El concepto gramsciano de hegemonía implica en consecuencia dos niveles complementarios: 1) el tipo de relación que puede ganar a las masas populares;

acrecienta su influencia y debe concebir su lucha cada vez más como una lucha por la hegemonía política e ideológica sobre los sectores medios, es más necesaria que nunca al marxismo una teoría rigurosa de la práctica ideológica que borre los últimos resabios del reduccionismo clasista. Sin esta teoría se volverá a caer en los errores simétricos del sectarismo y del oportunismo. Y el centro de dicha teoría, si el análisis anterior es correcto, lo debe constituir una teoría de la autonomía específica de las interpelaciones popular-democráticas.

Repensar y reanalizar la experiencia fascista me parece, pues, esencial por la siguiente razón: el fascismo ha constituido la forma extrema en que las interpelaciones populares, en su forma más radicalizada —el jacobinismo—, pudieron ser transformadas en el discurso político de la fracción dominante de la burguesía. Es así una demostración límite del carácter no clasista de las interpelaciones populares. El socialismo no constituye, en consecuencia, el otro polo del fascismo en la forma en que tiende con frecuencia a ser presentado, como si el fascismo constituyera la ideología de los sectores más conservadores y retardatarios, seguido por el *continuum* del liberalismo desde sus versiones de derecha hasta sus versiones de izquierda y culminando en el socialismo. El socialismo es, sí, lo opuesto al fascismo, pero en el sentido de que mientras el fascismo constituyó el discurso popular radical, neutralizado por la

2) la articulación de clase por la que el partido organiza su hegemonía (predominio del proletariado sobre el campesinado). Algunos comentaristas han pasado por alto este segundo nivel: ellos dieron nacimiento a los diversos Gramsci, "democráticos" o "populistas". Pero la gran mayoría de los comentaristas han subestimado la importancia del primer nivel: deslumbrados por la relación Lenin-Gramsci, no advirtieron los rasgos originales y específicos del pensamiento de Gramsci» (*La pensée politique de Gramsci*, París, 1970, pp. 129-30. 2) Los grandes temas del comunismo italiano, tal como fueron desarrollados por Togliatti —el partido de masas, la democracia progresiva, las tareas nacionales de la clase obrera, etc.—, serían incomprensibles al margen del concepto de hegemonía. 3) Este concepto está, sin embargo, sólo bosquejado, y el desarrollo de todas sus implicaciones *teóricas* en términos del carácter no clasista de la ideología democrática constituye en gran medida una tarea a realizar.

burguesía y transformado por ella en su discurso político específico en un período de crisis, el socialismo es el discurso popular al que se ha permitido desarrollar todo su potencial revolucionario al ser ligado al anticapitalismo radical de la clase obrera.

HACIA UNA TEORIA DEL POPULISMO

«Populismo» es un concepto a la vez elusivo y recurrente. Pocos conceptos han sido más ampliamente usados en el análisis político contemporáneo y, sin embargo, pocos han sido definidos con menor precisión. Sabemos intuitivamente a qué nos referimos cuando calificamos de populista a un movimiento o a una ideología, pero encontramos las mayores dificultades en traducir dicha intuición en conceptos. Esto ha conducido con frecuencia a una práctica *ad hoc*: continuar utilizando el término en forma puramente intuitiva o alusiva y renunciar a cualquier esfuerzo por desentrañar su contenido. David Apter, por ejemplo, afirma refiriéndose a los nuevos regímenes políticos del Tercer Mundo:

Lo que vemos hoy en el mundo es una gama de sistemas políticos adaptados. Incluso los más rígidos son débiles. Incluso los más monolíticos en sus formas tienden a la división en sus prácticas y a la dilución en sus ideas. Pocos son totalitarios, casi todos son populistas y, en un sentido real, fundamentalmente *predemocráticos* antes que *antidemocráticos*¹.

Y a lo largo de su libro, pese a que el «populismo» de estos nuevos regímenes juega un papel importante en la caracterización de los mismos, Apter no intenta en ningún momento determinar, con alguna seriedad, el contenido del concepto que emplea.

A la oscuridad del concepto empleado se une la indeterminación del fenómeno al que alude. ¿Es el populismo

¹ D. Apter, *The politics of modernization*, Londres, 1969, p. 2.

un tipo de movimiento o un tipo de ideología? ¿Y cuáles son sus fronteras? Para algunas concepciones debe limitársele a ciertas bases sociales precisas; para otras, «populismo» apunta a un rasgo común a fenómenos políticos tan dispares como el maoísmo, el nazismo, el peronismo, el nasserismo o el *narodnichestvo* ruso. Esta imprecisión es desafortunada y, ciertamente, contribuye poco al análisis científico de los fenómenos políticos. Adelantar algunas propuestas que contribuyan a su superación es el objetivo central de este ensayo. Se trata, por consiguiente, de un objetivo esencialmente teórico, en el que la referencia a movimientos «populistas» concretos tiene exclusivamente un sentido ejemplificatorio. Si bien los conceptos utilizados han sido elaborados pensando fundamentalmente en la experiencia latinoamericana, la validez de los mismos no se reduce, desde luego, a un contexto histórico o geográfico determinado. Discutiremos, en primer término, las diversas teorías relativas al populismo, en especial las funcionalistas, que han sido las más influyentes y conceptualmente refinadas; pasaremos luego a proponer un esquema teórico alternativo, centrado en el concepto de *interpelación popular-democrática*; finalmente, adelantaremos algunas precisiones acerca de las características del proceso experimentado por los sistemas políticos latinoamericanos posteriores a 1930, que los ha hecho particularmente vulnerables a la movilización populista.

I

Podemos señalar cuatro enfoques básicos en la interpretación del populismo. Tres de ellos lo consideran *a la vez* como un movimiento y como una ideología. Un cuarto lo reduce a un fenómeno puramente ideológico.

Para un primer enfoque, el populismo es la expresión típica de una determinada clase social, y ésta caracteriza,

por consiguiente, tanto al movimiento como a su ideología. Según el caso concreto que se tenga en mente se adjudicará el populismo a una clase social distinta. Así, para quienes focalizan su estudio en el *narodnichestvo* ruso del siglo XIX, el populismo sería esencialmente o bien una ideología campesina, o bien una ideología elaborada por intelectuales sobre la base de la exaltación de valores campesinos. Si se privilegia el análisis del populismo norteamericano, se le considerará una ideología y una movilización típicas de una sociedad de pequeños granjeros opuestos a la vida urbana y a la gran riqueza. Finalmente, en América Latina, donde la movilización de las masas urbanas ha adquirido con frecuencia connotaciones populistas, ha sido considerado como expresión política e ideológica, ya sea de la pequeña burguesía, de los sectores marginales o bien de la burguesía nacional, que necesita movilizar a las masas en el curso de un enfrentamiento parcial con las oligarquías locales y el imperialismo. Los inconvenientes de este tipo de interpretación saltan a la vista: elude el fenómeno que se intenta explicar. Si se quiere sostener que entre el varguismo, el movimiento de Bryan y el *narodnichestvo* hay al menos un rasgo en común, y que este rasgo es el populismo, es evidente que la especificidad de éste debe buscarse *fuera* y no a partir de las bases sociales de dichos movimientos, que son totalmente disímiles. Si, por el contrario, se restringe el uso del concepto a movimientos que presentan una base social similar, se ha desplazado ilegítimamente el campo del análisis: hemos pasado a explicar un fenómeno distinto de ese «algo común» que se presenta en movimientos sociales diferentes y la clarificación de cuya especificidad había constituido la tarea originaria. Esta ha sido, como veremos, la forma típica en que se ha escamoteado la especificidad del populismo. La operación se realiza normalmente en tres pasos: 1) se parte de la percepción intuitiva del populismo como un rasgo común compartido por movimientos políticos muy distintos y se determina *a priori* que

dicho rasgo debe encontrar su explicación en las bases sociales de dichos movimientos; 2) se estudian, en consecuencia, movimientos populistas concretos y, en el curso de dicha investigación, se produce una peculiar transposición de sentido: el populismo cesa de ser considerado *un rasgo común* a varios movimientos y se transforma en un concepto sintético que define o simboliza *al conjunto de rasgos* característicos del movimiento concreto que se estudia; 3) a partir de aquí, cuando se quiere volver a definir lo específico del populismo, el único camino consiste no ya en aislar un rasgo común a diversos movimientos, sino en comparar a dichos movimientos *como tales* y tratar de determinar lo que tienen en común a través de un procedimiento típicamente empirista de abstracción/generalización. Pero este intento, según lo dijimos, no lleva demasiado lejos, ya que los movimientos calificados de populistas difieren fundamentalmente entre sí. Lo que generalmente se hace, en consecuencia, es continuar hablando de populismo sin definirlo, con lo que nos encontramos nuevamente en el punto de partida.

Las dificultades que experimenta el esfuerzo por encontrar al populismo connotaciones de clase han conducido con frecuencia a una segunda concepción, que podríamos calificar de *nihilismo populista*. De acuerdo con ella, «populismo» es un concepto vacío de contenido. Debe, en consecuencia, ser eliminado del vocabulario de las ciencias sociales y reemplazado por un análisis directo de los movimientos hasta ahora calificados de populistas en función de su naturaleza de clase. Desde luego que el análisis de los fundamentos de clase de todo movimiento constituye la clave para detectar su naturaleza. Pero, cabría preguntarse, ¿es esto todo?, ¿el análisis de clase elimina realmente la pregunta relativa al populismo? Me parece evidente que no. Porque hay aquí, por lo menos, un problema no resuelto: y es que el «populismo» no es simplemente una categoría analítica, sino un dato de la experiencia; es ese «algo

común» que se percibe como componente de movimientos de base social totalmente divergente. Y aun cuando fuera una pura ilusión o apariencia habría que explicar la «ilusión» o «apariencia» en cuanto tales. Peter Worsley ha puesto, en este sentido, el problema en sus términos exactos:

Puede suceder entonces que hablar del populismo como un género sea asumir lo que necesita demostración: que movimientos con rasgos muy diferentes, separados en el espacio, el tiempo y la cultura, poseen ciertos atributos cruciales que justifican el que se los subsuma consciente y analíticamente bajo la misma rúbrica, «populistas», pese a las variaciones en sus otras características. Si vamos a usar tal término, necesitamos especificar cuáles son exactamente esos atributos cruciales, y no asumir simplemente que el uso arbitrario de una palabra implica ninguna semejanza, sociológicamente hablando, entre las actividades a las que se ha adjudicado. Tal semejanza puede no existir. Pero desde el momento en que la palabra *ha* sido usada, la existencia de humo verbal bien puede indicar un fuego en alguna parte².

Puede incluso aceptarse que el populismo es insuficiente para definir la especificidad concreta de cierto tipo de movimiento político, pero ¿es esto suficiente para negar que constituya un elemento abstracto del mismo? Estas son preguntas que el nihilismo populista no puede responder. De ahí que este tipo de enfoque haya resultado insuficiente o insatisfactorio y que el «populismo», pese a su indefinición conceptual, haya continuado gozando de buena salud en las ciencias sociales.

Una tercera concepción intenta superar estas dificultades a través de la restricción del término «populismo» a la caracterización de una ideología y no de un movimiento. Los rasgos típicos de esta ideología serían su carácter anti *statu quo*, la desconfianza en los políticos tradicionales, la apelación al pueblo y no a las clases, el antiintelectualismo,

² P. Worsley, «The concept of populism», en G. Ionesco y E. Gellner, *Populism*, Londres, 1970, p. 219.

etcétera. El complejo ideológico así formado sería adoptado por movimientos sociales de bases distintas, de acuerdo con procesos históricos concretos acerca de los cuales es imposible formular cualquier generalización apriorística. Pero este tipo de análisis, si bien puede enriquecer, y de hecho ha enriquecido, el estudio de las *formas* que el populismo ha revestido, presenta las dos insuficiencias siguientes: 1) los rasgos característicos de la ideología populista son presentados en forma puramente descriptiva y se ignora lo que constituye su peculiar unidad; 2) no se sabe el papel que el elemento estrictamente populista juega en una movilización social determinada.

Finalmente, debemos analizar la concepción funcionalista del populismo, según la cual éste es un fenómeno aberrante resultante de la asincronía en los procesos de tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad industrial. Esta es, con mucho, la concepción más coherente y elaborada entre todas las que hasta ahora hemos mencionado. Para discutirla, tomaremos como ejemplo el conocido modelo de Germani, y el análisis del populismo que desde una perspectiva teórica similar ha efectuado Torcuato Di Tella.

El proceso de desarrollo económico es concebido por Germani³, siguiendo una bien enraizada tradición sociológica, como el tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad industrial. Dicha transición implica tres cambios básicos: 1) modificación en el tipo de acción social (paso del predominio de las acciones prescriptivas a las electivas); 2) pasaje de la institucionalización de lo tradicional a la institucionalización del cambio; 3) paso de un conjunto relativamente indiferenciado de instituciones a la creciente diferenciación y especialización de las mismas. Estos tres cambios básicos son acompañados por modificaciones profundas en el tipo de relaciones sociales y en el tipo de per-

³ G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1965.

sonalidad. Las etapas transicionales son pensadas, en este modelo, bajo la forma de la *asincronía*, es decir, la coexistencia en una misma etapa de elementos pertenecientes a los dos polos de la sociedad tradicional y la industrial. Esta asincronía puede ser *geográfica* (sociedad dual, países o regiones centrales y periféricos); *institucional* (coexistencia de instituciones correspondientes a diversas fases); *de ciertos grupos sociales* («las características "objetivas" —por ejemplo, ocupaciones, posición en la estructura económico-social— y "subjetivas" —actitudes, carácter social, personalidad social— de ciertos grupos corresponden a etapas "avanzadas", mientras las de otros grupos corresponden a una etapa "retrasada"»), y *motivacional* («debido a la multipertenencia de un mismo individuo a diferentes grupos e instituciones, la asincronía afecta al individuo mismo. Coexisten en su psique actitudes, ideas, motivaciones, creencias, correspondientes a sucesivas "etapas" del proceso»). El ajuste o correspondencia entre estos elementos heterogéneos no se reduce, sin embargo, a una mera coexistencia. La modernización de uno de ellos provocará cambios en los otros, aunque no necesariamente en una dirección moderna. (La modernización de su relación por parte de hijos y mujeres, por ejemplo, provocará cambios en la actitud de padres y esposos que no se traducirán, necesariamente, en actitudes más modernas.)

Dos de estas formas de simbiosis revisten para Germani particular importancia: el *efecto de demostración* y el *efecto de fusión*. Por el primero, hábitos y mentalidades correspondientes a etapas más avanzadas de desarrollo se difunden en zonas atrasadas (hábitos de consumo, por ejemplo, que no guardan relación con el escaso nivel alcanzado por la producción). Por el segundo, ideologías y actitudes correspondientes a la etapa avanzada, al ser interpretadas en un contexto atrasado, tienden a reforzar los mismos rasgos tradicionales. Otros dos conceptos que resultan claves en el análisis de Germani son los de *movilización* e *integración*.

Por *movilización*⁴ se entiende el proceso por el cual grupos anteriormente pasivos adquieren un comportamiento *deliberativo* (es decir, de intervención en la vida nacional, que puede oscilar desde movimientos inorgánicos de protesta hasta la actividad legalizada y canalizada a través de los partidos políticos). Por *integración* se entiende aquel tipo de movilización en el que: 1) ésta se lleva a cabo a través de los canales políticos-institucionales vigentes y es así legalizada por el régimen imperante; 2) el marco de legitimidad del régimen es implícita o explícitamente aceptado por los grupos movilizados, que aceptan así las reglas del juego de la legalidad vigente.

Con este aparato conceptual Germani elabora el marco teórico que le permite entender la emergencia de los movimientos populistas, o movimientos nacionales y populares, según él los denomina. Este marco teórico se establece a través de una comparación entre la experiencia histórica de la transición en Europa y en América Latina. En Europa podemos advertir una clara distinción entre dos etapas: la democracia con participación limitada y la democracia con participación total. Durante la primera fase se sientan las bases del Estado racional y del tipo de autoridad burocrática; existe libertad individual y un Estado liberal, pero los derechos políticos están reservados a la burguesía, en tanto las clases populares permanecen ancladas en una mentalidad tradicional y no se han integrado a las nuevas formas de sociedad; predomina el «ascetismo capitalista» y la moral de la producción sobre la del consumo. En la segunda etapa las masas se integran a la vida política y a la vida urbana, pero lo importante es que dicha movilización se

⁴ El concepto de movilización ha sido ampliamente desarrollado en la moderna literatura de ciencia política. Cf. especialmente los trabajos de J. P. Nettl, *Political mobilization: a sociological analysis of methods and concepts*, Londres, 1967; D. Apter, *op. cit.*; Karl Deutsch, «Social mobilization and political development», en Eckstein y Apter, comps., *Comparative politics*, Nueva York, 1963, pp. 582-603.

dio a través del modelo de la integración, por lo que no hubo grandes traumas ni profundas cesuras en el aparato político.

La diferencia entre el ejemplo inglés y otros países de Occidente y el caso de América Latina reside entonces en el distinto grado de correspondencia entre la paulatina movilización de una proporción cada vez mayor de la población (hasta alcanzar la totalidad) y el surgimiento de múltiples mecanismos de integración —sindicato, educación, legislación social, partido político, consumo de masa— capaces de absorber estos sucesivos grupos, proporcionándoles los medios para una adecuada expresión en lo académico y lírico, así como en otros aspectos fundamentales de la cultura moderna⁵.

A estos cambios se añadió, en los países europeos, la transición hacia un nuevo capitalismo de grandes corporaciones y hacia el predominio de la sociedad de consumo y del *welfare state*.

En las sociedades subdesarrolladas actuales, y especialmente en el caso de América Latina, en el cual Germani concentra su análisis, el efecto de demostración, el efecto de fusión, y asincronías mucho más profundas que las conocidas por el proceso de la transición europea, se unen para producir una consecuencia característica al nivel de la vida política: la imposibilidad de una *movilización* que se verifique a través de la *integración*. En consecuencia, la movilización se verifica a través de formas aberrantes y antiinstitucionales, que constituyen la matriz de donde emergen los movimientos nacionales-populares. A este resultado contribuye, asimismo, el nuevo clima histórico del siglo xx, caracterizado por la decadencia de la democracia liberal y el surgimiento de los totalitarismos fascista y comunista.

Esto se reflejó típicamente en las ideologías de la industrialización, cuyas características esenciales parecen ser el autorita-

⁵ Germani, *op. cit.*, p. 154.

rismo, el nacionalismo y una u otra forma de socialismo, colectivismo o capitalismo de Estado, es decir, movimientos que han combinado de varias maneras contenidos ideológicos correspondientes a opuestas tradiciones políticas. Autoritarismo de izquierda, nacionalismo de izquierda, socialismo de derecha y una multitud de fórmulas híbridas o hasta paradójicas, desde el punto de vista de la dicotomía (o *continuum*) izquierda-derecha. Son precisamente estas formas las que, a pesar de sus varias y en muchos sentidos opuestas variedades, podemos subsumir bajo la denominación genérica de movimientos «nacionales-populares» y que parecen representar la forma peculiar de intervención en la vida política nacional de los estratos en curso de rápida movilización en los países de industrialización tardía ⁶.

La explicación del populismo por parte de Germani se reduce, pues, a esto: la temprana incorporación de las masas a la vida política latinoamericana ha determinado una presión que ha rebasado los canales de absorción y participación que la estructura política era capaz de ofrecer. En consecuencia, la integración de las masas de acuerdo con el modelo europeo del siglo XIX no ha podido verificarse, y distintas élites influidas por el nuevo clima histórico del siglo XX han manipulado a las masas recién movilizadas por sus propios objetivos. La mentalidad de dichas masas, en razón de su insuficiente integración, se caracteriza por la coexistencia de rasgos tradicionales y modernos. En consecuencia, los movimientos populistas constituyen una heteroclita acumulación de fragmentos correspondientes a los paradigmas más dispares. Obsérvese el siguiente párrafo de Germani, que evoca la «enumeración caótica» característica de la poesía surrealista:

Hay aquí algo difícil de entender dentro de la experiencia del ochocientos europeo. Grupos políticos muy distintos, extrema derecha nacionalista, fascistas o nazis, comunistas estalinistas, todas las variedades del trotskismo, así como los sectores más variados, intelectuales, obreros modernizados, profesionales y

⁶ *Ibid.*, p. 157.

políticos de origen pequeñoburgués, militares, sectores de la vieja «oligarquía» terrateniente en decadencia económica y política, no menos que las más insólitas combinaciones entre todos ellos, han intentado (a veces con éxito) apoyarse en esta base humana para lograr sus fines políticos. Como es obvio, tales fines no siempre coinciden con las aspiraciones de las capas movilizadas mismas, aunque a veces puede haber identidad de aspiraciones y objetivos entre *élites* y masas⁷.

Un análisis más detallado del populismo y de sus diversas variantes, dentro de un enfoque teórico similar al de Germani, puede encontrarse en un conocido ensayo de Torcuato Di Tella⁸. En él el populismo es definido como

un movimiento político que disfruta del apoyo de las masas de la clase obrera urbana y/o del campesinado, pero que no resulta del poder organizativo autónomo de ninguno de estos dos sectores. También es apoyado por sectores ajenos a la clase obrera que mantienen una ideología anti *statu quo*⁹.

Es decir, las clases sociales en el populismo están presentes, pero no en tanto clases; una peculiar distorsión entre la *naturaleza de clase* de estos sectores y sus formas de expresión política ha tenido lugar. Como Germani, Di Tella asocia esta distorsión con la asincronía existente entre los procesos de desarrollo económico, social y político. En el caso del populismo, esta asincronía está dada por la «revolución de las expectativas crecientes» y el «efecto de demostración».

Los *mass media* elevan el nivel de aspiraciones de su audiencia, particularmente en las ciudades y entre las personas con educación. Esto es lo que se ha denominado con acierto «revolución de las expectativas crecientes» [...]. La radio, el cine, los ideales de los derechos del hombre y las constituciones escritas: todo tiende a producir efectos mayores que los produ-

⁷ *Ibid.*, p. 158.

⁸ T. Di Tella, «Populism and reform in Latin America», en C. Veliz, comp., *Obstacles to change in Latin America*, Londres, 1970, pp. 47-74.

⁹ *Ibid.*, p. 47.

cidos en la experiencia europea. Pero la expansión económica avanza con retraso, lastrada por la explosión demográfica, la falta de capacidad organizativa, la dependencia respecto al capital o los mercados extranjeros o por esfuerzos prematuros de redistribución. Se produce necesariamente un cuello de botella, creciendo las expectativas muy por encima de las posibilidades de satisfacerlas ¹⁰.

Es precisamente esta distorsión la que lleva a la imposibilidad de funcionamiento de un sistema político de tipo occidental y conduce, consecuentemente, a la emergencia del populismo:

En estas condiciones, es difícil que la democracia funcione adecuadamente. En la experiencia occidental, la democracia se basó tradicionalmente en el principio de que no hubiera impuestos sin representación. En los países en desarrollo, la revolución de las expectativas crecientes genera un deseo de tener representación sin haber pagado nunca impuestos. Grupos carentes del suficiente poder nacional económico u organizativo reclaman participación tanto en los bienes como en el proceso de toma de decisiones de la sociedad. Ya no «saben cuál es su sitio», como lo sabían los trabajadores europeos hasta hace poco. Forman una masa de apoyo disponible, mayor y más exigente que ninguna con la que pudiera haber soñado Luis Napoleón ¹¹.

Para que esta masa sea movilizada en una dirección populista es necesario, sin embargo, otro elemento: la aparición de una élite empeñada en dicho proceso de movilización. La emergencia de una élite dirigente del movimiento populista es explicada por Di Tella a través de un nuevo fenómeno aberrante: la existencia, en relación a dichos sectores, de una incongruencia de estatus entre aspiraciones y «satisfacción de empleo». Los rasgos esenciales del populismo deben, en consecuencia, buscarse: 1) en una élite impregnada de una ideología de carácter anti *statu quo*; 2) en una masa movilizada como resultado de una «revolución

¹⁰ *Ibid.*, p. 49.

¹¹ *Ibid.*

de las expectativas crecientes»; 3) en una ideología de amplio contenido emocional. Dentro de este marco teórico se traza luego una clasificación de los movimientos populistas, teniendo en cuenta la pertenencia o no de la élite dirigente a los niveles superiores de la estratificación social y el grado de aceptación o rechazo que estas élites encuentran en sus grupos de origen.

Como se ve, la concepción de Di Tella es tan teleológica como la de Germani: en uno de los polos está la sociedad tradicional; en el otro, una sociedad industrial plenamente desarrollada. Es en la asincronía en los procesos de tránsito de una a otra donde debemos buscar las raíces del populismo. El populismo constituiría, así, la forma de expresión política de los sectores populares cuando no han logrado consolidar una organización autónoma y una ideología autónoma de clase. A mayor desarrollo corresponderá una organización más «clasista» y menos «populista». El peronismo, por ejemplo, ocupa una posición intermedia en este *continuum*. Desde el punto de vista de la clase obrera, el tradeunionismo de tipo occidental constituiría el paradigma de una forma de representación de sus intereses correspondiente a una sociedad altamente desarrollada. (Repárese en que la concepción del populismo como expresión aberrante de la asincronía en los procesos de desarrollo no implica necesariamente —aunque sí con frecuencia— una valoración negativa del papel del mismo en los contextos históricos en los que aparece. Di Tella, por ejemplo, lo considera, aunque transicional, un importante y positivo instrumento de reforma y de cambio.)

La primera objeción que el análisis Germani-Di Tella sugiere es que es cuestionable la adjudicación del populismo a una etapa transicional de desarrollo. Experiencias populistas se han registrado también en países «desarrollados»: piénsese en el *qualunquismo* en Italia o en el *poujadismo* en Francia, o incluso en la experiencia del fascismo, que la mayoría de las concepciones considera como una

forma *sui generis* de populismo. Ligar el populismo a una *etapa* determinada de desarrollo es cometer el mismo error de numerosas interpretaciones de los años veinte —la del Komintern entre ellas— que consideraban al fascismo como una expresión del subdesarrollo agrario de Italia y que, en consecuencia, no podía repetirse en países industriales avanzados como Alemania. Es cierto que en las metrópolis capitalistas las experiencias populistas son menos frecuentes que en los países periféricos, pero ¿es esto suficiente para concluir que la razón reside en el diferente *grado de desarrollo* de ambos? Nótese que argumentar en estos términos implica ciertos supuestos altamente discutibles: 1) a mayor desarrollo económico, menor populismo; 2) pasado cierto umbral, y superadas ciertas asincronías en el proceso de desarrollo, las sociedades industriales estarían inmunes al fenómeno del populismo; 3) las sociedades «atrasadas» que hoy pasan por experiencias populistas —ya sean éstas consideradas positivas o negativas— avanzarán necesariamente hacia formas más «modernas» y «clasistas» de canalización de la protesta popular. Estos supuestos constituyen un conjunto de axiomas ideológicos perfectamente arbitrarios. Y, lo que es más, la teoría no nos provee con los instrumentos necesarios para decidir acerca de su validez. Porque el concepto de «sociedad industrial» no ha sido construido teóricamente, sino que es el resultado de la prolongación *ad quem* de ciertos rasgos de las sociedades industriales avanzadas y de la adición meramente descriptiva de dichos rasgos, en tanto el concepto de «sociedad tradicional» no es sino la antítesis de cada uno de los rasgos de la sociedad industrial tomados individualmente. Las etapas de transición, dentro de este esquema, sólo pueden consistir en la coexistencia de rasgos pertenecientes a ambos polos. De ahí que los fenómenos «populistas» deban presentarse como una abigarrada y confusa mezcla de rasgos «tradicionales» y «modernos». De ahí también que la aparición de élites modernizantes que apelan a la movili-

zación populista de las masas no encuentre una explicación satisfactoria. (Salvo que consideremos como tal la reproducción del problema bajo nuevos términos —como la hipótesis de la incongruencia del estatus— o que aceptemos, como Germani, explicaciones tales como el efecto de demostración resultante del nuevo clima histórico creado por la crisis de la democracia liberal, lo que más que un efecto de demostración parecería un contagio.) De ahí, finalmente, el abuso de las explicaciones en términos de *manipulación*, que, o bien llevan el análisis a un campo puramente moral (engaño, demagogia, etc.), o bien, cuando se trata de explicar qué es lo que hizo la «manipulación» posible, retornan a explicaciones en términos de la dicotomía sociedad tradicional/sociedad industrial: masas con rasgos tradicionales súbitamente incorporadas a la vida urbana, etcétera. La conclusión es clara: para esta concepción el populismo no es nunca definido en sí mismo, sino en contraposición a un paradigma.

La segunda crítica que esta concepción merece es que, dado que los conceptos de ambos tipos de sociedad no han sido construidos teóricamente, sino que son la resultante de la adición meramente descriptiva de sus rasgos característicos, no hay forma de entender la significación de un fenómeno más allá de señalar su progresividad relativa: esto es, su ubicación en el *continuum*, que conduce de la sociedad tradicional a la sociedad industrial. Esta progresividad es, a su vez, reducida a la proporción respectiva de elementos «tradicionales» y «modernos» que entran en la definición del fenómeno analizado. Germani podría objetar, sin duda, que él no sólo tiene en cuenta la presencia de elementos aislados, sino también las *funciones* de los mismos, por cuanto gran parte de su análisis está dedicado a estudiar, *precisamente*, las formas particulares que asume la combinación de elementos pertenecientes a las diversas etapas —tales los efectos de demostración y de fusión— y la funcionalidad real de dichas combinaciones en la socie-

dad en su conjunto. Analicemos el problema, sin embargo, con más detenimiento. Al estudiar el efecto de fusión, Germani percibe con claridad —y éste es un mérito indudable— que ciertas formas de «modernización» no sólo no son incompatibles, sino que tienden a reforzar rasgos tradicionales (la modernización del consumo por parte de sectores oligárquicos tradicionales, por ejemplo, puede en su análisis contribuir al reforzamiento de una ética precapitalista del consumo y al mantenimiento de patrones tradicionales en la esfera de la producción). Hasta aquí no habría nada objetable; más aún, la palabra elegida, «fusión», alude muy bien al hecho de que los elementos «tradicionales» y «modernos» pierden su identidad como tales en la mezcla resultante. Pero aquí se abre una línea de desarrollo lógico que lleva a negar las premisas en las que el conjunto del razonamiento se asienta. Sigamos dicha línea de desarrollo: 1) si se acepta que la modernización de ciertos aspectos de la sociedad no es un indicio necesario de la modernización de dicha sociedad considerada como un todo —bien al contrario, la modernización de aspectos parciales puede conducir a reforzar un patrón social tradicional—, hay que admitir también que una sociedad puede ser más «tradicional» que otra desde el punto de vista de algunos o la mayoría de sus rasgos y, sin embargo, ser más «moderna» desde el punto de vista de su estructura. Lo cual significa, por un lado, que esta estructura no puede reducirse a la mera adición descriptiva de sus rasgos, y por otro, que la variable relación entre dichos rasgos y el todo implica que aquéllos, considerados en sí mismos, carecen de significación específica. 2) Con esto se ha introducido un elemento estructural en el análisis. De él se deduce que hay que abandonar el análisis de la transición en términos de un *continuum* de rasgos y actitudes, y es necesario encararlo como una serie *discontinua* de estructuras. 3) En consecuencia, si los elementos considerados aisladamente han perdido significación en sí mismos, su unificación en los paradigmas «so-

«sociedad tradicional» y «sociedad industrial» carece de sentido. Toda afirmación de que los elementos aislados tienen un *en sí* al margen de las estructuras, consistente en su inserción *esencial* como momento de un paradigma, es una afirmación metafísica totalmente ilegítima. De esto se sigue que las categorías que nos permiten pensar las sociedades concretas son categorías analíticas desprovistas de toda dimensión histórica (si por tal se entiende que la noción de etapa interviene en la definición misma del concepto). Consecuentemente, pierden también validez los conceptos de *modernización*, de *asincronía* y, en general, todos aquellos que introducen en el análisis científico una perspectiva teleológica. Germani ha incorporado, con conceptos tales como «efecto de demostración» y «efecto de fusión», una dimensión estructural a su análisis, pero no ha llevado las consecuencias de dicha incorporación a su conclusión lógica. De ahí que haya mantenido una perspectiva teleológica en el análisis de los fenómenos políticos. Los elementos que entran en la «fusión» son absolutamente «tradicionales» los unos y absolutamente «modernos» los otros. ¿En qué consiste, en consecuencia, el proceso de *fusión*? En este punto Germani elude construir un concepto que nos permita entenderlo, y sustituye dicha construcción por una explicación en términos de orígenes: la fusión sería el resultado de una *asincronía*. Es decir, del efecto de fusión sólo se nos explica aquello que resulta inteligible en términos de nuestros dos paradigmas: los elementos que se funden. Como ocurre generalmente con las explicaciones en términos de paradigmas, sólo conocemos al término del análisis aquello que habíamos puesto al comienzo. Los paradigmas sólo se explican a sí mismos.

Mantener o no una perspectiva teleológica y una explicación en términos de paradigmas tiene importantes consecuencias en el análisis de procesos políticos concretos. Tomemos un ejemplo frecuentemente usado en la literatura sobre el populismo: el del emigrante reciente. El ejemplo

es con frecuencia esgrimido para explicar por qué sectores sociales procedentes de zonas rurales atrasadas, al incorporarse como mano de obra a las nuevas industrias urbanas en expansión, tienen dificultades para desarrollar un sindicalismo de tipo europeo y son fácilmente captados por movilizaciones de tipo populista. La respuesta ofrecida por Germani y otros intérpretes va en el sentido de explicar este fenómeno, en lo esencial, como la resultante de dos procesos: 1) por un lado, se trata de masas políticamente vírgenes, que traen de las áreas rurales una mentalidad y una ideología de tipo tradicional que no han tenido tiempo de trascender hacia una ideología moderna y hacia un tipo de acción política semejante al de la clase obrera europea; 2) las ya mencionadas asincronías en el proceso de desarrollo lanzan tempranamente a estas masas a la acción política, y la ausencia de una «conciencia de clase» desarrollada las lleva a formas de movilización aberrantes y que no resultan de la propia actividad organizacional de la clase como tal. Que los migrantes recientes traen de sus zonas de origen una mentalidad de tipo rural es evidente. Que esta mentalidad se transforma en contacto con el medio urbano y con la actividad industrial es también obvio. Donde comienzan los problemas es cuando se trata de medir el grado de «modernidad» de estas ideologías en función de un paradigma constituido por la experiencia de la clase obrera europea. Y, mucho más, cuando se considera que cualquier desviación respecto a dicho paradigma es expresión de la perduración de elementos tradicionales. Consideremos el caso más de cerca. El migrante llegado al centro urbano comienza a experimentar un conjunto de presiones: explotación de clase en los nuevos lugares de trabajo, que lo transforma en proletario; presión múltiple de la sociedad urbana: problemas de alojamiento, de sanidad, de escolaridad, a través de los cuales comienza a establecer una relación dialéctica y conflictiva con el Estado. En esas circunstancias, una reacción natural consistirá en afirmar los

símbolos y valores ideológicos de la sociedad de la que procede para expresar su antagonismo con la nueva sociedad que lo explota. Para una consideración superficial se trataría de la *supervivencia* de viejos elementos, pero, en realidad, por detrás de esta supervivencia se oculta una *transformación*: estos «elementos rurales» son tan sólo materias primas que la práctica ideológica de los nuevos migrantes transforma para expresar los nuevos antagonismos. En tal sentido, la refractariedad de ciertos elementos ideológicos a su articulación en el discurso dominante en los sectores urbanos más antiguos *puede* expresar exactamente lo contrario del tradicionalismo: la negativa a aceptar la legalidad capitalista, y en este sentido —por representar el más radical de los conflictos de clase— puede expresar una actitud más «avanzada» y «moderna» que el tradeunionismo de tipo europeo. El estudio científico de las ideologías supone, precisamente, el estudio de este tipo de transformaciones, que consisten en un proceso de articulación y desarticulación de los discursos y del *campo ideológico* que les da sentido. Pero este proceso resulta ininteligible en la medida en que se adjudique a los elementos ideológicos una pertenencia esencial paradigmática.

La conclusión que se desprende del análisis anterior es inequívoca: la significación de los elementos ideológicos identificados con el populismo debe buscarse en la estructura de la que son un simple momento y no en paradigmas ideales. Esto parece aludir —también inequívocamente— a la naturaleza de clase de los movimientos populistas, a sus raíces en los modos de producción y en la articulación de los mismos. De este modo, nuestra exploración de las teorías relativas al populismo parece reducirse a un viaje circular: comenzamos señalando la imposibilidad de ligar el elemento estrictamente populista a la naturaleza *de clase* de un determinado movimiento; pasamos luego a analizar las teorías que lo presentan como la expresión de situaciones en las que las clases no consiguen expresarse plena-

mente como tales; y ahora concluimos que los rasgos ideológicos que resultan de este tipo de situación sólo adquieren sentido si se los refiere a la estructura de que forman parte, esto es, a la estructura de clases.

II

Aparentemente, no habría forma de salir de este círculo vicioso: por un lado, el elemento estrictamente «populista» sólo encuentra su especificidad si dejamos de considerar la naturaleza de clase de los movimientos populistas concretos; pero, por otro, debemos referirnos a las contradicciones de clase como momento estructural fundamental para encontrar el principio de unidad de los diversos rasgos políticos e ideológicos aislados. Sin embargo, si se mira el problema más de cerca, se advertirá que este círculo vicioso es, en realidad, el resultado de una confusión. Esta confusión procede de no haber diferenciado dos aspectos: el problema general de la *determinación de clase* de las superestructuras política e ideológica y las *formas de existencia* de las clases al nivel de dichas superestructuras. Nótese que ambos problemas son diferentes: afirmar la determinación de clase de las superestructuras no significa establecer la *forma* en que dicha determinación se ejerce. (O, lo que es lo mismo, la forma en que las clases en cuanto tales están presentes en ellas.) La identificación de ambos problemas sólo se justifica si se piensa la existencia de las clases sociales a un nivel ideológico y político bajo la forma de la *reducción*: en efecto, si todo elemento ideológico y político tiene una *necesaria* pertenencia de clase, es obvio que la clase se expresa también *necesariamente* a través de él; en consecuencia, las formas de existencia política e ideológica de una clase se reducirían, en tanto momentos necesarios, a la explicitación de su esencia. No se trataría, en consecuencia, de que las clases *determinaran* las super-

estructuras política e ideológica, sino que las *absorberían* dentro de sí como momento necesario en el proceso de su autodespliegue. Este tipo de interpretación, como es sabido, puede presentarse bajo una perspectiva economicista —tal como el marxismo de la II o III Internacional—, haciendo de las superestructuras un *reflejo* de las relaciones de producción, o bien bajo una perspectiva «superestructuralista» (Lukács, Korsch, etc.), haciendo de la «conciencia de clase» el momento fundamental y constitutivo de la clase como tal. Pero en ambos casos la relación entre *clase* y *superestructuras* es concebida en términos igualmente reduccionistas. Esta concepción, asimismo, conduce a una identificación entre la clase como tal y el grupo social empíricamente observable. Porque si cada uno de los rasgos de dicho grupo puede reducirse —al menos en principio— a su naturaleza de clase, no hay forma de establecer distinción alguna entre ambos. La relación entre la inserción del grupo en los procesos de producción —su naturaleza de clase— y sus rasgos «empíricos» sería del tipo de la que la filosofía medieval establecía entre *natura naturans* y *natura naturata*. Se comprende, pues, que una concepción que hace de la *reducción* de clase la fuente última de inteligibilidad de todo fenómeno, haya encontrado particulares dificultades en el análisis del populismo y haya oscilado entre reducirlo a la expresión de los intereses de una clase —o de la inmadurez de la misma— o bien haya continuado usando el término en forma indefinida y puramente alusiva.

Tomemos, sin embargo, una dirección distinta. Abandonemos el supuesto reduccionista y definamos a las clases como los polos de relaciones de producción antagónicas que, en cuanto tales, no tienen ninguna forma de existencia *necesaria*¹² a los niveles ideológico y político. Afirmemos, al mismo tiempo, la determinación en última instancia de los pro-

¹² La concepción de la ideología y la política como *niveles* presenta una serie de dificultades en las que no podemos entrar en este texto. Continuaremos, en consecuencia, usando la denominación corriente.

cesos históricos por las relaciones de producción —lo que equivale a decir por las clases—. Tres consecuencias fundamentales se siguen de este cambio de enfoque:

1. *No es ya posible pensar la existencia de las clases, a los niveles ideológico y político, bajo la forma de la reducción.* Si las clases están presentes a los niveles ideológico y político —ya que las relaciones de producción conservan el papel de determinación en última instancia— y si los *contenidos* ideológicos y de la práctica política han cesado de ser las formas *necesarias* de existencia de las clases a dichos niveles, la única forma de concebir dicha presencia es afirmando que el carácter de clase de una ideología está dado por su *forma* y no por su *contenido*. ¿En qué consiste la forma de una ideología? Según hemos visto en otro lugar¹³, en el principio articulador de sus interpelaciones constitutivas. El carácter de clase de un discurso ideológico se revela en lo que podríamos denominar su *principio articulador específico*. Tomemos un caso: el nacionalismo. ¿Es una ideología feudal, burguesa o proletaria? Considerado *en sí mismo* no tiene ninguna connotación clasista. Esta última sólo procede de su articulación específica a otros elementos ideológicos. Una clase feudal, por ejemplo, puede ligar el nacionalismo al mantenimiento de un sistema de corte jerárquico-autoritario de tipo tradicional (pensemos en la Alemania bismarckiana); una clase burguesa puede ligar el nacionalismo al desarrollo de un Estado nacional centralizado en lucha contra el particularismo feudal y, a la vez, apelar a la unidad nacional como medio de neutralizar los conflictos de clase (piénsese en el caso francés); finalmente, un movimiento comunista puede denunciar la traición de las clases capitalistas a la causa nacional y articular en un discurso ideológico unitario nacionalismo y socialismo (piénsese, por ejemplo, en Mao). Se dirá que en los tres casos se entiende por nacionalismo algo distin-

¹³ Cf. *supra*, pp. 113-115.

to. Esto es verdad, pero de lo que se trata es, precisamente, de determinar en dónde reside la diferencia. ¿En que por nacionalismo se hace referencia a contenidos tan diversos que no es posible encontrar un elemento común de sentido en todos ellos? ¿O bien en que ciertos núcleos comunes de sentido están connotativamente ligados a campos ideológico-articulatorios distintos? Si se aceptara la primera solución, tendríamos que concluir que la lucha ideológica como tal es imposible, ya que las clases sólo pueden competir a nivel ideológico si existe un marco común de sentido compartido por todas las fuerzas en lucha. Es precisamente este *background* de significaciones compartidas lo que permite a los discursos antagónicos establecer sus diferencias. Los discursos *políticos* de las diversas clases, por ejemplo, consisten en esfuerzos articulatorios antagónicos en los que cada una de ellas se presenta como el auténtico representante del «pueblo», del «interés nacional», etc. Si, por consiguiente, se acepta la segunda solución —como pensamos que es correcto—, es preciso concluir que *las clases existen, al nivel ideológico y político, bajo la forma de la articulación y no de la reducción.*

2. La articulación requiere, por consiguiente, la existencia de contenidos¹⁴ —interpelaciones y contradicciones— no clasistas, que constituyen la materia prima sobre la que opera la práctica ideológica de clase. Esta práctica ideológica está determinada no sólo por una visión del mundo coherente con la inserción de una clase en el proceso de producción, sino también por las relaciones de ésta con las otras clases y por el nivel concreto de la lucha de clases. La ideología de una clase dominante no consiste tan sólo en una *Weltanschauung* que expresa ideológicamente su esencia, ya que es también parte del aparato de dominación de dicha clase. La ideología de la clase dominante, *justa-*

¹⁴ Las prácticas, desde luego, están siempre encarnadas en aparatos ideológicos.

mente por ser dominante, no interpela tan sólo a los miembros de dicha clase, sino también a los miembros de las clases dominadas. Y la forma concreta en que se verifica la interpelación a estos últimos consiste en la absorción parcial y la neutralización de aquellos contenidos ideológicos a través de los cuales se expresa la resistencia a la dominación. Eliminar el antagonismo y transformarlo en simple diferencia es el método a través del cual este proceso se lleva a cabo. Una clase es hegemónica no tanto en cuanto logra imponer una concepción uniforme del mundo al resto de la sociedad, sino en cuanto logra articular diferentes visiones del mundo en forma tal que el antagonismo potencial de las mismas resulte neutralizado. La burguesía inglesa del siglo XIX se transformó en clase hegemónica no a través de la imposición de una ideología uniforme a las otras clases, sino en tanto consiguió articular diferentes ideologías a su proyecto hegemónico mediante la eliminación del carácter antagónico de las mismas: la aristocracia no fue eliminada al modo jacobino, sino que se la redujo a un papel crecientemente subordinado y decorativo, y las demandas de la clase obrera fueron parcialmente absorbidas, lo que derivó en el reformismo y el tradeunionismo. El particularismo y la naturaleza *ad hoc* de las instituciones y la ideología dominantes en Gran Bretaña no refleja, por consiguiente, un insuficiente desarrollo burgués, sino exactamente lo contrario: el supremo poder articulante de la burguesía¹⁵. De forma similar, las ideologías de las clases dominadas consisten en proyectos articulatorios que intentan desarrollar los antagonismos potenciales constitutivos de una formación social determinada. Lo importante para nuestro tema es que la clase dominante ejerce su hegemonía de dos maneras: 1) a través de la articulación de su dis-

¹⁵ Disentimos, en este punto, con la opinión esbozada por Perry Anderson, para quien la persistencia del particularismo institucional e ideológico británico es expresión de una revolución burguesa no consumada cabalmente. Cf. Perry Anderson, «Origins of the present crisis», *New Left Review*, 23.

curso de clase de las contradicciones e interpelaciones no clasistas; 2) a través de la absorción de contenidos que forman parte del discurso político e ideológico de las clases dominadas. La presencia de reivindicaciones obreras en un discurso —la jornada de ocho horas, por ejemplo— no es suficiente para determinar la naturaleza de clase de este último. El discurso político de la burguesía pasa también por la aceptación de la jornada de ocho horas como demanda «justa» y por una legislación social avanzada. Es ésta una clara prueba de que no es en la presencia de determinados *contenidos* en un discurso, sino en el principio articulador que los unifica, donde debemos buscar el carácter de clase de una política y de la ideología.

¿Puede llegar una clase dominante, a través de la incorporación sucesiva de elementos del discurso ideológico de las clases dominadas, al punto en que sus mismos principios articuladores de clase sean cuestionados? Esto es, por ejemplo, lo que C. B. Macpherson arguye acerca de los dilemas de la teoría democrático-liberal en el siglo xx, cuando

debe continuar haciendo uso de los presupuestos del individualismo posesivo en un momento en el que la estructura de la sociedad de mercado ya no proporciona las condiciones necesarias para deducir una teoría válida del vínculo político a partir de aquellos presupuestos¹⁶.

La lucha de clases determina cambios en la capacidad ideológico-articuladora de las mismas. Cuando una clase dominante ha ido demasiado lejos en su absorción de contenidos del discurso ideológico de las clases dominadas, corre el riesgo de que una crisis disminuya su propia capacidad neutralizadora y de que las clases dominadas impongan su propio discurso articulador en el seno de los aparatos del Estado. Es el caso de la actual situación en Europa occi-

¹⁶ C. B. Macpherson, *The political theory of possessive individualism, Hobbes to Locke*, Oxford, 1972, p. 275.

dental, donde la expansión del capitalismo monopolista es cada vez más contradictoria con las instituciones democráticas liberales creadas por la burguesía en su etapa competitiva, y donde, en consecuencia, la defensa y ampliación de las libertades democráticas se liga cada vez más a un discurso socialista alternativo. Y es también, tomando un ejemplo más clásico, el caso descrito por Lenin de la transformación de las banderas democráticas en banderas socialistas en el curso de un proceso revolucionario.

3. La tercera conclusión que se sigue del análisis anterior es que, si las clases se definen como los polos antagónicos de un modo de producción y si la relación entre el nivel de la producción y las superestructuras política e ideológica debe ser concebida bajo la forma de la articulación y no de la reducción, las clases y los grupos empíricamente observables no coinciden necesariamente. Los individuos son los soportes y puntos de entrecruzamiento de una acumulación de contradicciones, no todas las cuales son de clase. De esto se deriva: a) si bien en esta acumulación de contradicciones la prioridad corresponde a las contradicciones de clase y si bien toda otra contradicción existe articulada a discursos de clase, no puede concluirse —puesto que hemos eliminado el supuesto reduccionista— que la clase que articula estas otras contradicciones sea necesariamente la clase a la que el individuo pertenece. Este es el fenómeno de la «alienación», de la «falsa conciencia», etc., términos con los que las teorías subjetivistas pretendían explicar la colonización ideológica de una clase por otra y que, puesto que asignaban a todo elemento ideológico una pertenencia clasista, sólo podían concebir como un colapso o un insuficiente desarrollo de la «conciencia de clase». Dentro del marco teórico que utilizamos, por el contrario, este tipo de fenómeno correspondería a aquellas situaciones en las que las interpelaciones y contradicciones no clasistas de las que el individuo participa están sometidas al principio articu-

latorio de una clase distinta de aquella a la que el individuo pertenece. b) Si las clases se constituyen como tales al nivel de las relaciones de producción y si el principio articulador de un discurso es siempre un principio de clase, se sigue que aquellos sectores —como las clases medias— que no participan en las relaciones de producción fundamentales de una sociedad carecerán de un principio articulador propio y la unificación de su ideología dependerá de las otras clases. Nunca podrán constituirse, en consecuencia, en clases hegemónicas. c) Si la hegemonía de una clase consiste en articular a su propio discurso las interpelaciones no clasistas, y si las clases sólo existen a los niveles político e ideológico como principios articuladores, se sigue que una clase sólo existe como tal a estos niveles en la medida en que lucha por una hegemonía ¹⁷.

Del análisis anterior se deriva que es posible afirmar la pertenencia de clase de un movimiento o una ideología y, al mismo tiempo, afirmar el carácter no clasista de algunas de las interpelaciones que constituyen a esta última. Comenzamos en este punto a intuir en dónde reside el enigma del «populismo», y a atisbar una posible vía de salida del círculo vicioso al que el análisis de las diversas teorías relativas al mismo nos había conducido. Si probáramos que el elemento estrictamente «populista» no reside en el movimiento como tal, ni en el discurso ideológico característico del mismo —que, como tales, tendrán siempre una pertenencia de clase—, sino en una contradicción no clasista específica articulada a dicho discurso, habríamos resuelto la aparente paradoja. Nuestra próxima tarea, en consecuencia, debe ser determinar si dicha contradicción existe.

Comencemos preguntándonos si hay un núcleo común de sentido presente en todos los usos que del término «populismo» se han hecho. Que el término es ambiguo es evidente, pero el problema está en determinar de qué tipo de

¹⁷ Acerca del concepto de hegemonía, véase *supra*, pp. 162-163, n. 56.

ambigüedad se trata. Aristóteles distinguía entre tres tipos de términos: llamaba *unívocos* a aquéllos que sólo admiten un sentido; *equivocos* a aquellos que admiten dos sentidos, pero sin ninguna relación entre sí más allá de la unidad verbal del nombre; finalmente, *analógicos* a aquellos que tienen sentidos muy diversos, pero en todos los cuales podemos encontrar la referencia a un elemento común que constituye, por tanto, el fundamento analógico de todos los posibles usos del término (por ejemplo, «sano», que se puede aplicar a una persona, a un paseo, a un clima, a una comida, pero que a través de sus diferentes usos mantiene una común referencia a la *salud*. La salud sería así el fundamento analógico de todos los posibles usos del término «sano»). Pues bien, la ambigüedad que advertimos en el término «populismo», ¿es equívoca o analógica? La respuesta debe ir en el segundo sentido, porque, pese a la gran diversidad en los usos del término, encontramos en todos ellos la referencia común a un fundamento analógico que es el *pueblo*. Según una teoría muy difundida, lo característico del populismo sería la apelación al pueblo por encima de las divisiones de clase. Este enfoque peca a la vez por exceso y por defecto: por defecto, por cuanto un discurso populista puede hacer referencia *a la vez* al pueblo y a las clases (presentando, por ejemplo, a una clase como realizadora histórica de los intereses del pueblo); por exceso, por cuanto, según veremos, no toda referencia al «pueblo» transforma automáticamente un discurso en «populista». Pero, en todo caso, es cierto que la referencia al «pueblo» ocupa un lugar central en el populismo. Y es aquí donde encontramos la fuente fundamental de la ambigüedad que rodea al «populismo»: *pueblo* es un concepto que carece de estatus teórico definido; pese a la frecuencia de su uso en el discurso político, su precisión conceptual no va más allá del plano puramente alusivo o metafórico. Decíamos al comienzo que «populismo» es un concepto a la vez elusivo y recurrente. Ahora entendemos

por qué es elusivo: porque todos los usos del término lo refieren a un fundamento analógico que, a su vez, carece de precisión conceptual. Quedaría por explicar la recurrencia del término. La pertinaz continuidad de su utilización quedaría aclarada si lográramos mostrar que la noción de «pueblo» está ligada a una contradicción específica que, pese a no haber sido precisada teóricamente, reviste una importancia decisiva en el análisis de toda coyuntura política.

Este es el punto, precisamente, en el que nuestro previo análisis permite arrojar cierta luz. Según hemos visto¹⁸, «pueblo» no es un mero concepto retórico, sino una determinación objetiva, uno de los dos polos en la contradicción dominante al nivel de una formación social concreta. Recordemos, al respecto, las conclusiones esenciales de nuestro análisis: 1) la contradicción pueblo/bloque de poder es un antagonismo cuya inteligibilidad no depende de las relaciones de producción, sino del conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación constitutivas de una formación social determinada; 2) si la contradicción dominante al nivel del modo de producción constituye el campo específico de la lucha de clases, la contradicción dominante al nivel de una formación social concreta constituye el campo específico de la lucha popular-democrática; 3) como, sin embargo, la lucha de clases tiene prioridad sobre la lucha popular-democrática, esta última sólo se da articulada a proyectos de clase. Pero, a su vez, como la lucha política e ideológica de las clases se verifica en un terreno constituido por interpelaciones y contradicciones que no son de clase, esa lucha sólo puede consistir en proyectos articulatorios antagónicos de las interpelaciones y contradicciones no clasistas.

Esta perspectiva abre el camino para entender un fenómeno que no ha recibido una explicación adecuada en la teoría marxista: *la relativa continuidad* de las tradiciones

¹⁸ Cf. *supra*, p. 122.

populares frente a las discontinuidades históricas que caracterizan a la estructura de clases. El discurso político-marxista —como todo discurso popular radical— abunda en referencias a «la lucha secular del pueblo frente a la opresión», a «tradiciones populares de lucha», a la clase obrera como «realizadora de tareas populares inconclusas», etcétera. Y, como sabemos, estas tradiciones están cristalizadas en símbolos, valores, etc., en los que los sujetos interpelados por las mismas encuentran un principio de identidad. Se dirá que se trata de símbolos de valor meramente emocional, y que la apelación a los mismos tiene un significado puramente retórico. Pero este tipo de explicación —aparte de no aclarar por qué la apelación emocional es eficaz— no logra resolver un claro dilema. Si aceptamos la universalidad del criterio de clase y, al mismo tiempo, hablamos de lucha *secular* del pueblo contra la opresión, la ideología en que dicha lucha secular se cristaliza sólo puede ser la de una clase distinta de la clase obrera, ya que ésta sólo surge con el industrialismo moderno. Pero, entonces, la apelación a esta tradición en el discurso socialista constituiría un craso oportunismo, ya que se trataría de empañar la pureza de la ideología proletaria con la introducción de elementos ideológicos característicos de otras clases. Si tomamos el camino inverso y aceptamos que dichas tradiciones no constituyen ideologías de clase, se nos presenta el problema de determinar la naturaleza de las mismas. La perspectiva teórica que hemos esbozado antes nos permite superar este *impasse*. Las «tradiciones populares» constituyen el conjunto de interpelaciones que expresan la contradicción pueblo/bloque de poder como distinta de una contradicción de clase. Esto permite explicar dos hechos. En primer término, en tanto las «tradiciones populares» representan la cristalización ideológica de la resistencia a la opresión en general, es decir, *a la forma misma del Estado*, tendrán una perduración mayor que las ideologías de clase y constituirán un marco estructural de re-

ferencia más estable que estas últimas. Pero, en segundo término, las tradiciones populares no constituyen discursos coherentes y organizados, sino puramente *elementos* que sólo existen articulados a discursos de clase. Esto explica por qué las políticas más divergentes apelan a los mismos símbolos ideológicos. La figura de Tupac Amaru es evocada por diversos movimientos guerrilleros y por el presente gobierno militar peruano; los símbolos del nacionalismo chino fueron evocados a la vez por Chiang Kai-shek y por Mao; los del nacionalismo alemán, por Hitler y por Thälmann. Pero, aun constituyendo meros elementos, las tradiciones populares están lejos de ser arbitrarias y no pueden ser modificadas a voluntad. Son el precipitado de una experiencia histórica única e irreductible y, en cuanto tal, constituyen una estructura de significados más sólida y perdurable que la misma estructura social. Esta doble referencia al pueblo y a las clases constituye lo que podríamos denominar la *doble articulación del discurso político*.

Tomemos un ejemplo particularmente ilustrativo: el excelente análisis que de *Las guerras campesinas en Alemania*, de Engels, han efectuado recientemente Alain Badiou y Francois Balmès. Ambos autores llegan en algunos aspectos a conclusiones similares a las mías, si bien desde una perspectiva teórica y práctica con la que estoy lejos de coincidir. Según señalan, el texto de Engels constituye una pieza privilegiada para observar los límites que encuentra un mero análisis de clase. Afirma Engels:

Los plebeyos constituían la única clase que entonces se hallaba enteramente al margen de la sociedad existente [...]. No tenían privilegios ni propiedad; no la tenían ni siquiera gravada con cargas abrumadoras, como los campesinos y pequeño-burgueses. Estaban desposeídos y sin derecho, en su vida normal ni siquiera entraban en contacto con las instituciones de un Estado que ignoraba hasta su existencia [...]. Así se explica que ya entonces la fracción plebeya no pudiera contentarse con combatir tan sólo al feudalismo y a la burguesía privilegiada de los gremios, sino que debiera ir, por lo menos en su imagi-

nación, más allá de la propia sociedad burguesa apenas naciente. Ello explica, igualmente, por qué esta fracción desposeída tuvo que renegar de ideas y conceptos que son comunes a todas las sociedades basadas en el antagonismo de clases [...]. La anticipación del comunismo en la imaginación condujo, en realidad, a una anticipación de la sociedad burguesa moderna [...]. Pero en el caso de Münzer estos brotes de comunismo expresan los anhelos de toda una fracción de la sociedad. Desde que él los formuló por primera vez con cierta claridad, los encontramos en todos los grandes movimientos populares hasta que por fin se unieron en el movimiento obrero moderno¹⁹.

Los términos del problema son claros. Encontramos en Münzer un programa comunista que perdurará como tema ideológico en todos los grandes levantamientos populares de la época mercantilista hasta fundirse con el programa del proletariado moderno. (Engels llega a afirmar que las sectas comunistas del siglo XIX, en vísperas de la revolución de marzo, no contaban con un arsenal teórico mejor equipado que el de los seguidores de Münzer.) El problema que se plantea, según señalan Badiou y Balmès, es determinar de qué práctica de clase constituye la expresión este programa. La respuesta de Engels a este respecto es vacilante. Por un lado, trata de resolver el problema dentro de un marco estrictamente clasista: un programa comunista sólo puede ser el programa del proletariado, y, en tal sentido, los plebeyos münzerianos del siglo XVI constituirían un proletariado embrionario que se expresaría ideológicamente a través de un cierto comunismo de masa. Pero, como señalan Badiou y Balmès, esta respuesta no es convincente, ya que toda la evidencia muestra que se trata de una ideología comunista que refleja y unifica una revuelta campesina. Las insurrecciones campesinas generan ideas de tipo igualitario y comunista, y fueron estas ideas las que Thomas Münzer sistematizó. En consecuencia, es preciso inclinarse hacia una segunda solución. Basándose en otros

¹⁹ F. Engels, *Las guerras campesinas en Alemania*, Buenos Aires, 1970, páginas 65-66.

pasajes del mismo texto de Engels, Badiou y Balmès sugieren lo siguiente:

las «resonancias comunistas» son una constante de los levantamientos populares parcialmente autónoma del «movimiento proletario moderno», que es su realizador histórico. Se abre aquí en la esfera ideológica una dialéctica del *pueblo* y el *proletariado* a la que el maoísmo ha dado toda su amplitud ²⁰.

Del análisis precedente derivan las siguientes conclusiones teóricas:

todas las grandes revueltas de masa de las sucesivas clases explotadas (esclavos, campesinos, proletarios) encuentran su expresión ideológica en las formulaciones igualitarias, antipropietarias y antiestatales, que constituyen los rasgos de un programa comunista [...].

A los elementos de esta toma de postura general de los productores insurrectos es a lo que llamamos *invariantes comunistas*: invariantes ideológicas de tipo comunista constantemente regeneradas por el proceso de unificación de las grandes revueltas populares de todos los tiempos.

Las invariantes comunistas no tienen un carácter de clase definido: sintetizan la aspiración universal de los explotados al derrocamiento de todo principio de explotación y opresión. *Nacen en el terreno de la contradicción entre las masas y el Estado*. Naturalmente, esta contradicción está ella misma estructurada en términos de clase, pues el Estado es siempre el Estado de una clase dominante particular. Sin embargo, existe una forma general del Estado, ligada orgánicamente a la existencia misma de las clases y de la explotación, y contra la cual, invariablemente, se sublevan las masas, portadoras como son de su disolución y del movimiento histórico que «enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: el museo de antigüedades, junto a la rueca y el hacha de bronce» ²¹.

Este análisis tiene el mérito indudable de haber aislado al «pueblo» como polo de una contradicción que no es

²⁰ A. Badiou y F. Balmès, *De l'idéologie*, París, 1976, p. 66.

²¹ *Ibid.*, p. 67.

de clase y de haber planteado dicha contradicción como la oposición entre las masas y el Estado. El inconveniente de la formulación de Badiou y Balmès, sin embargo, es que confunde la forma de resolución lógica de la contradicción que analizan —esto es, la supresión del Estado— con las formas concretas e históricas de existencia de dicha contradicción. Ninguno de los dos términos de la denominación que utilizan —«invariantes comunistas»— puede justificarse sin más. El comunismo no representa la forma normal de existencia de la ideología «igualitaria, antipropietaria y antiestatal» de las masas, sino una articulación muy particular de la misma: aquella, precisamente, que permite el desarrollo de todo el antagonismo potencial de dicha ideología. Normalmente, el antagonismo inherente a esta contradicción es neutralizado y absorbido parcialmente en el discurso de las clases dominantes. C. B. Macpherson ha estudiado, por ejemplo, la forma en que la ideología popular-democrática fue progresivamente desligada de sus elementos antagonísticos que a principios del siglo XIX la identificaban con el gobierno de «los de abajo» y con el odiado jacobinismo, hasta permitir su absorción y neutralización por parte de la ideología liberal dominante. Afirma:

Cuando llegó la democracia, en los actuales países liberal-democráticos, ya no era opuesta a la sociedad y el Estado liberales. No era, entonces, un intento por parte de las clases bajas de derribar el Estado liberal o la economía competitiva de mercado; era un intento por parte de las clases bajas de ocupar su lugar competitivo pleno y abierto dentro de aquellas instituciones y aquel sistema de sociedad. La democracia se había transformado. De una amenaza contra el Estado liberal se había convertido en una culminación del Estado liberal [...]. El Estado liberal culminó su propia lógica. Al hacerlo, ni se destruyó ni se debilitó, se fortaleció a sí mismo y a la sociedad de mercado. Liberalizó la democracia a la vez que democratizaba el liberalismo²².

²² C. B. Macpherson, *The real world of democracy*, Oxford, 1975, páginas 10-11.

Así como la ideología popular-democrática pudo ser articulada al liberalismo, puede ser también articulada al socialismo y a otras ideologías de clase. En el citado libro, Macpherson estudia algunas de estas articulaciones. La conclusión es clara: la democracia sólo existe a nivel ideológico bajo la forma de elementos de un discurso. No hay un discurso popular-democrático como tal. En tal sentido, la democracia no es espontáneamente comunista, por la simple razón de que no existe una espontaneidad democrática. La lucha popular-democrática está subordinada a la lucha de clases, y la ideología democrática sólo existe articulada como momento abstracto de un discurso de clase. Creo que aquí es necesario establecer una distinción: 1) la ideología *espontánea* de las masas será siempre, en cuanto conjunto articulado, una ideología de clase; 2) sin embargo, los elementos ideológicos democráticos conducen *potencialmente* al comunismo en tanto el desarrollo lógico de la contradicción pueblo/bloque de poder conduce a la supresión del Estado. Pero las potencialidades antagónicas de una contradicción y la forma de existencia de la misma —que es aquello en lo que la espontaneidad consiste— son aspectos muy distintos. La transformación de la potencialidad antagónica de la democracia en espontaneidad concreta de las masas depende de una condición histórica que va más allá del campo de la lucha popular-democrática: del surgimiento, como *fuerza hegemónica*, de una clase cuyos propios intereses la lleven a la supresión del Estado. En tal sentido, sólo el socialismo representa la posibilidad de pleno desarrollo y superación de la contradicción pueblo/bloque de poder.

Esto nos aclara, asimismo, por qué es erróneo denominar invariantes a las ideologías ²³. Si a lo que se hace referencia

²³ Badiou y Balmès podrían objetar que ellos no denominan invariantes a las ideologías populares como tales, sino a los elementos comunistas de las mismas. Esto, sin embargo, no afecta nuestra crítica, porque, según hemos argumentado en el texto, el comunismo no es una invarian-

es a las ideologías como todos articulados, es evidente que no son «invariantes», sino que cambian según el ritmo de la lucha de clases. Si se hace referencia, por el contrario, a los elementos popular-democráticos del discurso en cuanto tales, el proceso de transformación es más complejo, pero, en todo caso, tampoco puede hablarse de invariantes. Tomemos un ejemplo que aclarará nuestra idea. Imaginemos una formulación social semicolonial en la que una fracción dominante de terratenientes explota a comunidades campesinas indígenas. La ideología del bloque dominante es liberal y europeizante, en tanto la de los campesinos explotados es antieuropea, indigenista y comunitaria. Esta segunda ideología —la única opuesta al bloque de poder— tiene, por consiguiente, una clara raíz campesina. En dicha sociedad surge una creciente oposición urbana de clases medias y obreras, que disputan el monopolio del poder a la fracción terrateniente hegemónica. En tales circunstancias, los intelectuales orgánicos de estos nuevos grupos, que intentan dar coherencia y sistematicidad a su oposición política, apelarán crecientemente a símbolos y valores de los grupos campesinos, *porque constituyen las únicas materias primas ideológicas que, en dicha formación social, expresan un enfrentamiento radical con el bloque de poder*. Pero en la reformulación urbana de estos símbolos y valores, éstos resultan transformados: pierden su referencia a una base social concreta y pasan a transformarse en expresión ideológica del enfrentamiento pueblo/bloque de poder. A partir de allí habrán perdido toda referencia clasista y podrán, en consecuencia, articularse a los discursos ideológicos de las clases más diversas. Y, lo que es más, ningún discurso político podrá prescindir de ellos: las clases dominantes para neutralizarlos, las clases dominadas para desarrollar su potencial antagonismo, estos elementos ideológicos estarán siempre presentes en las más variadas articulaciones. (Pién-

te, sino una de las articulaciones posibles de los elementos popular-democráticos.

sese en las metamorfosis del nacionalismo mexicano, en la omnipresencia del indigenismo como símbolo ideológico en el Perú, o en reformulaciones antagónicas de los símbolos ideológicos del peronismo por sus fracciones de izquierda y de derecha.) Así se explica por qué estos elementos ideológicos, *qua* elementos, cambian con más lentitud que la estructura de clases: porque representan simples momentos abstractos de un discurso y por cuanto expresan una contradicción inherente a *toda* sociedad de clase, que no se liga en forma exclusiva a un modo de producción determinado. Pero, según hemos visto, aunque con mayor lentitud y obedeciendo a leyes distintas de las que rigen a los discursos de clase, también se transforman.

Hemos determinado, pues, el estatus teórico del concepto de «pueblo» y la contradicción específica de la que éste constituye uno de los polos. Con esto, sin embargo, no hemos definido aún la especificidad del populismo. ¿Podríamos considerar como populista a aquel tipo de discurso en el que predominan las interpelaciones popular-democráticas? Evidentemente, no. Numerosos discursos ideológicos hacen referencia al pueblo, sin que pensáramos por eso en calificarlos de «populistas». Si, por consiguiente, no es la mera *presencia* de interpelaciones popular-democráticas en un discurso lo que transforma a éste en populista, y si, sin embargo, sabemos que el populismo está directamente ligado a la presencia del «pueblo» en ese discurso, debemos concluir que lo que transforma a un discurso ideológico en populista es *una peculiar forma de articulación* de las interpelaciones popular-democráticas al mismo. *Nuestra tesis es que el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante.* Veamos esto en detalle. Según vimos antes, la ideología de las clases dominantes consiste no sólo en interpelar a los sujetos dominantes, sino también a las clases dominadas, a los efectos de neutralizar el potencial antagonismo de las

mismas. Y, según también dijimos, el método fundamental de este proceso de neutralización consiste en transformar todo antagonismo en diferencia. Articular las ideologías popular-democráticas al discurso dominante consiste en absorber todo lo que en ellas es simple particularidad diferencial y reprimir aquellos elementos que tiendan a transformar la particularidad en símbolo del antagonismo. (El clientelismo en los distritos rurales, por ejemplo, exaltará todo lo que sea folklorismo en la ideología de las masas, a la vez que, al presentar al caudillo como intermediario entre las masas y el Estado, tenderá a reprimir el elemento antagónico.) En este sentido es en el que la presencia de elementos populares en un discurso no es suficiente para transformar a éste en populista. El populismo comienza en el punto en que los elementos popular-democráticos se presentan como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante. Nótese que esto no significa que el populismo sea *siempre* revolucionario. Basta con que una clase o fracción de clase requiera para asegurar su hegemonía una transformación sustancial del bloque de poder para que una experiencia populista sea posible. Podemos señalar en este sentido un populismo de las clases dominantes y un populismo de las clases dominadas:

a) Cuando el bloque dominante experimenta una crisis profunda a causa de que una nueva fracción que intenta imponer su hegemonía no consigue hacerlo dentro de la estructura existente de dicho bloque de poder, una de las soluciones puede ser un llamamiento directo por parte de aquélla a las masas para desarrollar su antagonismo frente al Estado. Según lo he señalado en otro lugar²⁴, tal fue el caso del nazismo. El capital monopólico no podía imponer su hegemonía dentro del sistema institucional existente —como lo había hecho en Inglaterra o en Francia— y tampoco podía apoyarse en el ejército, que constituía un en-

²⁴ Cf. *supra*, pp. 135-136.

clave bajo la influencia feudal de los *Junkers*. La única solución era un movimiento de masas que desarrollara el potencial antagonismo de las interpelaciones populares, pero articuladas en forma tal que se impidiera su canalización en una dirección revolucionaria. El nazismo constituyó, en consecuencia, una experiencia populista, y como todo populismo de las clases dominantes, debió apelar a un conjunto de distorsiones ideológicas —el racismo, por ejemplo— para evitar que el potencial revolucionario de las interpelaciones populares se reorientara hacia sus verdaderos objetivos. El populismo de las clases dominantes es siempre altamente represivo porque intenta una experiencia más peligrosa que un régimen parlamentario corriente: mientras que el segundo *neutraliza* simplemente el potencial revolucionario de las interpelaciones populares, el primero trata de *desarrollar* dicho antagonismo, pero de mantenerlo dentro de ciertos límites.

b) Para los sectores dominados, la lucha ideológica consiste en expandir el antagonismo implícito en las interpelaciones democráticas y en articularlo al propio discurso de clase. La lucha de la clase obrera por su hegemonía consiste en lograr el máximo posible de fusión entre ideología popular-democrática e ideología socialista. En este sentido, un populismo socialista no es la forma más atrasada de ideología obrera, sino su forma más avanzada: el momento en que la clase obrera ha logrado condensar en su ideología el conjunto de la ideología democrática en una formación social determinada. De ahí el carácter inequívocamente «populista» que adoptan los movimientos socialistas victoriosos: piénsese en Mao, piénsese en Tito y piénsese, incluso, en que el Partido Comunista Italiano —el que más se ha acercado en Europa occidental a una posición hegemónica— ha sido numerosas veces calificado de populista.

Se ve, así, por qué es posible calificar de populistas a la vez a Hitler, a Mao o a Perón. No porque las bases sociales de sus movimientos fueran similares; no porque sus

ideologías expresaran los mismos intereses de clase, sino porque en los discursos ideológicos de todos ellos las interpelaciones populares aparecen presentadas bajo la forma del antagonismo y no sólo de la diferencia. Su oposición a la ideología dominante puede ser más o menos radical y, en consecuencia, el antagonismo estará articulado a los discursos de clase más divergentes, pero, en todo caso, siempre está presente, y esta presencia es la que intuitivamente se percibe como constitutiva del elemento específicamente *poulista* en la ideología de los tres movimientos.

Recordemos, para terminar, lo que en nuestro estudio sobre el fascismo hemos dicho acerca del *jacobinismo*. Después de indicar la forma en que las interpelaciones populares se articulan en los discursos de tipo clientelístico y en aquellos propios de los partidos populares, señalamos que, en el *jacobinismo*, las interpelaciones popular-democráticas adquieren el máximo de autonomía compatible con una sociedad de clase. Dijimos, también, que éste es un momento puramente transitorio que, tarde o temprano, se disuelve con la reabsorción de las interpelaciones populares por los discursos ideológicos de clase. Lo importante es que esta reabsorción puede efectuarse de dos maneras: o bien los elementos popular-democráticos se mantienen al nivel de *meros elementos* en tanto se acepta crecientemente el marco ideológico vigente, o bien se produce una cristalización de la inflexión jacobina: organización de las interpelaciones popular-democráticas en una totalidad sintética que, unida a otras interpelaciones que adaptan el *jacobinismo* a los intereses de las clases que a través de él se expresan, se presenta como alternativa antagónica a la ideología vigente. La primera solución significa una reconversión del estadio del *jacobinismo* al estadio de los *partidos populares*. La segunda solución es el populismo. Queda claro, pues: 1) que lo *populista* en una ideología es la presencia de las interpelaciones popular-democráticas en su antagonismo específico; 2) que el conjunto ideológico del que el

populismo es sólo un momento consiste en la articulación de ese momento antagónico a discursos de clase divergentes. No puede afirmarse, en consecuencia, que las ideologías populistas concretas sean supraclastas, pero tampoco puede vincularse el momento estrictamente populista del discurso a una clase social determinada.

Si los desarrollos anteriores son correctos, el populismo surge históricamente ligado a una crisis del discurso ideológico dominante, que es, a su vez, parte de una crisis social más general. Esta crisis puede ser o bien el resultado de una fractura en el bloque de poder, en el que una clase o fracción de clase necesita, para afirmar su hegemonía, apelar al «pueblo» contra la ideología vigente en su conjunto, o bien de una crisis en la capacidad del sistema para neutralizar a los sectores dominados; es decir, una crisis del transformismo. Desde luego, una crisis histórica importante combina los dos ingredientes. Lo que queda claro es que las «causas» del populismo tienen poco que ver con un determinado *estadio del desarrollo*, tal como las tesis funcionalistas suponen. Es cierto que el largo proceso de expansión de las fuerzas productivas que caracterizó en Europa el estadio del capitalismo monopolista aumentó la capacidad del sistema de absorber y neutralizar sus contradicciones. Pero es cierto también que cada vez que el sistema capitalista experimentó en Europa occidental una crisis grave, florecieron diversas formas de populismo. Piénsese que la crisis de la primera posguerra provocó el triunfo del fascismo, que la crisis económica mundial condujo al ascenso del nazismo y que hoy la recesión mundial se acompaña de la aparición de diversos fenómenos —como el florecimiento de los regionalismos— que tienden a expresarse en ideologías que hacen del populismo un momento central.

III

Tomemos, como ejemplo de articulación populista de las interpelaciones democráticas, un caso particularmente ilustrativo por las múltiples metamorfosis que experimentó: el peronismo. Ninguna otra ideología populista latinoamericana se constituyó a partir de la articulación de interpelaciones más dispares; ninguna otra tuvo tanto éxito en el esfuerzo por transformarse en denominador común del lenguaje popular-democrático de las masas; ninguna otra, finalmente, fue articulada a tan diversos discursos de clase.

El peronismo ha sido considerado —junto con el varguismo— uno de los ejemplos típicos de movimiento populista latinoamericano. Del desarrollo anterior podemos deducir que esta expresión —«movimientos populistas»— encierra un equívoco que es preciso aclarar. Es ciertamente inexacta si con ella se quiere caracterizar la naturaleza de dichos movimientos, pero es correcta si con ella se alude a la presencia del «populismo» como momento en la estructura ideológica de los mismos. Una ideología no es «populista» en el mismo sentido en que es «conservadora», «liberal» o «socialista», por la simple razón de que, mientras estos tres términos aluden a los principios articulatorios de las respectivas ideologías consideradas en su conjunto, «populismo» alude a un tipo de contradicción que sólo existe como momento abstracto de un discurso ideológico. Por tanto, la pregunta acerca de las razones de la proliferación de movimientos populistas en América Latina con posterioridad a 1930, podría reformularse, con mayor exactitud, en los siguientes términos: ¿por qué a partir de 1930 en América Latina los discursos ideológicos de movimientos políticos de orientación y base social muy distintas debieron recurrir crecientemente al populismo, es decir, a desarrollar el antagonismo potencial de las interpelaciones popular-democráticas?

Una opinión bastante generalizada tiende a ligar «populismo» e industrialización sustitutiva de importaciones. Francisco Weffort y Octavio Ianni²⁵ han producido, desde esta perspectiva, los mejores estudios sobre el populismo latinoamericano. De lo que llevamos dicho se desprende que no podemos compartir este criterio: el «populismo» no es la superestructura *necesaria* de ningún proceso social o económico. Fenómenos populistas pueden presentarse en los más variados contextos en la medida en que se satisfagan ciertas condiciones. Si, por consiguiente, se intenta explicar por qué movimientos con ideologías populistas florecieron en América Latina entre 1930 y 1960, dicha explicación debe consistir en mostrar cómo las condiciones necesarias para la emergencia de fenómenos populistas se reunieron en este período y fueron, por el contrario, mucho menos frecuentes antes y después del mismo. Ya hemos establecido cuáles son estas condiciones: una crisis particularmente grave en el bloque de poder que lleva a una fracción del mismo a intentar establecer su hegemonía a través de la movilización de las masas, y una crisis del transformismo.

Para comprender la especificidad de la ruptura populista de la que el peronismo emergió, es necesario entender la naturaleza del sistema ideológico dominante anterior y sus principios característicos. Dos hechos debemos recordar a este respecto: *a*) que el principio de unidad de un discurso ideológico no está dado por el desarrollo de las implicaciones lógicas de una interpelación determinada, sino por el poder de condensación de ésta en un campo connotativo específico; *b*) que la hegemonía de una clase consiste no sólo en la capacidad de imponer su «concepción del mundo» a las otras clases, sino también y muy

²⁵ Cf., especialmente, F. Weffort, «Clases sociales y desarrollo social (Contribución al estudio del populismo)», en A. Quijano y F. Weffort, *Populismo, marginalidad y dependencia*, Costa Rica, 1973; O. Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*, México, 1975.

especialmente en la capacidad de articular diferentes «concepciones del mundo» en forma tal que se neutralice el potencial antagonismo de las mismas.

En la Argentina anterior a la crisis de 1930 la clase hegemónica dentro del bloque de poder era la oligarquía terrateniente, y el principio articulador fundamental de su discurso ideológico era el liberalismo. Las razones de este último hecho se encuentran en una doble circunstancia que fue común a toda América Latina entre mediados del siglo XIX y 1930: si, por un lado, la plena incorporación de las economías latinoamericanas al mercado mundial requería la constitución de Estados nacionales que crearan las condiciones de estabilidad política y continuidad institucional necesarias para que la actividad económica pudiera desenvolverse, por otro lado, el poder político permanecía en manos de oligarquías terratenientes locales. Ahora bien, si en Europa estas dos circunstancias fueron contradictorias —ya que el Estado liberal surgió, en buena medida, en lucha contra el particularismo feudal—, en América Latina fueron complementarias, ya que eran las mismas oligarquías terratenientes las que buscaban maximizar su producción para el mercado mundial y las que, en consecuencia, buscaban organizar un Estado central. Los sistemas políticos latinoamericanos que emergieron trataron de dar expresión a esta doble situación: se formaron así Estados centralizados en los que, sin embargo, predominaba la representación de los intereses oligárquicos locales. La fórmula que más se adaptaba a esta situación era un Estado liberal parlamentario con fuerte predominio del legislativo sobre el ejecutivo. El grado de descentralización del poder varió grandemente en los distintos países latinoamericanos: en algunos casos el ejecutivo se redujo a un mero poder arbitral —piénsese en la *república velha* en Brasil o en la reorganización constitucional de Chile posterior a la revolución de 1891—; en otros casos, como Argentina, donde el conjunto del poder y de la riqueza se concentraba en una

zona relativamente reducida de territorio, esta descentralización fue menor y el ejecutivo gozó de mayor autonomía. Pero, de cualquier forma, en todos los casos el Estado central fue concebido como una federación de oligarquías locales. Poder parlamentario y hegemonía terrateniente se transformaron en sinónimos en América Latina.

El mismo proceso histórico de implantación y afianzamiento del Estado oligárquico en la Argentina explica el campo connotativo específico al que la ideología liberal estuvo articulada. *En primer término*, el liberalismo, en sus comienzos, tuvo escasa capacidad de absorber la ideología democrática de las masas e integrarla a su discurso. Democracia y liberalismo estuvieron enfrentados. La penetración imperialista y la incorporación del país al mercado mundial en la segunda mitad del siglo XIX requirieron la disolución de formas anteriores de organización social y de relaciones precapitalistas de producción. Esto implicó una política violenta y represiva hacia las clases dominadas. Las luchas entre el interior y Buenos Aires, la rebelión montonera en la década del sesenta, el levantamiento de López Jordán a comienzos de la década del setenta, fueron episodios de esta lucha a través de la cual el Estado liberal logró imponerse. *En segundo término*, el liberalismo estuvo durante este período connotativamente articulado al desarrollo económico y al progreso material como valores ideológicos positivos. (Nótese que ésta no es una articulación necesaria: después de 1930, liberalismo e ideología del desarrollo económico perderán definitivamente su capacidad de implicación mutua.) *En tercer término*, la ideología liberal estuvo articulada al «europeísmo», es decir, a una defensa de las formas de vida y los valores ideológicos europeos como representativos de la «civilización». Frente a ello hubo un rechazo radical de las tradiciones populares nacionales, que fueron consideradas sinónimos de atraso, oscurantismo y estancamiento. *En cuarto término*, el liberalismo argentino fue una ideología consecuentemente antipersonalista.

La emergencia de líderes políticos nacionales que establecieran contacto directo con las masas, prescindiendo de las maquinarias políticas locales de base clientelística, fue siempre mirada con desconfianza por el poder oligárquico.

Estos cuatro elementos ideológicos, de los que el liberalismo constituía el principio articulador, forman el sistema de coordenadas que definen el campo ideológico de la hegemonía oligárquica. El positivismo fue la influencia filosófica que sistematizó en un todo homogéneo estos distintos elementos. Las ideologías populares —es decir, aquel conjunto de interpelaciones constitutivas de los sujetos populares en su oposición al bloque de poder— presentan los rasgos opuestos. Es natural, por tanto, que la resistencia popular se expresara en contenidos ideológicos antiliberales; que fuera nacionalista y antieuropeísta; que defendiera a las tradiciones populares frente a las consecuencias corrosivas que para las mismas acarrea la expansión capitalista; que fuera consecuentemente *personalista* y se expresara a través del apoyo a líderes populares que representaran una política anti *statu quo*. ¿Cómo se elaboraron los símbolos ideológicos de esta resistencia popular? Según decíamos antes, la práctica ideológica procede siempre sobre la base de materias primas constituidas por interpelaciones anteriores, las cuales, al ser desarticuladas de los discursos de clase a los que pertenecían, pierden toda necesaria pertenencia clasista. En los países andinos la resistencia popular se expresó crecientemente a través de símbolos indigenistas que representaban originariamente la resistencia de las comunidades campesinas a su disolución, pero que, al ser reinterpretadas en los sectores urbanos, perdieron toda necesaria connotación rural y pasaron a ser símbolos de la resistencia popular en general. En Argentina, por el contrario, donde no existen tradiciones campesinas y donde la estructura social ha sido radicalmente modificada como resultado de la inmigración masiva, la resistencia popular antiliberal se alimentó de las tradicio-

nes montoneras del siglo XIX, de los símbolos ideológicos del federalismo opuesto al unitarismo europeizante de Buenos Aires ²⁶.

El problema que se nos plantea es el siguiente: ¿en qué medida el bloque oligárquico dominante consiguió, en este período, neutralizar sus contradicciones con el «pueblo» y articular las interpelaciones popular-democráticas al discurso liberal? Este es exactamente el problema discutido por Macpherson, al que antes aludíamos: ¿en qué medida se liberalizó la democracia y se democratizó el liberalismo? ¿En qué medida el discurso ideológico de las clases dominadas fue neutralizado y su protesta mantenida en el estadio de los *partidos populares*, y en qué medida, por el contrario, se jacobinizó y condujo al populismo?

La respuesta a esta pregunta no ofrece dudas: la oligarquía terrateniente tuvo pleno éxito en la neutralización de las interpelaciones democráticas, y la resistencia popular en ningún caso llegó a la radicalización populista. La razón estriba en el éxito de la incorporación de la Argentina al mercado mundial y en la alta capacidad redistributiva que obtuvo la oligarquía terrateniente durante el ciclo expansivo de la renta diferencial. Me he referido a los aspectos económicos de este proceso en otro lugar ²⁷. Lo que es importante para el tema que tratamos es que dos consecuencias fundamentales se siguieron del mismo: 1) el bloque de poder tenía un alto grado de cohesión, ya que ningún sector del mismo se oponía a la orientación agropecuaria del país

²⁶ Esto no significa que, frente al programa de expansión capitalista fundado en la penetración del capital imperialista y la plena incorporación de Argentina al mercado mundial, los grupos federales del interior opusieran un programa de desarrollo económico alternativo, fundado en la soberanía industrial. Esta imagen abusiva y sin fundamentos ha sido el resultado de una lectura de la historia argentina efectuada por los escritores nacionalistas posteriores a 1930, que proyectaron así en el siglo XIX el campo connotativo al que el antiliberalismo estaba ligado en su propia época.

²⁷ «Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno», *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1969, 2.

ni, tampoco, estaba en condiciones de disputar la hegemonía oligárquica; 2) la capacidad redistributiva de la oligarquía le permitió asociar a su ciclo expansivo a las nacientes clases medias y obreras y cooptar al bloque de poder a sus direcciones políticas respectivas. Es decir, no se dieron ni la crisis al nivel del bloque de poder ni el colapso del transformismo que, según hemos visto, son las precondiciones para la emergencia del populismo.

Lo importante es, sin embargo, describir las formas ideológicas a través de las cuales la hegemonía oligárquica se impuso. Según dijimos, esta hegemonía se impuso a través de dos formas: la absorción de las interpelaciones populares en su discurso y una peculiar forma de articulación de las ideologías que formalmente se le oponían, que condujo a su neutralización. Consideremos, a este respecto, cuatro conjuntos ideológicos: *a)* la ideología oligárquica como tal; *b)* la ideología del partido radical; *c)* las ideologías oligárquicas no liberales; *d)* las ideologías obreras.

a) La ideología oligárquica como tal. En la medida en que el liberalismo, como ideología oligárquica, va afirmando su hegemonía, acrecienta la capacidad para absorber en su discurso interpelaciones popular-democráticas que en un primer momento habían estado totalmente excluidas del mismo. La expresión ideológica más acabada del liberalismo en su sentido puro, es decir, en tanto presenta tan sólo las cuatro coordenadas definidas anteriormente y no ha incluido en su discurso ninguna de las interpelaciones popular-democráticas de las masas, es el *mitrismo*. Este es el discurso político de la oligarquía de Buenos Aires en una etapa en que su hegemonía ideológica sobre el resto del país es mínima y debe afirmarse en el poder sobre la base de la represión pura y simple. (Es la etapa de la guerra del Paraguay, de los enfrentamientos con Urquiza y el federalismo de Entre Ríos, de las últimas rebeliones montoneras del interior.) Más tarde, pacificado el país e iniciada su transformación económica, el liberalismo afirma su hege-

monía a través de la ampliación constante de las bases sociales del bloque de poder y de una absorción y neutralización crecientes de la ideología popular-democrática de las masas. El primer paso de esta ampliación se llevó a cabo a través de la cooptación de las oligarquías del interior al bloque de poder. Este proceso culmina en 1880 con el ascenso de Roca a la presidencia de la república. Es significativo que Roca, en su enfrentamiento parcial con el mitrismo de Buenos Aires, haya necesitado incorporar a su discurso elementos de la tradición ideológica federal para diferenciarse. «Tengo mis ribetes de federalismo», afirmaba. Esta es una constante que se mantendrá a lo largo de toda la historia de la Argentina liberal: cada vez que se amplían las bases sociales del sistema, los nuevos sectores cooptados al bloque de poder afirmarán su carácter relativamente más «democrático» a través de símbolos ideológicos procedentes de la tradición popular federal²⁸. El liberalismo, precisamente por ser crecientemente hegemónico, puede presentarse como alternativa articuladora de interpelaciones populares que originariamente había debido excluir. Finalmente, la instalación de máquinas electorales de base clientelística consagra definitivamente el método de incorporación de las masas al sistema: las tradiciones populares son aceptadas como una subcultura específica de las clases dominadas, como un *sermo humilis* desconectado del lenguaje del poder. El vínculo entre ambos está dado por el caudillo local, que, al presentarse como intermediario entre las masas y el Estado, establece la unidad y al mismo tiempo el infranqueable foso entre ambos.

²⁸ Esto no significa que Roca no fuera un perfecto liberal, tanto o más que Mitre. La única diferencia es que Roca representa un momento más avanzado del liberalismo, aquel en que éste, en razón de su creciente hegemonía, puede comenzar a absorber parcialmente elementos de la tradición federal e integrarlos en su discurso. Pero, desde luego, sería un perfecto error suponer que por eso Roca encarnaba una política económica más nacionalista o algún tipo mayor de resistencia a la penetración imperialista.

b) *La ideología del Partido Radical.* Ya la experiencia del roquismo nos había enfrentado con esta aparente paradoja: el liberalismo es más hegemónico en la medida en que el discurso ideológico del que constituye el principio articulante es menos *exclusivamente* liberal. La razón, según sabemos, es que la hegemonía no consiste en imponer una ideología uniforme, sino en articular elementos ideológicos disímiles²⁹. Esto resulta aún más claro en el caso de Irigoyen y del Partido Radical, en quienes se da una perfecta síntesis entre liberalismo y democracia. Con su cooptación al bloque de poder —el punto más avanzado al que llegó el transformismo oligárquico— las interpelaciones popular-democráticas dejan de constituir una subcultura mediatizada por las maquinarias clientelísticas y se incorporan a la gran política. El *sermo humilis* se apodera del lenguaje del poder. Es precisamente esta violación a la regla de la separación de estilos lo que el liberalismo oligárquico vivió como un ultraje; de ahí las numerosas invectivas contra Irigoyen, que van desde despectivas referencias al «compadrito de Balvanera» y al «mazorquero» hasta la acusación de «fascista». ¿Estamos, en consecuencia, frente a una experiencia populista? Me parece evidente que no. El rasgo más notable del discurso político de Irigoyen, como, por otra parte, de otros reformadores de clase media en América Latina durante este período —Batlle y Ordóñez en Uruguay, Alessandri en Chile, Madero en México, Ruy Barbosa en Brasil, Alfonso López en Colombia—, es, sin duda, la creciente presencia de elementos popular-democráticos en el mismo; pero estos elementos permanecen, sin embargo, en un mero nivel emocional o retórico, y no se articulan como totalidad coherente opuesta a la ideología liberal. Y, según hemos visto, es sólo este último tipo de articulación el que da carácter populista a la presencia de las interpelaciones democráticas en el discurso. Los reformadores de

²⁹ Cf. *supra*, p. 188.

clase media de este período, por el contrario, en el momento de las propuestas sintéticas globales, no van nunca más allá de reivindicaciones institucionales que aceptan el marco liberal del régimen: «mi programa es la Constitución Nacional» (Irigoyen); «sufragio efectivo y no reelección» (Madero). Este tipo de articulación discursiva de la ideología democrática es característico del estadio de los *partidos populares*, y no llega en ningún caso a la jacobinización populista³⁰.

c) *Las ideologías oligárquicas no liberales*. Lo que existió durante este período como esfuerzo sistemático por crear una ideología antiliberal coherente estaba en las antípodas del populismo: se trata del nacionalismo de derecha, que subrayaba en la tradición liberal lo que ésta tenía de autoritaria, elitista, clerical y antipopular. Esta línea ideológica expresaba, desde el ángulo opuesto, el alto grado de fusión a que habían llegado en Argentina liberalismo y democracia: porque despreciaba a la democracia y a la «chusma radical» y veía en ella una resultante ineludible del liberalismo, defendía un Estado autoritario que encontraba en Maurras su fuente de inspiración. Más tarde, en vísperas de la revolución de 1930, un nuevo elemento se incorporará a esta tradición: el *militarismo*, ya que el ejército debía

³⁰ En aquellos casos, por el contrario, en que la cooptación de las clases medias al bloque de poder resultó más difícil, en que el transformismo no funcionó adecuadamente, asistimos a una jacobinización de las interpelaciones democráticas y a la emergencia, incluso en este período, del populismo. Tal fue el caso de Chile, donde el fracaso de las tentativas de Alessandri, durante los años veinte, de llevar a cabo su programa de reformas democráticas dentro del marco del Estado liberal condujo a la dictadura popular del general Ibáñez, que lo llevó a cabo dentro de un marco ideológico claramente nacionalista y populista. Tal fue el caso del Perú, donde la incapacidad del liberalismo oligárquico para incorporar y neutralizar las demandas de las clases medias condujo a la creciente fusión de éstas con una ideología indigenista en el APRA. Tal fue, finalmente, el caso de México, donde la contradicción entre las comunidades campesinas y la expansión del capitalismo agrario impidió mantener la revolución contra el porfiriato en un mero nivel de reformas internas al Estado liberal y condujo, por el contrario, al colapso del régimen de Madero y al largo proceso de la revolución mexicana.

transformarse, para el nacionalismo de derecha, en el agente histórico de la revolución antiliberal. ¿Dónde encontraba esta ideología oligárquica antiliberal sus materias primas? Evidentemente, en las mismas tradiciones federales de las que brotaban las ideologías popular-democráticas. Pero, mientras que éstas representaban una transformación de dichas tradiciones que las reducía a un conjunto de símbolos y elementos ideológicos expresivos de la resistencia de las masas frente al Estado, el antiliberalismo oligárquico efectuaba una transformación de signo inverso: reducía dichas tradiciones a aquellas formas ideológicas que las articulaban al discurso de las clases dominantes anteriores a la expansión del Estado liberal, clericalismo, hispanismo, continuidad de los valores coloniales, autoritarismo, etc.

d) *Las ideologías obreras.* El rasgo más notable en la estructura ideológica de estos sectores es que no existió el menor esfuerzo por parte de los mismos por articular las interpelaciones popular-democráticas a su discurso político. Tres razones se unen para explicar este fenómeno: 1) Debido al carácter eminentemente agrario de la Argentina, la clase obrera se redujo a pequeños enclaves en las grandes ciudades del litoral. Vivió, en consecuencia, durante este período, una existencia marginal a los enfrentamientos más amplios en los que el «pueblo» como tal se constituye. 2) La clase obrera de este período estaba constituida, en su abrumadora mayoría, por inmigrantes europeos. Y esto tenía dos consecuencias: primero, que la fusión entre su ideología de clase y la ideología popular-democrática del país al que arribaban sólo podía ser un proceso lento; segundo, que aquellos aspectos de su nuevo país que más comprensibles les resultaban en términos de su experiencia europea eran, precisamente, el Estado liberal y sus instituciones. De ahí que tendieran a interpretar todo elemento refractario a su comprensión en términos de paradigmas europeos como el resabio de un estadio cultural más primitivo que el progreso material, la expansión del Estado libe-

ral y la progresiva europeización del país acabarían por borrar. La condensación de estos tres elementos —europeísmo, liberalismo y progreso material— en un discurso ideológico unificado reproducía, por tanto, el tipo de articulación que, según vemos, era característico del liberalismo oligárquico. 3) A esto es necesario agregar la forma específica en que el elemento estrictamente populista se integraba dentro de esta ideología. Como sabemos, el rasgo ideológico más característico de la ideología socialista de fines del siglo XIX y principios del siglo XX era el reduccionismo clasista, que llevaba a la clase obrera a encerrarse en una pura ideología de clase y a ver en toda interpelación popular la ideología de una clase enemiga. Esto, desde luego, conducía a impedir toda forma de populismo socialista. *Lo importante es que este reduccionismo clasista, al ser aplicado por la clase obrera inmigratoria a la sociedad argentina, llevaba a identificar la ideología democrática difusa de las masas con resabios ideológicos precapitalistas que la europeización progresiva de las sociedades latinoamericanas acabaría por eliminar.* De ahí la íntima y creciente unidad entre ideología liberal hegemónica e ideología socialista. El Partido Socialista razonaba en los siguientes términos: el pleno desarrollo de una sociedad capitalista es la precondition para el pleno desarrollo de la clase obrera; por consiguiente, la expansión del Estado liberal —que era considerado como la superestructura política necesaria del capitalismo— era un proceso progresivo y que, como tal, debía ser apoyado. A su vez, se consideraba que el proceso inmigratorio arrojaba sobre las playas argentinas un número cada vez mayor de inmigrantes que, finalmente, acabarían por ahogar los resabios ideológicos de la Argentina federal y montonera. De este modo, la ideología socialista aceptaba el conjunto articulativo característico del discurso liberal, al que sólo añadía un elemento: el reduccionismo obrero. Este último elemento no alteraba, sin embargo, significativamente el cuadro, ya que la clase obrera era

considerada como la fuerza social que llevaría a su consumación democrática la sociedad liberal. El Partido Comunista, por su parte, efectuaría una lectura igualmente liberal de la política argentina, si bien con una terminología distinta: durante el período de los frentes populares mediría la progresividad de las distintas fuerzas políticas burguesas por su grado de adhesión a la ideología liberal, y denunciaría, por el contrario, como fascista, cualquier intento por incorporar al discurso político elementos de la tradición popular nacionalista. Si comparamos al socialismo y al comunismo argentino debemos concluir, en consecuencia, que la alternativa reforma/revolución no medía el grado de progresividad de una ideología, por cuanto todas las variantes de dicha alternativa tenían lugar en el interior de un discurso ideológico que aceptaba todas las articulaciones constitutivas del liberalismo oligárquico.

El análisis de estos cuatro conjuntos ideológicos —que, desde luego, no son los únicos— nos permite entender el sistema de alternativas ideológicas de la Argentina preperonista. Unidad creciente entre liberalismo y democracia en el discurso dominante; una ideología autoritaria marginal, *a la vez* antidemocrática y antiliberal; reduccionismo clasista en las ideologías obreras: los tres hechos *tomados en su conjunto* expresan la hegemonía oligárquica.

La década de los treinta asiste a cambios importantes en esta cristalización ideológica, que preanuncian la declinación de la hegemonía oligárquica y el surgimiento de contradicciones nuevas en el bloque de poder. Crisis profunda en el bloque de poder, en primer término: la depresión mundial conducirá a un proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que creará nuevos antagonismos entre los nacientes sectores industriales y la oligarquía terrateniente. Crisis del transformismo, en segundo término. Como resultado de la depresión económica, la oligarquía no puede tolerar más las generosas políticas redistributivas características de los gobiernos radicales y debe cerrar a las clases

medias el acceso al poder político. Establece para ello un sistema parlamentario basado en el fraude electoral. Las demandas democráticas de las masas y los símbolos ideológicos que las representan son cada vez menos absorbidos por el régimen liberal, hasta el punto en que la escisión entre liberalismo y democracia llega a ser completa. Esto se refleja en una división creciente en el seno del partido radical: la dirección oficial del partido, en manos de Alvear, sueña con un imposible retorno a la unidad entre liberalismo y democracia, y para ello negocia con el régimen liberal fraudulento y acepta posiciones subordinadas dentro del mismo hasta el punto de que, al final de este período, el radicalismo oficial es, para todos los efectos prácticos, indiscernible de la coalición conservadora en el poder. Pero, por el otro lado, una corriente minoritaria nacionalista intenta desarrollar, dentro del radicalismo, todo el antagonismo implícito en las interpelaciones populares, acentuar la incompatibilidad entre liberalismo y democracia y enjuiciar al régimen liberal como un todo: el imperialismo inglés es denunciado por primera vez como hecho estructural dominante de la historia argentina; el liberalismo es concebido como la superestructura política necesaria al proceso de sometimiento del país a la oligarquía agraria y a los intereses extranjeros; se sientan las bases de un revisionismo popular y antiliberal de la historia argentina. La década de los cuarenta enfrentará así al radicalismo con la desarticulación de su tradicional discurso político: tendrá que optar entre liberalismo y democracia. La perfecta síntesis entre ambos que había caracterizado al irigoyenismo se ha disuelto.

También el nacionalismo de derecha experimenta importantes cambios. La implantación de un régimen liberal oligárquico, que había enterrado sus sueños corporativistas, lleva crecientemente al nacionalismo de derecha a pensar en una solución autoritaria militar alternativa; el carácter corrupto del régimen conservador y su enfeudamien-

to a Gran Bretaña lo llevarán a denunciar al imperialismo, y la necesidad de romper vínculos con éste y de transformar a la Argentina en una potencia independiente conducirá a algunos sectores nacionalistas a postular una reorientación industrialista de la economía. Estos dos nuevos componentes del discurso nacionalista autoritario —antiimperialismo e industrialismo— implicarán un enfrentamiento creciente con el liberalismo oligárquico. También al nacionalismo de derecha la década de los cuarenta le enfrentará con una clara alternativa: o bien acentuar el carácter antiimperialista e industrialista de su programa, lo cual —dada la creciente oposición a este programa por parte de la oligarquía— sólo podía conducir a buscar apoyo en un movimiento de masas y a renunciar, en consecuencia, a los elementos elitistas y antipopulares de su ideología, o bien mantener estos elementos, pero al costo de diluir el radicalismo del programa antioligárquico.

Finalmente, también las ideologías obreras experimentan durante esta etapa un proceso de crisis. Las migraciones internas han incorporado a la actividad industrial un nuevo proletariado procedente del interior del país, cuya ideología no se funda en el reduccionismo clasista propio de la vieja clase obrera de origen europeo, sino en un tipo particular de discurso en el que las interpelaciones popular-democráticas ocupan un lugar central. Además, el proceso de industrialización estaba transformando el papel del proletariado en el proceso político, que de ser un sector relativamente marginal —como había sido el caso en la Argentina agropecuaria— pasaba a constituirse en el sector social más concentrado y en la columna vertebral de todas aquellas fuerzas interesadas en la expansión del mercado interno y opuestas a la continuidad del liberalismo oligárquico.

Vemos, pues, de qué modo la declinación de la hegemonía oligárquica se reflejaba en una crisis del discurso político dominante. Esta consistía, como toda crisis ideológica, en una progresiva desarticulación de los elementos consti-

tutivos de dicho discurso. Liberalismo y democracia dejan de estar articulados: las interpelaciones democráticas son cada vez menos integrables en la ideología liberal. Para el nacionalismo autoritario resulta cada vez menos obvia la posibilidad de ser a la vez antidemocrático y antiliberal; especialmente a partir del momento en que ha incorporado a su discurso los componentes antiimperialista e industrialista surge una posibilidad anteriormente inexistente: un autoritarismo democrático. Finalmente, reduccionismo clasista e ideología obrera dejan de estar en correlación necesaria y surge la posibilidad de un populismo obrero. Esta desarticulación significa, entre otras cosas, que la capacidad del bloque de poder de neutralizar sus contradicciones con el pueblo ha disminuido; en el roto y turbio espejo de las formas ideológicas liberales, nuevas e inesperadas combinaciones han pasado a ser posibles. Esta es la brecha que abría, a nivel ideológico, la posibilidad del populismo. El populismo consistirá, precisamente, en reunir el conjunto de las interpelaciones que expresaban la oposición al bloque de poder oligárquico —democracia, industrialismo, nacionalismo, antiimperialismo—, condensarlas en un nuevo sujeto histórico y desarrollar su potencial antagonismo enfrentándolo con el punto mismo en el que el discurso oligárquico encontraba su principio de articulación: el liberalismo. Todo el esfuerzo ideológico peronista en esta etapa estará destinado a desligar al liberalismo de sus últimos vínculos con un campo connotativo democrático y a presentarlo como una pura y simple cobertura de los intereses de clase de la oligarquía. En un discurso revelador, durante la campaña electoral de 1946, Perón afirmaba:

Soy, pues, mucho más demócrata que mis adversarios, porque yo busco una democracia real, mientras que ellos defienden una apariencia de democracia, la forma externa de la democracia. Yo pretendo que un mejor estándar de vida ponga a los trabajadores, aún a los más modestos, a cubierto de las coacciones capitalistas; y ellos quieren que la miseria del proleta-

riado y su desamparo estatal les permitan continuar sus viejas mañas de compra o de usurpación de las libretas de enrolamiento [...]. En definitiva: la Argentina no puede estancarse en el ritmo somnoliento a que la condenaron cuantos se lanzaron a vivir a sus costillas; la Argentina ha de recobrar el pulso firme de una juventud y de una sangre limpia. La Argentina necesita la aportación de esta sangre juvenil de la clase obrera ³¹.

Este esfuerzo por distinguir entre formas ideológicas liberales y democracia real domina el conjunto del discurso. Veamos este otro párrafo:

Porque la verdad es ésta: en nuestra patria no se debate un problema entre «libertad» y «tiranía», entre Rosas y Urquiza, entre «democracia» y «totalitarismo». Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la «justicia social» y la «injusticia social».

El contubernio a que han llegado es sencillamente repugnante y representa la mayor traición que han podido cometer contra las masas proletarias. Los partidos comunista y socialista, que hipócritamente se presentan como obreristas, pero que están sirviendo a los intereses capitalistas, no tienen inconveniente en hacer la propaganda electoral con el dinero entregado por la entidad patronal [...]. Usando de una palabra que a ellos les gusta mucho, podríamos decir que son los verdaderos representantes del continuismo, pero del continuismo en la política de esclavitud y miseria de los trabajadores ³².

No es nuestro propósito estudiar la evolución del peronismo como movimiento, ya que tan sólo nos proponíamos señalar la constitución del momento estrictamente populista de su ideología. Pero queremos señalar, en todo caso, los siguientes hechos. Primero, que si el elemento estrictamente populista en la ideología peronista consistió en la radicalización de las interpelaciones populares antiliberales, el discurso peronista no consistió sólo en estas interpelaciones,

³¹ J. D. Perón, discurso en el acto de proclamación de su candidatura, 12 de febrero de 1946. Reproducido en M. Peña, *El peronismo. Selección de documentos para la historia*, Buenos Aires, 1972, p. 10.

³² *Ibid.*, p. 9.

sino también en su articulación dentro de un discurso que intentaba circunscribir el enfrentamiento con la oligarquía liberal dentro de los límites impuestos por el proyecto de clase que definía al régimen: el desarrollo del capitalismo nacional. De ahí que el antagonismo de las interpelaciones populares se desarrollara, pero sólo hasta cierto punto, y que se intentara limitar su explosividad potencial presentándolo siempre articulado a otros elementos ideológicos antiliberales, pero no populares: ideología militar, católica, etc. Segundo: si el peronismo tuvo éxito innegable en constituir un lenguaje popular-democrático unificado a nivel nacional, ello se debió a la homogeneidad social de la Argentina, excepcional dentro del contexto latinoamericano: ausencia de campesinado, abrumador predominio de la población urbana, amplio desarrollo de las clases medias, desarrollo del sindicalismo obrero en toda la extensión del país, etcétera. Tercero: la presencia masiva de la clase obrera en el peronismo dio a éste una excepcional capacidad de perduración con posterioridad a la caída del régimen en 1955. Mientras que otros movimientos populistas latinoamericanos no sobrevivieron a la caída de sus regímenes, su enraizamiento en la clase obrera permitió al peronismo subsistir como fuerza política e incluso expandir su influencia dentro de las clases medias, radicalizadas en las últimas dos décadas como resultado de las contradicciones creadas por la expansión del capital monopolista. Cuarto: si el antagonismo de las interpelaciones populares se desarrolló sólo dentro de los límites tolerados por el régimen peronista mientras éste existió, fue imposible imponer estos límites una vez que el peronismo fue proscrito y comenzó a reorganizar sus cuadros desde la base. A medida que el liberalismo restaurado en 1955 fue mostrando su incapacidad de absorber las demandas democráticas de las masas y pasó a basarse cada vez más en la represión, el antagonismo potencial de las interpelaciones populares pudo desarrollarse plenamente. La ideología popular fue cada vez más antili-

beral y en los sectores más radicalizados pasó a fundirse con el socialismo. «Socialismo nacional» fue la fórmula acuñada en el curso de este proceso. La vuelta del peronismo al poder en 1973 probó esto con claridad: fracasaron los distintos esfuerzos por volver atrás el reloj de la historia y articular la ideología popular-democrática en forma tal que fuera asimilable por la burguesía. El régimen de Isabel Perón se hundió en un caos represivo sin haber conseguido ninguna forma de articulación estable entre interpelaciones populares e ideología burguesa.

Las singularidades del peronismo resultan aún más claras si se le compara con la otra gran experiencia populista de este período, a la que es con frecuencia equiparado: el varguismo. Remontémonos a los orígenes de éste. La revolución brasileña de 1930 expresó una acumulación de contradicciones que, en la experiencia argentina, se habían ido resolviendo en forma sucesiva. Los conflictos interregionales argentinos habían cesado de tener importancia política decisiva a partir de la federalización de Buenos Aires en 1880. El ascenso de las clases medias al poder, con sus proyectos redistributivos internos al sistema agroexportador, tiene lugar con el triunfo electoral del radicalismo en 1916. Las nuevas contradicciones entre los sectores agrario e industrial adquirirán importancia con posterioridad a 1930. En Brasil encontramos, por el contrario, que estas contradicciones no habían sido resueltas y que se acumulan en el proceso revolucionario de 1930. Los conflictos interregionales, que oponen a los Estados de menor influencia al creciente predominio de São Paulo, juegan un papel decisivo en la alianza que llevará a Vargas al poder. Las clases medias brasileñas, debido a la extrema regionalización del país, no habían logrado crear un partido político de dimensiones nacionales, como Irigoyen había logrado hacerlo en Argentina. El resultado fue que no lograron prevalecer frente a las máquinas políticas de las oligarquías locales —reuérdese el infructuoso esfuerzo de Ruy Barbosa en las

elecciones presidenciales de 1910— y que no se produjo una democratización interna del régimen liberal, tal como había ocurrido en Argentina o Uruguay. Estas tendencias liberal-democráticas frustradas —que estaban eminentemente representadas por el partido democrático de São Paulo— tuvieron también una parte importante en la revolución. Finalmente jugaron un papel de primordial importancia en ella los *tenentes*, es decir, aquellos sectores radicalizados del ejército que intentaban llevar a cabo un programa democrático y de modernización del país a través de una ruptura completa con el sistema político oligárquico y el Estado liberal. Es en estos últimos sectores en donde los primeros atisbos de una ideología populista pueden encontrarse.

Vargas tuvo que maniobrar, pues, con una coalición sumamente compleja de fuerzas contradictorias, y sólo en 1937 consiguió establecer su pleno dominio político a través del *Estado Novo*. Pero aun entonces, y a lo largo de toda su carrera política, Vargas no logra ser el líder de un movimiento unificado y homogéneo, como lo era Perón: será siempre, por el contrario, un articulador de fuerzas heterogéneas sobre las que establece su dominio personal a través de un complicado sistema de alianzas. Si en las zonas más industrializadas del país consigue establecer firmes bases de apoyo independiente en la clase obrera y vastos sectores de las clases medias, en las regiones interiores tiene que buscar su apoyo en las maquinarias políticas tradicionales. Esta fragmentación de su apoyo político se refleja en la imposibilidad de constituir un partido político unificado: las fuerzas que lo apoyan se organizan en dos partidos. El Partido Socialista Democrático agrupaba las fuerzas conservadoras de la coalición; el Partido Trabalhista Brasileiro se funda en los sectores urbanos, especialmente obreros, e intenta, a partir de ellos, desarrollar un jacobinismo populista. Esta doble faz del varguismo —que era acentuada por el hecho de que el peso de la clase obrera

era en Brasil incomparablemente menor que en Argentina— se reflejó en un populismo insuficiente y fragmentario, que no logró constituirse en un lenguaje político de dimensiones nacionales. El varguismo no fue, por consiguiente, consecuentemente populista. Osciló, por el contrario, en un juego pendular: en los momentos de estabilidad, el lenguaje político tiende a ser paternalista y conservador; en los momentos de crisis, por el contrario, cuando los elementos conservadores de la coalición lo abandonan, se lanza resueltamente por la vía del «populismo», es decir, del desarrollo del antagonismo latente en las interpelaciones democráticas. Pero, en estos momentos, una lógica política elemental se impone: las bases sociales a las que se dirige el discurso populista han sido en Brasil insuficientes hasta ahora para asegurar el poder. Esto se reveló con Vargas en 1945, en 1954 y finalmente con la caída de Goulart en 1964.

Concluiremos esta sección señalando las razones por las que, en las últimas dos décadas, las experiencias populistas han sido menos frecuentes en América Latina. Las razones hay que buscarlas, creo, en los siguientes hechos:

a) El transformismo ha entrado definitivamente en crisis. La capacidad de absorber las demandas democráticas de las masas, por parte de los bloques de poder reestructurados bajo la hegemonía del capital monopólico, es sumamente limitada. No entraré en el análisis de las raíces económicas de este hecho, que he estudiado en otro lugar³³. La consecuencia del mismo, en todo caso, es que el bloque dominante no intenta siquiera aperturas populares, es decir, articulación de la ideología popular-democrática al discurso del poder. Por el contrario, el nuevo tipo de régimen militar latinoamericano tiende a descansar cada vez más exclusivamente en sus aparatos represivos. Esto ha hecho entrar en crisis no sólo las diversas experiencias populistas, sino también el limitado transformismo que requiere

³³ Cf. Ernesto Laclau, «Argentina: imperialist strategy and the May crisis, *New Left Review*, 62, julio-agosto de 1970.

la subsistencia mínima de un régimen liberal. Esto explica también por qué, pese al creciente autoritarismo de los regímenes militares latinoamericanos, éstos no han podido orientarse en una dirección fascista: sabemos que el fascismo se funda ideológicamente en una peculiar articulación de las ideologías populares, mientras que la orientación de las actuales dictaduras militares latinoamericanas parece excluir *toda* articulación de las mismas a su discurso.

b) Una crisis del transformismo condujo en el pasado, según hemos visto, al desarrollo de diversas formas de populismo por parte de algunas fracciones del bloque de poder dominante. Una evolución en este sentido, sin embargo, parece poco probable por los siguientes dos motivos. En primer lugar, porque, en las décadas de los treinta y cuarenta, los bloques de poder estaban profundamente divididos en razón de la crisis de la hegemonía oligárquica, y una fracción de ellos, al menos, estaba dispuesta a avanzar en la dirección de un capitalismo nacional independiente y a buscar para ello el apoyo de las masas. En la actualidad, por el contrario, la experiencia nacionalista ha fracasado, y los bloques de poder se reunifican bajo la égida del capital monopolista. En estas condiciones, no hay antagonismos lo suficientemente profundos como para que una fracción del bloque de poder decida reorientarse en una dirección populista. El segundo motivo que hace difícil pensar en un nuevo populismo de las clases dominantes es que, a través de las experiencias de los últimos veinticinco años, las masas latinoamericanas han desarrollado el antagonismo inherente a las interpelaciones democráticas hasta el punto de que sea muy difícil absorber y neutralizar a éstas por parte de cualquier fracción de la burguesía. Esto ha conducido, a su vez, a solidificar los bloques de poder y a acentuar el elemento represivo en relación con las clases dominadas. Para éstas, sin embargo, se abre una perspectiva ideológica nueva y de largo plazo: avanzar en la radicali-

zación de la ideología popular-democrática y fundirla crecientemente con la ideología socialista en una etapa en que la burguesía en su conjunto se confunde cada vez más con la represión y la barbarie.

IV

Señalemos, para finalizar, algunas conclusiones que se siguen de nuestro análisis. El «populismo» surge en un campo ideológico específico: el constituido por la doble articulación del discurso político. La tensión dialéctica entre el «pueblo» y las clases determina la *forma* de la ideología, tanto de los sectores dominantes como de los sectores dominados. Las *metamorfosis* del «pueblo» consisten en sus diversas formas de articulación con las clases. En tanto «pueblo» y clases constituyen polos de contradicciones diferentes, pero igualmente constitutivas del discurso político, ambos están presentes en el mismo. Pero mientras la contradicción de clase determina el principio articulador de dicho discurso, aquello que le da su singularidad específica en un campo ideológico determinado, la segunda representa un momento abstracto que puede existir articulado a los más diversos discursos de clase. El «populismo» como inflexión particular de las interpelaciones populares no puede constituir nunca, por tanto, el principio articulador de un discurso político, aun cuando pueda constituir un rasgo presente en el mismo. Es precisamente este carácter abstracto del «populismo» el que permite su presencia en la ideología de las clases más diversas. Es lo mismo que ocurre con un concepto tal como «economía de mercado», que no define el principio articulador de un sistema económico —el cual reside siempre en su modo de producción dominante—, pero es, sí, un elemento abstracto que puede estar presente en muchos modos de producción, desde la esclavitud hasta el capitalismo, y constituir

una pieza imprescindible para entender el funcionamiento del sistema en su conjunto.

Podrá preguntarse por qué, si las ideologías popular-democráticas no existen separadamente, sino articuladas en el interior de discursos de clase, no puede procederse directamente al estudio de estos últimos en cuanto tales y dejarse de lado el análisis de aquéllas. La respuesta es que este enfoque eliminaría lo más específico de la lucha ideológica de clases, que consiste, según sabemos, en el esfuerzo por articular las mismas interpelaciones a discursos antagónicos. Es precisamente porque el «pueblo» no logra nunca ser totalmente absorbido por ningún discurso de clase, porque el campo ideológico presenta siempre una cierta apertura y su estructuración no es nunca completa, por lo que la lucha de clases puede tener también lugar como lucha ideológica. Por el contrario, suponer que las ideologías de clase constituyen bloques cerrados y perfectamente coherentes sería reducir el conflicto entre las mismas a un mero choque mecánico que difícilmente podría caracterizarse como «lucha ideológica». Negar la dialéctica entre el «pueblo» y las clases equivaldría, por tanto, a negar la lucha ideológica de clases.

Profundicemos esta dialéctica característica existente entre el pueblo y las clases. Las clases sólo existen como fuerzas hegemónicas en tanto logran articular las interpelaciones populares a su propio discurso. Para las clases dominantes esta articulación consiste, según vimos, en la neutralización del «pueblo». Para las clases dominadas, en el desarrollo del antagonismo inherente al mismo. Las clases dominadas, para conquistar la hegemonía, deben precipitar la crisis del discurso ideológico dominante y reducir los principios articularios del mismo a vacías entelequias carentes de todo poder connotativo respecto a las interpelaciones populares. Para esto, deben desarrollar el antagonismo implícito en éstas hasta el punto en que el «pueblo» resulte totalmente inasimilable por cualquier fracción del bloque

de poder. Pero presentar las interpelaciones populares bajo la forma del antagonismo es, según sabemos, lo característico del populismo. Si, por consiguiente, una clase dominada debe imponer su hegemonía a través de un enfrentamiento con el bloque de poder, y si para este enfrentamiento necesita desarrollar el antagonismo implícito en las interpelaciones populares, se deduce que, cuanto más radical sea su enfrentamiento con el sistema, menos posible le será a esa clase afirmar su hegemonía sin «populismo». El populismo no es, en consecuencia, expresión del atraso ideológico de una clase dominada, sino, por el contrario, expresión del momento en que el poder articulador de esa clase se impone hegemónicamente sobre el resto de la sociedad. Este es el primer movimiento en la dialéctica entre «pueblo» y clases: *las clases no pueden afirmar su hegemonía sin articular al pueblo a su discurso, y la forma específica de esta articulación, en el caso de una clase que para afirmar su hegemonía debe enfrentarse al bloque de poder en su conjunto, será el populismo.*

Veamos ahora el proceso desde el ángulo opuesto. La contradicción pueblo/bloque de poder no puede desarrollarse sin las clases. Si las clases no pueden ser hegemónicas sin articular al «pueblo», el «pueblo» sólo existe articulado a las clases. El grado de «populismo», por consiguiente, dependerá de la naturaleza del antagonismo existente entre la clase que lucha por su hegemonía y el bloque de poder. Comencemos planteándonos el caso extremo: aquel en el que una clase, para afirmar su hegemonía, exige el *pleno* desarrollo del antagonismo inherente a las interpelaciones popular-democráticas. ¿Qué significa este *pleno* desarrollo? Según hemos argumentado en el texto —y según lo han afirmado también Badiou y Balmès desde una perspectiva distinta—, en la medida en que la resistencia popular se ejerce contra un poder externo y opuesto al «pueblo», es decir, *contra la forma misma del Estado*, la resolución de la contradicción «pueblo»/bloque de poder sólo

puede consistir en la supresión del Estado en tanto fuerza antagonica respecto al pueblo. Por consiguiente, sólo puede aspirar al pleno desarrollo de la contradicción pueblo/bloque de poder, es decir, *a la forma más alta y radical de populismo*, aquel sector cuyos *intereses de clase* lo conduzcan a la supresión del Estado como fuerza antagonica. *En el socialismo, por consiguiente, coinciden la forma más alta de «populismo» y la resolución del último y más radical de los conflictos de clase.* La dialéctica entre el «pueblo» y las clases encuentra aquí el momento final de su unidad: no hay socialismo sin populismo, pero las formas más altas de populismo sólo pueden ser socialistas. Esta es la profunda intuición que ha estado presente, de Mao a Togliatti, en todas aquellas tendencias dentro del marxismo que, desde posiciones políticas y tradiciones culturales muy divergentes, han intentado ir más allá del reduccionismo clasista. El avance hacia el socialismo sólo puede consistir, en tal sentido, en una larga serie de luchas a través de las cuales el socialismo afirme su identidad popular y el «pueblo» sus objetivos socialistas. Nuevamente, en este caso, hegemonía socialista no significa destrucción lisa y llana de la antigua sociedad, sino absorción de sus elementos en una articulación nueva. Sólo cuando el socialismo ha desarrollado esta capacidad articuladora ha llegado a ser hegemónico.

Consideremos ahora el caso opuesto: aquel en que el populismo es desarrollado por una clase cuyo antagonismo respecto al bloque de poder es menos radical y que, por tanto, no conduce a la supresión del Estado como fuerza antagonica respecto al «pueblo». La dialéctica entre el pueblo y las clases conduce, en este caso, a formas de articulación diferentes. El rasgo común a todas ellas es que la radicalización populista de las interpelaciones democráticas debe ser ligada a un campo connotativo de tal naturaleza que logre contener el antagonismo implícito en las interpelaciones popular-democráticas dentro de los límites requere-

ridos por el enfrentamiento de la nueva clase dominante con el bloque de poder tradicional. Ya sabemos cómo se llevó a cabo esta neutralización en el caso del fascismo: ligando las interpelaciones populares a contenidos tales —racismo, corporativismo, etc.— que impidieran su radicalización en una dirección socialista. Y sabemos también que el mantenimiento de dichos límites requirió una alta homogeneización ideológica que sólo fue posible a través de la represión. De ahí el carácter «totalitario» del fascismo. En el caso de los regímenes bonapartistas —como el peronismo— el método de neutralización fue distinto: consistió, esencialmente, en permitir la subsistencia de varias «élites» que basaban su apoyo al régimen en proyectos articulatórios antagonicos y en la afirmación del poder del Estado como fuerza mediadora entre ellos. Coexistían así en la Argentina grupos que basaban su apoyo al régimen en una articulación entre «populismo» y antiliberalismo clerical, entre «populismo» y nazismo, entre «populismo» y reformismo sindical, entre «populismo» y antiimperialismo democrático y, finalmente, entre «populismo» y socialismo. El Estado bonapartista ejercía un poder mediador entre estas opuestas bases de apoyo, y se identificaba con muy pocos símbolos ideológicos. La renombrada pobreza ideológica y falta de doctrina oficial del peronismo debe explicarse, precisamente, por este carácter mediador del Estado y del mismo Perón. El fascismo, por el contrario, pudo desarrollar una doctrina oficial más precisa y una estructura ideológica más definida en la medida en que constituyó una experiencia menos «mediadora» y más «totalitaria». Los regímenes bonapartistas, por definición, no buscan la unificación o asimilación de los aparatos ideológicos, puesto que es precisamente en su capacidad mediadora entre fuerzas opuestas donde reside la fuente de su poder. Es por esta razón por lo que, según lo hemos señalado, la radicalización del lenguaje político peronista más allá de los límites tolerables

para el bonapartismo fue un proceso que tuvo lugar después de la caída del peronismo en 1955.

Para concluir, debemos responder a la siguiente pregunta: ¿por qué no limitar el uso del término «populismo» al segundo caso que hemos analizado, y adoptar una terminología diferente para referirnos a aquellas experiencias en que las interpelaciones populares radicalizadas han sido articuladas con el socialismo? Aparentemente éste sería el camino más sensato dadas las connotaciones peyorativas con las que el término «populismo» aparece generalmente asociado. Pienso, sin embargo, que ésta no sería una decisión correcta, ya que oscurecería la universalidad de la premisa básica constituida por la doble articulación del discurso político, y podría conducir a la ilusión de que las interpelaciones populares presentes en el discurso socialista han sido *creadas* por este discurso y están ausentes de la ideología de las clases dominantes. Esta sería la vía más segura para recaer en el reduccionismo de clase. Por el contrario, afirmar la relativa continuidad de las interpelaciones populares frente a las articulaciones discontinuas de los discursos de clase, es el único punto de partida válido para un estudio científico de las ideologías políticas.